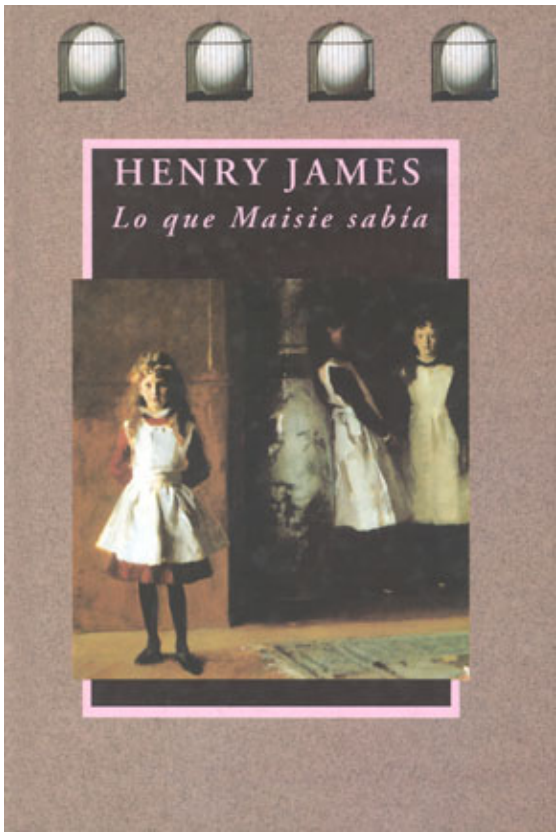
Lo Que Maisie Sabía

Comentario [LT1]:

Henry James



PREFACIO DEL AUTOR*

Encuentro de nuevo, en el primero de estos tres Relatos, otro ejemplo más del crecimiento de un «gran roble» a partir de una minúscula bellota; pues *Lo que Maisie sabía* es cuando menos el caso de un árbol que se desarrolla por encima de cualquier previsión que su pequeña simiente hubiese podido parecer autorizar en un primer examen. Me había sido narrado casualmente el modo en que la situación del infortunado pequeño vástago de un matrimonio divorciado había sido afectada, bajo la mirada de mi informante, por el nuevo casamiento de uno de sus progenitores (cuál de ellos, no lo recuerdo); de manera que, a causa del poco entusiasmo por la compañía de la pequeña criatura expresado por el nuevo cónyuge de dicho progenitor, no podía ser llevada a término con facilidad la ley que regía su infantil existencia, consistente en que debía vivir alternativamente una temporada con su padre y otra con su madre. Aun cuando en un principio cada miembro de la desunida pareja había deseado vengativamente impedirle a su retoño cualquier relación con el otro, ahora el progenitor nuevamente desposado buscaba más bien desembarazarse de él: es decir, dejarlo tanto como fuera posible, y excediéndose de las fechas y plazos estipulados, al cargo del adversario; incumplimiento éste que, tomado por el adversario como prueba de mala intención, naturalmente era compensado y vengado mediante una perfidia equivalente. El desdichado infante se había encontrado, así, prácticamente repudiado, rebotando de raqueta a raqueta cual una pelota de tenis o un volante. Este pequeño personaje no podía menos que incidir hasta lo más profundo sobre la sensibilidad y aparecérsele a quien esto escribe como punto de partida de una narración: una narración que demandaba una buena dosis de desarrollos. Recuerdo, empero, que prontamente se me ocurrió que en aras de una adecuada simetría haría falta que el otro progenitor volviera a casarse también, tal como de hecho terminaría probablemente ocurriendo en el caso que me había sido narrado, y tal como en cualquier caso lo exigía una presentación ideal de la situación. El segundo nuevo cónyuge no tendría sino que sentirse análogamente molesto ante las obligaciones contraídas hacia un descendiente engendrado por un odiado predecesor para que la desventura de la menuda víctima acabara siendo por completo modélica. El asunto iba a resultar por consiguiente bastante sombrío, y sin embargo no estoy seguro de que sus posibilidades de interés me hubiesen atraído tanto de no haber sentido yo enseguida que aquellos desagradables hechos, así concebidos o expuestos, no constituían en modo alguno la fuente exclusiva de atracción.

La lámpara de una imaginación tocada por ellos no pudo así evitar proyectar una ulterior luz, gracias a la cual se hizo curiosamente evidente que, no menos que la posibilidad de horrores y de una degradación, la posibilidad de felicidades y de una elevación podía estar aguardando aquí al vástago, todo alrededor del cual la complejidad de la vida daría de esa forma frutos de depuración, de enriquecimiento... y de hecho no tendría sino que darlos para que la pequeña criatura resultara impregnada de desenvolvimiento y autoafirmación. Incluso cuando aún no estaban estructurados de manera nítida, estos ingredientes despedían ese vago brillo pictórico que al sentir del pintor constituye la primera promesa de un «tema» lleno de vida; mas tal resplandor se

* Se recordará que en el tomo XI de la «Edición de Nueva York» se incluye asimismo el relato *The Pupil;* puesto que éste también ha aparecido ya en castellano (y en varias excelentes versiones), aquí se ha traducido entero el Prefacio al tomo XI. (N. del T.)

hizo intenso conforme procedí a un análisis más minucioso. Un análisis más minucioso resulta ser casi siempre a este respecto la antorcha del éxtasis y de la victoria cuando la firme mano del artista lo encara y lleva a cabo (me refiero, obviamente, a un éxtasis soterrado *y a* una victoria oculta, disfrutados *y* celebrados no por las calles, sino ante algún altar escondido en las profundidades), siendo las probabilidades de cien contra uno a que, en casi cualquier tema, mediante un ligero examen preliminar nunca se llega a las esencias de *mayor* valía. Ése era el encanto, perceptiblemente, del cuadro que borrosamente así asomaba en los comienzos: que aquellos ingredientes no tenían más remedio que hallarse rebosantes, hasta el mismísimo borde, de algún nivel más profundo de ironía que el que a primera vista era factible advertir. Aquél acechaba dentro del esquema en bruto a modo de un husmillo vagamente perceptible; cuanto más se cernía la atención, más se percataba ésta de aquella fragancia. A lo cual puedo agregar que cuanto más rascaba yo en la superficie y penetraba, más manifiesta, para el olfato intelectual, se volvía esta cualidad. Al final, y de resultas, las esencias, como las he denominado, salieron a la superficie, me hallé en presencia de la dramática ascua incandescente que alumbraba en el fondo de mi visión y que, al soplar yo suavemente sobre ella, llameó alta *y* clara. Esta preciosa partícula era la esencia irónica *plena*, el punto más interesante contenido en la situación del pequeño retoño. Para que ésta resultare intelectualmente satisfactoria, dicho de otro modo, aquella menuda conciencia en proceso de desarrollo debía salvarse, debía volverse aceptable como registro de impresiones; y debía salvarse mediante su vivencia de ciertos privilegios, mediante el aprovechamiento de ciertas ventajas y la adquisición de cierta desenvoltura, más bien que embrutecerse, difuminarse, esterilizarse a causa del rechazo y del dolor. Tal estadio superior, en el joven ser, se alcanzaría con el ejercicio de una función distinta de la de perturbar el egoísmo de sus padres, que era todo cuanto a primera vista le había parecido reservado a guisa de reproche por su ruptura. Las primitivas relaciones darían paso a otras posteriores: en lugar de simplemente someterse al nuevo lazo heredado y a la complicación impuesta, y en lugar de dedicarse a padecerlos, nuestro pequeño aficionado a las cavilaciones habría de crear, sin proponérselo, elementos nuevos a partir de este estado de cosas: contribuiría, o sea, a la formación de otro ulterior lazo del cual pasaría entonces (y exactamente como si hubiese sido fruto de una infantil perspicacia demoníaca) a extraer gran provecho.

Con lo cual no se quiere decir sino que la luz gracias a la cual creció tan de buena gana mi concepción hasta alcanzar la madurez fue la de un segundo casamiento por ambos lados: para que el asunto comenzara, como poco, a sostenerse satisfactoriamente por sí mismo, sólo era menester que el padre, con la libertad del divorcio, tomara otra esposa, así como la madre, bajo pareja licencia, otro marido. Así se establecería un esquema perfecto para lo que sobreviniere posteriormente: incluso para lo que sobreviniere posteriormente con tan sólo atribuirle una cierta sensibilidad (aunque más no fuera que una mera finura relativa) a cada uno de los nuevos compañeros. ¿Y si hiciésemos que el motivo básico del definitivo intento de desembarazarse por una u otra de las partes, y mejor aún si por ambas, del leal cumplimiento de las obligaciones estipuladas fuese, pensándolo bien, en los dos progenitores, una incapacidad crónica para *cualquier* obligación, y una infame intolerancia hacia las mismas? De ese modo tendríamos una causa que no precisaría, sino que felizmente nos dispensaría, de la existencia de una perversidad demasiado marcada en la personalidad de ambos padrastros. El infante visto como creador, mediante el mero factor de su abandono, de

una relación entre sus dos padrastros, cuanto más íntima mejor, dramáticamente hablando; el infante, mediante el mero reclamo de su desamparo y la mera conciencia de su alivio, tejiendo alrededor suyo, con la mejor de las intenciones, la espesa telaraña del fingimiento; el infante convirtiéndose en centro y pretexto para una nueva modalidad de mal proceder, una modalidad, además, de una índole propensa a esparcirse y ramificarse; *ahí* estaría la ironía «plena», el prometedor tema donde con entera lógica habría de florecer la intimación que yo había recogido en los inicios. Ningún tema resulta más humano que aquéllos que nos ofrecen un reflejo —extraído de la confusión de la vida— de lo íntimamente relacionados que se hallan lo dichoso y lo siniestro, las cosas que exaltan y las cosas que hieren, sosteniendo así perpetuamente ante nuestra mirada esa dura medalla brillante, fabricada de una aleación tan extraña, una de cuyas caras está constituida por la alegría *y* el consuelo de alguien y la otra por el dolor *y* la humillación de alguien. De esa guisa el papel de mi interesante pequeño mortal sería vivir con toda intensidad y perplejidad y felicidad en su pequeño mundo terriblemente enrarecido: uniendo a personas que como poco obrarían con mayor correccion permaneciendo separadas; desuniendo a personas que como poco obrarían con mayor corrección permaneciendo juntas; adquiriendo madurez, hasta cierto grado, al precio de la infracción de muchas convenciones y decoros, inclusive decencias, manteniendo de veras encendida la antorcha de la virtud en un ambiente infinitamente proclive a apagarla; en resumidas cuentas, añadiendo de veras confusión a la confusión extrayendo de entre el hedor a egoísmo cierta excéntrica fragancia a ideal, esparciendo en un erial yermo, por medio de su sola presencia, la semilla de la vida moral.

Todo esto equivaldría a decir, y yo lo reconocí de inmediato, que mi pequeño bajel de conciencia, bamboleándose en semejante corriente, no podría ser verosímilmente un rudo niñito; ya que, por encima de la cuestión de que a los infantes masculinos nunca se los siente tan «presentes», la sensibilidad de las jovencitas es indubitablemente, en la época infantil, mayor que la de los jovencitos, y mi plan iba a requerir, por parte de quien fuese mi protagonista, una sensibilidad «infinita». Yo estaría en condiciones de atribuirle sin temor tamaña cantidad a una niña pequeña cuyas facultades hubiesen sido profundamente conmocionadas; mas hasta tal punto habría yo de depender de la acción de su sensibilidad con vistas a mantener la claridad dentro de mi relato, que me vi en la necesidad de presentarla inequívocamente como intensa por naturaleza. A ese fin debería yo naturalmente dar por sentadas en mi heroína unas disposiciones ya desde el principio prometedoras, pero sobre todo debería investirla de unas dotes de percepción holgadamente, casi infinitamente, avivadas. Bien pertrechada de esta guisa, pero a condición de que no lo fuera de modo tan exorbitante que desafiara lo probable, ella estaría en perfectas condiciones de ayudarme a llevar a buen puerto mi designio; designio éste que, cada vez más atractivo conforme más vueltas le daba yo, y santificado por la más deliciosa de las dificultades, consistía en convertir permanentemente la tan limitada conciencia de la niña en la mismísima esfera de mi pintura, preservando cuidadosamente al mismo tiempo la integridad de las cosas en ella representadas. Con el encanto de esta posibilidad, consiguientemente, el proyecto de *Maisie* quedó redondeado y se perfiló como grandioso; cualquier tema se perfila como grandioso, si a eso vamos, debo añadir, desde el momento en que uno se siente guiado por una regla de composición integral. Ya he hecho notar en otro sitio, me da la impresión, que en mis recuerdos sobre mis obras no hay constancia de ningún tema que, en uno u otro momento de su desarrollo, y siempre

tras haber aguardado únicamente a que se le ofreciera una buena estructuración u oportunidad, no se haya negado empecinadamente a continuar siendo humilde incluso (o acaso tanto más porfiadamente por ello) cuando más expresa y amorosamente había sido escogido a causa de su consciente e incorregible humildad. Una vez «afuera», a semejanza de un perro doméstico con cierto temperamento a quien se le permita salir de su reclusión, el tema desobedece los meros silbidos, se pone a vagar, a acechar, a perseguir y «atrapar» vida: puede ser devuelto a su punto de origen sólo a rastras y únicamente para recibir una zurra inútil. De todos modos, a una idea concebida a una luz como la que aquí estoy someramente exponiendo no le era factible no ofrecer plenas garantías de su relevancia: ¿cómo podía *no* ser inmenso el valor de un proyecto tan finamente trabajable? El único registro presentado de toda la complejidad de la trama sería las reacciones de la desorientada y borrosa percepción de la niña enfrentada a aquélla; y, sin embargo, el todo, como digo, visto a través de una inteligencia titubeante, o al menos contemplado por una presencia imponderable, aun así habría de ser visto *y* contemplado de un modo nítido *y* satisfactorio *y* sin dejar de informar con claridad sobre su sentido.

Recuerdo que mi primera vislumbre relacionada con esta límpida posibilidad fue la de la consiguiente cuestión de restringir el cuadro (conservando simultáneamente, como digo, la plenitud y la coherencia) a lo que la niña pudiese concebiblemente *entender*, ser capaz de interpretar *y* valorar. Posteriores reflexiones y tentativas me demostraron que mi tema quedaría estrangulado de resultas de un tan extremado rigor. Aun en el mejor de los casos, la mente infantil dejaría grandes lapsos y lagunas; de modo que, pese a una superficie posiblemente estructurada de forma irreprochable, sin embargo no se lograría la tan ansiada claridad de sentido. Yo tendría que ensanchar mi método a lo que material e inevitablemente *viera* mi especulativa testigo (que sería una cantidad que en buena parte ella no entendería en absoluto o malinterpretaría escandalosamente); y sobre tal base, únicamente sobre tal base, quedaría bien planteada mi tarea. Eso me propuse pues: la cuestión de mostrarlo *todo* —toda la situación que circunda a la niña— pero exclusivamente en las ocasiones y relaciones en que estuviesen allí la presencia y la atención de Maisie: exclusivamente como pudiese tener lugar ante ella y atraer su interés, exclusivamente como a ella pudiese conmoverla y afectarla, en lo bueno y en lo malo, para ganancia o pérdida perceptiva; de modo tal que nosotros, sus compañeros de observación, que no es que estemos más invitados sino que simplemente somos valoradores más competentes, nos sintiéramos en firme posesión de ello. Esto constituiría, para empezar, un plan de aplicación absolutamente nítido y verificable, lo cual siempre es en sí mismo un marchamo de belleza; y al releer la obra ha despertado mi interés hallar que satisfactoriamente la gobierna cierta gracia rectora de este cariz. Nada podría estar más «elaborado», pienso yo, a la luz de sus más sublimes intenciones; y esto a despecho de cierta apariencia que en ocasiones oscurece el efecto de coherencia buscado. Los niños registran muchas más impresiones que palabras tienen para traducirlas; su visión es en todo momento mucho más rica, incluso su apreciación es constantemente más potente, que el vocabulario que espontáneamente emplean o que siquiera trabajosamente podrían manejar. En consecuencia, por muy ameno que a primera vista hubiese podido parecer lo de restringirme en esta historia a las palabras de la niña no menos que a su experiencia, pronto fue evidente que semejante tentativa no habría funcionado en absoluto. Por lo tanto, la peculiar forma que Maisie tiene de expresarse

desempeña un cierto papel (puesto que en buena medida dependen de ésta hasta las más simples conclusiones de la niña), pero constantemente la acompañan y amplifican mis propios comentarios. Es esto último lo que, incontestablemente, en ocasiones hace que parezca que el «meollo» del espectáculo que ante ella se desarrolla es analizado con una exhaustividad tal como para estar exagerando la intensidad del examen que ella realiza del mismo. Lo que aquí hay en juego no es sino una minúscula diferencia de matiz: el análisis que ella realiza, la actividad de su conciencia, resulta ser lo que determina todo nuestro interés hacia lo analizado; lo único que ocurre es que nosotros le sacamos mayor provecho que ella. Sólo que, aun cuando sea el interés que ella les consagra a estos hechos lo que primordialmente hace que nos resulten interesantes a nosotros, inevitablemente nosotros los plasmamos en formulaciones que todavía no están al alcance de ella y que no obstante son necesarias cada vez que esos elementos que la rodean y esos fragmentos de experiencia que ella sí comprende se embrollan en otros que con gran pesar se le escapan. Todo lo cual me proporcionó una satisfactoria y férrea lógica que seguir, me proporcionó la energía por la cual el desembrollador de casi cualquier maraña se siente agradecido a la hora de laborar: esa sensación de estar tirando de hilos intrínsecamente remuneradores, lo bastante fuertes y lo bastante finos y lo bastante enteros.

Naturalmente, al margen de esto, había otro atractivo casi similar: similar pese a ser casi independiente de la aguda cuestión estructural, de la interminable cuestión estilística. Se trataba de la bien diferente cuestión de la concreta capacidad de resistencia que yo podía atribuirle a mi figura central, siendo *cierta* intensidad, cierta continuidad de resistencia parte intrínseca de la esencia del asunto. Resistir victoriosamente (o sea, resistir la tensión de las observaciones y el embate de las experiencias), ¿en qué consistiría, por parte de una persona tan joven, sino en mantenerse pura, y seguir manteniéndose pura, e incluso disponer de cierta pureza que transmitir a los demás?... llegando el caso de Maisie al extremo de que convida a sus amigos al rico menudo espectáculo de las cosas imbricadas en su cavilar. Ella cavila, en otras palabras, hasta el límite, hasta la muerte... la muerte de su infancia, propiamente hablando; tras lo cual (con la inevitable transformación, tarde o temprano, de su modo de ver las cosas) su situación cambiará y se convertirá en asunto de otro tenor, sujeto a otros raseros y centrado en otros intereses radicalmente distintos. Las reacciones concretas que la habrán llevado hasta este punto, y que resultó de tan exquisito interés estudiar en ella, habrán tocado a su fin: aparecerá otra escala, otra perspectiva, otro horizonte. Nuestra tarea entre tanto habrá sido consiguientemente extraer de dichas reacciones todo lo que en ellas haya habido que mereciera la pena; y a este respecto les encontramos las mayores cualidades como objetos de observación. En verdad, según se me ocurre, aun si en este proyecto no hubiese habido ninguna otra belleza, todavía le habría quedado ésta tan infrecuente y tan distinguida y que consiste en que refleja de tal modo la variedad de las valías de la niña. Ella no sólo constituye el extraordinario «centro irónico» que ya he señalado; además está encargada de la importantísima misión de esparcir una luminosidad que llega mucho más allá de cualquier alcance de sus entendederas: la de prestarles un precioso elemento de dignidad a personas y cosas mucho menos interesantes que ella, mediante el simple procedimiento de entrar ella en relación con las mismas y debido a la especial vara de medir que ella les aplica. Me entrego desmedidamente, he de reconocerlo, al elogio de mi proyecto cuando advierto lo que ella hace mediante su «pureza» por otras presencias bastante vulgares y

vacías en sí mismas. Éstas se vuelven, al hacerlas ella objeto de su reflexionar, materia de poesía *y* tragedia *y* arte: ella no tiene más que cavilar, como digo, ante ellas, y enseguida comienzan a tener significación, matices, riquezas, relaciones —¡relaciones con lo «universal»!— a las que a duras penas habrían podido aspirar ellas solas. Ida Farange a secas, por así decirlo, o Beale a secas, o sea cualquiera de los dos contemplado de otro modo, ¿qué intensidad, qué «substancia» (aun con el mayor grado de *presencia* imaginable en ellos) tendrían? ¿Cómo podrían remunerarnos del privilegio que les otorgamos al prestarles nuestra atención?

Maisie los vuelve portentosos mediante la sola acción de su buena fe, en especial vuelve a su madre, a mi sentir —a menos que yo haya fracasado totalmente a la hora de plasmarlo—, sólida, inmensa y terrible; de tal modo que obtenemos, para nuestro beneficio, y la obtenemos por medio de un procedimiento formal interesante en sí mismo, a la criatura perfectamente trazada, el tremendo símbolo pretendido. En dos ocasiones en particular, claramente me parece verlo, disfrutamos al máximo de este efecto de hechizo obtenido por métodos asociativos. El pasaje en que se muestran los términos de la relación del padre de Maisie con la insinuante pero tan extraña y peliaguda mujer a quien aquél ha tenido la detestable liviandad de ir a visitar por la noche llevándose bruscamente a la niña consigo, es un ejemplo señalado de la forma casi imprevisible en que puede hacerse surgir el interés. Los elementos aquí presentes son que Beale Farange es ignominioso, que la amiga a quien presenta a su hija es deplorable, y que de la relación entre ellos dos, *en cuanto* ellos dos, gustosamente apartaríamos la mirada. No obstante, basta con que el asunto entre a formar parte de los elementos que despiertan las reflexiones de la niña para que desaparezcan del mismo las pequeñas esterilidades *y* para que emerja y triunfe la *escena:* vívida, original, forjada de modo indestructible, con la indestructibilidad de lo inolvidable. La escena se vuelve eso que Beale *y* Ida *y* la señora Cuddon, e incluso Sir Claude y la señora de Beale, ni por un momento habrían logrado hacer de ella mediante sus entidades incorregiblemente limitadas: es decir, algo *valorable.* Hallo otro ejemplo en el episodio del inesperado encuentro de Maisie —mientras pasea por Hyde Park en compañía de Sir Claude— con su madre y ese seducido acompañante de su madre: el alentador, el atractivo «Capitán» a quien esta dama decide encomendar la niña durante veinte minutos mientras por su parte ella le ajusta las cuentas a su segundo marido. Aquí la substancia humana habría parecido de antemano demasiado pobre para una transubstanciación, pues las tres figuras «adultas» despiden muy escaso hechizo, son demasiado estúpidas *(¡tan* estúpido ha sido por parte de Sir Claude casarse con Ida!), demasiado vacuas, demasiado tenues, para cualquier aplicación; mas prontamente, inmediatamente, la propia entidad de la niña, derramándose y actuando contagiosamente, ha determinado que el valor *total* sea de otra índole. Naturalmente, a propósito de esto, para un analista de las costumbres y un pintor de la vida es una ya muy vieja historia la grotesca taxatividad con que adjetivos tales como «morboso», «desagradable» y «repugnante» son aplicados con frecuencia a sus producciones; hasta tal punto, verdaderamente, que la pródiga utilización abrumadoramente terminante que se hace de semejantes vocablos refuerza una y otra vez su opinión sobre la peligrosamente estéril dirección circular en que torpemente se mueven éstos. Desde luego, si yo hubiese obrado bajo el influjo de semejantes supersticiones, puntualmente me habría aplicado el cuento de que «mezclar» a una niña con cualquier asunto desagradable se autodenuncia como una agravante de la desagradabilidad, y de que nada podía resultar más repugnante que

adjudicarle a Maisie una «amistad» tan íntima con las crasas inmoralidades que la rodean.

Lo único que puede decirse de tales clarividencias es que, por mucho que uno haya «rebajado» de antemano, y definitivamente, su brillantez global, uno se siente contrariado si, a la hora de los hechos, no suena a su vez la hora de las mismas, dado que nos permiten enfrentarnos hasta un grado considerable con elementos con los cuales irremediablemente ha de vérselas inclusive el más flemático de los filósofos. De hecho, al pintor de la vida se le ahorra bastante trabajo cuando, so capa de semejante sabiduría, se le presenta tan considerable porción de vida. El esfuerzo por realmente ver y por realmente plasmar no es ninguna bagatela en vista de la presión *constante* de los agentes de confusión. Lo realmente estupendo es que la confusión misma constituye un elemento de la vida, y uno de los más intensos, *y* también posee color y forma *y* substancia, de hecho tiene a menudo una exacerbada *y* rica comicidad, muchos de los valores *y* signos de lo apreciable. En estos términos podría suceder, por ejemplo, según puedo inferir, que el principio básico del atractivo de Maisie, o sea su intacta pureza —en otras palabras esa vivacidad de apreciación mediante la cual ella vibra de veras en una atmósfera viciada, madura de veras en un universo inmoral—, pareciese una cosa pobre y fútil, o desdeñable en el mejor de los casos. Pero nadie a quien la vida en su conjunto le resulte *fácilmente* apasionante puede encontrar desdeñables ni aun las más finas, las más tímidas, las más ansiosas vibracioncitas, finas y tímidas y ansiosas con esa pasión que precede al conocimiento; lo cual es sin duda uno de los muchos motivos por los que ocurre que la escena entre la niña y el amable, cariñoso, repugnante caballero que, sentado junto a ella en los jardines de Kensington bajo un frondoso árbol, entusiásticamente le sale fiador por su madre como nadie jamás ha salido fiador por ella —y de esa forma la conmueve, filial e intelectualmente, como nunca la han conmovido—, dota del más precioso relieve, al menos a mi sentir, el aspecto en que mi proyecto es sólido, y se convierte así en el pasaje prototípico —ciertamente ayudado por otros méritos, podríamos decir— para la demostración de la belleza de éste. El activo y enriquecedor constante cavilar, como lo he denominado, dentro del cual queda protegida y preservada la personalidad de la niña, y que hace notable su caso precisamente en virtud de las pruebas que ha de soportar, dota a la niña de distinción, la dota de vida y complejidad, mediante el concurso de las susodichas pruebas... las cuales nos habrían sido de relativamente poca utilidad si no hubiesen sido horribles. Es sin duda una lástima haber mantenido fuera de nuestro alcance esta justa reflexión. *Maisie* es de 1907.[*]

Paso por encima, de momento, la segunda de estas composiciones, pues hallo en la tercera, que otra vez se ocupa de las experiencias de un jovencísimo ser, una relación más inmediata; y ello aun a riesgo de parecer socavar mi comentario de hace unas páginas referido a las diferencias de sensibilidad entre los dos sexos. Por lo visto mi infante en *El alumno* (1891) posee sensibilidad en abundancia... y sin embargo conserva pese a todo, a mi juicio, su enérgica cualidad de pequeño varón. Pero hay cien cosas que decir al respecto, que de hecho se abalanzan sobre mí *y* sobre mis presentes *y* restringidos límites de espacio en tal aluvión como para precisar una buena criba. En realidad, acaso ello no sea sino un efecto retardado del asalto llevado a cabo sobre mi imaginación, tal como perfectamente lo recuerdo, por todos los aspectos de mi visión primera, que se me

[*] Recuérdese que *Lo que Maisíe sabía* fue publicada por vez primera en 1897, pero aquí James se refiere a su versión «corregida y definitiva», acompañada de este Prefacio, dentro de la «Edición de Nueva York». (N. del T.)

apareció abundante en aspectos. Vuelve a vivir ante mí dicha visión tal como por primera vez se posara, aun cuando el irreproducible aleteo primitivo, ese aire como de una inefable señal realizada por el inmediato batir de alas de la imaginaria figura suspendida que acaba de fijarse, es una de esas garantías de valor que nunca pueden ser represadas. La señal le ha sido hecha exclusivamente al observador: es extrañamente asunto *suyo,* cualquier información del cual a los demás, aún no involucrados, produce exactamente el mismo efecto de decepción que acompaña, en el seno de un grupo de personas congregadas bajo la nocturna bóveda celeste, a cualquier alusión suelta a una estrella fugaz. El milagro, pues milagro parece, es tan sólo para el cándido exclamador. El milagro para el autor de *El alumno,* en cualquier caso, se produjo cuando, hace años, un día de verano, en un calurosísimo vagón de tren italiano, que hacía paradas y holgazaneaba cada dos por tres, favoreciendo así la conversación, un amigo con quien compartía yo el vagón, doctor en medicina que había venido a establecerse en Florencia desde un país lejano, incidentalmente me habló de una portentosa familia norteamericana: un extraño grupito aventurero y extravagante, de elevado pero más bien inacreditado rango, cuyo más interesante miembro era un niño, agudo y precoz, que padecía a causa de un corazón de escasa resistencia, pero que poseía una inteligencia primorosa, que veía sus precarias existencias trashumantes exactamente tal como eran, y que las examinaba y juzgaba, así como los examinaba y juzgaba *a ellos mismos,* de pies a cabeza, de la más singular de las formas, dando en resumidas cuentas la impresión de ser una personita extraordinaria. Con esto hubo más que de sobra para tratarse de un día de verano, incluso en la vieja Italia: con esto se precipitó sobre mí procedente del árbol toda una señora manzana. No hubo procesos ni etapas: *vi,* de golpe, al pequeño Morgan Moreen, y vi asimismo a todo el resto de los Moreen; percibí, hasta el último detalle, la naturaleza de la relación de mi amiguito con ellos (pues de inmediato se había convertido en mi amiguito) así como también, en la misma estocada, y hasta su más delicada pulsación, la sujeción *a él* que experimenta el engatusado, desconcertado, estafado, impagado, aunque a fin de cuentas generosamente recompensado muchacho que voluntariosamente está dispuesto, por efecto de la compasión, a embarcarse con la tribu en calidad de preceptor, y cuya instructiva relación con la misma constituiría mi crónica primordial.

Esto habrá de servir de recuento del origen de *El alumno:* será más que suficiente, creo, para todas aquellas personas reflexivas e imaginativas que hayan tenido —y ¿qué persona reflexiva e imaginativa no la ha tenido?cualquier experiencia similar de la repentina aparición de un *absoluto* perceptivo. En semejantes ocasiones nace de un solo golpe el racimo completo de los elementos que conforman la imagen; las piezas no están encajadas entre sí, se apiñan y se amontonan unas sobre otras; pero a lo que se va a parar, en definitiva, es a que mediante un simple roce una antigua impresión latente y dormida, una simiente enterrada, implantada por la experiencia y luego olvidada, surge en un santiamén a la superficie —tal como un pez, de un solo «salto», se lanza hacia el incitante anzuelo— y allí recibe instantáneamente el rayo vivificador. Al menos yo recuerdo no haber sentido aquí duda alguna sobre nada ni nadie: la visión conservó hasta el final su desenvoltura y su atractivo, se redondeó con total confianza. Éstas son cuestiones de poca monta cuando los resultados son de poca monta; no obstante, casi cualquier acreditado y categórico acto de la imaginación es —supuesto el tipo de reminiscencias en que aquí me complazco— digno de conmemoración amorosa. Uno celebra, después del suceso, cualquier comprobado ejemplo de la independiente vida de la imaginación... sobre todo si

uno ha sido destinado básicamente a vivir de tal facultad. En ese caso uno *nunca* se desentiende de la cuestión de lo que ésta puede hacer por nosotros impulsada por mera beneficencia. Aparte lo cual, en relación con los pobres Moreen, aquí luchan por abrirse camino innumerables comentarios, como ya he señalado, todos ellos insistiendo idénticamente sobre su pertinencia. La propia aventura global de esta pequeña composición —pues cosas singulares habrían de sucederle, aun cuando la mayor parte de tales porfías no merezca ser consignada ahora— sería, en ocasión adecuada, cosa digna de rememorarse, moviéndose como servidor lo hizo, alrededor de ella, en apenas sé qué espeso y teñido aire de anécdota ligeramente empañada, de misteriosa asociación de ideas, de confusa historia accidental: un compuesto refractario al análisis, pero ciertamente, para un cronista social —en especial para cualquier estudioso de la copiosa caterva de leyendas sobre lo «cosmopolita»—, un jardín desaforado y enmarañado mas resueltamente explotable. ¿Por qué, extrañamente —éstas eran las incógnitas que se espesaban—, uno veía a los Moreen (a quienes sitúo en Niza, en Venecia, en París) como gente de la especial esencia de la pequeña y antigua, miscelánea y cosmopolita Florencia, la Florencia de otras edades, edades irrecuperables, agitado y empero conveniente escenario de una sociedad que ya se ha extinguido para siempre con todos sus decadentes fantasmas y sus frágiles reliquias, presencias inmateriales que francamente han cesado de revisitar (¡confíen en que se ha encargado de cerciorarse de ello la fina percepción de un viejo fabulista, de un viejo observador devoto!) vistas y paseos antaño sagrados y umbríos, mas ahora desnudos, yermos, despojados de su pasado e inamistosos hacia cualquier apreciación de éste?... a través de la cual los inconscientes bárbaros marchan con la regularidad y la indiferencia de unos «suministros» —u otras mercancías promiscuas— franqueados y expedidos.

Ellos, los queridos Moreen, nada tenían que ver con ese nefando periodo, apenas más de lo que yo, tan ocupado y encantado con ellos, pudiera estar humillantemente sujeto a él: todos éramos, ellos y yo, de una era y de una fe románticas mejores; nos sentíamos, con la mayor complacencia, pertenecientes a los años clásicos de la gran leyenda americano—europea, los años de las comunicaciones restringidas, de los contrastes gigantescos e inatenuados, de inéditas y prodigiosas aventuras. La relativamente breve pero infinitamente rica «saga» de todo el romance imbricado en las primeras, en las primerísimas reticencias y entusiasmos americanos (romance medieval en el sentido de pertenecer, como mucho, a mediados de siglo)[*], ¿a qué se asemeja hoy día salvo a una mina de oro abandonada y cegada, descoyuntada, *y* nunca más practicable?... *y* todo por falta de las adecuadas indicaciones para sondear, los adecuados útiles para cavar, sin duda incluso de los adecuados obreros, aquéllos con la tradición y la «disposición» adecuadas para la tarea. A los cándidos hijos de América, durante aquella edad dorada, en los países «antiguos» —en Asia y África al igual que en Europa—, parecen haberles sucedido las más extraordinarias cosas, cosas asombrosamente incongruentes e inverosímiles; pero ninguna de las historias de toda esa lista iba a encontrar su necesario intérprete, y nada es más probable que la posibilidad de que a estas alturas se haya perdido toda clave de interpretación. Las brochas gordas de los reporteros modernos, sujetas a mangos de escoba del tamaño de sus rascacielos, dejarían tristemente pringado el delicado pergamino de nuestra perdida crónica. Es patente que íbamos a desaprovechar, cuando menos, un vasto *corpus* de preciosas anécdotas, una larga galería

[*] Del siglo XIX, obviamente. (N. del T.)

de portentosos retratos, una hilera constituida por las más sorprendentes figuras en las más sorprendentes actitudes. Los Moreen eran, pues, de la familia de estos grandes precursores sin estudiar... aunque miembros pobres y harapientos, sin duda: especímenes tenues y sobreseídos. De hecho he de agregar que, tal como eran, o tal como incongruamente podían aparecérsele a la época presente, yo no pretendo haberlos «plasmado» de veras: todo cuanto he ofrecido en *El alumno* es la embarazosa visión que de ellos tiene el pequeño Morgan, tal como se refleja en la visión, asimismo considerablemente embarazosa, de su devoto amigo. La estructura de la obra puede así servir como ejemplo de la incorregible afición de su autor a los efectos de escalonamiento y superposición: de su amor, cuando se trata de una pintura, hacia cualquier cosa que contribuya a la presencia de proporciones *y* perspectivas, a ofrecer una visión de *todas* las dimensiones. Adicto a ver «a través de» —una cosa a través de otra, por consiguiente, y aun otras cosas más a través de *ésa*—, este autor recoge por el camino, demasiado avariciosamente quizá, en cualquier cometido, tantas cosas como le es posible. Es a causa de tal costumbre como incurre en el estigma de afanarse peligrosamente en busca de una cierta plenitud de verdad: verdad difusa, repartida y, por así decirlo, atmosférica.

La segunda en orden de estas ficciones habla por sí sola, me parece, con franqueza suficiente como para apenas necesitar de explicaciones ulteriores. Su origen está inscrito en ella de forma inconfundible, y la idea que pone en danza abunda tantísimo en una de las impresiones sobre Londres más comunes y consabidas, que en las mentes fértiles debe de haber florecido una y otra vez (supuesta la semilla de la observación) alguna situación, experimentalmente ideada, semejante a la de *En la jaula*. Para mí ésta se había convertido, en cualquier caso, en una vieja historia para la época (1898) en que la embutí en esta forma concreta. Las oficinas de correos y telégrafos en general, y particularmente la pequeña oficina local situada en la inmediata vecindad de un servidor —escenario de la transacción de tantos de los asuntos cotidianos de éste, referencia constante de sus necesidades y sus deberes, de sus afanes y sus paciencias, casi de sus satisfacciones y sus decepciones, de sus gozos y sus pesares—, siempre habían tenido, a mi sentir, tantísimo que ofrecer de Londres, tantísimo que contar de la inmensa y perpetua historia de la prodigiosa ciudad, que cualquier espera momentánea en ellas parecía tener lugar dentro de un fuerte torbellino social, la más recia posible de las brisas de la comedia humana. Naturalmente un servidor tenía a ese respecto su punto especial de cita: la oficina más próxima a su domicilio, en la que hasta cierto grado había llegado a disfrutar de los frutos de la frecuentación y de las amenidades del trato. Había crecido así, para la reflexión —proclive como siempre ha sido a esta forma de dispendio la mente de uno—, el tema de lo que podía «significar», dondequiera que este admirable servicio público estuviese instalado, para los constreñidos y entumecidos y no obstante considerablemente aleccionados jóvenes empleados de ambos sexos, el tener a su libre disposición, intelectivamente hablando, una gama de experiencias que de otra forma les habría estado vedada. Una vez que brotó la chispa, este intríngulis se convirtió en una distracción, u obsesión, como otra cualquiera, aun cuando de hecho no cayera, incluso en el mejor de los casos, no hay duda, sino dentro del sumamente vasto abismo de todos los intríngulis que despuntan para el estudioso de las grandes urbes. Desde el momento en que éste es un estudioso, o sea el más perseverante de los críticos, inevitablemente su peligro es el de atribuirles a demasiadas personas que no son él, a diestro y siniestro, el impulso crítico y la visión más incisiva... pues mucho puede llegar a costarle enterarse de que la gran

mayoría de la humanidad, probablemente debido al más sano de los instintos, se confabula para defenderse a muerte contra cualquier semejante viciación de su simpleza. Criticar consiste en valorar, en asimilar, en tomar posesión intelectual, en establecer en definitiva una relación con la cosa criticada y apropiarse de ella. Un apetito intelectual dilatado se proyecta así sobre muchos objetos, mientras que uno restringido —que no es que se halle mejor informado, sino que sencillamente no siente conciencia alguna de una necesidad de información— se proyecta sobre pocos.

Es, pues, admirable el instinto económico del apetito intelectual restringido: no siente curiosidad por nada que no le parezca de vital importancia. Puede ocurrir que una persona se muera de hambre en Londres, es claro, sin hallarle importancia alguna a una teoría sobre la distribución más equitativa de los víveres... lo cual además es exactamente lo que por lo visto hacen cada año miles de sujetos no especulativos. Su ejemplo viene bastante al caso, en vista de todas las complicaciones inútiles que se ahorran; pero extrañamente, en última instancia, no deja tranquilo al «artista», al intelecto morboso. Esta irreflexiva, esta ociosa cualidad no para de abundar en preguntas, ni de suministrar respuestas a tantas de ellas como sea posible; todo lo cual constituye una enorme actividad para tratarse de una cualidad ociosa. A la fantástica escala en que, en condiciones favorables, tal facultad puede ponerse en marcha, a las actividades que puede llevar a cabo cuando a las condiciones favorables les da por despuntar en el barrio de Mayfair o en el de Kensington, bien puede parecer un adecuado monumentito nuestro retrato de la enjaulada telegrafista. En realidad la composición que ante nosotros tenemos da cuenta bastante claramente, me parece a mí, sobre la historia de su crecimiento; y probablemente se le encontrará pertinencia a cualquier moraleja que de ella pueda desprenderse —con lo cual me refiero a cualquier moraleja que del impulso de haberla plasmado pueda desprenderse— referida al vicio de fomentar sutilezas irrazonables en las almas simples y desembolsos temerarios en las frugales. El asunto retorna así, me temo, ni más ni menos que al irreprimible e insaciable, extravagante e inmoral interés que este autor siente hacia la naturaleza de las personas y hacia las «características» de una mente, casi de cualquier mente que el proceloso mar de su proyecto pueda arrojar... respecto de lo cual estos comentarios ya han incluido, a propósito de otros ejemplos, sus excusas; todo ello sin perjuicio de otras penitencias y viacrucis que aún amenizarán nuestro camino. El tipo de especulatividad atribuido en nuestro relato a la muchacha empleada en la tienda de Cocker, en esencia poco difiere del caviloso hilo en que las perlas de la experiencia de Maisie —perlas de tan singular iridiscencia—, en este mismo tomo, están ensartadas en su mayoría. Ella especula, por decirlo llanamente, muy de análogo modo a como especula Morgan Moreen; y todos ellos especulan, si a eso vamos, muy de análogo modo a como lo hace en *La princesa Casamassima* nuestro portentoso pequeño Hyacinth, intoxicado como lo hemos visto hasta la médula por el hábito de reaccionar intelectivamente ante las cosas que lo circundan y tambaleándose francamente bajo el peso de las apropiaciones, como las he denominado, que le debe al espíritu crítico. El, el desdichado Hyacinth, se desploma, al igual que un ladrón nocturno, sobrecargado de joyas de la reflexión y de tesoros de la pasión cuyo origen, en su indigencia y desconcierto, no está honradamente en condiciones de explicar.

En buena medida es de ese mismo modo, lo vemos al analizarlo, como sucumbe Morgan Moreen: en realidad su carga no es tan pesada, pero sus energías se encuentran desarrolladas en grado mucho menor. Bastante curiosamente, los dos pequeños espíritus

femeninos de este grupo logran aguantar más que los de sus dos hermanos; pero naturalmente la observación justa acerca de todas estas pequeñas vidas mostradas es que, tanto en las piezas más largas como en las más cortas, resultan activamente, resultan lujosamente vividas. Su lujo es el de su número de estremecimientos internos, casi ilimitado (no el de su cuenta en la tienda de ultramarinos): cualquiera que sea éste, de todas formas, a todos ellos los vuelve, como ejemplos y «casos», raros. Es posible que en realidad mi calenturienta telegrafista sea, en razón de su ingenio, apenas más concebible que deseable; y sin embargo, aun suponiendo que con ella yo no haya logrado sino lanzar una calumnia, se la mire por donde se la mire, contra una respetable corporación, de todos modos creo que ya es algo haber puesto en guardia a dicha corporación, aun bastante sibilinamente, contra curiosidades no toleradas y ocasiones no intuidas. Mi espíritu protagonista, en la narración, es, desde el punto de vista de la verosimilitud, lo admito, una energía intuitiva en exceso ardiente; pero sin un tal exceso los fenómenos relatados habrían carecido de su principio de cohesión. La acción del drama consiste sencillamente en la aventura «subjetiva» de la muchacha, la de su incontestablemente alado entendimiento; al igual que el desenlace, que la solución, también está en dependencia de su alado ingenio. ¿Por qué, empero, habría yo de incluir más aclaraciones... a cuenta de tratarse de un caso que, por modestamente que parezca hacer acto de presencia, sin embargo llega a embarullarnos de tal modo? De una cadena de sucesos embrollada por las aportaciones de un alado ingenio —lo cual es aquí el caso, como digo, confesamente— se espera, por lo general, infiero, que me obliga a ofrecer unas aclaraciones argumentales completas. Mas yo me hurto de tal empresa, y a cambio me cobijo, por un instante, en una licencia mucho más holgada.

Cuando hablo, como hace un momento, de la *acción* incluida, en cada ocasión, en estas narraciones tan «reposadas», es bajo una renovada conciencia del inveterado instinto con que éstas se pliegan sin cesar a la ley de la construcción «por escenas». Se conducen exactamente —se empeñan en hacerlo, es decir, siempre que tienen la oportunidad— como pequeñas obras teatrales autónomas, pequeñas exhibiciones fundadas en la lógica de una «escena», en la unidad de una escena, en la consistencia escénica en general, y que apenas paran mientes en otra cosa. Leerlas de nuevo ha sido hallarlas irreprochables en este aspecto. El método se reitera y se sucede, moviéndose a la luz del criterio que ha adoptado de una vez por todas. Estos refinados distingos sobre la forma literaria parecen considerarse ajenos a la misión de la crítica: escasa referencia a ellos recuerdo haber hallado a lo largo de mi vida; es indudable que de otro modo no me habrían salido al paso semejantes sorpresas de la relectura, semejantes rescates de antiguos propósitos fundamentales, semejantes momentos de discernimiento casi espantosamente solitario. Para mí, de cualquier manera, repasar las páginas que aquí se han congregado ha equivalido a contemplar el método escénico en funcionamiento. El tratamiento escénico se repite regularmente, bastante rítmicamente: los intervalos entre medias —la conformación de los elementos a otro diferente efecto y bajo otra ley bien distinta— resultan, de este modo, totalmente preparatorios, así como en sí mismos los pasajes escénicos se vuelven, llegado el momento, ilustrativos, dedicándose cada uno de estos estilos, fieles a su cometido, a retomar el tema de manos del otro de forma muy similar a como los violines, en una orquesta, recogen el tema de manos de los trombones y de las flautas, o los instrumentos de viento de las de los de cuerda. Empero, el quid está en que los pasajes escénicos sean *total y* coherentemente escénicos, teniendo como

criterio de armonía el principio de «conducta», o sea de desarrollo orgánico, de una escena: esa completa sucesión de valores que sólo florecen y dan fruto en tierra sólidamente dispuesta especialmente para ellos. La gran ventaja con vistas al efecto global consiste en que advertimos, gracias a esta nítida alternancia, cómo el tema *está* siendo tratado. Es decir, lo advertimos si, a este complicador respecto, sentimos algún interés. Realmente, no debería seguir conduciéndome como si tal fuera el caso de un buen número de lectores.

Henry James

LO QUE MAISIE SABIA

El litigio había parecido interminable y de hecho había sido complicado; pero por una sentencia en segunda instancia quedó ratificado el dictamen del tribunal de divorcios en lo tocante a la custodia de la niña. El padre, que, aunque enlodado de pies a cabeza, había conseguido que se fallara a su favor, fue designado, en razón de su triunfo, para hacerse cargo de la custodia: no era tanto que la reputación de la madre hubiese resultado más absolutamente deteriorada cuanto que en el resplandor del cutis de una dama (y el de esta dama, entre el tribunal, había sido ampliamente comentado) las manchas podían resaltar más claramente por contraste. Empero, agregada a la segunda sentencia había una cláusula que mermaba, a ojos de Beale Farange, su deleite: la orden de reembolsarle a su exmujer las dos mil seiscientas libras que hacía unos tres años ella había soltado, como se lo denominó, para la crianza de la niña y precisamente entendiéndose —tal como quedó probado— que él se abstendría de iniciar trámites de divorcio: una suma de la que él había dispuesto y de la que no estaba en condiciones de rendir la menor cuenta. Para el resentimiento de Ida no fue pequeño bálsamo la obligación así impuesta sobre su adversario: extrajo parte del aguijón de su derrota y manifiestamente obligó al señor Farange a bajar la cresta. A éste le fue imposible rescatar el dinero o conseguir un empréstito en modo alguno; conque tras una disputa apenas menos pública y apenas más educada que el primer enfrentamiento, la única salida que él le vio a su atolladero fue un acuerdo propuesto por sus propios asesores legales y finalmente aceptado por los de ella.

La deuda le fue condonada merced a este acuerdo y la niña fue repartida siguiendo un método digno del tribunal de Salomón. Se la dividió en dos y las dos mitades se repartieron equitativamente entre los disputantes. La tendrían consigo, por turnos, seis meses cada uno: la niña pasaría la mitad del año con cada uno de ellos. Esto pareció una extraña resolución judicial a ojos de aquéllos que aún estaban parpadeando ante la feroz luz arrojada desde el tribunal: una luz a la cual ninguno de los dos progenitores había figurado en absoluto como un ejemplo edificante para la infancia y la inocencia. Lo que se habría podido esperar después de las pruebas aportadas habría sido la designación, *in loco parentis*, de alguna idónea tercera persona, algún amigo respetable o por lo menos presentable. Por lo visto, empero, el círculo de los Farange había sido rastreado en vano en busca de tal adorno; conque la única solución que al final pudo allanar todas las dificultades fue, exceptuando ingresar a Maisie en un orfanato, la repartición del ejercicio de la tutela de la forma que ya he constatado. Había más motivos para que sus padres

convinieran en esto de lo que nunca los había habido para que convinieran en ninguna otra cosa; y ahora con la ayuda de la niña ambos se disponían a disfrutar de la distinción que siempre aguarda a una vulgaridad suficientemente atestiguada. La ruptura había gozado de bastante eco, y después de haber formado juntos una pareja de todo punto insignificante, separados iban a volverse decididamente notables. ¿Acaso no habían producido una impresión que justificaba que la gente esperara encontrar en la prensa llamamientos para rescatar a la pequeña: una reverberación, entre un público vocinglero, de la idea de que debía emprenderse alguna movilización o de que alguna persona bondadosa debía salir al frente? De hecho una buena mujer dio uno o dos pasos al frente: estaba lejanamente emparentada con la señora Farange, a quien le propuso que, dado que en su propia casa ya tenía niños y niñeras que los cuidaran, la dejaran llevarse a su hogar a la manzana de la discordia y, permitiéndole así hacerse cargo, relevar de sus obligaciones a uno de los padres por lo menos. Esto siempre representaría, para Maisie, tras sus ineludibles seis meses con Beale, un mayor cambio de atmósfera.

—¿Un mayor cambio de atmósfera? —exclamó Ida—. ¿Para ella no será suficiente cambio de atmósfera pasar de ese bruto inmundo a la persona que más lo aborrece sobre esta tierra?

—No, porque lo aborreces tantísimo que siempre estarás hablándole de él a la niña. Lo impondrás a su atención hablando mal de él todo el rato. La señora Farange se quedó pasmada:

—Hazme el favor: ¿es que entonces no he de hacer nada para contrarrestar las canallescas barbaridades que él le dirá *de mi?*

Por un instante, la buena mujer guardó silencio: ese silencio constituyó una lúgubre censura contra semejante punto de vista.

—¡Pobre ricura! —exclamó finalmente, y estas palabras fueron un epitafio para la tumba de la infancia de Maisie. Se la abandonó a su destino. Lo que a cualquier espectador se le aparecía claro era que el único vínculo que la unía con cada uno de sus progenitores era esta deplorable circunstancia de que ella fuera un recipiente muy a propósito para la amargura, una honda tacita de porcelana donde podrían mezclarse ácidos corrosivos. Habían solicitado su custodia no por ningún bien que pudieran hacerle, sino por todo el mal que podrían, con la inconsciente ayuda de ella, hacerse el uno al otro. Ella estaría al servicio de su mutua rabia y sellaría su venganza, pues marido y esposa habían salido golpeados por igual por la pesada mano de la justicia, la cual no había atendido en último término las indignadas peticiones de ninguno de los dos cuando exigieron, como ellos decían, el todo. Si cada uno iba a recibir sólo la mitad, eso parecía implicar que ninguno de ellos era tan vil como el otro afirmaba, o, expresado de otro modo, los presentaba a ambos como rematadamente malvados, ya que no eran mejores que el oponente. La madre había deseado impedirle al padre, en sus propias palabras, «siquiera mirar» a la niña; el alegato del padre había sido que el más leve contacto con la madre era «pura corrupción». Tales eran los contradictorios principios en que iba a ser educada Maisie; debería conciliarlos como mejor pudiera. Nada habría podido resultar más conmovedor en los inicios que su incapacidad de sospechar el calvario que aguardaba a su pequeña alma sin tacha. Personas hubo que se horrorizaron al pensar en cómo se combinarían para tratar de moldearla las dos personas encargadas de su custodia: de antemano nadie podía imaginarse que fueran capaces de moldear algo que no fuera perverso.

Era ésta una alta sociedad en que la gente en su mayor parte estaba ocupada tan sólo en chismorreos, mas la desunida pareja tenía por fin razones para esperarse una época de dilatada actividad. Afilaron sus espadas, tenían la sensación de que la pelea no había hecho más que comenzar. De hecho, se sentían más casados que nunca, toda vez que lo que para ellos había supuesto principalmente el matrimonio había sido una ininterrumpida oportunidad de pelear. Ya anteriormente se habían decantado «bandos», y ahora se decantaron más que nunca; también para los partidarios de uno u otra se ampliaron las perspectivas, en la apetecible forma de una superabundancia de material para verbosas conversaciones. Los muchos amigos de los Farange se reunían para diferir acerca de éstos; entre tazas de té y cigarros las disensiones reverdecieron. Todo el mundo estaba siempre contándole alguna cosa sumamente escandalosa a todo el mundo, y nadie se habría sentido contento si nadie se hubiera sentido indignado. La pareja parecía suscitar en sociedad una atracción que exclusivamente dejaba de cumplirse en lo concerniente a sus relaciones mutuas: realmente significaba mucho poder decir en favor de Ida que nadie excepto Beale anhelaba su sangre, y en favor de Beale que si alguna vez le arrancaban los ojos sólo su mujer podría ser la autora del hecho. Se estimaba comúnmente, para empezar, que ambos eran extraordinariamente bien parecidos (verdaderamente, no se los había analizado hasta sus esencias más profundas). Sumaban entre los dos, por ejemplo, unos tres metros setenta de estatura, y nada se controvertía más que la parte que a cada cual le correspondía de aquella suma. La única mácula en la belleza de Ida era una longitud y alcance de brazo que tal vez era la causa de que muy a menudo hubiera logrado derrotar a su exmarido jugando al billar, un deporte en el cual ella mostraba una supremacía que era el principal origen, según afirmaba ella misma, de ese resentimiento de Beale que se había expresado en actos de violencia fisica. El billar era el terreno donde Ida había llevado a cabo sus mayores logros y el primer mérito que se le atribuía al hablar de ella. A despecho de sus notables curvas, todo lo que había en ella que habría podido ser voluminoso y que en otras mujeres resulta beneficioso por su exuberancia era, con una unica excepción, admirado y comentado por su menudez. Esa excepción eran sus ojos, que habrían podido limitarse a ser de tamaño reglamentario, pero que sobrepasaban una natural modestia; su boca, por otra parte, apenas era perceptible, y se hacían numerosas conjeturas sobre el diámetro de su talle. Era una persona que, cuando salía —y siempre estaba saliendo—, producía en todas partes la sensación de que ya se la había visto con frecuencia, inclusive la sensación de que ya se la había visto en exceso, de suerte que habría resultado más bien vulgar, en los lugares habituales, pararse a mirarla con admiración. Eso sólo lo hacían los extraños; pero éstos, para diversión de los íntimos, lo hacían en demasía: era un modo inevitable de delatar su poca experiencia. Al igual que su marido, ella sabía llevar su atuendo, lo llevaba de la misma manera que un tren lleva pasajeros: se sabía de gente que comparaba el gusto de ambos y discutía sobre la disposición de los componentes del atavío de cada uno, aunque en conjunto propendían a encomiar a Ida por ir menos abarrotada, especialmente de joyas y flores. Beale Farange poseía ornamentos naturales: constituía una especie de prenda su copiosa barba rubia, bruñida como un peto de oro, así como el perpetuo brillo de aquella dentadura que sus largos bigotes habían sido amaestrados para no ocultar y que le daba, en cualquier situación imaginable, una pinta de alegría de vivir. En su juventud había sido encaminado hacia la carrera diplomática y destinado por poco tiempo, sin sueldo, a una legación que lo habilitaba para a menudo decir en la actualidad: «En *mi* época en Oriente...»; mas

extrañamente la historia moderna había prescindido de él, lo había rebasado velozmente y lo había dejado varado a perpetuidad. en Piccadilly. Todos conocían el montante de su patrimonio: sólo dos mil quinientas libras. A la pobre Ida, que lo había derrochado todo sin ton ni son, ahora no le quedaba más que su carruaje y su tío paralítico. Se rumoreaba que este viejo idiota, como se lo llamaba, tenía un montón de dinero escondido en algún cajón. El sustento de la niña estaba asegurado gracias a una perspicaz madrina: una difunta tía de Beale que le había legado a aquélla una cierta cantidad con unas condiciones tales que los progenitores no podían poner las manos sino sobre los intereses.

1

El sustento de la niña estaba asegurado, pero la nueva situación le resultó irremediablemente desconcertante a la mente de una cría intensamente consciente de que algo había acontecido que debía de ser muy trascendental y expectante observadora de las consecuencias de una causa tan grande. Iba a ser el destino de esta paciente niña ver mucho más de lo que al principio entendió, pero asimismo incluso desde el principio entender mucho más de lo que acaso cualquier otra niña, por paciente que fuese, jamás hubiera entendido anteriormente. Sólo el chico del tambor en una balada o un cuento habría podido hallarse hasta el mismo grado en medio del fragor del combate. Fue tomada como confidente de pasiones en las que fijó exactamente la misma mirada curiosa que les habría consagrado a figuras que brincaran de un extremo a otro de la pantalla de una linterna mágica. Su pequeño mundo fue fantasmagórico: extrañas sombras que danzaban sobre una sábana. Fue como si todo el espectáculo se ofreciese sólo para ella: para una niñita medio aterrorizada en el interior de un gran teatro oscuro. En resumidas cuentas, se la inició en la vida con una generosidad que fue consecuencia del egoísmo ajeno, y no hubo nada que lograra impedir el sacrificio excepto el candor de su corta edad.

La primera temporada la pasó con el padre, quien lo único que le ahorró fue la lectura de las descarnadas misivas que a ella le enviaba la madre: él se limitaba a enseñárselas y a agitarlas ante ella, mientras dejaba ver su dentadura, y luego a divertirla con la forma como las lanzaba con infalible puntería, desde la otra punta de la habitación, al fuego de la chimenea. Incluso en aquellos momentos, no obstante, experimentaba ella una angustiada premonición de fatiga, un culpable sentimiento de no estar a la altura de las circunstancias, porque se dejaba fascinar por la violencia con que los rígidos sobres no abiertos, cuyos enormes monogramas —Ida estaba erizada de monogramas— le habría gustado examinar, silbaban, cual peligrosos proyectiles, cortando el aire. La consecuencia mayor de la gran causa fue un aumento de la importancia que a ella se le atribuía, y que a ella se le hizo patente primordialmente en el mayor desparpajo con que era tratada, llevada de un lado para otro *y* besada, *y* en la simpatía proporcionalmente mayor que se veía obligada a mostrar. Sus rasgos se habían vuelto extrañamente populares: los pellizcaban sin parar los caballeros que acudían a visitar a su padre, que siempre estaban fumando cigarrillos cuyo humo le daba de lleno a ella en la cara. Algunos de dichos caballeros la hacían prender cerillas y encenderles los cigarrillos[*]; otros, sentándola sobre

[*] En aquella época ésta era una estratagema habitual que empleaban para seducir a los hombres las damas de vida licenciosa. Pintándolos como obligando a Maisie a hacerles ese juego, Henry James parece

unas rodillas que subían y bajaban inesperadamente, le apretujaban las pantorrillas hasta que ella gritase —su forma de gritar era muy admirada— y se las criticaban comparándolas con palillos de dientes. Esta comparación se le quedó grabada y contribuyó a que desde este momento le pareciese que ella andaba escasa de algo que satisfaría las expectativas generales. Al final descubrió de qué se trataba: se trataba de la ingénita tendencia a la segregación de una sustancia a la que Moddle, su niñera, asignaba un nombre breve y antipático, un nombre penosamente asociado, a la hora de la comida, con esa parte de los filetes que a ella le desagradaba. Maisie ya había dejado atrás la etapa en que no tenía que satisfacer expectativas ajenas, al menos ninguna excepto las de Moddle, quien, en los Jardines de Kensington, siempre estaba sentada allí en el banco cuando ella regresaba para preguntar si se había ido a jugar demasiado lejos. Las expectativas de Moddle habían consistido sencillamente en que ella no hiciera tal cosa, y para ella había resultado tan fácil satisfacerlas que las únicas sombras de aquella gran felicidad habían sido los momentos en que se había puesto a pensar qué habría sido de ella si alguna vez, cuando regresaba corriendo, no se hubiera encontrado a Moddle sentada en el banco. Todavía continuaban yendo a los jardines, pero incluso allí se había operado ahora un cambio: se sentía impelida a observar constantemente las piernas de los otros niños *y* niñas *y* a preguntarle a su niñera si las de *ellos* eran como palillos de dientes. Moddle era enormemente sincera; siempre contestaba: «¡Ah querida, nunca encontrarás otro par como las tuyas!» Parecía estar relacionado con alguna otra cosa el hecho de que a menudo Moddle agregase: «Estás empezando a sentir la desazón, eso es lo que pasa; y en el futuro aún la sentirás más, ¿sabes?»

Conque desde el principio Maisie no sólo la sintió, sino que además supo que la sentía. Parte de la desazón era consecuencia de que su padre le dijese a ella misma que él la sentía también, y de que le dijese a Moddle, en su presencia, que una de sus obligaciones era hacer que la niña tomara conciencia de que así era. Ella estaba ya familiarizada, a sus seis años, con la idea de que todo había cambiado a causa de ella, de que todo había sido dispuesto para permitirle a su padre consagrarse enteramente a ella. Iba a recordar siempre las palabras con que Moddle le inculcó que su padre se consagraba a ella hasta ese punto: «Tu papá quiere que no olvides nunca, ya lo sabes, que por tu causa ha tenido que renunciar a muchas, muchísimas cosas.» Aunque la piel de la cara de Moddle tenía a ojos de Maisie el aspecto de estar indebidamente, casi dolorosamente estirada, nunca presentaba tantísimo dicha apariencia como cuando Moddle pronunciaba, como a menudo tenía ocasión de hacerlo, aquellas palabras. La niña se preguntaba si aquellas palabras no harían que a Moddle le doliera la cara más de lo habitual; pero fue únicamente con el transcurso del tiempo cuando fue capaz de añadir al cuadro de los sufrimientos de su padre, y más especialmente al aspecto que ofrecía su niñera al referirse a éstos, la explicación que aquellas cosas demandaban. Para cuando Maisie se volvió más aguda, como solían expresarlo los caballeros que habían criticado sus pantorrillas, encontró en su mente una colección de imágenes y ecos a los que ahora pudo atribuir explicaciones: imágenes y ecos archivados en la oscuridad de la infancia, en el armario tenebroso, en las gavetas superiores, como juegos para los cuales no hubiese estado suficientemente preparada en su momento. Por el momento la gran desazón se la producía el tratar de encontrarles pies y cabeza a las cosas que su padre decía sobre su madre: cosas, por lo demás, que Moddle, tras una simple ojeada, y cual si se tratara de

---

querer presentar a los amigos de Beale Farange como casi pederastas. (N. del T.)

juguetes complejos o libros difíciles, en su mayoría le quitaba inmediatamente de las manos y guardaba en el armario. Un extraordinario surtido de objetos de esta índole terminaría ella encontrándose allí en el futuro, todos revueltos asimismo con las cosas, amontonadas en el mismo receptáculo, que su madre había dicho sobre su padre.

Maisie recibió la información de que un día determinado, que cada vez se aproximaba más, su madre se presentaría en la puerta a recogerla, y esto habría ensombrecido todos aquellos días si la ingeniosa Moddle no le hubiese apuntado en un papel y con letras muy grandes y fáciles los muchísimos placeres de que ella iba a disfrutar en la otra casa. Tales promesas iban desde «el profundo cariño de una madre» hasta «un rico huevo escalfado a la hora del té», pasando por la perspectiva de poder quedarse levantada hasta muy tarde para ver a la dama en cuestión, con sedas y terciopelos y diamantes y perlas, ataviada para salir; de modo que para Maisie fue una auténtica ayuda, al llegar el gran momento, sentir cómo, merced a los buenos oficios de Moddle, le era introducido en el bolsillo aquel papel y allí su propia mano lo asía fuertemente. El gran momento iba a dejarle a ella un vívido recuerdo, el de un extraño arrebato en el salón por parte de Moddle, quien, como réplica a algo que acababa de decir su padre, exclamó a gritos:

—¡Debería usted avergonzarse de sí mismo por completo; debería ruborizarse, señor, de su proceder!

El carruaje, con su madre dentro, esperaba a la puerta; un caballero que se hallaba en el salón, que siempre se hallaba en el salón, se carcajeó con risotadas; su padre, que a ella la había tomado en brazos, le dijo a Moddle:

—¡Mi querida mujer, voy a meterla *a usted* en cintura dentro de un momentito! —Tras lo cual repitió, dejando ver la dentadura ante Maisie mas que nunca mientras abrazaba a ésta afectuosamente, las palabras por las cuales lo había recusado la niñera. En aquel momento Maisie no fue tan enteramente consciente de las mismas cuanto del portento que constituía la súbita falta de respeto y el acalorado semblante de Moddle; mas fue capaz de recordarlas al cabo de cinco minutos cuando, ya en el carruaje, su madre —toda besos, cintas, ojos, brazos, sonidos extraños y perfumes deliciososle dijo:

—Y ¿no le envía tu infrahumano papá, precioso ángel mío, algún mensaje a tu amorosa mamá?

Fue entonces cuando Maisie se percató de que las palabras dichas por su infrahumano papá habían sido recogidas, pese a todo, por sus infantiles y desconcertados oídos, de los cuales, ante la solicitud de su madre, pasaron directamente, con su clara voz aguda, a sus infantiles y candorosos labios:

—¡Me mandó decirte de su parte —informó con fidelidad— que eres una puerca repugnante y asquerosa!

2

En esa intensa conciencia de lo inmediato que es la mismísima esencia de una mente infantil, el pasado, en toda ocasión, se convertía para ella en algo tan borroso como el futuro: ella se abandonaba a lo presente con una buena fe que habría podido parecerles enternecedora a ambos progenitores. Por toscas que fueran las previsiones de éstos, al principio se habían visto confirmadas por los hechos: ella fue la pequeña pelota de tenis que constantemente podían estar arrojándose con ferocidad el uno al otro. Las maldades

que ellos tenían la facultad de pensar o de fingir que pensaban acerca del otro, las escanciaban en el alma honesta y atónita de ella como en un recipiente sin fondo, y cada uno de ellos tenía la conciencia indudablemente tranquilísima en lo relativo a su deber de mostrarle a Maisie la cruel verdad que debía constituir la salvaguarda de ella contra el otro. Ella se hallaba en la edad en que todas las historias son ciertas y todas las ideas son historias. La de cada momento era la auténtica, sólo la presente era vívida. Sin ir más lejos, la intimación que ideó su madre en el carruaje después de que ella hubiera cumplido fielmente el encargo de su padre, fue un mensaje que quedó depositado en su memoria con el sonido seco con que cae una carta en un buzón. Y al igual que una carta, le fue entregado a su debido tiempo, como parte del contenido de una saca postal bien repleta, a su destinatario. En presencia de aquellos desahogos, después de que ya llevaran así un par de años, a veces los conocidos de ambos adversarios sentían que algo debía llevarse a cabo en pro de lo que denominaban «el verdadero bien (ya me entiende usted)» de la niña. Lo único que se llevó a cabo, empero, en conjunto, tuvo lugar cuando fue comentado con un suspiro que por fortuna ella no vivía todo el año en el sitio donde diera la casualidad de que se encontrara en aquel desdichado instante, y que, por ende, fuese por suprema astucia o por suprema estupidez, ella no parecía enterarse de lo que ocurría.

La teoría de la estupidez de ella, subscrita por sus padres andando el tiempo, correspondió a un gran momento de su pequeña vida tan queda: al de la completa percatación, íntima pero concluyente, del extraño oficio que ella desempeñaba. Fue literalmente una revolución moral y se produjo en lo más profundo de su naturaleza. Las rígidas muñecas de los estantes tenebrosos comenzaron a mover los brazos y las piernas: antiguas formas y fases comenzaron a tener para ella un sentido que la aterrorizó. Ella conoció una sensación nueva: la sensación del peligro; ante la cual surgió un remedio nuevo para hacerle frente: la idea de una vida interior o, en otras palabras, la oportunidad de ocultarse. Coligió mediante señales imperfectas, pero con un espíritu prodigioso, que ella había sido un depósito del odio y una mensajera del insulto, y que si todo iba mal era porque ella había sido utilizada para que así fuera. Sus abiertos labios se cerraron apretadamente con el firme propósito de no volver a dejarse utilizar. Lo olvidaría todo, no repetiría nada, y cuando, como tributo a la consumada puesta en práctica de su método, empezaron a llamarla pequeña idiota, degustó un placer nuevo e intenso. Cuando consiguientemente, conforme fue creciendo, en sus propias narices sus padres proclamaban por turno que se había vuelto escandalosamente dura de mollera, aquello no era producto de ninguna disminución auténtica de la pequeña corriente de la vida de la niña. Ella les arruinó la diversión, pero a cambio era ella quien la experimentaba. Cada vez entendía más: llegó a entender demasiado. Fue la señorita Overmore, su primera institutriz, quien en una ocasión trascendental sembró la semilla del secretismo de Maisie: la sembró no mediante algo que dijese, sino mediante un simple gesto de esos hermosos ojos suyos que Maisie ya admiraba desde hacía tiempo. Moddle se había convertido a estas alturas, después de varias alternancias de residencias de las que la niña no guardaba un recuerdo preciso, en una imagen vagamente momificada en la remembranza de hambrientas ausencias súbitas de la habitación de la niña y de embarazosas equivocaciones en el abecedario, tristes momentos de turbación, en particular, cuando se instaba a Maisie a reconocer algo que su niñera describía como «la importantísima letra hache». La señorita Overmore, por hambrienta que se sintiera, jamás se ausentaba de la habitación de la niña; de alguna forma ello la emplazaba en una categoría superior, y tal

superioridad se veía confirmada por una hermosura que Maisie suponía extraordinaria. La señora Farange había descrito a la institutriz como casi demasiado guapa, y alguien había preguntado que qué más daba aquello ahora que Beale ya no vivía allí.

—Con Beale o sin él —la había oído contestar Maisie—, yo seguiría manteniéndola conmigo porque es una verdadera dama, aunque rematadamente pobre. Son bastante buena gente, pero son siete hermanas en la casa. Me pregunto adónde ha ido a parar la sensatez de las personas.

Maisie ignoraba el paradero de la sensatez de las personas, pero bastante pronto supo muy bien los nombres de todas las siete hermanas: era capaz de recitarlos con bastante más soltura que la tabla de multiplicar. Cavilaba en privado, ítem más, aunque nunca llegara a indagar sobre la cuestión abiertamente, acerca de la referida rematada pobreza, de la cual tampoco hablaba nunca su compañera. De cualquier forma la comida siempre hacía acto de presencia merced a leyes misteriosas: la señorita Overmore no se ponía nunca, como sí se lo había puesto Moddle, un delantal, y cuando comía alzaba el tenedor manteniendo el dedo meñique ligeramente extendido. La niña, que la observaba atentamente en numerosas circunstancias, la observaba especialmente en ésta. Y le decía a menudo: «Me pareces preciosa»; ni tan siquiera mamá, que también era preciosa, sabía manejar el tenedor con tanto donaire. Maisie asociaba aquella presencia más atractiva dentro de su hogar con que ahora ella era «más mayor», sabiendo por descontado que las institutrices eran únicamente para las niñas pequeñas que no eran, como decía ella, «realmente» pequeñas. Sabía también vagamente, de algún modo, que el futuro iba a ser aún mayor que ella misma, y que parte de lo que lo volvería así era el número de institutrices que acechaban en él y que luego irían a esfumarse oportunamente. Todo lo que había sucedido cuando ella era realmente pequeña yacía ahora en la sombra, todo excepto la firme certidumbre, inculcada desde largo tiempo atrás por Moddle, de que el natural modo de que una niña se relacionara con sus padres era por separado y por turnos, como ocurría en las relaciones de una niña con el filete *y* el postre o el baño *y* el sueño.

—¿Él *sabe* que miente? —fue lo que Maisie le preguntó alegremente a la señorita Overmore en la ocasión que iba a conducir tan súbitamente a un cambio en su propio modo de encarar la existencia.

—¿A quién te refieres? —dijo la señorita Overmore mirándola desconcertada; se había calzado una media en la mano y estaba remendándola con una aguja que en el acto detuvo suspendida en el aire. Su labor era humilde, pero sus movimientos, como todos los que hacía, estaban llenos de gracia.

—Pues a papá.

—¿Dices que «miente»?

—Es lo que dice mamá que debo decirle: «Que miente y que sabe que miente.» —La señorita Overmore se acaloró visiblemente, aunque se rió a carcajadas hasta el punto de echar la cabeza hacia atrás; luego volvió a ponerse a remendar la media contra su cubierta mano con ademanes tan enérgicos que Maisie no se explicó cómo podía resistir los pinchazos—. *¿Debo* decírselo? —redundó la niña. Fue entonces cuando su compañera le habló con el lenguaje inequívoco de un par de ojos de un profundo gris oscuro. «No puedo contestar que no —respondieron esos ojos de la forma más nítida posible—; no puedo contestar que no porque me da miedo tu mamá, ¿no te das cuenta? Y sin embargo, ¿cómo podría contestar que sí después de que tu papá se haya mostrado tan atento conmigo, hablándome tanto rato el otro día, sonriendo y exhibiendo para mi placer

aquella hermosa dentadura cuando nos lo encontramos en Hyde Park, aquella vez que, regocijándose nada más vernos, abandonó a los caballeros con quienes estaba conversando *y* se nos acercó *y* nos acompañó, permaneciendo con nosotras media hora?» A la luz de los preciosos ojos de la señorita Overmore el episodio retornó extrañamente a la memoria de Maisie con un encanto que el episodio no poseyera cuando se produjo, y ello pese a que, después de concluido, su institutriz no había aludido a éste salvo una única vez. Camino de casa, una vez que papá se hubo despedido de ellas, la señorita Overmore había expresado su esperanza de que la niña no comentara aquello delante de mamá. A Maisie le agradaba tantísimo su institutriz, y disfrutaba tantísimo de la encantada sensación de agradarle ella, que adoptó este comentario como su guía en el asunto y se plegó a él cavilosamente. Tal cavilosidad revivió en este momento, revivió al evocar las palabras que papá le dirigiera a la señorita Overmore:

—No tengo más que mirarla para caer en la cuenta de que es usted una persona a quien puedo apelar para que me ayude a salvar a mi hija.

La ignorancia de Maisie sobre de qué era de lo que había que salvarla no disminuyó el placer de la idea de que la señorita Overmore estaba salvándola. Y desde entonces dicha idea pareció hacerlas aferrarse la una a la otra como si estuvieran jugando apasionadamente al «corro de la patata».

3

Por consiguiente Maisie se sintió aún más sobresaltada cuando su madre le dijo, en referencia a algo que había que hacer antes de su siguiente migración:

—Naturalmente comprenderás que ella no se va a ir contigo.

Maisie casi se sintió desfallecer:

—Oh, pero yo pensaba que sí que iba a venirse.

—No tiene la menor importancia, bien lo sabes, lo que tú pienses —respondió la señora Farange alzando la voz—; y de veras que será mejor cara al futuro, señorita, que aprenda usted a guardarse sus pensamientos para sí. —Eso era precisamente lo que Maisie ya había aprendido a hacer, y tal logro era justamente el origen de la irritación de su madre. Una horrible pequeña capacidad crítica, una tendencia, oculta dentro de su silencio, a juzgar a sus mayores, era lo que esta mujer sospechaba en la niña, cuando daba la casualidad de que lo que a esta mujer le gustaba era que las niñas fueran ingenuas y comunicativas. Le gustaba asimismo poder oír la relación de los golpes que la niña infería al carácter del señor Farange, a las aspiraciones que éste tenía a la tranquilidad espiritual; la satisfacción de tramarlos disminuía si no le llegaba ningún eco. Se acercaba el día, y ella se daba cuenta, en que le daría mayor placer despachar a Maisie con él que arrebatársela; tanto era así que la señora Farange se estremeció interiormente ante la perspicacia de un amigo sincero que había comentado que el verdadero término de todo aquel tira y afloja sería que cada uno de los progenitores trataría de convertir a la niña en una carga para el otro: un tipo de juego en el cual era evidente que no quedaría muy favorecida una madre devota. La perspectiva de no quedar muy favorecida, una distinción de la que Ida Farange afirmaba no haber gozado jamás, engendró en ésta un mal humor cuyas consecuencias sintieron varias personas. Resolvió que desde luego Beale no dejaría de sentirlas; de nuevo reflexionó que nunca debía cejar en su estudio de cómo hacerle la

vida imposible. Nada podría fastidiarlo más que perderse la ventaja, en lo referente al cuidado de la niña, de una guapa añadidura femenina que claramente había concebido cariño por ésta. Una de las cosas que Ida le dijo a la añadidura fue que la casa de Beale era una casa donde ninguna mujer decente podía tolerar ser vista. Fue la propia señorita Overmore quien le explicó a Maisie que había tenido la esperanza de que la dejaran seguir con ella en casa de su padre, y que tal esperanza había quedado hecha añicos ante la actitud adoptada por su madre:

—Dice que como se me ocurra entrar a formar parte de la servidumbre del señor Farange, que me olvide de volver a asomarme otra vez por aquí.

Así que he prometido no tratar de irme contigo. Si espero pacientemente hasta que regreses a esta casa, volveremos a estar juntas sin falta.

Esperar pacientemente, y sobre todo esperar hasta que ella regresara a aquella casa, le pareció a Maisie un camino verdaderamente tortuoso: le recordó todas aquellas cosas que, a lo largo de su vida, le habían prometido solemnemente que le darían si se portaba bien y que luego no le habían dado pese a su buen comportamiento.

—Entonces ¿quién se va a ocupar de mí en casa de papá?

—¡Sólo el cielo lo sabe, preciosidad! —contestó la señorita Overmore, abrazándola tiernamente. Realmente no había duda de que esta hermosa amiga la apreciaba. ¿Qué habría podido demostrarlo mejor que el hecho de que antes de que transcurriese una semana, a despecho de la turbulenta separación y de la prohibición de su madre y de los escrúpulos de la señorita Overmore y de la promesa de la señorita Overmore, la hermosa amiga se hubiese presentado en casa de su padre? La mujercita que allí habían contratado por horas, una mujercita gorda y cetrina de nombre extranjero y uñas sucias, quien llevaba a todas horas un sombrero que al principio le había prestado un aire engañoso —bien pronto desmentido— de estar a punto de marcharse, y que además le formulaba a su educanda preguntas que nada tenían que ver con las lecciones, preguntas que el propio Beale Farange, cuando le repitieron una o dos de ellas, reconoció que eran horriblemente vulgares... esta extraña aparición, digo, se esfumó frente a la brillante criatura que lo había desafiado todo por amor a Maisie. La brillante criatura le contó con franqueza a su pupila lo que había acontecido: que no había sido capaz de soportarlo. Había roto la promesa que le hiciera a la señora Farange: había estado contendiendo consigo misma durante tres días y finalmente se había ido derechita a ver al papá de Maisie y le había expuesto a éste la sencilla verdad. Ella adoraba a su hija; no podía renunciar a ella; estaba dispuesta a hacer por ella cualquier sacrificio. Sobre esta base se había convenido en que se quedara en la casa: su valentía se había visto recompensada; ella no le dejó ninguna duda a Maisie sobre la valentía que le había sido precisa. Algunas de las cosas que dijo la institutriz produjeron una singular impresión sobre la niña: por ejemplo, su declaración de que cuando su alumna se hiciera mayor estaría en mejores condiciones de apreciar lo «tremendamente audaz» que necesitaba ser una joven para hacer lo mismo que ella había hecho.

—Por fortuna tu padre sí que sabe apreciarlo: lo aprecia *inmensamente* —fue otra de las cosas que también dijo la señorita Overmore, con un notable énfasis en el adverbio. La propia Maisie no se sintió menos impresionada ante todo lo que había tenido que pasar esta mártir, máxime después de que se le hablara de la terrible carta que había mandado la señora Farange. Mamá se había enfadado tanto que, según las propias palabras de la señorita Overmore, había cubierto de insultos a ésta última... lo cual era

prueba más que concluyente de que ya nunca podrían esperar volver a estar juntas bajo el techo de mamá. Al techo de mamá, empero, le había tocado el turno, en esta ocasión, de aparecérsele a la niña como nada más que una remota contingencia, de modo que para reconfortar a nuestra pequeña casi no hubo necesidad del secreto que solemnemente le confió su hermosa amiga: existía la probabilidad de que Maisie no tuviera que volver con mamá nunca más. Constituía la privada convicción de la señorita Overmore, y formó parte de aquella misma confidencia, que si la hija del señor Farange mostraba realmente una marcada preferencia por su padre, la «opinión pública» la respaldaría. La pobre Maisie apenas fue capaz de comprender aquella intimación, pero sí fue capaz de abandonarse subyugada al momento presente. Había concebido su primera pasión, y el objeto de ésta era su institutriz. Nadie le había planteado (y ella no podía —o en todo caso nunca lo hizo— planteárselo a sí misma) que la señorita Overmore le agradaba más que papá; mas la habría consolado, de darse el caso de una imputación semejante, sentirse autorizada para replicar que a papá le gustaba la señorita Overmore exactamente lo mismo que a ella. Él se lo había dicho expresamente. Y por otra parte ella podía percatarse sola con facilidad.

4

Todo esto entusiasmó a Maisie, pero asimismo determinó su suerte para el día en que su madre se presentase ala puerta esperándola en aquel carruaje en el que actualmente nuestra pequeña ya nunca montaba excepto en tales ocasiones. Ahora no había ni que pensar en que la señorita Overmore pudiese irse con ella: todos convenían en que el conflicto con la señora Farange había sido demasiado serio. La niña se dio cuenta desde el primer momento: no hubo ni abrazos ni exclamaciones cuando esta dama vino a recogerla; hubo únicamente un silencio terrorífico, ni siquiera aliviado por las malévolas preguntas de años anteriores, silencio que culminó, coherentemente con su carácter opresivo, en la figura de una vieja más terrorífica aún y que estaba aguardándola en el umbral de la casa de su madre.

—Vas a estar al cuidado de esta señora —dijo su madre—. ¡Llévesela, señora Wix! –añadió, dirigiéndose impacientemente a la figura y dándole a la niña un empujón por el que Maisie dedujo que pretendía darle un ejemplo de energía a la señora Wix. La señora Wix se la llevó y, como pensó Maisie al día siguiente, nunca iba a dejarla marchar. Al principio aquélla se le había aparecido, recién de vuelta de un periodo con la señorita Overmore, corno un ser terrible; pero al cabo de una hora algo en su voz conmovió a la niña en un sitio que hasta ese momento no había sido tocado. Maisie supo posteriormente de qué se trató, aunque indudablemente habría sido incapaz de formularlo con palabras: fueron cosas que en buena medida se volvieron claras tras unos cuantos días de estar sosteniendo charlas con la señora Wix. La principal la constituyó un asunto que la propia señora Wix siempre mencionaba de inmediato: una vez tuvo a su cargo a una niña que ella misma había dado a luz, y esa niña murió en un accidente. No había tenido nunca otra cosa en el mundo, y la aflicción le había destrozado el corazón. Quedó sólidamente establecido entre ambas que el corazón de la señora Wix estaba destrozado. Lo que percibió Maisie fue que la señora Wix había sido, con pasión y con angustia, una madre, y que ello era algo que la señorita Overmore no era, algo que (extraña y

desconcertantemente) mamá era todavía menos.

De ese modo sucedió que en un lapso de tiempo extraordinariamente breve Maisie se halló tan profundamente fascinada por la imagen de la pequeña y difunta Clara Matilde ––quien, en un cruce de Harrow Road, había sido derribada y aplastada por el cabriolé más cruel— como había llegado a estarlo por el grupo familiar sugerido por una de entre siete hermanas que ella conocía. «Es tu hermanita muerta», acabó por decirle la señora Wix, y Maisie, enteramente a causa de una vibración de compasión y de curiosidad, desde aquel momento consagró una devoción especial a aquella pequeña y aceptada adquisición. De alguna forma no era una hermanita de verdad, pero eso no hacía sino volverlo todo aún más romántico. A esta sensación suya contribuyó eso de que ella nunca debiera referirse a Clara Matilde en tal calidad ante nadie... y menos que nadie ante la señora Farange, que no le otorgaría a Clara Matilde un especial cariño ni reconocería semejante parentesco; aquello iba a ser ni más ni menos que un pequeño secreto impronunciable e inagotable compartido con la señora Wix. Maisie supo todo lo que podía saberse sobre Clara Matilde: todo lo que había dicho o hecho a lo largo de su corta y segada existencia, todo lo preciosa que había sido, cómo se le rizaban exactamente los cabellos y cómo estaban exactamente remetidos sus vestiditos. Su pelo había caído hasta muy por debajo de la cintura: había poseído el más maravilloso brillo dorado, al igual que mucho tiempo atrás lo había poseído el de la señora Wix. Por cierto que el de la señora Wix era aún muy notable, y al principio a Maisie le había parecido imposible que alguien pudiera soportar tal volumen. Este pelo colaboraba ampliamente en el triste y extraño aspecto, el aspecto de una especie de untuosa grisura, que la señora Wix ya había presentado en el momento de la llegada de la niña. Originariamente había sido rubio, pero el tiempo había convertido aquella distinción en cenizas, en un turbio blanco cetrino y poco venerable. Seguía siendo excesivamente abundante, e iba peinado en un estilo cuyo desfase aún no parecía haber advertido la pobre señora, con una lustrosa trenza sobre la cabeza cual una gran diadema, y atrás, en la nuca, un deslustrado rosetón de pelo parecido a un enorme botón. Usaba unas gafas que, a modo de alusión discreta a su oblicuidad divergente de visión[*], ella misma llamaba sus enderezadores, y un pequeño y feo traje de color tabaco adornado con franjas de raso en forma de festones y rebosante de arcaísmo. Los enderezadores, tal como le explicó a Maisie, se los ponía en beneficio de los demás,, a quienes, en su opinión, ayudaban a la hora de saber a quién le estaba dirigiendo ella la mirada, de modo que no hubiera confusiones; el resto de su atuendo de melancolía, sólo era concebible que se lo pusiese en beneficio de sí misma. Con el elemento adicional de su gruesa montura, la señora Wix le recordaba a su educanda el pulido caparazón o corselete de un horrible escarabajo. Al principio había parecido iracunda y casi cruel; pero tal impresión se disipó conforme la niña se fue percatando de que a ojos de la gente la señora Wix era primordialmente un objeto de chacota. Resultaba tan grotesca como una charada o un animal de los que figuran en las páginas finales de una «Historia Natural»: una persona a quien la gente, cuando era cosa de animar la conversación, sacaba a colación y caricaturizaba. Todo el mundo conocía los enderezadores; todo el mundo conocía la diadema y el botón, los festones y las franjas de raso; todo el mundo —aunque Maisie jamás se había ido de la lengua— conocía incluso la historia de Clara Matilde.

Sobre esta base había sido como mamá había logrado contratarla por tan poco, en

[*] O sea, estrabismo. (N. del T.)

realidad por nada: tal dato, un día en que la señora Wix la había llevado al salón y la había dejado allí, la niña se lo oyó a una de las mujeres que allí estaban —una mujer de cejas arqueadas como una cuerda de saltar y de gruesas costuras negras, semejantes a las líneas de un pentagrama, en unos bonitos guantes blancos— mientras ésta estaba comunicándoselo a otra. Maisie sabía que las institutrices eran pobres: la señorita Overmore lo era inmencionablemente, y la señora Wix de la más pública de las maneras. Ni esto, empero, ni tampoco el atuendo antiguo de color marrón o la diadema o el botón, alteraban en opinión de Maisie el hechizo que lo permeaba todo: el hechizo de la manera en que la señora Wix, comoquiera que fuese, pese a su fealdad y a su pobreza, transmitía ser una persona especial y confortadoramente leal: más leal que nadie en el mundo, más leal que papá, que mamá, que la mujer de las cejas arqueadas; incluso más leal, si bien muchísimo menos guapa, que la señorita Overmore, en cuyo hechizo, según entreveía Maisie, esta niña era vagamente consciente de que no se podía confiar totalmente con la misma conciencia de sentirse arropada y besada a la hora de dormir. La señora Wix era tan leal como Clara Matilde, que estaba en el cielo y sin embargo, desconcertantemente, también en Kensal Green*, adonde habían ido juntas a visitar su pequeña y apretujada sepultura. De algo entrevisto en el tono de la señora Wix —tono que pese a cualquier caricatura seguía siendo indefinible e inimitable— fue de donde Maisie, antes de que hubiera finalizado este semestre con su madre, extrajo esa sensación de apoyo que jamás fallaría, cual una balaustrada a la altura del pecho instalada en algún sitio donde la gente se podía «caer». Y si sabía que su institutriz era pobre y estrambótica, también sabía que no estaba ni de lejos tan «cualificada» como la señorita Overmore, quien era capaz de citar de corrido la mar de fechas (sin necesidad de pedirte el libro), de situar Malabar en el mapa, de tocar seis piezas sin la partitura delante y de trazar, en los dibujos, de un modo precioso, los árboles y las casas y todas las partes difíciles. La propia Maisie sabía tocar más piezas que la señora Wix, quien además estaba visiblemente abochornada de sus casas *y* árboles *y* sólo era capaz, con ayuda de un dedo tiznado, recurso de dudosa legitimidad en el terreno del arte, de pintar el humo que salía de las chimeneas.

Ellas —institutriz y alumna— se aplicaban a varias «asignaturas», mas había muchas que la institutriz iba posponiendo de semana en semana y a las cuales finalmente nunca llegaron; la institutriz se limitaba a decir: «Ya abordaremos eso a su debido tiempo.» Su debido tiempo era tan vasto como la parte aún inexplorada del globo. La señora Wix carecía de espíritu aventurero: la niña veía perfectamente a cuántas asignaturas les tenía miedo. Se refugiaba en la tierra firme de la ficción, a través de la cual era cierto que serpenteaba el río cristalino de la verdad. Se sabía cantidad de historias, primordialmente las de las novelas que había leído; y las relataba con una memoria infalible y con una riqueza de detalles que hacía las delicias de Maisie. Trataban todas ellas de amor y de belleza y de condesas y de perfidias. A efectos prácticos la conversación de la señora Wix era un continuo relato, un gran jardín de portentos, con súbitos pasajes de su propia biografía y abundosos torrentes de nostalgias. Eran ésas las partes en que más se demoraban: la institutriz hizo que la niña reviviera con ella todos los pasos de su largo y cojitranco recorrido por la existencia y que acabara considerándolos aún más fascinantes que los prodigios y los monstruos. Su discípula se hizo una vívida idea de todo quisque que alguna vez, en expresión de la institutriz, se hubiera topado con ésta última —¡algunos de un modo tan, tan violento!—; literalmente de todo quisque excepto del señor

* Un cementerio en la zona noroeste de Londres. (N. del T.)

Wix, su marido, respecto del cual nada se dijo salvo que llevaba muerto una eternidad. El señor Wix había estado considerablemente ausente de los progresos de su esposa, y Maisie jamás fue llevada a visitar la tumba de éste.

5

La segunda separación del lado de la señorita Overmore había sido bastante penosa, pero esta primera separación del lado de la señora Wix fue mucho peor. La niña había ido al dentista últimamente y dispuso así de un término de comparación para la dolorosa intensidad de la escena. Ésta fue terriblemente silenciosa, igual que lo había sido cuando le sacaron el diente: en aquella ocasión la señora Wix le había cogido la mano y se habían asido la una a la otra en el frenesí de su mutua resolución de no gritar. En la consulta del dentista, Maisie se había mostrado heroicamente firme, pero justo cuando más angustia había sentido, había percibido un audible grito proferido por su compañera, el espasmo de una solidaridad reprimida. Este se vio reproducido en el único sonido que interrumpió el supremo abrazo de ambas cuando, un mes más tarde, el «convenio», tal como llamaban a los cíclicos desarraigos, hizo el mismo papel que entonces el terrible forceps. Incrustada como estaba ella en la naturaleza de la señora Wix, tal como había estado implantado el diente en la encía, la operación de extraerla habría precisado verdaderamente la participación del cloroformo. Se trató de un afectuoso abrazo que por fortuna hizo innecesarias las palabras, pues en este momento la pobre mujer pareció tan desprovista de ellas como lo estaba de todo en la vida. El progenitor de Maisie que venía a tomar el relevo, emplazado en la zona más exterior del vestíbulo —lo encantaba la impertinencia de trasponer hasta ese punto el umbral de su exmujer—, las observaba con el reloj abierto en una mano y una burlona sonrisa aún más abierta en el semblante, mientras que por el único rabillo del ojo que no le era tapado por algún elemento de la persona de la señora Wix la niña veía estacionado a la puerta un carruaje *brougham* dentro del cual estaba también aguardando la señorita Overmore. Maisie se fijó en la diferencia que había ahora respecto de cuando, seis meses atrás, ella había sido arrancada del seno de esta protectora caracterizada por un mayor arrojo. La señorita Overmore, también entonces en el vestíbulo —pero en el de la otra casa, naturalmente—, se había mostrado absolutamente audible y expresiva: su protesta había resonado bravamente y había declarado que algo ––su discípula no supo exactamente el qué— era una vergüenza que clamaba a todos los cielos. Aquello había despertado entonces en Maisie el vago recuerdo del lejano momento del gran arrebato irrespetuoso de Moddle; por lo visto siempre había alguna que otra «vergüenza» involucrada de algún modo en sus migraciones. En este instante, mientras los brazos de la señora Wix la estrechaban y los cabellos de ésta desprendían un fuerte aroma, Maisie recordó incluso cómo papá, para sosegar a la señorita Overmore aquella vez, había hecho uso de las palabras «¡Preciosa de mi alma!»: una expresión que, debido a su carácter insólito, había quedado fuertemente impresa en su mente infantil, donde por ende la tal expresión se había encontrado con sitio ya preparado gracias a lo que ella ya sabía de la institutriz a quien ahora en su fuero interno siempre distinguía como la hermosa. Maisie se preguntó si aquel afecto paterno hacia la institutriz hermosa habría resistido el transcurso del tiempo; en todo caso la hermosura que Maisie veía en el rostro que brillantemente asomaba en la ventanilla del *brougham* sí que era la misma de

antaño.

El brougham era un signo de buena armonía, de las gratas condiciones que esta vez papá estaba dispuesto a ofrecer: anteriormente había solido venir a recogerla en un mero cabriolé*, seguido por detrás por otro carricoche de alquiler con el equipaje. El carricoche de alquiler con el equipaje seguía presente al fin y al cabo, pero es que mamá había sido la única dama con quien ella había viajado nunca en un medio de transporte perteneciente a esa clase siempre descrita antaño por Moddle como un carruaje privado. El carruaje de papá parecía, hoy que él venía en uno, aún más privado, extrañamente, que el de mamá; y cuando por fin se vio bien instalada, como le pareció, encima de los pasajeros y trotando gloriosamente, ella le planteó a la señorita Overmore, tras recibir un nuevo abrazo elocuente y estrujador, una pregunta cuyo motivo fue el deseo de recabar información referida a la perduración de determinado sentimiento:

—¿Siguió queriéndote papá exactamente igual cuando me fui? —preguntó, bien sabedora de que aquel afecto paterno manifiestamente había nacido y crecido en su propia presencia. Había especulado que tal afecto, como su propia presencia y como si dependiera de ésta, bien podía ser sólo intermitente y durar el semestre. Papá, en cuyas rodillas iba ella sentada, rompió en una de aquellas ruidosas carcajadas tan suyas que, por muy preparada que ella estuviese, parecían siempre, como una jugarreta en un juego de misterio, abalanzarse y hacerla pegar un brinco. Antes de que pudiera hablar la señorita Overmore, él contestó:

—Vamos, burrita mía, ¿qué podía hacer yo mientras no estabas salvo quererla?

Ante esto inmediatamente la señorita Overmore le quitó a la niña de encima de las rodillas, y con tal pretexto ambos adultos sostuvieron una pequeña refriega alegre, de la cual captó Maisie un sorprendido reflejo en la estupefacta mirada de una anciana dama que los rebasó montada en un *victoria*. Luego su hermosa amiga le comentó a nuestra pequeña en tono muy serio:

—Me he propuesto hacerlo comprender que si vuelve a decirte cosas tan horrendas te cogeré inmediatamente y te me llevaré conmigo y nos iremos a vivir juntas a algún lugar donde podamos comportarnos como chicas buenas y formales.

La niña no comprendió muy bien dónde estaba lo horrendo en lo que hacía un instante había dicho su padre, ya que éste se había limitado a expresar aquel aprecio que antaño su propia compañera ya había calificado como «inmenso». Para acceder mejor a la esencia del asunto Maisie se encaró directamente con él preguntando si durante todos aquellos meses no había vivido con él la señorita Overmore tal como ya había vivido con él anteriormente y tal como iba a volver a hacerlo ahora.

—Naturalmente que sí, chiquilla: ¿dónde, si no, iba a vivir la pobrecita? —exclamó Beale Farange, para aún mayor escándalo de la señorita Overmore, quien protestó que a menos que él «retirara» al instante aquella repugnante falsedad, esta vez ella no sólo iba a abandonarlo a él sino a su hija también así como a su casa y a sus hartantes problemas: todas las cosas imposibles que él había logrado encajarle. Ante aquella risueña amenaza, Beale no retiró nada en absoluto; de hecho, aparentemente estuvo en un tris de repetir sus dislates, mas la señorita Overmore dio órdenes a su educanda de no prestar oídos a aquellos chistes malos: debía enterarse de que una dama no podía quedarse de aquella manera en casa de un caballero sin disponer de un motivo extraordinariamente

* Los cabriolés eran carricoches dedos ruedas con sitio para sólo dos pasajeros, mientras que un *brougham* era más amplio *y* tenía cuatro ruedas. (N. del T.)

justificado.

Maisie miró primeramente a uno y luego a otro de sus acompañantes: aquél era el más retozón y juerguista inicio de semestre al que jamás había asistido, mas para sus adentros se temía que no le era posible creerse del todo las cosas que le estaban refiriendo.

—Y *¿qué* motivo está justificado? —preguntó meditadamente.

—Oh, una traviesa niñita piernilarga: ninguno supera a ése. —Su padre se regocijó tanto ante la ocurrencia de Maisie como ante la suya propia y trató de volver a sentarla encima de sus rodillas, esfuerzo que chocó con la resistencia de la camarada de ambos y que de nuevo condujo a algo ligeramente parecido a una pelea en público. La señorita Overmore declaró, para la niña, haber pasado todo aquel tiempo con unos buenos amigos; ante lo cual Beale Farange prosiguió—: Quiere decir buenos amigos míos, ya sabes... magníficos amigos míos. Ha habido una verdadera procesión de *ellos,* ¡eso *sí* puedo decirlo en favor de ella!

Maisie se sentía confundida y posteriormente reflexionó durante algún tiempo sobre que había habido cierta imprecisión, sólo levemente turbadora, respecto del objeto de tanta juerga y del lugar donde su institutriz había estado viviendo realmente. No se sentía en absoluto como si se lo hubieran explicado en serio, y el sentimiento de que sí se lo hubieran explicado en serio no le fue tampoco instilado por nada que aconteciera más tarde. Su turbación, de un orden precoz e instintivo, terminó desembocando en la idea de que aquél era otro de esos asuntos que a ella, como solía decir su madre, no le incumbían. En consecuencia, bajo el techo de su padre y durante el periodo que siguió, no realizó ningún intento de aclarar aquella ambigüedad ganándose engatusadoramente a las doncellas; y, aunque semeje extraño, lo cierto es que la tal ambigüedad no disminuyó para nada el auténtico placer anunciado por un renovado contacto con la señorita Overmore. La confianza que pedía esta joven era de esa excelente naturaleza en que no son precisas las explicaciones, y de cualquier modo ella misma era un ser que estaba por encima de cualquier confusión. Para Maisie, aparte, los ocultamientos nunca se habían asemejado necesariamente a un engaño: había crecido rodeada de cosas sobre las cuales lo más que sabía era que nunca debía hacer preguntas sobre ellas. Para ella no era ninguna novedad que las preguntas de los menores constituyen la diversión favorita de los mayores: salvo las tribulaciones de su muñeca Lisette, en casa de su madre apenas había habido jamás cosa alguna que pudiera ser explicada con cara seria. A ella nada le era tan fácil como lograr que se troncharan de risa las mujeres que venían de visita, y habría podido sacar partido de ello con fines ambiciosos si su naturaleza hubiese sido más calculadora. Detrás de todo siempre había algo oculto: la vida era como un corredor muy, muy largo con infinidad de puertas cerradas. Había aprendido que era prudente no llamar a esas puertas: ello parecía provocar al otro lado tremendas risas de regodeo. Poco a poco, no obstante, fue entendiendo un poco, pues vino a suceder que la iluminaron las preguntas que a ella misma le hacía Lisette, que reprodujeron el efecto que causaban las suyas propias en las personas para quienes ella adolecía de idéntica ignorancia que aquélla de la que hacía gala Lisette. ¿No se partía de risa ella misma ante tamaña inocencia? En presencia de dicha inocencia ella frecuentemente imitaba a las tronchadas mujeres. De todas formas había cosas que desde luego no le podía contar ni siquiera a una muñeca francesa. No podía sino retornar a sus lecciones y tratar de producir en Lisette la impresión de que había misterios en la existencia de ella, preguntándose

entretanto si ella lograba realmente conferirse a sí misma un aire de difuminarse, al igual que su madre, hacia lo incognoscible. Cuando el reinado de la señorita Overmore sucedió al de la señora Wix, ella encontró un nuevo modelo emulando a su institutriz y olvidándose del intervalo precedente gracias a la mera ilusión de haber asumido responsabilidades. Sí, existían cuestiones que no se podían «tratar» con una alumna. Había, por ejemplo, días en que Lisette, tras una prolongada ausencia de Maisie y mientras la contemplaba quitarse el atuendo, porfiadamente trataba de descubrir de dónde había vuelto ésta. Vaya, un poco sí descubría, pero nunca lo descubría todo. Hubo una ocasión en que, ante una pregunta particularmente indiscreta por parte de la muñeca, Maisie le respondió —y precisamente respecto del motivo de una desaparición transitoria igual que a ella, a Maisie, le había respondido una vez la señora Farange: «¡Adivínalo si puedes!» Maisie imitó la brusquedad de su madre, pero luego se sintió un poco avergonzada, aun cuando no estuvo muy claro si fue a causa de la brusquedad o de la imitación.

6

A su debido tiempo fue consciente de que aquella fase no habría podido ser elogiada por su intensa actividad docente, ya que ahora el cuidado de su instrucción era tan sólo una entre las muchas tareas que habían recaído sobre los hombros de la señorita Overmore; recaída ésta a propósito de la cual ella presenció varios episodios entre aquella dama y su padre: episodios que fueron expresión, por una u otra de las partes, de disconformidad y aun disgusto. En estas ocasiones la niña infirió que en la situación había algún elemento a cuenta del cual su madre podría «ensañarse» con todos ellos, aunque por lo demás este comentario, siempre expresado por su padre, era saludado por parte de la compañera de éste con una inmediata contradicción. Normalmente tales escenas llegaban a su clímax cuando la señorita Overmore preguntaba, con mayor aspereza que la que mostraba ante cualquier otro tema, quién demonios se creía que era una persona como la señora Farange para tener derecho alguno a ensañarse. Conforme pasaron los meses, las deducciones de la niña adquirieron consistencia, en especial dado que aquél estaba siendo el mas largo periodo ininterrumpido que hasta entonces hubiera pasado con cualquiera de sus progenitores. Se acostumbró a la idea de que su madre, por algún motivo, no sentía prisas por albergarla de nuevo: tal idea era formulada con vigor por su padre cada vez que la señorita Overmore, discrepante y resuelta, lo recusaba en la cuestión, que él estaba defendiendo eternamente, de la urgencia de enviarla al colegio. Para ser una institutriz, la señorita Overmore discrepaba de un modo insólito: de un modo mucho mas terminante, por ejemplo, de lo que nunca se le habría pasado a la señora Wix por su inclinada cabeza. Muchas veces le comentó a Maisie que era perfectamente consciente de no estar ocupándose de ella todo lo debido, y que el señor Farange igualmente advertía e igualmente deploraba esta deficiencia. La razón de la misma estribaba en que ella tenía misteriosas responsabilidades que interferían: responsabilidades, insinuó la señorita Overmore, hacia el propio señor Farange y hacia la hospitalaria *y* bulliciosa casa *y* hacia las amistades que allí acudían. El remedio del señor Farange contra todos los inconvenientes era enviar a la niña a la escuela: había muchísimos excelentes internados, como era del dominio público, en Brighton y en todas partes. Era

eso exactamente, empero, tal como se le comunicó a Maisie, lo que movería a la señora Farange a ensañarse: desde el momento en que él delegara en otras personas el cobijo de su pequeña custodia, él carecería de cualquier excusa ante la ley. ¿Acaso él no se dedicaba a resguardarla de su madre precisamente porque la señora Farange formaba parte del grupo englobado bajo la denominación «otras personas»?

Estaba también la solución de coger una segunda institutriz, una joven que viniera de día y que realmente realizara esa tarea; pero de esto no quería ni tan siquiera oír hablar la señorita Overmore, disputando en contra para gran deleite de las visitas y preguntándoles a todos los presentes —se lo planteó incluso a la misma Maisie— si no se daban cuenta de cuán espantosamente ello equivaldría a su propia deshonra pública. «¿A qué se rumoreará que estoy dedicándome (¿no se dan cuenta?) si no estoy viviendo aquí para cuidarla?» Se hallaba en una posición falsa y llamaba la atención sobre ello tan pródiga y sonoramente que ello casi parecía convertirse en un timbre de gloria. Desde luego la salida era que sencillamente ella cumpliera con su teórico deber; mas era desgraciadamente lo que él, con sus excesivas, sus exorbitantes exigencias sobre ella —las cuales por cierto todo el mundo pareció identificar perfectamente—, le impedía en la práctica egoístamente. Para la señorita Overmore, ahora Beale Farange se había convertido tan sólo en «él», y la casa estaba tan repleta como siempre de animados caballeros con quienes, utilizando tal designación, bromeaba a costa de «él». Entretanto Maisie, en calidad de objeto de audaz chismorreo acerca de lo que se iba a hacer con ella, era abandonada tantísimo a su propio arbitrio que durante largas horas pensaba con nostalgia en la gran entrega de que hiciera gala la señora Wix; y no obstante opinaba que bajo el techo de su padre se gozaba de la suprema ventaja de que ninguna de las visitas fuera femenina. Contribuía a este curioso sentimiento de seguridad la circunstancia de que una vez hubiese oído a un caballero decirle a su padre como si fuera un chiste estupendo y evidentemente en referencia a la señorita Overmore:

—Que me cuelguen si ella permitiría que se te acercase otra mujer; que me cuelguen si lo permite alguna vez. ¡La molería a palos como a un gato callejero!

Maisie prefería nítidamente que las visitas fueran masculinas, pese a que ellos tenían también su propio modo —más estruendoso pero más breve de reírse abiertamente de ella. Empujaban *y* pellizcaban, se pitorreaban *y* hacían cosquillas; algunos incluso le lanzaban cosas, como lo denominaban ellos, y a todos sin distinción les parecía gracioso ponerle nombres que no se parecían en nada al que en realidad ella tenía. Las mujeres, por otra parte, la llamaban «pobre animalito» y apenas la tocaban siquiera fuese para darle un beso. Pero las mujeres eran quienes más reserva le inspiraban.

Ya era lo bastante mayor para caer en la cuenta de lo desproporcionada que estaba resultando su estancia en casa de su padre; y lo bastante mayor también para penetrar un poco en la incertidumbre que iba aparejada con dicha desproporción, que se le antojaba especialmente opresiva siempre que se abordaba la cuestión en conversación con su institutriz. «¡Oh, no te preocupes: a ella le da completamente igual! —le había dicho a menudo la señorita Overmore, aludiendo a cualquier temor de que su madre fuera a resentirse de la prolongada retención—; tiene otras personas de quienes preocuparse que no de la pobrecita de *ti*, y se ha marchado al extranjero con ellas; conque esta vez no tienes por qué temer de ninguna manera que se presente para pretender hacer valer sus derechos.» Maisie ya sabía que la señora Farange se había marchado al extranjero, pues muchas, muchísimas semanas atrás había recibido una carta suya que se iniciaba con un

«Mi precioso animalito» y mediante la cual su progenitora se había despedido de ella por un periodo indeterminado de tiempo; sin embargo a ella no le había parecido que aquello equivaliera a una renuncia al odio o a la política que la remitente practicaba de hacer valer sus derechos, pues la más firme de las impresiones de Maisie era que nunca habría nada que sedujera tanto a su madre como incordiar al señor Farange. Lo que a este respecto había, empero, que en último término resultaba preocupante y un poco terrorífico era el alborear de la sospecha de que había sido descubierto un modo de incordiar al señor Farange más eficaz que privarlo de su periódica carga. Fue éste un punto que turbó a nuestra pequeña y que las intimaciones de la señorita Overmore y las frecuentes observaciones del patrón de ésta no hicieron sino volver más inquietante. Había una contradicción en la circunstancia de que, si ahora Ida había encontrado placer en ceder los derechos que con tanto ardor defendiera antaño, su exmarido no se sintiera entusiasmado ante un monopolio por el cual él también había luchado tan denodadamente en un primer momento; mas cuando Maisie sondeó en esta nueva parcela, con una sutileza por encima de sus años, su principal resultado fue el de oír cómo insultaban con renovados bríos a su madre. Hasta ahora la señorita Overmore rara vez se había desviado de la práctica de una honrosa discreción; sin embargo amaneció el día en que se expresó con una vividez nada inferior a la de Beale acerca de la cuestión de la dama que se había escabullido hacia el Continente para zafarse solapadamente de sus estipuladas obligaciones. Le estaría bien merecido a dicha dama, inteligió Maisie, si su convenio, bajo la forma de una hija crecidita y sin apenas con qué vestirse, le fuera reexpedido sin contemplaciones y depositado a sus pies en medio de aquellos escandalosos excesos.

En una pintura de propósitos semejantes fue en lo que se refugió la señorita Overmore cuando la niña pretendió tímidamente saber si su padre sentía propensión a considerar que ya la había tenido consigo a ella, a Maisie, más que suficiente tiempo. Rehuyó la pregunta y se limitó a escudarse en la nube levantada por su patalear por todo el polvo de las locuras y falta de corazón de Ida, la mayor evidencia de las cuales, al parecer, se desprendía de que en su viaje iba acompañada por un individuo que, por decirlo con penosa franqueza, ella había... vaya, «recogido en cualquier parte». Las únicas condiciones en que, a menos que estuvieran casados, podían ir por ahí juntos damas y caballeros, como lo expresó la señorita Overmore, eran las condiciones en que ella y el señor Farange se habían expuesto a posibles malentendidos. Como ya se ha hecho constar, en realidad ella ya había explicado esto anteriormente a menudo, le había dicho a Maisie a menudo: «No sé, cielo, qué demonios haríamos tu padre y yo sin ti, pues eres tú precisamente quien representa la diferencia, como ya te he contado, a la hora de volver perfectamente decente nuestro comportamiento.» La niña entendió, a partir de esta explicación que tan encantadoramente se le ofrecía, que ella desempeñaba una conveniente función, cosa que la ayudó a desarrollar un sentimiento de seguridad aun ante un posible abandono materno. Dado lo familiarizada que había acabado por volverse con el concepto del gran antónimo de lo decente, sintió que su institutriz y su padre tenían una razón poderosa para no emular aquel desapego materno. Al propio tiempo, en alguna ocasión había oído hablar de niñas —de rango bastante elevado, todo hay que decirlo— cuya instrucción estaba al cargo de preceptores del sexo contrario, y sabía que si ella misma estuviera en un colegio de Brighton se consideraría provechoso para ella el estar más o menos en manos de maestros varones. Les dio vueltas en su cabeza a todas estas cosas y le comentó a la señorita Overmore que si finalmente llegaba el momento de

volver con su madre para otro semestre, quizá el caballero se convertiría en su tutor.

—¿El caballero? —La exposición había sido lo bastante intrincada como para que la señorita Overmore se quedara mirando confundida.

—El que está ahora con mamá. ¿No lo arreglaría eso todo... así como el hecho de que tú seas mi institutriz arregla lo de que vivas con papá?

La señorita Overmore meditó; se ruborizó un poco; luego abrazó a su ingeniosa amiguita:

—¡Eres una delicia! Yo soy una institutriz *auténtica.*

—Y él, ¿no podría ser un tutor auténtico?

—Naturalmente que no. Es ignorante y malvado.

—¿Malvado?... —hizo de eco Maisie con asombro.

Ante su tono, su compañera soltó una extraña risita:

—Él es muchísimo más joven... —Pero ahí se detuvo.

—¿...muchísimo más joven que tú?

La señorita Overmore se rió de nuevo; era la primera vez que Maisie la veía acercarse tantísimo a lo que es una risa tonta:

—Más joven que... no importa que quién. No sé nada ni quiero saber nada sobre él —añadió la señorita Overmore un tanto inconsecuentemente—. No es persona de mi agrado, y estoy segura, cielito mío, de que tampoco lo sería del tuyo. —Y reprodujo unos cuantos de los pródigos mimos con que casi siempre concluían sus conversaciones con Maisie y que hacían que la niña sintiera que por lo menos el cariño de *ella* sí era un elemento de seguridad. Los progenitores habían acabado por volverse ambiguos, pero evidentemente en las institutrices podía confiarse. La fe de Maisie en la señora Wix, sin ir más lejos, no había sufrido merma alguna por el hecho de que toda comunicación con ella hubiera quedado temporalmente interrumpida. Durante las primeras semanas de su separación la mamá de Clara Matilde le había escrito repetida y lastimeramente, y Maisie le había contestado con un entusiasmo únicamente restringido por sus dudas ortográficas; pero la correspondencia había sido debidamente pasada por el escrutinio de la señorita Overmore, con la consecuencia final de su desaprobación. El parecer de esta dama fue que al señor Farange no le agradaría nada aquella correspondencia, y acabó por reconocer —ya que la instigó su educanda— que a ella misma no le agradaba tampoco. Se sentía furiosamente celosa, dijo; y tal defecto no era sino una nueva prueba de lo desinteresado de su cariño. Tachó las efusiones de la señora Wix, además, de iletradas y perniciosas; no tuvo escrúpulo en motejar de monstruoso el hecho de que una mujer en sus cabales hubiese puesto en aquellas ridículas manos la formación intelectual de su hija. Maisie ya sabía muy bien que la propietaria del viejo vestido marrón y el anticuado peinado grotesco estaba por debajo del nivel de la señorita Overmore en cuanto a «prestancia»; pero sólo en este momento supo con dolor que también formativamente era inaceptable. La señora Wix quedó sepultada de momento bajo un concluyente comentario de su criticadora—: ¡Ni siquiera como broma sería ello tolerable! —Tal comentario fue formulado mientras esta encantadora mujer sostenía en la mano la última carta que Maisie iba a recibir de la señora Wix; y se vio reforzado por un decreto que proscribió aquel disparatado vínculo.

—En ese caso, ¿debo escribirle para decírselo? —preguntó desconcertada la niña; palideció ante el presentimiento de las cosas horribles que le pareció inevitable tener que comunicar.

—¡Ni lo sueñes, querida mía; ya le escribiré yo, descuida! —exclamó la señorita Overmore... que de hecho le escribió con tamaña resolución que sobre la señora Wix descendió un silencio en el que habría podido oírse hasta el ruido de una aguja al caer. Durante semanas y más semanas no volvió a dar señales de vida: fue como si la misiva de la señorita Overmore la hubiese eliminado tan sumariamente como su hijita, en Harrow Road, había sido eliminada por el terrible cabriolé. Pero su mismísimo silencio se convirtió tras ello en una de las mayores presencias dentro de la conciencia de Maisie: resultó ser una atmósfera cálida y habitable, en la que penetró la niña más lejos de lo que siquiera osó insinuar a quienes tenía alrededor. En algún lugar de las profundidades de la misma los frágiles enderezadores estaban pendientes de ella; en algún lugar de la pequeña y turbulenta corriente la señora Wix esperaba con intensidad.

7

En verdad fue coherente con dicha intensidad el hecho de que un día, al volver de un paseo con la doncella, Maisie se encontrara a la señora Wix en el vestíbulo, sentada allí en la banqueta que por lo común ocupaban los repartidores de telegramas que llamaban a menudo a la puerta de Beale Farange y que se sentaban pacientemente a esperar mientras que, en el cuarto de éste último, las contestaciones a estos mensajes cobraban forma con la colaboración de bocanadas de humo y refunfuños. A Maisie le había parecido, cuando su mutua despedida, que la señora Wix había llegado a los últimos límites de la capacidad estrujadora, mas ahora sintió que esos límites estaban siendo sobrepasados y que la duración del abrazo de su visitadora era una réplica directa al veto de la señorita Overmore. Comprendió en una iluminación súbita cómo se había hecho posible esta visita: comprendió que la señora Wix, al acecho permanente de una oportunidad, debía de haberse colado en casa al abrigo de la circunstancia de que papá, obsesionado todo el rato con la idea de la escuela a despecho de las discusiones, hubiera insistido implacablemente en la compañía de su discutidora para realizar una excursión de tres días a Brighton. Cierto que cuando Maisie explicó la ausencia de ambos y el importante motivo de ésta, la señora Wix adoptó una expresión tan llamativa que no pudo sino proceder de una sensación de extrañeza. En realidad, tal detalle chocante hizo acto de presencia tan sólo para desvanecerse al punto, pues justo en el momento en que, de acuerdo con aquel ánimo, la señora Wix se arrojaba de nuevo a los brazos de su amiguita, un cabriolé cargado de abultadas maletas se detuvo traqueteando a la puerta y la señorita Overmore descendió de él. La conmoción del encuentro de ésta última con la señora Wix fue menos violenta de lo que al verla llegar se temió Maisie y no interfirió en modo alguno en el tono amistoso con que la señorita Overmore, bajo la mirada de su rival, le explicó a su pequeña discípula que había vuelto un día antes de lo previsto debido a una especial razón. Había dejado a papá —en vaya alojamiento tan bonito— en Brighton; mas él regresaría a su dulce y querido hogar al día siguiente. En cuanto a la señora Wix, en charlas posteriores la compañera de papá le brindaría a Maisie la expresión adecuada para calificar la disposición que adoptó dicho personaje: la señora Wix «se plantó» enfrente de ella de una forma que la propia niña consideró sorprendente en el momento de los hechos. Por lo demás, esto último ocurrió tras de que la señorita Overmore hubiera levantado su interdicto hasta el punto de hacer un ademán señalando hacia el comedor,

donde, en ausencia de invitación alguna a tomar asiento, apenas resultó sino natural que hasta la pobre señora Wix tuviera que plantarse enfrente. Sin pérdida de tiempo Maisie inquirió si en Brighton, esta vez, había salido algo en limpio de la posibilidad de que ella acudiera a una escuela; a lo cual, para su gran sorpresa, la señorita Overmore, que siempre había repudiado con vehemencia aquel proyecto, respondió tras un instante y casi como si la señora Wix no se encontrara allí:

—Bien pudiera ser, querida, que algo *haya* salido en limpio. Debo decirte que las objeciones han desaparecido por completo.

En vista de esto, fue aún más sorprendente oír a la señora Wix replicar con rotundidad y energía:

—No me parece, si me permite usted decirlo, que haya habido ningún acuerdo en virtud del cual *puedan* «desaparecer» las objeciones. Lo que me ha traído hasta aquí hoy es que tengo un mensaje que darle a Maisie de parte de la querida señora Farange.

El corazón de la niña dio un gran brinco:

—Vaya, ¿así que mamá ha regresado?

—Todavía no, mi dulce amor, pero está al caer —dijo la señora Wix—, y me ha enviado (con la mayor consideración, bien lo sabes) para prepararte.

—Para prepararla, si me hace usted el favor, ¿para qué? —inquirió la señorita Overmore, cuya suavidad del primer momento comenzó, ante esta declaración, a encresparse.

La señora Wix orientó calmosamente sus enderezadores hacia la enrojecida belleza de la señorita Overmore:

—Pues para prepararla, señorita, para recibir una noticia importantísima.

—Y ¿no puede la querida señora Farange, como usted grotescamente la llama, dar sus noticias personalmente? ¿Es incapaz de tomarse la molestia de escribirle a su única hija? —preguntó la más joven de las dos mujeres—. La propia Maisie puede contarle a usted cómo lleva meses y meses sin recibir siquiera una palabra de ella.

—¡Oh, pero yo sí que le he escrito a mamá! —exclamó la niña, como si viniera a ser lo mismo.

—Eso convierte en un escándalo aún mayor su forma de tratarte —declaró con presteza la institutriz vigente.

—La señora Farange está perfectamente al tanto —dijo imperturbablemente la señora Wix— del destino de sus cartas en esta casa.

A raíz de esto, el sentido de la ecuanimidad de Maisie intervino en favor de su visitadora:

—Ya sabe usted, señorita Overmore, que a papá no le agrada todo lo que procede de mamá.

—A nadie le agrada, querida, ser objeto de un lenguaje como el que contienen las cartas de tu madre. No son cartas apropiadas para que las lean las criaturas inocentes —observó la señorita Overmore para la señora Wix.

—Entonces no sé de qué se queja usted, y la niña está mejor sin ellas. Para el caso es suficiente con que la señora Farange me haya hecho depositaria de su confianza.

La señorita Overmore soltó una carcajada llena de mofa:

—¡Entonces debe de estar usted mezclada en asuntos extraordinarios!

—¡Ninguno tan extraordinario —exclamó la señora Wix, palideciendo profundamente— como eso de decir cosas horribles acerca de la madre ante las narices

de la indefensa hija!

—¡Cosas ni una pizca más horribles, en mi opinión —repuso la señorita Overmore—, que las que usted, señora, parece haberse presentado para decir acerca del padre!

Durante unos momentos la señora Wix miró intensamente a Maisie, y luego, encarándose de nuevo con la testigo, dijo con voz vibrante:

—No me he presentado para decir nada acerca de él, y debe usted excusarnos a la señora Farange y a mí si no estamos tan por encima de todo reproche como la compañera de viajes del señor Farange.

La joven así motejada se quedó estupefacta ante la abierta audacia de la motejadora: precisó de algunos momentos para encajarla. Maisie, no obstante, mirando solemnemente de una de las disputantes a la otra, pudo ver que la réplica, cuando hizo acto de presencia, salió de unos labios sonrientes:

—¡Ello carece de importancia, sin duda, si están ustedes a la altura de las expectativas del compañero de viajes de la señora Farange!

La señora Wix rompió en una extraña risa; a Maisie le sonó como una frustrada imitación de un relincho:

—Es precisamente lo que he venido a hacer saber: lo perfectamente que está a la altura de ellas la pobre dama. —Se volvió hacia la niña—: Has de oír el mensaje que te manda tu mamá, Maisie, y has de considerar que su deseo de que yo te lo transmitiera personalmente es una gran prueba de interés *y* de afecto. Te envía sus más cariñosos saludos *y* te anuncia que se ha prometido para casarse con Sir Claude.

—¿Sir Claude? —repitió desconcertada Maisie. Pero mientras la señora Wix le explicaba que este caballero era un entrañable amigo de la señora Farange, el cual había representado para ésta una gran ayuda a la hora de viajar a Florencia y de instalarse allá cómodamente durante el invierno, ella no se sintió lo bastante impresionada para dejar de percibir el disfrute que su vieja amiga sentía observando las repercusiones de tal noticia sobre el semblante de la señorita Overmore. Esta joven abrió desmesuradamente los ojos; al punto comentó que el casamiento de la señora Farange naturalmente pondría fin a cualquier aspiración futura a volver a encargarse de la hija. Con estupefacción la señora Wix inquirió por qué el casamiento habría de hacer tal cosa, y la señorita Overmore ofreció la razón inmediata de que estaba claro que aquélla no era sino una treta más dentro de todo un sistema de subterfugios. La señora Farange quería zafarse solapadamente del convenio; ¿por qué, si no, en esta ocasión había dejado a Maisie en manos de su padre semanas y más semanas más allá del plazo estipulado, sobre el cual había armado tamaña bronca en un principio? Era en vano que la señora Wix intentara hacer creer —como tendenciosamente estaba pasando a hacerlo— que todo aquel tiempo sería compensado tan pronto como regresase la señora Farange: ella, la señorita Overmore, no sabía nada, a Dios gracias, sobre aquel compinche, pero estaba segurísima de que cualquier persona capaz de entablar relaciones de ese tipo con la dama de Florencia fácilmente convendría en oponerse a la presencia en su hogar del retoño de una unión que su dignidad precisaba ignorar. Era una estratagema como otra cualquiera, y la visita de la señora Wix era evidentemente el primer paso de la misma. Maisie encontró en tal intercambio de asperezas un nuevo estímulo para el fatalismo aún no exteriorizado en el que llevaban enquistados algún tiempo sus pensamientos sobre su propio destino; y para ella esto representó el inicio de un todavía más profundo presentimiento de que, a despecho del resplandor de la señorita Overmore y del celo de la señora Wix, ella iba a

acabar siendo testigo de una modificación del carácter de aquella guerra para cuyo estallido parecía ella haber venido al mundo. Continuaría siendo en esencia una guerra, pero ahora su finalidad sería la de *no* cobijarla.

Tras las últimas manifestaciones de la señorita Overmore, la señora Wix se dirigió exclusivamente a la niña, y, sacando del bolsillo de su viejo abrigo deslustrado un pequeño envoltorio plano, extrajo su contenido y planteó la pregunta de si *ése* no parecía acaso un caballero que fuera a ser majo con todos... especialmente con una persona que a su vez seguramente iba a parecerle a él tan maja. La señora Farange, en el expansividad de su dicha recién hallada, había adjuntado una fotografía «de estudio» de Sir Claude, y Maisie quedó sumida en admiración al contemplar el hermoso rostro, los rasgos proporcionados, los ojos bondadosos, el aspecto afable, la elegancia y la pulcritud generales de su futuro padrastro... si bien sintiéndose un poco extrañada al imaginarse a sí misma ahora con dos padres al mismo tiempo. Sus investigaciones hasta la fecha la habían hecho concluir que para tener un segundo progenitor del mismo sexo hacía falta por lo común perder previamente al primero.

—¿*Verdad* que es simpático? —preguntó la señora Wix, que claramente, bajo el poderoso influjo de su encantador retrato, había determinado que Sir Claude le ofrecía garantías en lo concerniente a lo futuro—. ¡Te darás cuenta, supongo —agregó con suma vehemencia—, de que *él* es un perfecto caballero!

Maisie nunca había oído aplicar el adjetivo «simpático» sobre la mera base de un rostro; pero lo oyó con placer y desde aquel instante se le quedó placenteramente grabado. Dio fe, por ende, de la intensidad de sus propias impresiones con un pequeño y suave suspiro que fue su reacción ante aquellos gratos ojos que parecían desear conocerla, que parecían hablarle directamente.

—¡Es realmente encantador! —declaró para la señora Wix. Luego espetó, ansiosa e inconteniblemente, mientras seguía con la fotografía en la mano y Sir Claude continuaba mostrándose amigable—: Ay, ¿puedo quedármela? —No bien hubo preguntado aquello cuando alzó la mirada hacia la señorita Overmore: lo hizo con el súbito instinto de apelar a la autoridad superior que desde hacía mucho le había inculcado que nunca debía pedir poder quedarse con cosas. Para su sorpresa, la señorita Overmore pareció distante y un poco rara, indecisa y como que le concedía tiempo para volver a encararse con la señora Wix. Entonces Maisie vio que la ya de por sí larga cara de esta última dama se había alargado aún más: esta última dama se sentía compungida y casi turbada, como si en verdad su amiguita estuviese solicitándole más de lo que entraba dentro de sus posibilidades darle. La fotografía constituía una posesión a la que, calamitosamente desprovista de pertenencias como estaba, había dado el valor de un tesoro, y hubo una momentánea pugna entre su fuerte apego a aquélla y su capacidad de realizar cualquier sacrificio en pro de su precaria educanda. Con la agudeza propia de su edad, no obstante, Maisie discernió que era su propia avidez la que iba a vencer, y le tendió el retrato a la señorita Overmore como sintiéndose profundamente orgullosa de su madre—: ¿Verdad que es absolutamente encantador? —preguntó mientras la pobre señora Wix oscilaba con ansiedad, tratando de ocultarse tras sus enderezadores y apretando su abrigo en torno a sí con una intensidad que ponía en peligro las viejas costuras.

—*Era a mí,* querida—dijo la visitante—, a quien tu mamá había enviado muy generosamente esa fotografía.; pero, naturalmente, si te hace tantísima ilusión... —musitó titubeantemente mientras comenzaba a transigir.

La señorita Overmore continuaba extrañamente lejana:

—Cuando la fotografía sea propiedad tuya, querida, me alegraré de complacerte echándole un vistazo. Pero en este momento debes excusarme si rehúso tocar un objeto todavía perteneciente a la señora Wix.

A estas alturas esa señora se había acalorado violentamente:

—¡Bien puede usted mirar al caballero en esa fotografía, señorita —replicó—, pues se me hace que usted nunca tendrá ocasión de contemplarlo de otra manera! Puedes quedarte con el precioso retrato, no faltaría más, tesoro mío —prosiguió—; seguro que muy gustosamente el propio Sir Claude me dará otro, y con una atenta dedicatoria. —El patético temblor de aquella audaz jactancia no se le escapó a Maisie, que se arrojó al cuello de la señora Wix con tanto agradecimiento que, al final de su abrazo, con cuya manifiesta ternura ella sintió que compensaba el sacrificio que le había impuesto, la acompañante de ambas ya había tenido tiempo para apoderarse rápidamente de Sir Claude y para, sea tras haberle echado un vistazo o no, ponerlo competentemente en un sitio fuera del alcance de la vista. Liberada de los brazos de la niña, la señora Wix miró en su derredor buscando el retrato; luego, con una intensa mirada muda se enfrentó a la señorita Overmore; y por último, dirigiendo de nuevo su mirada hacia la niña, exhibió la más taimada de las sonrisas—: Bien, no tiene importancia, Maisie, porque hay otra cosa sobre la que me ha escrito tu mamá. Me ha confirmado. —Incluso después de su sincero abrazo, Maisie se sintió un poco traidora cuando hubo de dedicarle una mirada a la señorita Overmore pidiéndole venia para entender esta última frase. Pero la señora Wix no le dejó dudas sobre su significado—: Me ha contratado para que me quede definitivamente... con vistas a su regreso y al tuyo. Entonces podrás juzgar por ti misma.

Sobre la marcha, Maisie confió absolutamente en poder juzgar por sí misma; pero esa perspectiva quedó súbitamente enturbiada debido a una singular manifestación de la señorita Overmore:

—La señora Wix —dijo— cuenta con alguna indiscernible razón para considerar que las próximas nupcias de tu madre reforzarán su apego a ti. Me pregunto, en tal caso (de acuerdo con ese criterio), qué dirá nuestra visitante respecto del de tu padre.

Las palabras de la señorita Overmore iban dirigidas a su alumna, mas su rostro, iluminado por una ironía que lo volvió aún más bello que nunca, estaba orientado hacia la desastrada figura que ya había asumido un aire envarado para despedirse. La disciplina de la niña había sido desconcertante: había oscilado caprichosamente entre el precepto de contestar siempre que le hablaran y la experiencia de enérgicos castigos por haber obedecido tal precepto. Esta vez, empero, se atrevió a correr riesgos; sobre todo en virtud de que parecía haber descendido algo portentoso sobre su conciencia de las relaciones de las cosas. Miró a la señorita Overmore muy de análogo modo a como solía mirar a las personas que la obsequiaban con chistes «adultos»:

—¿Te refieres al apego de papá a mí? ¿Quieres decir que *él* también va a casarse?

—Papá no va a casarse: papá se *ha* casado, querida. Papá se casó anteayer en Brighton. —La señorita Overmore resplandeció de alegría; entretanto Maisie comprendió con claridad, y con absoluto estupor, que su «pillina» institutriz era una recién casada—. Es mi marido, tal como lo oyes, y yo soy su tierna esposa. ¡Conque *ahora veremos* quién es tu tierna madre! —Acogió a su discípula en su seno de una manera imposible de superar por la emisaria de su predecesora, y unos instantes después, cuando el mundo en torno hubo recuperado algo de su estabilidad, esa pobre señora, derrotada triunfalmente

en el último segundo, ya se había esfumado sigilosamente.

8

Después de la desbandada de la señora Wix, la señorita Overmore pareció cobrar conciencia de no estar lo que se dice en situación de censurar la segunda unión de Ida Farange; pero sacó del cajón de la mesa la fotografía de Sir Claude y, allí de pie y delante de Maisie, la examinó con cierto detenimiento.

—¿A que es guapo? —preguntó ingenuamente la niña.

Su compañera titubeó.

—No, es espantoso —contestó con sequedad, para sorpresa de Maisie. Pero permaneció otro minuto considerando aquella imagen, tras lo cual le restituyó el retrato. A la propia Maisie se le antojó que éste despedía un hechizo renovado, conque se notó turbada, pues nunca anteriormente se le había presentado el caso de hallarse en desacuerdo con su hermosa amiga. De forma que lo más a que se atrevió fue a preguntar qué debía hacer entonces con él: ¿debía guardarlo meticulosamente donde no estuviera visible para ofender? Ante esto la señorita Overmore volvió a sumirse en cavilaciones; tras lo cual dijo inesperadamente—: Ponlo sobre la repisa de la chimenea en nuestro cuarto de dar clases.

Maisie experimentó cierto temor:

—¿A papá no le desagradará verlo allí?

—Una barbaridad; pero eso ya no tiene importancia *ahora.* —La señorita Overmore hablaba con alguna segunda intención, para desconcierto de su alumna.

—¿Debido al matrimonio? —aventuró Maisie.

La señorita Overmore se echó a reír, y Maisie tuvo ocasión de comprobar que a despecho de la irritación producida por la señora Wix, aquélla se hallaba de buen humor:

—¿A cuál matrimonio te refieres?

Ante aquella pregunta, a la niña súbitamente le dio la sensación de no estar muy segura, así que pensó que debía de estar pareciendo tonta. Se acogió al recurso de decir:

—¿Vas a ser *tú* diferente?... —Esto implicaba claramente que la prometida de Sir Claude lo sería.

—¿En calidad de legítima esposa de tu padre? ¡Por completo! —contestó la señorita Overmore. Y naturalmente la diferencia comenzó con que esta joven pasó a ser llamada, incluso por Maisie, desde aquel día y a petición especial, la señora de Beale. De hecho, la diferencia acabó allí más o menos, pues exceptuando que la niña pudo reflexionar que muy pronto iba a poseer cuatro progenitores en total —y exceptuando asimismo que al cabo de tres meses, desde el punto de vista de una niña que atisbaba desde el pasamanos, por la escalera ascendía el intensificado rumor de insinuaciones amorosas más rebuscadas—, todo continuó brindando el mismo aspecto que antaño. La señora de Beale tuvo vestidos muy hermosos, pero los de la señorita Overmore habían sido prácticamente igual de buenos, y aunque papá se mostró mucho más entusiasta de su segunda esposa que de su primera, Maisie ya había previsto tal entusiasmo, había sido testigo del desarrollo del mismo casi tan de cerca como la persona más directamente interesada. En realidad, en las relaciones de sus dos compañeros de hogar había muy poco que a ella su propia y precoz experiencia no supiera explicarle, pues si en última instancia ambos le

dieron en muy poca medida esa impresión de luna de miel de la que con frecuencia había oído hablar —muy pormenorizadamente, sin ir más lejos, de labios de la señora Wix—, era natural juzgar la circunstancia a la luz de la ya demostrada propensión de papá a poner en entredicho el imperativo del vínculo matrimonial. Su luna de miel, cuando él regresó de Brighton —no al siguiente día de la visita de la señora Wix, ni tampoco, extrañamente, hasta varios días después—, su luna de miel, decíamos, perceptiblemente pareció presentar el aspecto de un estadio ya avanzado del matrimonio. A la señora de Beale ya no le importaba, como bien sabía la niña, que muchas cosas disgustaran a su padre, y el número de éstas creció hasta el extremo de que una minucia como la antipatía hacia la fotografía de Sir Claude careció de relevancia. Este encantador objeto disfrutó de un puesto preeminente en el cuarto de dar clases, donde a decir verdad el señor Farange rara vez penetraba y en el cual la admiración contemplativa constituyó, durante la época de que hablo, casi la única tarea escolar de la alumna de la señora de Beale.

Maisie no tardó en comprender a qué se había referido exactamente su madrastra con eso de lo diferente que iba a mostrarse en su nuevo cargo. En cuanto esposa de su padre había dejado de ser institutriz de ella, y si antaño su presencia allí había precisado justificación mediante la teoría de la humilde función que estaba desempeñando, ahora estaba allí sobre una premisa en la que ya no era precisa justificación alguna y que era incompatible con cualquier servidumbre. A eso era a lo que se había referido con lo de la desaparición de las objeciones a enviarla a una escuela: su infantil compañera ya no se hacía necesaria en la casa en calidad de —como dijo divertidamente la propia señora de Beale— pequeña «carabina». La oposición a una sucesora de la señorita Overmore subsistió: se basaba francamente en la circunstancia, cuya plena absurdidad admitía la señora de Beale, de que ésta última quería a su hijastra con demasiada locura como para tolerar verla confiada a manos vulgares y mercenarias. La alusión a este último peligro alentó a Maisie a dejar caer algunas palabras en favor de la señora Wix, la modesta medida de cuyas ambiciones pecuniarias había podido ella comprobar desde un principio; pero de nuevo y tajantemente la señora de Beale descartó a una candidata que de seguro actuaría de algún modo infame e insidioso en pro de los intereses de Ida y que, aparte, era humanamente detestable y tan ignorante como un pez. Tampoco ocultó el embarazoso hecho de que un buen colegio resultaría horriblemente caro, ni el factor adicional, que semejaba determinante, de que papá, pese a su pasado entusiasmo, a la hora de la verdad era decididamente recalcitrante en lo relativo a desembolsos.

—¿Puedes creerte —le preguntó en confianza la señora de Beale a su pequeña discípula— que dice que le cuesto más que nunca, y que una esposa y una hija juntas van más allá de lo que él está en condiciones de permitirse? —Y así fue como el espléndido colegio de Brighton se disolvió en el marasmo de problemas más acuciantes, si bien el miedo de que aquel proyecto provocaría una acción legal por parte de Ida fue disminuyendo debido a la prolongada, la casi desvergonzada ausencia de esta dama. Por consiguiente su hija y su sucesora tuvieron ocasión de meditar en unida mas impotente vacuidad acerca de todo lo que de ese modo Maisie estaba dejando de aprender.

Tal cantidad fue lo bastante voluminosa como para llenar los días de la niña de una sensación de hallarse en un perpetuo paréntesis que ni siquiera la francesita Lisette lograba animar: de juegos ya periclitados y preguntas no respondidas *y* temidas pruebas; *y* del hábito, en especial, generado por su espera de un cambio, de atisbar desde el pasamanos siempre que sonaba el timbre de la puerta. Éste era el gran refugio de su

impaciencia, mas lo que en tales ocasiones le llegaba era un estruendo de alborozos en el piso de abajo cuya consecuencia, desde su primera infancia, había sido instilarle la creencia de que la condición adulta era la edad de la verdadera diversión y sobre todo la de la verdadera amistad. Ni siquiera Lisette, ni siquiera la señora Wix la habían tratado a ella nunca, le parecía, a despecho de abrazos y lágrimas, con la confianza con que en la actualidad tantísimas personas trataban a la señora de Beale y con la que antaño tantísimas otras habían tratado a la señora Farange. La nota de la hilaridad acercaba entre sí a las personas todavía más que la nota de la melancolía, que era la que exclusivamente sabía tocar, sin ir más lejos, la pobre señora Wix. Pese a todo, en estos días a Maisie le gustaban aquellos jolgorios domésticos con tal que sólo le llegara su eco desde lejos: se sentía tristemente desvalida en cuanto a afrontar las preguntas del salón. Era una razón adicional para sacarle el máximo partido a Susan Ash, quien en su calidad de segunda doncella se movía en un nivel muy diferente y de quien, pese a ello, se dependía en buena parte para los ratos de la niña fuera de casa. Era su guía en peregrinaciones que poco tenían en común con aquellas claras y precisas horas de tomar el aire que habían dejado en la niña un vívido recuerdo de la ordenada mentalidad de Moddle. Bajo la égida de Moddle no había habido detenciones frente a escaparates ni codazos, en Oxford Street, acompañados de un «Arrea, fíjate en esa individua!» Lo que sí había habido había sido un gran rigor a la hora de cruzar la calle y una serena ausencia del temor que obsesionaba a la doncella (especialmente en las esquinas, por las cuales sentía no obstante una especial debilidad): el temor de que, como decía ella ominosamente, le «dijeran cosas». Los peligros de la ciudad no menos que sus diversiones aumentaban la sensación de abandono y repudio que experimentaba Maisie.

Empero, la situación sufrió un brusco cambio el día en que, al regresar —cogida de la mano de Susan y muerta de fatiga— de otro de sus paseos matizado de inquisitivas detenciones, se encontró con una emoción distinta. En esta ocasión, tan pronto como puso el pie en el vestíbulo se enteró de que su inmediata presencia era requerida en el salón. Cruzando el umbral envuelta en una nube de vergüenza, discernió borrosamente a la señora de Beale sentada frente a un caballero que a nuestra pequeña inmediatamente le hizo soportable el tormento al revelarse como el original en carne y hueso de la fotografía de Sir Claude. A ella le pareció, desde el preciso instante en que posó en él su mirada, que él era con muchísimo la presencia más radiante que jamás la hubiera dejado boquiabierta, y su placer al verlo, al darse cuenta de que él la asía y le daba un beso, se convirtió con idéntica celeridad en la palpitación de un extraño y tímido sentirse enorgullecida de él, en una percatación de que él bastaba para compensarla de su estado de desgracia, de los codazos en público de Susan, que casi le dejaban moretones, y de todas las lecciones que, en el desierto cuarto de dar clases, donde a veces casi sentía miedo de estar sola, ya estaba harta de no recibir. Fue como si en el acto él hubiese declarado pertenecerle a ella, conque ella ya tenía permiso para empezar a mostrarlo a los demás y comprobar el efecto que él les causaba. No, ninguna otra de las cosas sumamente hermosas que a ella le habían pertenecido alguna vez había conseguido jamás inflamar una alegría tan especial: ni la señora de Beale en aquel preciso momento, ni papá en sus ratos de buen humor, ni mamá cuando se vestía a conciencia, ni Lisette cuando había sido nueva. Dicha alegría casi desbordó en lágrimas cuando él la asió y la atrajo hacia sí diciéndole, con una sonrisa tan halagüeña como un árbol de Navidad, que ya la conocía de oídas bastante bien por mediación de su madre pero que ahora había

venido a visitarla para poder conocerla personalmente. Ella apreció que su concepto de conocerla personalmente consistía en llevársela con él, y, más aún, apreció que para eso exactamente era para lo que él estaba allí y llevaba esperándola un rato: ultimando los detalles con la señora de Beale y entablando amistad con dicha dama de una manera obviamente no entorpecida en modo alguno por el hecho de que ésta hubiera opinado tan negativamente sobre él cuando la presentación de su retrato. Casi se habían vuelto íntimos —o esa impresión daban— gracias a esta negociación; y Maisie percibió, ítem más, que la señora de Beale no había ocultado, y estaba dispuesta a ocultarlo todavía menos, lo muchísimo que le costaba dejarla partir:

—Pareces tan exageradamente ansiosa por marcharte —le dijo a la niña— que al menos confío en que tengas clara cuál es la relación de Sir Claude contigo. A él no parece ocurrírsele brindarte las necesarias explicaciones.

Algo confundida, rápidamente Maisie se encaró con su nuevo amigo:

—Caramba, por supuesto se trata de que estás *casado* con ella, ¿verdad?

Su anhelante énfasis los hizo descacharrarse, como ella ya había aprendido a denominar aquello: ése era el eco que ella suscitaba infaliblemente y a estas alturas casi resignadamente; además, la risa de Sir Claude fue parte indiferenciable del deleite de que él se encontrara allí:

—Llevamos, mi querida niña, tres meses casados, y mi interés por ti es consecuencia, ¿sabes?, del gran cariño que le profeso a tu madre. Al acudir aquí, naturalmente obro en representación de ella.

—Sí, lo sé —dijo Maisie con toda la franqueza de sus conocimientos—. Ella no puede venir en persona... salvo si no rebasa la línea de la puerta. —Y agregó, tras meditarlo nuevamente—: ¿Es que ahora ya ni siquiera la dejan llegar hasta ahí?

—¡Ahí queda eso! —exclamó la señora de Beale dirigiéndose a Sir Claude. Se expresó como si aquella interrogante fuera disparatada.

Al vacilar levemente, el bondadoso semblante de Sir Claude pareció convenir en que era una interrogante disparatada; sin embargo con una sincera sonrisa le contestó a la niña:

—En efecto, mejor que no lo haga.

—¿Por haberse casado contigo?

Con prontitud él aceptó tal motivo:

—Vaya, eso tiene bastante que ver con el asunto.

Hablar con él era tan delicioso que Maisie siguió explorando el tema:

—Pero el caso es que papá... *él* se ha casado con la señorita Overmore.

—Ah, ya verás cómo desde ahora no va a ser él quien vaya a recogerte a la casa de tu madre —intervino aquella dama.

—Bueno, pero hasta dentro de mucho tiempo no se presentará la ocasión de eso —se apresuró a contestar Maisie.

—No hablemos de ello ahora: aún faltan meses y meses. —Y Sir Claude la estrechó aún más.

—¡Oh, es lo que vuelve tan duro tener que cederla! —La señora de Beale estableció este punto mientras le tendía los brazos a su hijastra. Zafándose de Sir Claude, Maisie se arrojó en aquéllos y, sujeta en un abrazo aún más tierno, sintió extáticamente la inmensidad del horizonte de su felicidad—. *Yo* iré a recogerte —dijo su madrastra— si Sir Claude te retiene demasiado tiempo: ¡debemos hacer que a Sir Claude le quede claro

desde ahora! ¡No me hable acerca de milady![*] —prosiguió para su visitante con tal familiaridad que fue casi como si ya fuesen viejos amigos—. Conozco a milady como si yo misma la hubiese dado a luz. ¡Bonita pareja de progenitores forman esos dos! —exclamó la señora de Beale.

Maisie había oído describirlos de aquella guisa tantísimas veces, que el comentario apenas si la distrajo un instante de su agradable asombro ante esta nueva forma rimbombante de referirse a su madre; y eso, a su vez, al poco la dejó libre para confiar vehementemente en la grata posibilidad, grata en lo tocante a ella misma, de unas relaciones mucho más felices entre la señora de Beale y Sir Claude que entre mamá y papá. Aun así, lo siguiente que sucedió fue que su interés por dichas relaciones llevó a sus labios una novedosa pregunta:

—¿Has visto a papá? —le preguntó a Sir Claude.

Esto era lo típico para que ellos volvieran a descacharrarse, como su infantil estoicismo había dado enteramente por supuesto. Sin embargo, todo lo que aconteció fue que la señora de Beale tuvo a bien espetar el impreciso sarcasmo aparente de un «¡Oh, papá!»

—Me han dicho que no está en casa —le respondió a la niña Sir Claude—; pero si hubiese estado, me habría gustado tener el placer de verlo.

—¿A papá no le importa que tú vengas a casa? —pregunto Maisie como si sintiera necesidad de saberlo.

—¡Ay, qué niña más mala! —protestó socarronamente la señora de Beale.

La niña percibió que ante esto Sir Claude, pese a que se sintió movido a hilaridad, se sonrojó ligeramente; mas él le respondió con gran amabilidad:

—Es precisamente lo que he venido a comprobar, ¿sabes?: si a tu padre le *importaría.* Pero la señora de Beale parece ser de la firme opinión de que no.

Con presteza, esta dama justificó su parecer ante su hijastra:

—Sería muy interesante averiguar, querida, ya lo sabes, qué es lo que en la actualidad sí le importa a tu padre. Puedo asegurar que *yo* no lo sé. —Y semejó repetir, aunque con perceptible resignación, su sarcasmo de un momento antes—. Tu padre, preciosa, es realmente una persona muy extraña. —Y con esto se volvió sonriente hacia Sir Claude—: Pero tal vez no resulta muy amable por mi parte decir eso de que él no objetaría la presencia de *usted* en la casa. ¡Si conociera usted a algunas de las personas a quienes él recibe!

Maisie las conocía a todas, y desde luego que ninguna podía compararse con Sir Claude. Él respondió con una carcajada al comentario de la señora de Beale; en momentos así ofrecía de veras el aspecto con que la señora Wix, en los prolijos relatos que le narraba a su educanda, siempre describía a los enamorados de desoladas beldades: «un perfecto caballero extraordinariamente apuesto». Se incorporó, con gran pesar de la niña, como si se dispusiera a retirarse:

—¡Oh, seguro que nos entenderíamos estupendamente!

La, señora de Beale volvió a abrazar a su pequeña alumna, asiéndola estrechamente y contemplando pensativamente por encima de la cabeza infantil al visitante:

—¡Es realmente reconfortante (tratándose de un hombre de su clase) que haya usted anhelado tanto conocerla!

[*] Desde este momento Ida Farange tiene derecho a ese tratamiento honorífico por haberse desposado con un miembro de la nobleza. (N. del T.)

—¿Qué sabe usted acerca de mi clase? —preguntó Sir Claude riéndose—. Sea la que fuere, estoy cierto de que las apariencias la engañan a usted. La verdad sobre mí consiste sencillamente en que soy el más incomprendido de... ¿cómo se los llama?... de los «hombres hogareños». Sí, soy un hombre hogareño; ¡palabra de honor que lo soy!

—¡En ese caso, ¿por qué diantres —exclamó la señora de Beale— no se ha casado con una mujer hogareña?!

Sir Claude la miró intensamente:

—*Usted* no desconoce cómo se casan las personas, creo. Además, no *hay* mujeres hogareñas; ¡que me cuelguen si las hay! Ninguna desea tener hijos; ¡que me cuelguen si lo desean!

Su informe acerca de este punto era sumamente interesante, y Maisie, como si resultara de mal presagio para ella, contempló aquel cuadro con cierta consternación. Al propio tiempo sintió, reflejado en los brazos que la ceñían, un titubeo en su protectora:

—¡Sale usted con cada cosa! Pero ¿con eso quiere decir que milady realmente no desea tener ninguno... de veras?

—Ni tan siquiera oír hablar de ellos; así de sencillo. Pero no puede evitar tener la hija que *ya* tiene. —Y con estas palabras la mirada de Sir Claude se posó sobre la niña de un modo que, por lo que le semejó a ésta, pretendía borrar la actitud de su madre a base de la amabilidad de la suya propia—. Hará cuanto pueda por ella, como se hará usted cargo. Aunque no sea más que por el qué dirán, como estará usted al corriente. Servidor desea que su esposa cumpla con sus obligaciones respecto de su hija.

—¡Oh, estoy familiarizada con ese sentimiento! —exclamó la señora de Beale con una seguridad que obviamente causó impresión en su interlocutor.

—Bien, pues si usted consigue que *él* cumpla con su deber *(y* seguramente las ha debido de pasar usted bastante moradas), ¿por qué no habría de conseguir yo otro tanto con Ida? Lo que una persona puede hacer, también puede hacerlo otra, ya me entiende. Quiero llegar hasta el final en esta dirección.

La señora de Beale, durante unos instantes, manteniendo su mirada fija en él mientras él se apoyaba contra el manto de la chimenea, pareció reflexionar sobre aquello.

—Es usted ni más ni menos que un prodigio de bondad; ¡eso es lo que es usted! —dijo ella por último—. De una mujer se espera generalmente que tenga los sentimientos debidos. Pero, en lo respectivo al horrible sexo *de usted...* ¿Verdad que es un sexo horrible, vida mía? —preguntó, apoyando una mejilla contra la de su hijastra.

—Oh, a mí me gustan más los hombres —respondió Maisie con nitidez.

Estas palabras fueron acogidas con regocijo:

—¡Ahora ella le ha colado una buena *a usted!* —exclamó Sir Claude para la señora de Beale.

—No —dijo aquella mujer—; me basta con acordarme de las damas que ella ve en casa de su madre.

—Oh, ahora son muy agradables —repuso Sir Claude.

—¿A qué se refiere usted con eso de «agradables»? —Vaya, son estupendas.

—Eso no sirve como respuesta, a mi modo de ver —dijo la señora de Beale—, pero seguramente se ocupa usted también de ellas. Eso lo convierte aún más en un ángel si encima quiere usted hacerse cargo de esta obligación. —Y le dio una humorística palmadita a su compañerita.

—No soy un ángel: soy una abuelita declaró Sir Claude—. Me encantan los nenes,

siempre me han encantado. Si algún día nos arruinamos buscaré trabajo como niñero.

Maisie, todavía con el ánimo extasiado, toleró esa descripción de su edad pese a que en otras circunstancias habría podido resultarle desagradable; mas el éxtasis fue perceptiblemente interrumpido cuando la señora de Beale la hizo volverse hacia ella y la miró concienzudamente a los ojos preguntándole:

—¿Estás ansiosa por abandonarme, perversa?

La niña se pensó su respuesta; incluso este bendecido lazo se había convertido en una amarra que ahora no tenía más remedio que soltar. Mas la soltó con suma delicadeza:

—¿Es que no toca ahora mi turno con mamá?

—¡Eres una horrible y pequeña hipócrita! En mi opinión, cuanto menos se hable de «turnos» en este momento, mejor —dijo a modo de respuesta la señora de Beale—. *Yo* sé con quién te toca el turno ahora. ¡No es por tu madre por quien sientes tantos anhelos!

—¡Vamos, vamos; *no* diga tales cosas! —protestó asaz cordialmente Sir Claude.

—No existe nada en el mundo que esta niña no haya oído ya. Pero no importa: eso no le ha hecho ningún mal. ¡Si supieras lo que me cuesta separarme de ti! —continuó para Maisie.

Sir Claude la contempló mientras ella abrazaba encantadoramente a la niña:

—Me alegra mucho que la quiera usted de veras. Eso facilitará bastante las cosas.

La señora de Beale se incorporó lentamente, sin soltar a Maisie, pero exhalando un leve suspiro:

—Bien, pues si se alegra usted, miel sobre hojuelas; pues le aseguro que yo nunca cederé cualesquiera derechos que tenga sobre ella y que pueda considerar honradamente que he conquistado a base de mis propios sacrificios. Nunca traicionaré mi interés por ella. Lo que parece haber sucedido es que ella nos ha unido a usted y a mí.

—Ella nos ha unido a usted y a mí —dijo Sir Claude.

El complacido eco masculino corroboró la feliz circunstancia, y Maisie espetó casi con entusiasmo:

—¡Yo os he unido a ti y a ella!

Naturalmente sus compañeros volvieron a reírse y la señora de Beale le dio un afectuoso zarandeo:

—¡Monstruita, ten cuidado con las cosas que haces! Pero así es ella —continuó para Sir Claude—. Ya lo hizo antes conmigo y con Beale.

—Perfectamente entonces —le dijo él a Maisie—; a ver si eres capaz de hacerlo también en *nuestra* casa. —Volvió a solicitarla con la mano—. ¿Quieres que nos marchemos ahora mismo?

—¿Ahora mismo, tal como estoy? —Se volvió con una inmensa imploración hacia su madrastra, saltándose limpiamente la montaña de cosas que había que «arreglar», el abismo de paquetes que interminablemente hacer—. Andaaaá, *¿puedo?*

La señora de Beale le expresó su consentimiento a Sir Claude:

—¿Por qué no? Mañana mandaré sus cosas. —Retocó un poco el atavío de la niña, examinándola de arriba a abajo con un poco de preocupación—. No va arreglada como a mí me gustaría: su madre se la va a merendar cruda. Pero ¿qué puede hacer una... cuando una no tiene nada con que hacerlo? Y de todas formas esta niña está mejor que cuando llegó, bien puede usted decírselo a la madre. Lamento tener que contárselo a usted, pero la verdad es que la pobrecita era todo un espectáculo.

—Oh, yo mismo me encargaré de arreglarla —dijo jovialmente el visitante.

—¡Será interesante ver de qué forma! —A la señora de Beale pareció hacerle mucha gracia—. Debe usted traérsela para que yo lo compruebe; ya discurriremos algún modo. ¡Hasta la vista, pequeño esperpento! —Y sus últimas palabras a Sir Claude fueron que no dejaría de vigilarlo para que estuviera a la altura de las circunstancias.

9

En casa de su madre, a Maisie incesantemente le estuvo presente la idea de todo el atraso que ella tenía que recuperar y del prodigioso montante que éste sumaba. Fue tema constante de ocupación para la señora Wix, quien llegó por la puerta de servicio, pero entre lágrimas de júbilo, un día después que ella. El proceso de reparación, respecto del cual tenía muchísimo que decir la buena mujer, exigía, con sus sucesivas fases, tantísimo tiempo que prometía una estancia por lo menos igual a la reciente permanencia de la niña junto a su padre. Empero, este nuevo periodo fue más intenso y rico: se desenvolvió a los sones de la constante apelación de la señora Wix a la energía que ambas debían desplegar. Hubo una hermosa intensidad en el modo en que la niña convino con ella en que no había aprendido nada de nada bajo la tutela de la señora de Beale y de Susan Ash: la barbarie de un náufrago rescatado era una de las fuerzas que, de ahí en adelante, deberían impulsarla hacia un esfuerzo pletórico de conquistas. Consiguientemente, el año se conformó como un recipiente de enseñanzas tardías: una copa rebosante de la sensación de que por lo menos ahora sí que estaba dedicándose a aprender cosas. La señora Wix alimentó dicha sensación con los recursos de su charla y con su activa insistencia en que debían colmar al máximo las efímeras horas. Estaban abrumadas de programas que debían desarrollar de inmediato y adoptando perpetuamente la táctica de un victorioso asalto. —Ciertamente no conocían ratos de ocio, y todas las noches la niña se acostaba tan exhausta como si se hubiera pasado el día entero jugando. Este ritmo se había iniciado desde el instante de su común reencuentro, se había iniciado con todo lo que la señora Wix tuvo que explicarle a su amiguita sobre las razones del insólito proceder que milady había puesto en práctica desde nada más llegar la niña.

Dicho insólito proceder adoptó durante tres días la forma de una negativa por parte de milady a ver a su pequeña hija: tres días en los cuales Sir Claude estuvo realizando raudas incursiones joviales en el cuarto de estudio para suavizar la anómala situación, para decir «Ella terminará aviniéndose, como te puedes imaginar; te aseguro que terminará aviniéndose», e incluso un poco para compensar la afrenta que él había causado que Maisie sufriera. En toda la vida de la niña, comoquiera que se la mirase, nunca se había dado tan deliciosa compensación. Esta se manifestó en el modo en que él reconoció cordialmente que milady no había sido apercibida de la visita hecha por él a la casa de su exmarido ni de que él se había servido de la hija de esta persona como pretexto para entablar amistad con la abominable criatura que allí se había instalado. El cielo era testigo de que milady había deseado volver a albergar a su hija y había realizado por su cuenta todos los trámites pertinentes para acudir a recobrarla; lo que al menos de momento no podía perdonarle a ninguno de los involucrados era una forma tan meticulosamente furtiva de llevar a cabo el traspaso. Maisie soportaba una parte mayor del peso de este resentimiento de lo que supieron justificarle ni aun las inventivas confidencias de la señora Wix, en especial dado que por su lado el propio Sir Claude no se mostró nada inventivo, aunque

por otra parte tampoco se mostró nada abatido. Se mostró divertido e inconsecuente y, en ciertos momentos, verdaderamente asombroso: le recalcó a su compañerita, con una franqueza que la turbó mucho más de lo que él pareció advertir, que la seguridad de él dependía de que ella no se dejara sonsacar por su madre, cuando al fin ésta quisiera verla, absolutamente nada de lo que a él le había dicho la señora de Beale. Él entraba y salía; afirmaba, en broma, que tomaba extraordinarias precauciones para poder hacerlo; exhibía una decidida disposición a las chanzas. Hacía gansadas con la señora Wix hasta ponerla colorada de risa, y le reiteraba a Maisie que él esperaba de ella el mismo tenaz mutismo de un piel roja capturado e interrogado. Todas sus lecciones durante estos primeros días y aun durante largo tiempo después parecieron versar sobre Sir Claude, y no obstante ella jamás de los jamases le mencionó a la señora Wix que se sentía dispuesta, a instancias de las estimulantes intimaciones de él, a arrostrar triunfalmente toda clase de torturas. Empero, esta mujer había pintado el estado de la cuestión con una agudeza que demostró cuán poco precisaba ser aleccionada al respecto. Su explicación de todo lo que no presentaba un aspecto enteramente agradable —y aunque su propia opinión podía resultar peligrosa, de todas formas estaba en consonancia con el peligro— era que milady se sentía apasionadamente enamorada de Sir Claude. Maisie aceptó esta explicación con infinita reverencia y le dio muchas vueltas cuando por último fue convocada a acudir en presencia de su madre.

Allí se enfrentó con elementos en medio de los cuales la susodicha explicación pareció realmente proporcionarle una clave para orientarse: allí se—enfrentó con un desconcierto casi terrorífico, enseguida lleno, no obstante, de reverberaciones de las antiguas recuperaciones de posesión expresivas y feroces de Ida. Estas reverberaciones ya llevaban algún tiempo acumulándose en la casa, conque en esta ocasión el espectáculo llegaba tarde. Preocupada como estaba Maisie por la idea del apasionado sentimiento que Sir Claude había inflamado en su madre, y nada desconocedora, por ende, gracias a las anécdotas narradas por la señora Wix, de los estragos que por lo común causa tal sentimiento, fue empero capaz de admirarse del aspecto imponente de milady, de su violento esplendor, del maravilloso color de sus labios y aun de la dura mirada —una mirada como la de algún fulgurante ídolo descrito en un libro de cuentos— que había aparecido en sus ojos a consecuencia de un curioso recargamiento en la ya rica circunferencia de éstos. Sus declaraciones y explicaciones se entremezclaron con ansiosos requerimientos y súbitos cambios de tema, en medio de los cuales Maisie percibió a modo de eco de años anteriores el roce de sus dijes y el arañazo de sus ternuras, el perfume de sus vestidos y los saltos de su conversación. Aún seguía con su vieja y astuta manía —la señora Wix la definía como «aristocrática»— de cambiar de conversación de la misma forma que se le puede cerrar a alguien la puerta en la cara. La diferencia principal, en lo referido a su persona, estaba en la tonalidad de su cabello dorado, que había pasado a ser de un rojo cobrizo y que, unido a la cabeza que profusamente cubría, le pareció a la niña aún más voluminoso que antaño. Esta pintoresca progenitora mostraba literalmente una estatura más majestuosa y una presencia más noble, cosas que, junto con algunas otras que habrían podido semejar insólitas, resultaban bellamente explicadas por el romántico estado que estaban atravesando los afectos de milady. Eran estos afectos, pudo Maisie discernir con facilidad, lo que movía a Ida a espetar preguntas referidas a cuanto había acaecido en la otra casa entre aquella horrible mujer y Sir Claude; pero asimismo fue precisamente en este punto donde la niña recordó

el efecto que obtuviera en el pasado mediante el ejercicio del pacífico arte de la estupidez. Tal arte acudió de nuevo en su ayuda: su madre, cuando la despachó al término de una entrevista en la que ella había alcanzado una vacuidad que verdaderamente no se correspondía con sus años, le dio a entender con claridad absoluta que el paso del tiempo no había logrado volverla ni un ápice más avispada.

Ella podía soportar aquello: podía soportar cualquier cosa que contribuyera a hacerla sentir que había hecho algo en beneficio de Sir Claude. Si no le había contado a la señora Wix lo mucho que él había parecido agradarle a la señora de Beale, estaba claro que mucho menos iba a contárselo a milady. En el modo en que el pasado había revivido para ella había habido algo extrañamente contradictorio. Antes era por odio a papá por lo que mamá deseaba saber cosas feas sobre él; pero si ahora deseaba saber parecidas cosas sobre Sir Claude, era por el motivo contrario. Se quedó atemorizada ante la forma en que una mujer podía dejarse afectar por la pasión invocada por la señora Wix: contuvo la respiración con la sensación de estar avanzando cautelosamente entre los hechos tremebundos de la existencia. Lo que, sin embargo, ahora, tras la entrevista con su madre, sí le contó a la señora Wix fue que, a despecho de que ella hubiera producido un «buen efecto», como ella lo calificó —el efecto que había pretendido, el efecto de una inoperante vacuidad—, las últimas palabras de milady habían sido que el deber de milady para con ella sería cumplido a rajatabla. Ante este anuncio institutriz y educanda se miraron entre sí con silenciosa hondura; mas las semanas transcurrieron y aquel anuncio no se tradujo en consecuencia alguna que interfiriera de forma importante en el alegre galope de su ritmo de estudios. El deber de milady cobró a veces la forma de no ver a su hija en varios días seguidos, y Maisie vivía su vida con gran prosperidad entre la señora Wix y el afable Sir Claude. La señora Wix tenía un vestido nuevo y, tal como era ella misma la primera en proclamarlo, una posición mejor; de suerte que a Maisie todo le daba la sensación de una brillante existencia pletórica, de la cual habían sido sencillamente «omitidas» la señora de Beale y Susan Ash, momentáneamente, como un par de niñas no invitadas a un festejo de Navidad. La señora Wix albergaba un secreto terror que, como la mayoría de sus secretos sentimientos, debatía con su compañerita, con gran solemnidad, a todas horas: la posibilidad de que milady descendiera sobre ellas, a su brusco modo aristocrático, con la noticia de un colegio. Pero asimismo encontraba un bálsamo para aquel miedo en su convicción de lo muy a fondo que Sir Claude estaba al tanto de la situación. Sir Claude estaba demasiado satisfecho —¿acaso no lo declaraba él mismo constantemente?— con la buena impresión causada, entre los miembros de un vasto círculo, por los sacrificios de Ida; y a menudo se presentaba en el cuarto de estudio para hacerlas saber lo estupendamente que le parecía que habían salido y seguirían saliendo las cosas.

A veces él desaparecía durante días, cuando sus pacientes amigas interpretaban que milady, como era natural, pretendía monopolizarlo; mas siempre reaparecía con las más fantásticas historias sobre dónde había estado —maravillosa pintura de la alta sociedad— e incluso con pequeños regalos que demostraban lo mucho que durante su ausencia se había acordado del hogar. Además de infundirle a la señora Wix —a través de sus palabras casi la sensación de que también ellas habían «estado fuera», le fue regalando a ésta un billete de cinco libras, una historia de Francia y un paraguas con mango de malaquita, y a Maisie tanto cajas de bombones como libros de cuentos, amén de un maravilloso sobretodo (fueron ellos dos solos a comprarlo juntos) y un montón de juegos,

acompañados de las respectivas instrucciones, y un precioso marco rojo para resguardar la famosa fotografía de él. Los juegos eran, como decía él, para pasar el rato durante las veladas; y, en efecto, a menudo ellas pasaron las veladas en infructuosos intentos por parte de la señora Wix para interpretar lo que «venía» en las instrucciones. Cuando él le preguntaba a aquel par qué les parecían los juegos, siempre respondían: «¡Oh, de ensueño!», aun cuando las dos solían sostener porfiadas discusiones sobre la conveniencia de pedirle con franqueza a Sir Claude su ayuda para lograr entender algo. Era ésta una solución que repugnaba a sus delicadezas: ellas no habrían sabido explicar exactamente el porqué, mas era parte de la ternura que sentían hacia él esa decisión de no dejarlo pensar que ellas estaban atravesando dificultades. Lo más deslumbrante eran las atenciones que él tenía con la señora Wix: no sólo el billete de cinco libras y el «no haberse olvidado» de ella, sino asimismo sus corteses miramientos, tal como ella los llamaba dándose a sí misma un tono al cual su forma de pronunciar aquellas palabras le confería la única grandiosidad que Maisie habría de verla exhibir nunca si se exceptúa cierta ocasión que ya se narrará más adelante, una ocasión en la que la pobre mujer se mostró más grandiosa que todos ellos juntos. Él le estrechaba la mano, le tenía consideración, como decía ella, y especialmente, más de una vez, la llevó, junto con la hijastra, al teatro a ver una revista musical y, en medio del gentío, mientras iban saliendo, le ofreció públicamente su brazo. Cuando se reunía con ellas en la soleada plaza de Piccadilly sonreía y se alegraba y caminaba junto a ellas, suprimiendo heroicamente toda conciencia de la desigualdad de su compañía, un heroísmo del que —no hacía falta que la señora Wix dijera explícitamente *esto*— milady no parecía muy capaz pese al vínculo de sangre que había por medio. Incluso el despreocupado corazón de la infancia podía adivinar algo trágico en semejante encomio de semejantes rasgos de cortesía: hizo que Maisie comprendiera cómo durante toda su vida su humilde compañera había tenido que plegarse y bajar la cabeza. Pero asimismo el susodicho encomio dejó claro hasta qué grado Sir Claude era un caballero: lo era más que nadie en el mundo; «Y da igual —observó repetidas veces la señora Wix— a quién conozcas de la alta sociedad, e incluso con quién termines prometida en matrimonio.» Había preguntas que Maisie jamás hacía; por lo mismo se salvó su institutriz de la embarazosa tesitura de tener que decirle si Sir Claude era más caballero que papá. Y no precisamente por falta de ocasiones, pues entre ellas dos no había momento en que el tema de Sir Claude se considerase una digresión; y, se hablara de lo que se hablase, de fechas históricas o de verbos auxiliares, él nunca se hallaba más lejos de lo que podía estarlo la página siguiente. En las veladas invernales la solución ante los desesperantes galimatías de tableros, fichas y complicados folletitos de instrucciones consistía sencillamente en arrimarse a la chimenea y ponerse a hablar sobre él; y, si se ha de decir la verdad, este edificante intercambio constituyó durante esta época la principal educación de la niña.

No obstante hay que admitir que el tema de Sir Claude las llevaba bastante lejos, más lejos acaso de lo que juzgaba siempre admisible la mentalidad anticuada, el rígido sentido de la decencia, de la sencilla institutriz de Maisie. Había veces que con un suspiro la señora Wix daba fe de los escrúpulos que tenía que superar: eran momentos en los cuales parecía preguntar qué otra línea de conducta *podía* seguirse con una personita cuya experiencia había sido, por decirlo de alguna forma, tan peculiar. «Es como si ya lo supieras todo, ¿verdad, cariño?» y «No puedo estropearte más de lo que *ya* lo han hecho, ¿a que no, mi amor?»: tales eran los términos en que la buena mujer se excusaba ante sí

misma y ante su educanda por el confiado tono audaz de las conversaciones que entre ellas sostenían. En realidad, lo que la educanda ya sabía se sobreentendía más bien que se expresaba, pero cumplía la útil función de trascender todos los libros de texto y suplantar todos los deberes escolares. Si nada podía hacer que la niña se estropeara más de lo que ya lo estaba, incluso para ella misma era un consuelo saber que ya estaba estropeada... consuelo que ofrecía una amplia y sólida legitimación al hecho fundacional de la actual crisis: el hecho de que mamá se sintiera terriblemente celosa. Éste era otro aspecto de la coyuntura del apasionamiento de mamá, y la profunda pareja del cuarto de estudio no se demoró en someterlo a consideración. Dicho aspecto las ponía cara a cara con la idea de las incomodidades que debía sufrir cualquier dama que se casara con un caballero que produjera en las otras damas el fascinante efecto que producía Sir Claude. Que tales damas no pudieran evitar enamorarse de él, era para su esposa un pensamiento naturalmente irritante. Un día en que algún accidente —algún golpazo de una puerta o alguna huida de una doncella atemorizada— puso de manifiesto con singular vividez aquella verdad, Maisie, penetrante e inquisitiva, le dijo repentinamente a su compañera:

—Y usted, querida, ¿está también enamorada de él?

Incluso tamaña inquisitividad había dejado un pequeño resquicio para el humor; conque se quedó un tanto desconcertada ante la seria prontitud con que declaró tajantemente la señora Wix:

—Perdidamente. *Jamás,* ya que me lo preguntas, había llegado yo a este extremo.

Esta audacia no consiguió sin embargo refrenar a Maisie cuando, algunos días más tarde —y porque llevaban ya varios sin una sola visita de Sir Claude—, su institutriz invirtió las tornas:

—¿Puedo preguntarte, señorita, si lo estás *tú?* —La señora Wix planteó la pregunta, como ella pudo ver, con vacilación, pero con obvio ánimo bromista.

—¡Caramba, *una barbaridad!* —dijo en respuesta la niña, como sorprendida de no haberlo dado a entender suficientemente desde hacía mucho tiempo; ante lo cual su amiga soltó un suspiro de aparente satisfacción. De hecho, habría podido ser de decidido alivio. Todo era como debía ser.

Sin embargo no era con ellas —de eso estaban segurísimas— con quienes estaba furiosa milady, ni fue porque ésta lo hubiera decretado por lo que finalmente sobrevino un periodo —seis meses llegó a durar— durante el cual a menudo él ni siquiera se acercó a ellas en muchos días seguidos. Él se marchaba «afuera», y Ida se marchaba «afuera», y a veces se marchaban juntos y a veces separados; había temporadas en que las dos sencillas estudiosas tenían toda la casa para ellas solas, temporadas en que hasta la mismísima servidumbre parecía haberse marchado «afuera» y las comidas se convertían en una incierta búsqueda de provisiones por la bodega y la despensa. La señora Wix le inculcaba a su educanda en tales ocasiones —momentos a menudo hambrientos, en los cuales todo el consuelo de la inculcadora se hacía necesario— que la «verdadera existencia» de los señores de la casa (la brillante sociedad en que era inevitable que éstos se movieran y los complejos placeres en que era casi presuntuoso ya sólo pretender seguirlos con la imaginación) debía presentar rasgos que literalmente había que verlos para creerlos. En uno de dichos momentos le reveló a Maisie que, aunque las dificultades fueran numerosas, era la señora de Beale quien se había adueñado del cotarro. Entonces de un modo u otro la niña cayó en la cuenta de que su madrastra había estado realizando intentos por verla a ella, de que su madre se había encolerizado ante ello, de que su

padrastro había apoyado a su madrastra, de que ésta última había pretendido estar actuando en representación del padre, y de que a su madre todo aquello le había sentado, por decirlo de una vez, a cuerno quemado. La situación era, como declaró la señora Wix, un embrollo de mil diablos. Su crónica de la misma le trajo a Maisie a la memoria la feliz visión del modo en que Sir Claude y la señora de Beale se habían hecho amigos: incidente sobre el cual, aunque apenas le contara nada a la señora Wix, había tenido más de una oportunidad de volver, en compañía de su padrastro, durante las primeras semanas de su estancia en la casa de su madre. Y le estaba vagamente agradecida a la señora Wix por no haber intentado, como en cambio sí que lo había intentado su madre, hacerla hablar sobre el día en que Sir Claude se había pasado a recogerla. Aquello era lo que Sir Claude había calificado como el interrogatorio cuando la había advertido de lo que iba a producirse, y también posteriormente cuando le dijo que era una «camarada» estupenda por haberlo desbaratado. Fue entonces cuando, perfectamente sabedora de que la señora de Beale no había renunciado a ella en modo alguno, la niña le preguntó si él seguía en contacto con ella y si de momento se debía dar por inviable toda relación entre su madrastra y ella misma. Esta conversación había tenido lugar con ocasión de que un día él entró repentinamente en el cuarto de estudio hallando sola a Maisie.

10

Él llevaba un cigarrillo en la boca y se situó junto a la chimenea y contempló los exiguos muebles de aquella habitación de un modo que hizo que ella se sintiera un tanto avergonzada de los mismos. Entonces, antes de dejarla «sonsacarlo» en lo relativo a la cuestión de la señora de Beale —«sonsacar» era otra de las palabras que ella se había apropiado del vocabulario de su padrastro; el número de éstas era asombroso—, él comentó que a decir verdad mamá se mostraba bastante parca en la ornamentación del cuarto de estudio. La señora Wix había adornado un poco las paredes con un abanico japonés y con dos inscripciones de versículos bastante tétricos de la Biblia: a la señora Wix le habría gustado que hubiesen sido más alegres, pero daba la casualidad de que no tenía otros. Sin la fotografía de Sir Claude, empero, el lugar habría resultado, como decía él, igual de insípido que una cena fría. Asimismo él comentó que había montones de cosas que ellas deberían tener allí; sin embargo institutriz y educanda, había que admitirlo, seguían aún divididas entre su decidir los sitios en que tales cosas deberían colocarse en caso de que tales cosas llegaran algún día y su reconocer esa mutabilidad del destino de la niña que por naturaleza no propiciaba las acumulaciones. La niña sólo se quedaba en cada casa lo necesario para echar de menos ciertas cosas, nunca ni la mitad de lo necesario para ganarse otras nuevas. El modo en que Sir Claude paseó su mirada por todo el cuarto de estudio la hizo sentirse tan llena de humildad como si el cuarto de estudio se diferenciara en muy poco del mugriento ático en que ella había visitado a Susan Ash. Luego él dijo abruptamente refiriéndose a la señora de Beale:

—¿Piensas que realmente te quiere?

—¡Oh, una barbaridad! —respondió Maisie.

—Vaya, a lo que me refiero es a si te quiere por ti misma, como se suele decir, no sé si me explico. ¿Te tiene tanto cariño, digamos, como la señora Wix?

La niña meditó, y dijo:

—¡Oh, es que yo no soy todo lo que tiene la señora de Beale!

Sir Claude pareció sentirse muy divertido ante aquello:

—¡Sí, no eres todo lo que tiene!

Se rió unos instantes, pero eso no era ninguna novedad para Maisie, quien no se sintió lo bastante desconcertada para dejar de añadir:

—Pero nunca renunciará a mí.

—Caramba, tampoco yo, amigo; así que no tiene nada de extraordinario, y ella no es la única. Pero si tanto cariño te tiene, ¿por qué no te escribe entonces?

—Ah, a causa de mamá. —Era elemental, y ella casi se sorprendió de la ingenuidad de la pregunta de Sir Claude.

—Entiendo; tienes toda la razón —respondió él—. Sin embargo ella podría tratar de verte; hay muchas maneras. Claro que está la señora Wix.

—Está la señora Wix —convino Maisie con sabiduría—. La señora Wix no la traga.

Sir Claude pareció interesado:

—¿Ah, sí? No me digas. Y ¿qué cosas dice de ella?

—Ninguna en absoluto, porque sabe que no me agradaría. Qué considerada, ¿a que sí? —preguntó la niña.

—Desde luego: amabilísima. La señora de Beale no refrenaría su lengua por un motivo como ése, ¿verdad?

Maisie recordó lo poco que lo había hecho siempre; pero deseaba defender también a la señora de Beale. La única defensa que se le ocurrió, no obstante, fue esta disculpa:

—¡Oh, en casa de papá, ya sabes, no prestan mucha atención a esas cosas!

Ante esto Sir Claude se limitó a sonreír:

—Sí, seguramente. Pero aquí sí que lo hacemos, ¿no te parece?; aquí todos tenemos mucho cuidado con lo que decimos. Supongo que yo no debería contagiarte prejuicios al respecto —siguió—; pero me parece que, visto en conjunto, en esta casa debemos de ser bastante más amables que en la de tu padre. Sin embargo no insistiré; pues se trata de la clase de asunto que debe de resultarte obligadamente embarazoso debatir. No has de preocuparte, de todas formas: te aseguro que siempre contarás con mi apoyo. —Tras un momento y mientras continuaba fumando, volvió a la cuestión de la señora de Beale y a la primera pregunta de la niña—: Me temo que de momento no podemos hacer mucho en lo referente a ella. No he vuelto a verla desde aquel día: palabra que no he vuelto a verla. —Un instante después, con una risa una pizca tonta, el joven se puso ligeramente colorado; debió de pensar que esta declaración de inocencia era excesiva estando destinada a Maisie. Era inevitable decirle a ésta, empero, que naturalmente su madre aborrecía a la dama de la otra casa. El no contaba con el consentimiento de su esposa para ir allá de nuevo, y no era la clase de hombre —le pidió a ella que lo creyera, cayendo de nuevo, a despecho de sí mismo, en el prurito de presentarse como irreprochable ante la mirada de la niña capaz de ir sin él. Era propenso a hablar con ella utilizando el tono que habría utilizado con otro hombre de mundo. Cierto que había ido a casa de la señora de Beale para recoger a Maisie, pero ése había sido un asunto de todo punto diferente. Ahora que ella estaba alojándose en casa de su madre, ¿qué pretexto podría aducir él ante su madre para ir a tributar visitas a la esposa de su padre? Y por supuesto a la señora de Beale le era imposible venir a la casa de Ida: Ida la destriparía sin piedad. Ya que se estaba hablando de pretextos, Maisie se acordó de lo mucho que la señora de Beale había insistido en que ella era uno óptimo, y de cómo, en esa calidad, su propio destino era que

los demás o bien dependiesen mucho de ella o bien la echasen mucho de menos. Aparte, en esta ocasión Sir Claude reconoció que tal vez las cosas cambiaran un poco posteriormente; y concluyó diciendo—: Estoy seguro de que te quiere sinceramente; ¿cómo iba a evitarlo? Es muy joven y muy guapa y muy inteligente: a mí me parece encantadora. Pero debemos proceder correctamente. Si tú me ayudas, ¿verdad?, yo te ayudaré *a ti* —terminó diciendo de una forma encantadora y amigable, de igual a igual, sin afectación ninguna de superioridad: forma ésta que hizo que la niña se sintiera dispuesta a hacer por él lo que fuese y cuya singularidad, como sintió ella vagamente, estribó no tanto en una fingida condescendencia ante sus pocos años cuanto en una verdadera inconsciencia de los mismos.

Aquello le ocasionó unos momentos de secreto éxtasis, momentos en que creyó de veras poder ayudarlo. Lo único desconcertante estuvo en lo relativo a esa misteriosa edad de la vida que los adultos que se movían a su alrededor calificaban como juventud. Para Sir Claude en aquel momento la señora de Beale era «joven», al igual que para la señora Wix lo era Sir Claude: ése era uno de los méritos por los que la señora Wix más lo encomiaba. ¿Qué es lo que era entonces la propia Maisie, y, pasando a otro aspecto de la cuestión, qué es lo que era entonces mamá? A ella le había hecho falta cierto tiempo para llegar a inferir con la ayuda de una o dos tentativas que no era recomendable abordar el tema de la juventud de mamá. Hasta llegó a preguntarse un día, viendo el espeso maquillaje y las nítidas arrugas del rostro de aquella dama, si a alguien que no fuera ella misma se le ocurriría abordarlo. No obstante, si milady no era joven entonces era vieja, y esto arrojó una extraña luz sobre la circunstancia de que tuviera un marido de otra generación. El señor Farange era aún más viejo, eso lo sabía Maisie perfectamente; y ello la condujo lógicamente a advertir, ya que la señora de Beale era más joven que Sir Claude, lo muchísimo más viejo que debía ser papá que la señora de Beale. Tales descubrimientos produjeron perplejidad e incluso una pizca de confusión: al parecer, todas estas personas tenían una edad que no era la que debería. De alguna forma, tal era el caso especialmente con su madre, y a ella eso la hizo reflexionar con cierto alivio sobre el hecho de no haber debatido con la señora Wix acerca de cuál podría ser la exacta intensidad del afecto que Sir Claude experimentaba hacia su mujer. Fue consciente de que si ambas habían restringido su atención a las caracteristicas del afecto de milady hacia su marido, había sido porque se habían visto contenidas quizá particularmente la señora Wix— por un sentimiento de delicadeza e incluso de turbación. El coloquio con su padrastro en el cuarto de estudio se encaminó hacia su término cuando ella dijo:

—Si en ese caso no vamos a ver en modo alguno a la señora de Beale, no va a ser como ella pareció creer cuando fuiste a recogerme.

Él mostró un semblante bastante perplejo:

—¿Qué es lo que ella pareció creer?

—Caramba, que yo os había unido.

—¿Eso creyó? —preguntó Sir Claude.

Maisie se sorprendió de que él ya lo hubiera olvidado:

—De la misma forma que yo los uní a papá y a ella. ¿No recuerdas que lo dijo?

Aquello retornó a la memoria de Sir Claude con una estruendosa carcajada:

—¡Sí, en efecto, lo dijo!

—Y *tú* también lo dijiste —insistió Maisie con lucidez.

Él recordó, con una hilaridad en aumento, toda aquella ocasión:

—¡Y *tú* también! —replicó como si estuvieran jugando a algún juego.

—Entonces, ¿es que nos equivocamos todos?

Él lo consideró un instante, y contestó:

—No, no enteramente. Me atrevería a decir que en realidad sí lo hiciste. *Estamos* unidos: es verdaderamente singular. Ella estará ahora pensando en nosotros (en ti y en mí) aunque no podamos vernos. Y no tengo la menor duda de que cuando regreses con ella te encontrarás con que el asunto va de perlas.

—¿Voy a regresar con ella? —espetó Maisie con voz un poco entrecortada *y* como si de improviso se hubiera aferrado con pies *y* manos a la felicidad del momento presente.

Ante esto Sir Claude pareció quedarse serio por unos instantes: tal vez había experimentado todo el peso del compromiso que había tomado sobre sí.

—¡Oh, algún día, supongo! —dijo—. Aún falta mucho tiempo.

—Tengo un enorme atraso que recuperar—dijo Maisie con sensación de gran audacia.

—Claro, claro, *y* debes recuperarlo a fondo. ¡Oh, ya *cuidaré* de que lo hagas!

Esto era alentador, y para mostrar alegremente que no temía nada por ese lado ella repuso:

—Ya cuida de eso también la señora Wix.

—Oh, sí —dijo Sir Claude—; la señora Wix y yo estamos hombro con hombro.

Maisie meditó un poco sobre aquella imagen tan vívida; tras lo cual exclamó:

—Entonces también lo he hecho contigo y con ella: yo os he unido a *vosotros.*

—¡Ya lo creo! —dijo Sir Claude riendo—. Y más que a nadie, palabra. ¡Oh, vaya si lo has hecho con *nosotros!* ¡Ojalá consiguieras (como ya te dije aquel día, ¿recuerdas?) hacerlo conmigo y con tu madre!

La niña se asombró:

—¿Uniros a ti y a *ella?*

—Ya sabes que estamos desunidos; por entero. Pero yo no debería contarte estas cosas; sobre todo teniendo en cuenta que tú jamás podrás unirnos... precisamente tú eres la menos indicada. No, amigo mío —continuó el joven—; ahí te estrellarías. Pero no importa: saldremos adelante de un modo u otro. Lo fundamental es que tú y yo somos estupendos.

—¡*Somos* estupendos! —hizo de eco Maisie con devoción. Pero al momento siguiente, a la luz de lo que él había dicho hacía un momento, preguntó—: ¿Cómo podría abandonarte yo nunca? —Era como si de alguna forma fuera ella quien debiera hacerse cargo de él.

La sonrisa de él estuvo en debida consonancia con los anhelos de ella:

—¡Oh, caramba, no te verás en esa situación! No se derivará hacia ese punto.

—¿Quieres decir que te vendrás conmigo cuando yo ya no tenga más remedio que marcharme?

Sir Claude meditó:

—Quizá no exactamente «contigo»; pero no andaré lejos de ti. —Pero ¿cómo puedes saber a dónde te va a llevar mamá?

Él volvió a reírse:

—¡No lo sé, eso he de confesarlo! —Entonces se le ocurrió una idea, aunque quizá en exceso humorística—: De eso tienes que cuidar tú: de que tu madre no me lleve demasiado lejos.

—Y ¿cómo podría evitarlo yo? —preguntó extrañada Maisie—. Mamá no me quiere —dijo con suma sencillez—. No, de verdad. —Por niña que fuera, su pequeña larga historia estaba resumida en aquellas palabras; y era tan imposible contradecirla como si hubiese sido una venerable anciana.

El silencio de Sir Claude equivalió a admitirlo, y aún más el tono con que al poco repuso:

—Eso no le impedirá, un día u otro, abandonarme junto contigo.

—¿Nosotros viviremos juntos entonces? —preguntó entusiasmada.

—Mucho me temo —dijo Sir Claude, sonriendo— que ahí la señora de Beale encontrará una verdadera oportunidad.

Ante esto el entusiasmo de ella disminuyó una pizquita; se acordó del dictamen de la señora Wix en el sentido de que la situación era un embrollo de mil diablos.

—¿Para recuperarme? Vaya, y ¿no podrás ir a visitarme allá?

—¡Oh, con seguridad!

Aunque Maisie se había desprendido de algunas características de la infancia, conservaba aún toda la afición infantil a las promesas nítidas:

—O sea que *vendrás a* verme. Y vendrás con frecuencia, ¿verdad? —insistió; mientras estaba hablando, la puerta se abrió para dar paso al retorno de la señora Wix. Ante lo cual Sir Claude, en lugar de responder a la pregunta, le dirigió a Maisie una mirada que la hizo callar y quedarse perpleja.

Cuando por fin él volvió a hallarla convenientemente a solas, sin embargo —lo cual tardó bastante en ocurrir—, retomó la conversación prácticamente en el mismo punto donde la habían dejado:

—Ya comprendes, guapísima, que aunque yo podré ir a visitarte a casa de tu padre, sin embargo no es lo mismo que la señora de Beale venga a visitarte aquí. —Ante esta declaración Maisie asintió solícitamente, aunque fue consciente de que sin ayuda apenas habría sabido decir en qué consistía exactamente la diferencia. Se dio cuenta de lo mucho que su padrastro se estaba preocupando por ahorrarle, como decía él con su acostumbrada chistosidad, las turbaciones de hacerla especificarla—. Posiblemente yo conseguiré ir a casa de la señora de Beale sin que tu madre se dé cuenta.

Maisie sintió que su atención se dilataba ante lo apasionante del elemento dramático presente en el asunto:

—Y ella, ¿no podría venir aquí sin que mamá...? —Fue incapaz de articular las palabras que designaban la acción de mamá.

—Mi querida niña, la señora Wix se chivaría.

—Pero yo creía —objetó Maisie— que la señora Wix y tú...

—¿...éramos auténticos compañeros de armas? —le salió al encuentro Sir Claude—. Oh, desde luego que lo somos... en todos los asuntos excepto en el de la señora de Beale. Y si sugieres —continuó— que, si ella viniera aquí, de uno u otro modo nosotros podríamos ocultarle su presencia a la señora Wix...

—¡Oh, no he sugerido en absoluto eso! —lo atajó Maisie a su vez.

Sir Claude mostró un semblante como de comprender perfectamente el porqué:

—Sí, sería absolutamente imposible. —Gracias a aquellas ligeras consideraciones sobre lo que podrían o no ocultar, le llegó a ella su primera tenue intuición de que había en él algo que jamás se había esperado. Había habido ocasiones en que ella había tenido que sacar partido de la posibilidad de mostrarse insincera; y sin embargo ella jamás había

ocultado nada que no fuesen pensamientos. Naturalmente ahora ocultó este pensamiento de cuán extraño sería verlo *a él* ocultar algo; y mientras estaba así ocupada, él continuó—: Además, ya sabes que a mí no me da miedo tu padre.

—¿Y sí te lo da mi madre?

—¡Bastante, amigo mío! —contestó Sir Claude.

11

No ha de suponerse que las ausencias de milady no se vieran atenuadas por procederes de otra índole: entradas triunfales y detenciones trepidantes durante las cuales parecía echarle un vistazo rico en propósitos a todo lo que había en la habitación, desde el estado del techo hasta el de los botines de su hija. A veces tomaba asiento y a veces merodeaba agitadamente por todo el cuarto de estudio, pero en ambos casos su actitud tenía igualmente el aire apabullante de las medidas prácticas. Las cosas que allí hallaba deplorables eran tantas que hacía sentir que todavía podía esperarse mucho de ella, y se erizaba de proyectos hasta tal punto que por los cuatro costados parecía derramar remedios y promesas. Sus visitas eran tan vistosas como un mobiliario; sus propósitos, como dijo una vez la señora Wix, tan bonitos como un par de cortinas; pero era persona dada a los extremismos: a veces no le dirigía apenas la palabra a su hija y a veces abrazaba a aquel tierno capullo estrechándola contra un escote, tal como había dictaminado asimismo la señora Wix, notablemente pronunciado. Siempre iba con unas prisas tremendas, y cuanto más pronunciado era el escote más se podía inferir que la aguardaban en otra parte. Habitualmente entraba sola, pero en ocasiones la acompañaba Sir Claude, y en los primeros tiempos nada había sido tan delicioso de observar en estas apariciones como la forma en que milady, como lo formuló la señora Wix, vivía hechizada por él. «*¿Verdad* que está hechizada?», solía exclamar Maisie aludiendo reflexiva pero campechanamente a aquello después de que Sir Claude se hubiera llevado a mamá entre explosiones de sanas carcajadas. Ni siquiera en los viejos tiempos de las tronchadas mujeres había oído ella a mamá reírse tantísimo como en estos momentos de capitulación conyugal, a la alegría de los cuales hasta una niña advertía que al fin tenía derecho... una niña cuyas reflexiones de entonces consistieron todas en felices meditaciones egoístas sobre buenos augurios y pronósticos de dicha.

En épocas posteriores, entrando sin ninguna compañía y con el aire de haber cambiado a consecuencia de algún otro cambio, Ida adoptó un tono brusco y superficialmente incongruente: el tono de haberlo dejado todo, con grandísimo pesar, en manos de Sir Claude y de pretender que los demás se enteraran de que si todo dejaba bastante que desear se debía a que Sir Claude era tan atrozmente descuidado.

—Desde un principio ha armado tanto jaleo a tu respecto —le dijo ella a Maisie en una ocasión— que le he dicho que se ocupe de ti él mismo y compruebe si tal ocupación resulta de su agrado, ¿me entiendes? He decidido lavarme las manos en lo que a ti concierne: te he cedido a él, y si estás descontenta en algo, te ruego que sea a él a quien vayas a quejarte. De modo que no me des la lata *a mí:* te aseguro que yo ya tengo encima bastantes preocupaciones. —Una de ellas, ostensiblemente, era que ahora aquel hechizo disfrutado junto a la chimenea del cuarto de estudio estaba a un pelo de romperse; otra era que se había visto finalmente obligada a dejar constancia pública de la ineptitud de su

marido en lo tocante a las verdaderas responsabilidades. De hecho, llegó un día en que sus estupefactas oyentes se quedaron de piedra al oírla decir que lo que lo descalificaba era que sencillamente, ay, él no era una persona seria. Maisie lloró sobre el regazo de la señora Wix tras oír que Sir Claude era un frívolo... tomando en cuenta, además, que su institutriz sólo logró paliar a medias aquello al exteriorizar en varias ocasiones durante los siguientes días su opinión de que el mostrarse despreocupado e inconsciente era propio del «periodo de la vida» que él estaba atravesando. Aquello había sido propio del periodo de la vida que estuviera atravesando cualquier otra persona que ella hubiese conocido hasta ese momento exceptuando a la pobre señora Wix, y en apariencia el mérito peculiar de Sir Claude había sido precisamente que era distinto de cualquier otra persona. Maisie habló con él, empero, transcurrido algún tiempo, muy libremente sobre la cuestión de su madre; con él no sentía en modo alguno, a ese respecto, aquel temor que la había hecho guardar silencio tantas veces en presencia de su padre: el temor de cometer indiscreciones y empeorar situaciones que ya estaban mal de por sí. Él pareció aceptar la idea de haberse hecho cargo de ella y de haberla convertido, como él dijo, en su fuente de diversión particular; asimismo, prácticamente estuvo de acuerdo con las imputaciones de ser una lastimosa decepción y un zoquete ocioso y un bruto irremediable. Y no le dijo ni una sola palabra en contra de su madre: se limitó a permanecer silencioso y descorazonado ante la desaforada taxatividad de milady. Hubo momentos en que él mismo llegó incluso a hablar como si a aquella criatura que él había cogido a su cargo la hubiera robado de los brazos de una progenitora que había luchado con uñas y dientes para quedársela.

Precisamente esa conclusión se desprendió de una escena que con vívido relieve tuvo lugar un día en que los cuatro se encontraban casualmente en el salón, solos, y Maisie se vio de pronto arrastrada contra el seno de su madre y convertida en tema de apasionados sollozos e imprecaciones, conducta que era evidente culminación de algún reciente encontronazo áspero. Esta referencia a otro episodio exigió que mientras casi acunaba a la niña en sus brazos, Ida hablara de ella describiéndola como fatal e insidiosamente vampirizada, y que despotricara contra Sir Claude como si fuera el cruel autor de tamaña felonía:

—¡Él te ha arrancado *de* mí —exclamó—; te ha puesto *contra* mí; y tú te has dejado seducir y tu pequeña mente horrible ha sido emponzoñada! Te has entregado a él, te has puesto en contra de mí y me odias. Conmigo nunca abres la boca, lo sabes muy bien; y en cambio con él parloteas como una docena de urracas. No mientas, se te oye desde varios kilómetros a la redonda. Te has sometido a él de un modo absolutamente indecente: ahora puede hacer contigo lo que se le antoje. Muy bien, pues que haga lo que se le antoje, y de buen provecho le sirva: te ha tomado con tan poca reflexión que ya veremos cuánto tarda en cansarse de ti. ¡Soy muy bondadosa al apesadumbrarme por ello mientras tus sentimientos hacia mí son tan fríos como un pez húmedo y viscoso!

De pronto se desprendió enérgicamente de la niña y, a modo de disgustada constatación de su fracaso, la mandó hacia la otra punta de la habitación a los brazos de la señora Wix, a quien en este momento y aun sumida en el vértigo de su tránsito Maisie vio intercambiar, profundamente acalorada, una extraña mirada rápida con Sir Claude.

Fue descomunal la impresión que a la niña le hizo dicha mirada, y que la movió a cavilar sobre que se estaba adoptando una postura crítica hacia el estallido de su madre, postura que a ella la hizo sentirse aún menos avergonzada por haber incurrido en el

reproche por el que se la había recusado. Una vez su padre la había llamado animalito sin corazón, y ahora, aunque estaba seriamente atemorizada, se mostró tan impasible y serena como si aquella descripción hubiese sido justa. Ni siquiera se sintió lo bastante asustada para llorar, lo cual habría sido como un tributo a las aflicciones de su madre; únicamente experimentó, más que otra cosa, curiosidad hacia la opinión que sus compañeros acababan de expresar silenciosamente. Cuando aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para interrogar a la señora Wix sobre aquel asunto, suscitó esta notable respuesta:

—Vaya, querida, se trata de la estratagema de milady, y nosotros hemos de mostrarnos tan inflexibles como la fría muerte.

Maisie quedó en libertad de interpretar estas ominosas palabras según su real saber y entender. Ciertamente, en este momento sus reflexiones se espesaron con rapidez, y una de ellas la hizo sentirse segura de que su institutriz sostenía conversaciones en privado, serias y no poco frecuentes, con su denostado padrastro. A la luz de un segundo episodio, ella percibió que algo ajeno a su conocimiento había acontecido en casa. Las cosas ajenas a su conocimiento —en verdad bastante numerosas— nunca habían entrado hasta la fecha, creía ella, en la categoría de las que la tocaban más de cerca; incluso había llegado a abrigar, en el pasado, la pequeña convicción presuntuosa de tener constantemente en sus manos la clave del laberinto de su entorno. También en esta ocasión, no obstante, logró descubrir lo que se cocía... lo logró con la modesta ayuda, debe reconocerse, de la señora Wix. Inopinadamente le había sido escamoteada la ayuda del propio Sir Claude, pues el respectivo comentario de éste sobre la estratagema de milady consistió en iniciar de inmediato, completamente solo, una estancia en París, evidentemente porque deseaba hacer una demostración de carácter tras una acusación de mal comportamiento. Que él sintiera cariño por su hijastra, consideró Maisie, no quitaba que pensándolo bien él no deseara que se la endosasen de aquella forma; por consiguiente su ausencia, estaba claro, era una protesta contra tal endosamiento. Fue durante dicha ausencia cuando nuestra pequeña terminó por descubrir que lo que había acontecido en casa había sido que su madre había cesado de estar enamorada.

Sin duda la pasión de esta dama por Sir Claude ya había tocado a su fin, juzgó ella, para el día en que milady irrumpió súbitamente en el cuarto de estudio para presentarles a ellas al señor Perriam, quien, como le anunció milady a Maisie desde la puerta, no podía dar crédito a sus oídos cuando servidora le decía que tenía una hija de aquella edad. El señor Perriam era bajito y rechoncho (la señora Wix comentaría posteriormente que era «demasiado gordo para aquel ritmo»); y habría sido difícil precisar si es que a su cabeza le faltaba pelo o es que se lo sobraba a sus oscuros bigotes. Parecía tener bigotes también por encima de los ojos, lo cual, sin embargo, no impidió para nada que estos pequeños globos brillantes rodaran por toda la habitación como si hubiesen sido bolas de billar impulsadas por el famoso golpe de brazo de Ida. El señor Perriam llevaba en la mano con que se estiraba el mostacho un diamante de cegadora brillantez, a consecuencia del cual y del peso global de su portador y del misterio que envolvía a éste nuestra pequeña comentó tras su marcha que sólo con que hubiese llevado también un turbante habría respondido perfectamente a la idea que ella se había formado de la pinta de un infiel turco.

—Responde perfectamente a la idea que yo me he formado —repuso la señora Wix— de la pinta de un infiel judío.

—Vaya, yo estaba hablando—dijo Maisie— de una persona venida de Oriente.

—No hay duda de que *debe venir* de allí —opinó su institutriz—: viene de la City[*]. –Al cabo de unos instantes agregó como si lo supiera todo acerca de él—: Es una de esas típicas personas que han comenzado a sobresalir recientemente. Será inmensamente rico.

—¿A la muerte de su papá? —inquirió muy interesada la niña.

—No, cielos: no se trata de una herencia. A lo que me refería es a que ha amasado una fortuna.

—¿Como cuánto de grande? —preguntó Maisie.

La señora Wix reflexionó y le dio una idea aproximada:

—Oh, muchos millones.

—¿Cien?

La señora Wix no se mostró segura de la cifra exacta, pero fueron no obstante los suficientes para parecer amenizar momentáneamente la penuria de aquel cuarto de estudio: para flotar allí en el aire como una reverberación de la cálida y potente luz que perceptiblemente había emanado del señor Perriam. Esto se produjo asimismo, sin duda alguna, por lo que a él respectaba, a consecuencia de aquella apariencia de vida holgada que desde sus primeros años Maisie había percibido a menudo entre los adultos: el signo de un futuro resuelto, la vieja nota familiar de un desbordante jolgorio.

—¿Qué tal está, señora? ¿Qué tal estás, señoritinga? —había dicho él riendo tras ser presentado, dirigiéndose con una inclinación de cabeza a aquellas dos figuras boquiabiertas—. Me han traído aquí para que me convenza con mis propios ojos; es la pura verdad eso de que yo no creía en sus existencias. Ella siempre está hablando de ustedes, pero nunca las muestra; así que hoy le exigí sin más dilaciones que lo hiciera. Y bien, me retracto de mi anterior opinión: no es usted un mito, mi querida señora; ¡y tú tampoco lo eres, señorita —añadió el visitante para Maisie—, aunque a fe mía que deberías serlo!

—Le he hablado de ti hasta aburrirlo, querida; me dedico a aburrirlos a todos —dijo Ida—. Y para demostrar que *eres* una preciosidad, así como muy mayor, le dije que viniera a juzgar por sí mismo. ¡Ahora ya ha comprobado que eres una jovencita robusta y vigorosa y que tu pobre Mamá tiene por lo menos sesenta años! —Y milady le sonrió al señor Perriam con ese encanto que a menudo su hija había oído atribuirle en casa de papá por los alegres caballeros cuando querían lo que llamaban «encabritar» a éste último. Las maneras de ella en aquel instante le ofrecieron a la niña una vislumbre mucho más vívida que cualquiera de las experimentadas hasta entonces sobre aquel atractivo que papá, con muy expresivas palabras, siempre había negado que mamá pudiese irradiar.

El señor Perriam, haciendo gala de diferente actitud, se rindió claramente ante aquel atractivo mediante el tono en que la atajó:

—Jamás he dicho que no sea usted maravillosa, ¿o acaso miento? —Y con plácida confianza apeló al testimonio del cuarto de estudio, cuarto sobre el cual fue evidente que sintió que también estaba obligado a decir algo—: Conque éste es el nidito de las dos, ¿eh? ¡Encantador, encantador, encantador! —repitió mientras miraba vagamente en derredor. Las interrumpidas estudiosas permanecieron unidas la una junto a la otra como

[*] Esta antisemítica ironía de la señora Wix resulta más inteligible si se tiene en cuenta que la expresión inglesa que se utiliza para designar el Oriente es *the East*, que significa literalmente «el Este», punto cardinal donde a su vez se halla la zona de Londres en que está enclavado el famoso distrito financiero conocido como «la City». (N. del T.)

si fueran objeto de un escrutinio personal; mas Ida las sacó de su embarazo con un gesto de sus elevados hombros. Esta vez la sonrisa que le dedicó al señor Perriam tuvo la belleza de una tristeza súbita:

—¿Qué demonios puede hacer una mujer pobre?

El gesto del visitante se volvió cada vez más marcado mientras proseguía observando, y el pequeño cuarto de estudio tuvo aún mayor conciencia de estar siendo contemplado como si se tratara de una jaula del zoo.

—¡Encantador, encantador, encantador! —insistió el señor Perriam; pero aquel paréntesis se cerró de pronto como con un chasquido:

—¡Bien, pues ya lo ha visto usted! —dijo milady—. ¡Adiós, hasta luego! —añadió con brusquedad. Al instante siguiente ellos ya estaban en las escaleras, *y a* la señora Wix *y a* su compañerita, ante la puerta abierta y mientras se miraban entre sí en silencio, les llegó el ruido de la gran corriente social que los reincorporó a su existencia habitual.

Fue tal vez singular que tras este incidente Maisie no hiciera ninguna pregunta más sobre el señor Perriam, y fue aún más singular que al cabo de una semana ya se hubiese enterado de todo lo que no había querido preguntar. De lo que se enteró más en especial ––y la información le llegó, sin haberla solicitado, directamente de la señora Wix— fue de que a Sir Claude le iban a gustar muy poco las visitas de un millonario que hacía constantes incursiones en las habitaciones privadas de la señora de la casa. Lo poquísimo que le iban a gustar lo certificó el hecho de que bajo la influencia de dichas visitas la discreción de la señora Wix se derrumbase por completo: ésta fue capaz de mudar de lealtad, capaz, ante el altar de la decencia, de una desesperada inmolación de milady. En el enfrentamiento contra la señora de Beale, como dio a entender la señora Wix más de una vez, había estado dispuesta a secundar a milady, pero contra Sir Claude no iba a hacerlo en absoluto. Fue extraordinario el número de cosas de las que, siguiendo sin hacer pregunta alguna, se había enterado Maisie para cuando su padrastro regresó de París; éste regresó trayéndole a ella un magnífico equipo para pintar con acuarelas y a la señora Wix, debido a un lapsus que habría sido cómico si no hubiese sido una pizca desconcertante, un segundo paraguas aún más elegante. Se había olvidado por completo del primero, aquél que la señora Wix, después de envolverlo tantísimo como si se hubiese tratado de una momia faraónica, por nada del mundo se habría atrevido a profanar usándolo. Maisie se enteró sobre todo de que aunque ahora la institutriz, merced a lo que ella llamaba un entendimiento tácito, se había enrolado en el «bando» de Sir Claude, aún no le había dicho a éste una sola palabra acerca del señor Perriam. Este último caballero se convirtió, por consiguiente, en una especie de próspero secreto a voces, desde las profundidades del cual institutriz y educanda se dedicaron a mirarse significadoramente a partir del momento en que les fue restituido su amigo. Su amigo les fue restituido con generosa abundancia, y fue notorio que, aunque él había parecido sentir la necesidad de guarecerse contra el riesgo de que le endosaran demasiado perentoriamente retoños ajenos, ahora se exponía más que nunca a la suposición de haber hecho concebir esperanzas.

Si todo se había convertido ahora, a aquel respecto, en una cuestión de bandos, al menos se contaba con una serie de indicaciones para poder saber en cuál militaba cada uno. Maisie, como es natural, dado lo delicado de su posición, no militaba en el de nadie; pero Sir Claude tenía toda la pinta de hacerlo en el de ella. Si, consiguientemente, la señora Wix estaba de parte de Sir Claude, milady de la del señor Perriam, y el señor

Perriam presumiblemente de la de milady, no restaban por clasificar sino la señora de Beale y el señor Farange. La señora de Beale estaba claramente, como Sir Claude, de la de Maisie, y papá, era de suponerse, de la de la señora de Beale. Cierto es que en este punto había una ligera ambigüedad, ya que eso de que papá estuviera en el bando de la señora de Beale no parecía emplazarlo del todo en el de su hija. Todo aquello terminó por asemejarse enormemente, conforme la pequeña siguió meditando, al juego de las cuatro esquinas, y ella sólo supo preguntarse si el reparto de los papeles no acabaría por moverlos a todos a correr de un lado a otro intercambiando lugares. Se sintió espectadora de cambios mareantes: ¿no era ya lo bastante mareante que su madre y su padrastro militaran en bandos opuestos? Aquél era el gran hecho acontecido en casa. Aparte, la señora Wix había adoptado un nuevo semblante: nunca había sido precisamente alegre, pero ahora su adustez se volvió una actitud tan manifiesta como un cartel. Ataviada con su vestido nuevo parecía sentarse a meditar melancólicamente sobre su propia delicadeza perdida, cuyo recuerdo se le había vuelto casi tan doloroso como el de la pobre Clara Matilde. «Es duro para *él*», le decía a menudo a su compañerita; y era sorprendente lo cualificada que en esta materia se sentía Maisie para convenir con ella. Por duro que para él fuera, no obstante, Sir Claude nunca había mostrado mejor figura que con el estilo valiente, generoso y desenvuelto con que soportaba la situación: un estilo que suscitó en la señora Wix un centenar de expresiones de alivio al ver que él no se había dejado amargar por el sufrimiento. Todo aquello acabó encaminándolo cada vez con mayor frecuencia hacia el cuarto de estudio, donde él ya había comenzado a reconocer abiertamente que si iba a cargar con los inconvenientes de haber pervertido a una inocente, bien podía por lo menos disfrutar también de las ventajas. Jamás penetraba en la habitación sin decirles a sus ocupantes que ellas eran las mejores personas de la casa, comentario que siempre las hacía decirse mutuamente «¡El señor Perriam!» lo más fuerte que les era posible hacerlo con la boca cerrada y los ojos muy abiertos. Los hábitos de Sir Claude movieron a Maisie a acordarse de lo que una vez él le había dicho a la señora de Beale en el sentido de que su temperamento era el de todo un niñero, y a exteriorizarlo en una ocasión —un poco más de lo debido teniendo en cuenta que estaba presente la señora Wix— haciéndolo saber que jamás ninguna de las competentes niñeras que ella había tenido había fumado tantísimo en el cuarto de la niña. Ello no influyó excesivamente sobre el consumo de cigarrillos por parte de Sir Claude: siempre estaba fumando, mas siempre declarando que para él la carencia de una vida en familia equivalía a la muerte.

Al fin y al cabo en el cuarto de estudio él hallaba una vida de esa clase, y había ratos a altas horas de la noche, cuando Maisie ya se había acostado, en que esta niña sabía que él se sentaba allí a charlar con la señora Wix sobre el modo de resolver sus dificultades. Los miramientos de él hacia esta infortunada mujer, aun en medio de sus tribulaciones, continuaban acreditando que era un perfecto caballero y elevaron a la recibiente de su caballerosidad a una esfera superior de dicha en la que el mismísimo orgullo enmudecía los arrebatos de exaltación. «¡Él se apoya en mí, se apoya en mí!», se limitaba la recibiente a proclamar de un modo esporádico; y se sintió más bien preocupada que divertida cuando, algún tiempo después, por azar descubrió que le había transmitido a su educanda la impresión de que él se apoyaba en ella en un sentido fisico. Este atisbo de un error de interpretación la condujo a ser más precisa: a hacer saber a la niña, con un decidido aire de contrariedad motivado por tener que rebajarse de semejante forma al prosaísmo, que el problema debatido por ellos en las madrugadas hasta las tantas, como

ellos decían, era el de las posibles formas de que él encarara el porvenir. El porvenir que ella quena que él encarara era el de una consagración profesional a los asuntos públicos; «ella» alude, me apresuro a añadir, en la frase anterior, no a la dueña del destino de Sir Claude, sino tan sólo a la propia señora Wix. Ésta habló de él con expresiones rebosantes de amable comprensión, y sin embargo también de sentido moral:

—Su naturaleza es maravillosa, pero no debería vivir como los lirios del campo. Es un hombre correcto, bien lo sabes, pero le hace falta dedicarse a algún interés superior.

Más de una vez había comentado la señora Wix que los asuntos de él eran harto embrollados, pero que el deber de ellas píe Maisie y ella en colaboración, por lo visto— era encaminarlo hacia el Parlamento. De esto la niña indujo, con un temblor de orgullo, que el Parlamento era el lógico ambiente de él, y estaba tanto menos dispuesta a ver obstáculo ninguno cuanto que nunca había oído hablar de asuntos que no fuesen embrollados. Ya hacía tiempo se había enterado por boca de la señora de Beale de que sus propios asuntos lo eran, y con el regocijo de saber que ella *tenía* asuntos aquella información no la había inquietado en lo más mínimo. Claro que también resultaba cierto y quizá un poco alarmante que desde entonces ya nunca había vuelto a oír hablar de tal cuestión. De todos modos se apareció llena de atractivo la perspectiva de algún día hacer ingresar a Sir Claude en el Parlamento; especialmente después de que la señora Wix, como fruto de ulteriores coloquios nocturnos, en una ocasión llegara lo bastante lejos como para afirmar que estaba realmente convencida de que aquello era lo único que se precisaba para salvarlo. Esta analista, con estas palabras, le dio a su discípula la sensación de estar pasando imprevisiblemente, como hacía mamá cuando mamá conversaba, de un tema a otro muy distinto. La niña se quedó mirando pasmada como ante el brinco de un canguro: —Para salvarlo ¿de qué?

La señora Wix meditó; entonces decidió recorrer una distancia aún mayor:

—Caramba, nada menos que de una horrible degradación.

12

De momento la señora Wix no se dignó explicar su ominosa frase, mas pronto la luz de notables acontecimientos habría de habilitar a su compañerita para entenderla. De hecho puede decirse que estos días trajeron consigo un elevado avivamiento de las percepciones directas de Maisie, de su sensación de capacidad de llegar por sí sola a conclusiones. La ayudó a este efecto un sentimiento esencialmente despojado de dulzura: el aumento de aquella preocupación que más la había invadido en sus meditaciones. No le hacía falta que le dijeran, como se lo dijo la señora Wix a la mañana siguiente de la revelación del peligro que amenazaba a Sir Claude, que su madre se preguntaba cada vez más por qué diablos no la reclamaba su padre: desde hacía tiempo había estado esperando un estallido a ese respecto por parte de su madre. Maisie estaba preparada para encarar aquella presión si encararla significaba estar en situación de contestar, con palabras directamente inspiradas en la fuente original, que papá preferiría la horca antes que cargar de nuevo con ella. Por consiguiente sintió que por fin había llegado la hora que en sus angustiadas vislumbres había previsto: la hora en que —por decirlo con palabras que ella recordaba pronunciadas por la señora de Beale— con dos padres, dos madres y dos hogares, seis protecciones en total, no tendría «adónde ir». Tal aprensión no se vio

exactamente aminorada por la circunstancia de que inesperadamente la propia señora Wix palideciera de terror: circunstancia de la cual extrajo Maisie la subsiguiente convicción de que esta mujer estaba aún más atemorizada por ella misma que por su educanda. No era probable que una institutriz que únicamente tenía un vestido tuviera ni dos padres ni dos madres; consiguientemente, si, aun contando con dichos recursos, Maisie iba a ir a parar a la calle, ¿adónde, en nombre de todo lo más sagrado, iría a parar la pobre señora Wix? Ésta había tenido, por lo visto, un tremendo altercado con Ida, iniciado y concluido con la exigencia de que hiciera el favor de «levantar el campo» inmediatamente. De manera repentina pero tajante había llegado aquella señal largo tiempo temida. Las dos amigas se confesaron mutuamente los temores que en su mayor y peor parte cada una había ocultado, pero la señora Wix se encontraba en una situación mucho más sólida que Maisie en cuanto a contar con un plan de defensa. Por lo demás, rehusó comunicárselo hasta que no estuviera plenamente maduro; pero mientras tanto, según se apresuró a declarar, permanecería inamovible en el cuarto de estudio. Sólo la harían desalojarlo por medio de la fuerza: tal vez terminaría «ahuecando el ala» por orden judicial, pero no pensaba ahuecarla por un simple insulto. Eso sería seguirle el juego a milady, así que sería precisa otra vuelta de tuerca para hacerla abandonar a su pequeña. Milady se había ensañado con una virulencia inaudita: éste era uno de los muchos síntomas de que la situación se había vuelto tensa —«entre todos ellos», como dijo la señora Wix, «pero especialmente entre ellos dos»— hasta un extremo que sólo Dios sabía.

Su descripción de la crisis hizo recapacitar a la niña:

—¿Entre quiénes dos? ¿Papá y mamá?

—No, cielos. Me refiero a entre tu madre y *él.*

Aquí Maisie vio una oportunidad para mostrarse de veras profunda:

—¿«Él»? ¿El señor Perriam?

Logró que francamente se sonrojara aquel atemorizado semblante:

—Vaya, querida, he de decir que apenas parece existir algo que tú *no* sepas. Si el asunto con el señor Perriam va o no a seguir eternamente (ya que *debo* contestarte), ¿quién se aventuraría a afirmarlo? Pero yo estaba refiriéndome al querido Sir Claude.

Maisie aceptó la enmienda sin considerar que debiera avergonzarse:

—Comprendo. Pero ¿es debido al señor Perriam por lo que él está furioso?

La señora Wix hizo una pausa, y luego contestó:

—Él dice que no.

—¿Que no está furioso? ¿Eso le ha dicho a usted?

La señora Wix la miró intensamente.

—Que no está furioso debido a él—dijo.

—¿Debido entonces a algún otro?

La señora Wix la miró aún más intensamente.

—Debido a algún otro —dijo.

—¿Debido a Lord Eric? —espetó a renglón seguido la niña.

Ante esto, de improviso, su institutriz se puso más agitada:

—Pero ¿por qué, pequeña infortunada, tenemos que sacar a colación esos aborrecibles nombres? —Y por enésima vez se arrojó al cuello de Maisie. A su educanda no le hizo falta sino un instante para reparar en que la señora Wix estaba temblando de desesperanza, y, merced al contagio de este pánico, al instante siguiente las dos estaban

sollozando la una en brazos de la otra. Luego sucedió que, totalmente abatida, más desalentada de lo que nunca jamás se había sentido, la señora Wix dejó sangrar su herida y fluir su resentimiento. Su gran amargura era que Ida la hubiera acusado de falsedad, hubiera denunciado su hipocresía y su duplicidad, hubiera vilipendiado su indiscreción y su espionaje, su servilismo y su bajeza en relación con Sir Claude—. ¡A mí, a mí—gimió la pobre mujer—, que he visto lo que he visto y que he tenido que soportarlo todo sólo para encubrirla y suavizar asperezas! Si se puede decir que he sido una hipócrita es justo por lo contrario: ¡he fingido, ante él y ante ella, ante mí misma y ante ti y ante todo el mundo, que *no* he visto nada! ¡Me está bien empleado por refrenar la lengua ante semejantes horrores! —Su compañerita se abstuvo de inquirir exactamente de qué horrores se trataba, llegando a exhibir no pocos indicios de una gran capacidad de darlos por supuestos. Aquello puso más que nunca a las dos navegando en el mismo barco por el mismo turbulento mar; y, con la idea de que su compañera de travesía tenía un plan que llevar a la práctica, Maisie se dedicó a aguardar a verla actuar. Al día siguiente se presentó Sir Claude a la hora del té, y entonces la señora Wix expuso sus maquinaciones. Fue singular cómo la presencia de la niña reforzó dicha exposición. La principal propuesta era sorprendente, pero Maisie se quedó admirada del coraje con que supo plantearla su institutriz. Sencillamente consistía en el proyecto de que cuandoquiera y dondequiera que ellas debieran buscar otro cobijo Sir Claude aceptara refugiarse con ellas. Como él protestara con suma vehemencia contra aquel matiz de separatismo, ella le preguntó qué otra cosa podían ellas hacer si milady les interrumpía el suministro de víveres.

—¡Al diablo con los víveres, mi querida amiga! —dijo su encantador amigo—. Deje de mi cuenta los víveres: yo me encargaré de los víveres.

La señora Wix se entusiasmó:

—Vaya, precisamente porque sabía que usted lo resolvería gustosamente es por lo que he osado plantearle este problema. Pero hay un modo mejor que ningún otro en que usted podría velar por nosotras. Ese modo es ni más ni menos que viniéndose a vivir a nuestro lado.

Ante Maisie se cernió como un cuadro resplandeciente el modo propuesto por la señora Wix, y juntó sus manos extáticamente:

—¡Vente a vivir a nuestro lado, sí, vente, vente!

Sir Claude miró alternativamente a la hijastra y a la institutriz, y preguntó:

—¿Me están proponiendo abandonar esta casa e ir a instalarme por ahí con ustedes?

—Sería lo correcto... si opina usted como me contó que opinaba. —Ahora la señora Wix, pletórica y concluyente, fue tan nítida como el sonido de una campana.

Sir Claude mostró el aspecto de estar intentando recordar qué le habría contado a la señora Wix; finalmente relumbró aquella luz que sempiternamente estaba relumbrando para tornar su semblante más plácido:

—Su feliz idea, ¿implica que yo alquile una casa para ustedes?

—Para esta desdichada niña sin hogar. Para nosotras sería suficiente contar con un techo cualquiera sobre *nuestras* cabezas; pero naturalmente para usted habrá de ser algún sitio realmente agradable.

La mirada de Sir Claude retornó a Maisie, y con cierta intensidad, como pensó ella; y en la mismísima sonrisa masculina había un matiz que semejó querer darle a entender —aunque asimismo ella pensó que no se lo daba a entender a la señora Wix— que le

parecía demasiado ambicioso aquel proyecto de instalación. Al siguiente instante, empero, él rompió a reír con bastante alegría:

—Mi querida señora, usted exagera enormemente *mis* humildes necesidades. —En una ocasión la señora Wix le había mencionado a su amiguita que todas las veces que Sir Claude la llamaba su querida señora podía hacer con ella lo que se le antojara; y Maisie experimentó cierto suspense preguntándose qué iría a hacer Sir Claude esta vez. Pero, vaya, Sir Claude no le hizo a la señora Wix sino un comentario cuya fuerza fue percibida por la propia niña—: Me atrae inmensamente su proyecto; pero naturalmente (¿no se da usted cuenta?) he de meditar sobre la situación en que me pondré si abandono a mi esposa.

—Asimismo ha de recordar —repuso la señora Wix— que si no anda usted con cuidado, será su esposa quien no le dará el tiempo suficiente para meditar. Milady lo abandonará *a usted*

—¡Oh, mi buena mujer, yo ando con cuidado! —contestó el joven mientras Maisie se servía otra ración de pan con mantequilla——. Desde luego que si tal cosa acaece, tendré que tomar medidas de algún género; pero con todo mi corazón espero que no acaecerá. Te suplico que me disculpes —prosiguió para su hijastra— por parecer debatir una posibilidad semejante ante tus respingadas naricitas. Pero lo cierto es que casi siempre *olvido* que Ida es tu santa madre.

—¡Lo mismo me pasa a mí! —dijo Maisie, con la boca llena de pan con mantequilla y para tranquilizarlo.

Ante esto, su protectora volvió a abrazarla:

—¡Precioso animalito desolado! —Durante el resto de la conversación ella permaneció entre los brazos de la señora Wix, y mientras ambas estaban así entrelazadas Sir Claude, de pie ante ellas con una taza de té en la mano, las miraba sumido en profundas cavilaciones. Por mucho que ellas pudieran achantarse, no podían evitar, pensó Maisie, erigirse en una imagen muy contundente y abrumadora de lo que la señora Wix esperaba de las escasas energías de Sir Claude. Ella se dio cuenta, además, de que esta mujer no mejoró la coyuntura al agregar pasado un momento—: Naturalmente *nosotras* no soñamos con tener toda una mansión. Nos parecerá mas que suficiente un pequeño alojamiento cualquiera, por humilde que sea.

—Pero tendría que ser uno que pudiera cobijarnos a todos —dijo Sir Claude.

—Oh, sí —asintió la señora Wix—: el quid está en permanecer juntos. Pero mientras usted aguarda, antes de actuar, a que milady dé el primer paso, se volverá insostenible nuestra situación aquí. Usted ignora lo que ayer tuve que pasar por usted... y por nuestra pobre pequeña: fue algo que no puedo prometer ser capaz de volver a soportarlo demasiadas veces. Ella me echó utilizando un vocabulario espantoso; a los sirvientes les ha dado órdenes de que no me sirvan.

—¡Oh, los pobres sirvientes son bellísimas personas! —exclamó vehementemente Sir Claude.

—Desde luego son mejores que el ama que tienen. Es pavoroso, Sir Claude, verme obligada a decir que quien es su esposa, y quien es la mismísima madre de Maisie, es peor que una sirvienta; pero la necesidad de tener que incurrir en semejantes comentarios es precisamente otra razón más para que nos vayamos de esta casa. Estoy dispuesta a permanecer aquí hasta que me saquen a rastras, pero eso puede acontecer cualquier día de éstos. Y lo que asimismo puede perfectamente acontecer, si me permite usted repetirlo, es

que ella se marche para no volver a vernos.

—¡Ah, ojalá ella hiciera eso! dijo riendo Sir Claude—. ¡Sería lo mejor que podría ocurrirnos!

—¡No diga eso, no diga eso! —imploró la señora Wix—. No hable de nada tan horrendo. Ya sabe usted lo que quiero decir. Todos debemos reverenciar el bien. No debe usted ser malvado.

Sir Claude depositó sobre la mesa su taza de té; había adoptado una expresión más seria y pensativamente se atusó el bigote:

—La gente no opinaría precisamente que soy un malvado si abandono esta casa antes de que... antes de que ella se haya fugado? Dirían que había sido yo quien la había empujado a fugarse.

Maisie percibió el alcance de aquel razonamiento, pero a la señora Wix no le impidió decir:

—Y ¿qué más le daría eso a usted... ya que usted lo habría hecho por un motivo elevado? Piense en la belleza de tal motivo —insistió la buena mujer.

—¿El de fugarme *con ustedes?* —exclamó Sir Claude.

Ella sonrió desmayadamente; incluso se ruborizó desmayadamente:

—En lugar de daño, eso le hará a usted un inmenso bien. Sir Claude, hágame caso: eso lo salvará.

—Me salvará ¿de qué?

Ante esta pregunta, Maisie aguardó con renovado suspense una respuesta que dejara este punto un poco más cristalino de lo que anteriormente lo dejara su compañera. Mas por el contrario no halló sino aún más desconcierto en la respuesta de la señora Wix:

—¡Ah, ya sabe usted muy bien de qué!

—¡¿De otra mujer, quiere usted decir?!

—Sí: de una mujer verdaderamente perversa.

Al menos Sir Claude, según apreció la niña, sabía muy bien de qué se estaba hablando: lo sabía tan bien que en la mirada masculina reapareció una sonrisa de inteligencia. Con ligera incomodidad él se volvió hacia Maisie, y entonces algo en la forma en que ella se encaró con él lo hizo darle un amistoso meneo en el mentón. Sólo después de esto le contestó a la señora Wix con muy buenas maneras:

—Usted me tiene por mucho más malvado de lo que en realidad soy.

—Si eso fuera cierto —repuso ella— yo no estaría ahora apelando a usted. Apelo a usted, Sir Claude, en nombre de todo lo que de bueno hay en usted... ¡oh, y cuán sinceramente! Podemos ayudarnos mutuamente. No hace falta que yo especifique lo que usted puede hacer por nuestra amiguita aquí presente. Eso no es ni siquiera de lo que deseo hablar ahora. De lo que deseo hablar ahora es de lo que usted *recibirá* (¿no me comprende?) si aprovecha una oportunidad así. Hágase cargo de *nosotras*... hágase cargo de *ella*. Convierta a esta niña en su obligación, conviértala en la misión de su existencia: ¡ella se lo pagará mil veces!

Fue hacia la señora Wix, durante esta apelación, hacia quien se desplazó la atención de Maisie: en parte porque, aunque sentía el corazón en la garganta debido a la palpitación, un sentimiento de delicadeza le impidió prestarse a dar la impresión de desear ejercer presión alguna; en parte por la fascinación de ver a la señora Wix expresarse de una manera que nunca antes le había visto, ni tan siquiera el día de su visita a la casa de la señora de Beale con la noticia del casamiento de mamá. Aquel día la

señora de Beale la había superado en firmeza, pero nadie habría podido superarla hoy. En este momento, de hecho, su alumna encontró un atractivo especial en esa especie de tácita promesa de sorpresas de esta índole reservadas todavía para el futuro. De este modo las principales orientaciones de la conducta de la niña provenían de su agudizada sensación de ser una espectadora, esa larga costumbre, desde los inicios, de verse en medio de enfrentamientos y de encontrar en la violencia de éstos —había tenido un atisbo del juego del fútbol— cierta especie de compensación al hecho de estar fatalmente condenada a una peculiar pasividad. A menudo dicha sensación le procuraba la extraña impresión de asistir a su propia vida tan desde fuera como si la contemplara aplastando su nariz contra una ventana. Tal sintió que era ahora el emplazamiento de su nariz mientras aguardaba los resultados de la elocuencia de la señora Wix. Empero, Sir Claude no la mantuvo demasiado tiempo en esa incómoda situación: se sentó y le tendió los brazos como aquel día en que había ido a buscarla a casa de su padre, y mientras así la retenía, mirándola afectuosamente, pero como si la compañera de ambos hubiera hecho que a él le hubiese afluido abundantemente la sangre al rostro, él dijo:

—La querida señora Wix es espléndida, pero quizá excesivamente grandiosa. Quiero decir que al fin y al cabo la situación no es ni tan desesperada ni tan sencilla. Pero te doy mi palabra delante de ella, y se la doy a ella delante de ti, de que jamás, jamás te abandonaré. ¿Oyes esto, muchacho, y comprendes lo que significa? Estaré a tu lado pase lo que pase.

Maisie sí comprendió lo que significaba: lo comprendió con un prolongado temblor de todo su pequeño ser; y entonces, como quiera que él, para enfatizar su declaración, la abrazara aún más fuertemente, ella hundió la cabeza en uno de sus hombros y empezó a llorar sin ruido y sin tristeza. Mientras estaba así ocupada se percató de que el pecho de él también se agitaba, y de ello infirió con éxtasis que las lágrimas masculinas estaban manando igual de sigilosamente. Acto seguido oyó un fuerte sollozo procedente de la señora Wix: la señora Wix fue la única que hizo ruido.

No hizo, durante algún tiempo, otro ruido sino aquél, si bien al cabo de unos días, en conversación con su educanda, definió sus propias relaciones con Ida como una situación sólo levemente mejor que ser apaleada. A despecho de ello todavía no se había producido ningún intento de sacarla de la casa por medio de la fuerza, y ella reconoció que Sir Claude, comprometiéndose como nunca hasta ese momento, había intervenido con pasión y con éxito. Como Maisie se acordaba —y se acordaba sin ningún desprecio— de que él había confesado tener miedo de milady, la niña interpretó este reciente acto de valentía como una muestra de lo que él, ateniéndose al espíritu del compromiso sellado por las lágrimas de todos, estaba realmente dispuesto a hacer. La señora Wix le habló a su educanda del sacrificio pecuniario con que ella misma compraba la escasa seguridad de que disfrutaba y que, aunque constituía una protección contra la mano de la violencia, de todos modos la dejaba expuesta a inmencionables canalladas. ¿Acaso milady no encontraba a todas horas algún medio insidioso para humillarla y ofenderla? Le debía el sueldo de un trimestre (pomposa denominación, según podía sospechar incluso Maisie, para una cantidad escasa); ella no iba a ver ese sueldo en todos los días de su vida; pero el mantenerse callada al respecto ponía a milady, gracias a Dios, un poco en sus manos. Ahora que Sir Claude ya estaba tomándose tantas otras molestias, ella no podía acudir a molestarlo por una nadería de ese jaez. Él había enviado para el exclusivo consumo de las moradoras del cuarto de estudio una enorme tarta escarchada, una maravillosa montaña

exquisita con estratos geológicos de mermelada, tarta que, usada con economía, podría durar muchos de los días de su coyuntura de sitiadas; pero pese a todo la señora Wix tenía noticia de que los asuntos de él estaban cada vez más embrollados, y su compañera de degustación rememoró tiernamente, a la luz de dichos embrollamientos, la expresión facial con que él había acogido la propuesta de alquilar una casa distinta. Maisie sintió que aunque los medios de subsistencia de ellas pendieran de un hilo, aun así ellas debían conducirse con la más elevada delicadeza. Lo que él estaba haciendo era ni más ni menos que actuar sin demora, hasta donde se lo permitían sus tribulaciones, bajo la inspiración de la más vieja de sus amigas. Durante esta temporada llegó un maravilloso mes de mayo —tan plácido como una cesación del viento durante una noche de vendaval que hubiera producido un obligado insomnio— en que él se dedicó a sacar a pasear a su hijastra con renovada alacridad y así ambos recorrían sin rumbo fijo la gran ciudad a la búsqueda, como lo denominó la señora Wix, de una atinada mezcla de deleite e instrucción.

Viajaban en el piso superior de los autobuses; visitaban los parques de los alrededores; asistían a partidos de críquet en los cuales Maisie se dormía; entraban en cien locales hasta encontrar el más idóneo para tomar el té. Era el modo directo de estar a la altura de la sublime lección de la señora Wix: convertir a su hijita adoptiva en su obligación y en la misión de su existencia. Se metían, llevados por impulsos irrefrenables, en tiendas que de común acuerdo consideraban demasiado grandes a fin de mirar objetos que de común acuerdo consideraban demasiado pequeños; y era durante estas horas cuando la señora Wix, sola en casa, pero tema de nostálgicas alusiones mientras ellos se quitaban los guantes para tomar su piscolabis, estaba —según posterior confesión propia– – menos resguardada de los ataques que milady había aprendido a tramar con tanto ingenio. Una y otra vez reiteraba que no le habría importado tantísimo ver escarnecidas sus «cualificaciones» y negada su competencia en toda asignatura si no se hubiera visto descrita como «rastrera» de carácter y personalidad. A estas alturas nadie fingía no considerar una gran suerte el que habitualmente milady saliera de Londres todos los sábados y se mostrara cada vez más propensa a no regresar hasta mediados de semana. Era casi igualmente público que ella consideraba una «afectación» absurda, y de hecho un insulto derechamente dirigido hacia su propia persona, la actitud de su marido de no moverse del lado de una niña en favor de cuya subsistencia ya se habían tomado las más cuidadosas medidas. Si había una tipología que Ida despreciaba, según le comunicó Sir Claude a Maisie, era la de los hombres que dedicaban los domingos a pasear abúlicamente por la capital; y Sir Claude también relató cuán a menudo Ida había declarado que si él tuviera una pizca de dignidad estaría abochornado de asumir una postura servil en lo concerniente a la hija del señor Farange. Milady sostenía que él vivía en un vil miedo de su predecesor, pues de lo contrario habría considerado una obligación, por simple cuestión de decencia, proteger a su propia esposa del ultraje de los descarados intentos de estafa de aquel personaje. La estafa del señor Farange consistía en echar sobre los hombros de la madre toda la intolerable carga del cuidado de la niña. «E incluso cuando pago tus gastos yo mismo —le aseveraba Sir Claude a su amiguita—, no por eso ella deja de seguir acusándome de indignidad y de bajeza.» La convicción de la señora Wix, extraída de otros considerandos diferentes, era, lo sabían ambos, que los semanales viajes de Ida no eran sino los preparativos para una ausencia más considerable. Si cada semana regresaba más tarde, eso quería decir que llegaría la semana en que nunca más habría de regresar. Desde luego esa perspectiva influía mucho en la entereza que

últimamente demostraba la señora Wix. Sólo era cuestión de resistir el suficiente tiempo, y por fin quedaría informalmente vigente la confortable existencia en una casita junto con Sir Claude.

13

Habría podido inferirse, por lo demás, que aquél era el sentido de una observación dejada caer por su padrastro —un día lluvioso en que las calles eran todo charcos *y* ambos paraguas se mostraban enemistosos *y* nuestros paseantes habían buscado refugio en la National Gallery— mientras Maisie estaba sentada a su lado contemplando un tanto invidentemente un salón repleto de cuadros que con un suspiro de fastidio su padrastro había calificado, dejándola muy desconcertada, como testimonios de una «superstición imbécil». Representaban —a base de retazos de dorado y cataratas de púrpura, de santos rígidos y ángeles angulosos, de feas vírgenes y niños aún más feos— extrañas plegarias y genuflexiones; conque al principio ella había interpretado aquellas palabras como una queja contra las idolatrías devocionales, tanto más cuanto que en los últimos tiempos él había estado asistiendo frecuentemente con ella y la señora Wix a las misas matutinas oficiadas en un lugar de culto seleccionado por la propia señora Wix, donde no había nada parecido a lo que ahora veían: ninguna auréola sobre las cabezas, sino tan sólo, durante los prolijos sermones, seductoras espaldas rematadas por sombreros, a las cuales, como siempre comentaba posteriormente la institutriz, él prestaba la más intensa atención. De inmediato había parecido aclarado, no obstante, que él se había referido meramente a los pretendidos sentimientos de admiración suscitados por aquellas ridículas obras pictóricas: una admonición que ella acogió con la misma sumisión con que siempre acogía todas las palabras de él. No es preciso reproducir aquí el giro que aquello había introducido luego en la charla de ambos: indudablemente su pasar a hacer referencias al gris cuarto de estudio y a la solitaria señora Wix fue efecto del exiguo interés despertado por los cuadros que ante sí tenían. A su peculiar manera Maisie expresó la verdad consistente en que actualmente ella ya nunca retornaba a casa sin el temor de encontrar desierto el templo de sus estudios y expulsada a la pobre sacerdotisa. Lo cual demostró que en ella había una plena conciencia del peligro, y a modo de réplica a esto fue como pronunció Sir Claude, reconociendo el origen de aquel peligro, las confortadoras palabras a que al comienzo he hecho alusión:

—No temas, querida: he llegado a un pacto con ella. —Esto demostró requerir una explicación complementaria en cuanto él se percató de que había dejado momentáneamente perpleja a la niña—. Me refiero a que en la actualidad tu madre me permite hacer lo que a mí me dé la gana siempre que yo le permita hacer lo que *a ella* le dé la gana.

—¿Así que en la actualidad *haces* lo que te da la gana? —preguntó Maisie.

—¡Ya lo creo, señorita Farange!

La señorita Farange le dio vueltas a aquello:

—Y ella, ¿hace lo mismo?

—¡A conciencia!

De nuevo ella reflexionó:

—Y dime, ¿qué es lo que a ella le da la gana de hacer?

—No te lo diría por nada del mundo.

Ella contempló a una enjuta Virgen; tras lo cual esbozó lentamente una sonrisa:

—Bueno, no me importa, siempre que tú se lo hayas permitido.

—¡Menuda monstruita estás hecha! —Y con esta risueña vehemencia Sir Claude se incorporó.

Otro día, en otro lugar —un establecimiento de Baker Street donde en un momento de hambre ella se había sentado con él a tomar té con bollos—, él formuló una pregunta sin relación con lo que hasta hacía un momento habían estado hablando:

—Por cierto, dime una cosa: ¿qué crees que *haría* tu padre?

Maisie no necesitó preguntarse demasiado el sentido de aquello ni interrogar los hermosos ojos masculinos:

—¿Si al final te vinieras a vivir a nuestro lado? Protestaría con todas sus fuerzas.

Él pareció divertido ante el término empleado:

—¡Oh, me traería sin cuidado que «protestara»!

—Y además se lo contaría a todo quisque —dijo Maisie.

—Bueno, eso también me traería sin cuidado.

—Claro —se apresuró a comentar la niña—. Ya me contaste que no le tienes miedo.

—La pregunta es: ¿tienes miedo tú? —dijo Sir Claude.

Maisie reflexionó seriamente; después habló con resolución:

—No, de papá no.

—¿Y sí de alguna otra persona?

—Desde luego: de muchas.

—Por supuesto la primera y principal debe de ser tu madre.

—Vaya que sí: de mamá más que de... más que de...

—Más que ¿de qué? —preguntó Sir Claude viendo que la niña no daba con un término de comparación.

En su fuero interno ella repasó todas las posibles fuentes de pavor. —¡Más que de un elefante salvaje! —declaró por último—. Y tú también —le refrescó la memoria cuando lo vio reírse.

—Oh sí, yo también.

Nuevamente ella meditó:

—Si es así, ¿por qué te casaste con ella?

—Precisamente porque *yo tenía* miedo.

—¿Incluso aunque ella te amaba?

—Eso la hacía aún más temible.

A Maisie, aunque su compañero parecía haberla dicho sólo con ánimo de comicidad, aquella contestación la puso seria y honda:

—¿Más temible de lo que lo es en la actualidad?

—Bueno, en un sentido diferente. Por desgracia, el miedo es una cosa inmensa, y se manifiesta de mil maneras.

Ella asimiló aquello con plena inteligencia:

—Yo creo conocerlas todas.

—¿Tú? —exclamó su amigo—. ¡Bobadas! Tú eres muy «lanzada».

—Tengo un miedo horrible de la señora de Beale —objetó Maisie.

Él elevó sus finas cejas:

—¿De esa encantadora mujer?

—Vaya —contestó ella—, tú no puedes entenderlo porque no te encuentras en las mismas condiciones.

Ya iba a proseguir con un esclarecedor «Pero...» cuando, por encima de la mesa, él le puso una mano sobre su brazo:

—*Puedo* entenderlo —confesó—; sí me encuentro en las mismas condiciones.

—¡Oh, pero tú le gustas mucho! —arguyó prontamente Maisie.

Literalmente Sir Claude se ruborizó:

—Ése es uno de los motivos.

Maisie caviló una vez más:

—¿Es uno de los motivos de que tengas miedo el hecho de que le gustes?

—Sí, cuando eso pasa a convertirse en adoración.

—En ese caso, ¿por qué no tienes miedo *de mi?*

—¡¿También en tu caso se trata de adoración?! —Él seguía con la mano puesta sobre su brazo—. Bueno, lo que hace que no tenga miedo de ti es sencillamente que tú eres el alma más bondadosa del mundo. Además... —siguió; pero ahí hizo una pausa.

—Además, ¿qué?

—Que yo *tendría* miedo de ti si fueses un poco mayor... ¡ahí lo tienes! Ya lo ves: aun así como eres, ya me haces decir tonterías —agregó el joven—. Estábamos hablando acerca de tu padre. ¿Tiene él idéntico miedo de la señora de Beale?

—No creo. Y sin embargo la ama —musitó Maisie.

—¡Ah no, qué va; en absoluto! —Tras lo cual, como su compañera se quedara mirando pasmada, por lo visto Sir Claude decidió que estaba obligado a hacer casar dicho pasmo con los recuerdos que ella guardaba—: *Ahora* ya no hay nada de eso.

Pero lo único que hizo Maisie fue mirar con mayor pasmo:

—¿Han cambiado?

—Igual que tu madre y yo.

Ella se preguntó cómo podría él saberlo, e inquirió:

—Entonces ¿es que has vuelto a ver a la señora de Beale?

Él lo negó:

—Oh, no. Es ella quien me ha escrito —aclaró a renglón seguido—. Tampoco *ella* tiene miedo de tu padre. Absolutamente nadie se lo tiene... no hay duda. —Él siguió hablando mientras el cerebrito de Maisie, que desde hacía tiempo tenía el resorte filial demasiado relajado como para sufrir ante esta carencia de majestad paterna, especulaba sobre la imprecisa relación existente entre la valentía de la señora de Beale y el asunto, en lo referido a la señora Wix y ella misma, de un grato nuevo alojamiento con su común amigo—. Ahora le importaría un bledo que el señor Farange armase un follón.

—¿Con motivo de los proyectos de la señora Wix y míos de instalarnos contigo? ¿Por qué habría de importarle eso a la señora de Beale? En nada la afectaría *a ella*.

Con las piernas giradas y la mano rebuscando en el bolsillo del pantalón, Sir Claude echó hacia atrás la cabeza por causa de una carcajada atemperada, según creyó advertir ella, por un suspiro apenas perceptible:

—¡Mi querida hijastra, eres deliciosa! A ver, tenemos que pagar la consumición. ¿Te has tomado cinco bollos?

—¿Cómo puedes preguntar eso? exigió Maisie, colorada bajo la mirada de la joven camarera que se había acercado a su mesa—. Me he tomado tres.

Pocos días después de esto la señora Wix mostraba una expresión tan desolada que

era de temer que milady la hubiese sometido a un episodio sin precedentes. Maisie le preguntó si había ocurrido algo peor de lo habitual; ante lo cual la pobre mujer contestó con tristeza infinita:

—Ha estado viendo a la señora de Beale.

—¿Sir Claude? —La niña se acordó de lo que él había dicho—. Oh no, no la ha *visto.*

—Disculpa. Estoy absolutamente enterada. —La señora Wix se mostraba tan taxativa como descorazonada.

Pese a todo Maisie se aventuró a ponerlo en duda:

—Y cuénteme: ¿cómo ha logrado usted saberlo?

La institutriz titubeó un momento.

—Mediante ella misma —dijo—. Yo he ido a visitarla. —Ante la visible sorpresa de Maisie, explicó—: Fui ayer mientras habías salido de paseo con él. El ha ido a verla varias veces.

A Maisie no se le aparecía enteramente claro por qué la señora Wix tenía que sentirse tan afligida ante aquel descubrimiento; mas sus conocimientos globales sobre el modo como la gente podía perpetrar actos o resentirse por ellos siempre le atenuaban la desazón de cualquier enigma:

—Aquí tiene que haber alguna equivocación. Él dice que no ha ido.

La señora Wix palideció aún más, como si aquello fuera un mayor motivo de alarma:

—¿Conque eso dice? ¿Niega haber ido a verla?

—Me lo dijo hace tres días. Tal vez sea ella quien se equivoca —insinuó Maisie.

—¿Quieres decir que tal vez sea ella quien miente? Ella miente siempre que le apetece, de eso no me cabe duda. Pero yo sé cuándo miente la gente... *y* por eso a ti te he cogido tanto cariño: porque *tú* nunca mientes. En todo caso ayer la señora de Beale no mintió. El *ha* ido a verla.

Por unos instantes Maisie permaneció callada.

—Él dice que no ha ido —reiteró de improviso—. Tal vez... tal vez... —Y volvió a quedarse silenciosa.

—¿Quieres decir que tal vez quien miente sea *él?*

—¡Dios santo, no! —gritó Maisie.

Empero, volvió a desbordarse la amargura de la señora Wix:

—¡Miente, miente —exclamó—, y es precisamente lo más grave de todo! Se te llevarán con ellos, se te llevarán con ellos, y ¿qué será de mí entonces? —Una vez más se arrojó sobre su discípula y lloró causando la inevitable consecuencia de que las lágrimas inundaran los propios ojos de la niña. Pero Maisie no habría sabido decir si lloraba ante la idea de su separación de su institutriz o ante la de la mendacidad de Sir Claude. En lo concerniente a esta inescrupulosidad ambas convinieron en que no podían permitirse el lujo de reprochársela a su autor. La señora Wix sentía espanto de hacer cualquier cosa que pudiera volverlo, como decía ella, «más malvado»; y Maisie era lo bastante comprensiva para caer en la cuenta de que si él le dijo lo que le dijo había sido únicamente por un deseo de ser discreto en beneficio de la señora de Beale. Todas sus inclinaciones la movieron a aferrarse a la idea de considerarlo una persona discreta, y se prohibió a sí misma hacerlo saber que ambas mujeres lo habían, cosa que *ella jamás* habría hecho, delatado.

No hubo de guardar su secreto durante mucho tiempo, pues al día siguiente cuando salió a pasear con él, de pronto él dijo refiriéndose al recorrido que inicialmente había

propuesto:

—No, no vamos a hacerlo; vamos a hacer algo distinto. —Y, diciendo esto, a pocos pasos de la puerta detuvo un cabriolé y la ayudó a montarse; luego él también se montó y le facilitó al cochero una dirección que ella no oyó. Una vez que se pusieron en marcha ella le preguntó adónde se dirigían; a lo cual contestó él—: Mi querida niña, es una sorpresita. —Mientras ella se asomaba por la ventanilla y cavilaba descubrió que iban en dirección a Regent's Park; pero no se le alcanzaba por qué él debía hacer un misterio de esta salida, y no fue sino hasta que hubieron pasado bajo un hermoso arco y enfilado hacia una blanca casa sobre una elevación desde la cual, pensó ella, debía de contemplarse una vista preciosa, cuando, desconcertada, lo tomó de la mano y espetó:

—¿Voy a ver a papá?

Él la escudriñó con una amable sonrisa:

—No, probablemente no. No te he traído aquí con ese propósito.

—Entonces, ¿de quién es esta casa?

—De tu padre. Se han mudado aquí.

Ella miró en su derredor: había vivido con el señor Farange en cuatro o cinco casas diferentes, y no había en esto nada extraordinario salvo que esta casa era más bonita que las otras.

—Pero a la señora de Beale, ¿sí la veré?

—Para eso es para lo que te he traído aquí.

Ella lo miró fijamente, muy pálida, y, poniéndole la mano sobre su brazo, lo retuvo dentro del carruaje pese a que ya se habían detenido:

—¿Para dejarme aquí, quieres decir?

Él apenas supo cómo expresarse:

—No me corresponde a mí decir si *puedes* quedarte. Eso es algo que debemos averiguar.

—Pero si me quedo, ¿terminaré viendo a papá?

—Oh, un día u otro, no cabe duda. —Después Sir Claude prosiguió—: ¿Te produce tantísimo espanto verlo?

Maisie echó un vistazo a través de la ventanilla del carruaje: contempló un instante toda la verde extensión de Regent's Park y, ahora ruborizándose hasta la raíz del cabello, sintió ascender el cálido flujo incontenible de una sensación más punzante que cualquier otra experimentada hasta la fecha. Consistió en una extraña e inopinada vergüenza por haber situado en un nivel inferior, ante un tan perfecto caballero y una tan encantadora persona como era Sir Claude, a un tan cercano pariente como era el señor Farange. Recordó, no obstante, que su amigo había dicho que verdaderamente nadie tenía miedo de su padre, y se volvió hacia él con un ligero movimiento de cabeza:

—Oh, seguramente sabré cómo manejarlo.

Sir Claude sonrió, mas Maisie percibió que la violencia con que ella acababa de mudar de color había producido en el propio rostro masculino un leve sonrojo de remordimiento y turbación. Era como si por vez primera él hubiese entrevisto el sentido de la responsabilidad que poseía su hijastra. Ninguno de ambos inició un movimiento para bajar, y tras un instante él dijo:

—Escucha: si no quieres, no es preciso que entremos.

—¡Ah, pero es que me agradaría ver a la señora de Beale! —gimió suavemente la niña.

—Y ¿qué ocurrirá si decide retenerte? En tal caso, ¿sabes?, tendrías que quedarte aquí.

Maisie le dio vueltas a aquello:

—¿Sobre la marcha?... ¿Y renunciar a ti?

—Caramba... no sé qué decirte sobre eso de renunciar a mí.

—Me refiero a si sería igual que como he tenido que renunciar a la señora de Beale desde el día en que empezó este último turno con mamá. Yo no podría soportar quedarme aquí sin verte durante tanto tiempo. —Le parecía como si hubiera transcurrido un siglo desde que por última vez ella viera a la señora de Beale, quien ahora estaba al otro lado de la puerta de la casa que tan cerca tenían y en cuyos brazos sin embargo no se resolvía a arrojarse aún.

—Oh, seguramente a mí me verás más a menudo de lo que has visto a la señora de Beale. No entra en *mi* forma de ser portarme de un modo tan espléndidamente discreto —dijo Sir Claude—. Pero así y todo —prosiguió— dejo la decisión, ahora que estamos aquí, absolutamente en *tus* manos. A ti te cumple decidir. Entraremos en esta casa sólo si lo deseas. Si no, media vuelta y nos largamos.

—Y ¿entonces la señora de Beale no me retendrá?

—No... al menos no por resolución nuestra.

—Y ¿podré seguir viviendo en casa de mamá? —preguntó Maisie.

—¡Oh, yo no puedo asegurar eso!

Ella reflexionó:

—Me parecía que me habías dicho que habías llegado a un pacto con ella.

Sir Claude dio con su bastón unos golpecitos en el alero del carruaje.

—Mi querida niña, no hasta el grado que ahora se haría necesario.

—Pero ¿y si ella me echa y no vengo a vivir a esta casa?

Prontamente Sir Claude recogió sus palabras:

—Naturalmente quieres saber qué podría ofrecerte yo en tal caso. Mi pobre chavalita, es precisamente lo que yo mismo me pregunto. Yo no veo las cosas, he de confesarlo, con la misma claridad con que las ve la señora Wix.

Su compañerita contempló un instante las cosas que veía la señora Wix:

—¿Quieres decir que *nosotros* no podemos formar nuestro pequeño hogar?

—Se trata de una ruindad por mi parte, no cabe duda, pero el caso es que no puedo abandonar completamente a tu madre.

Ante esto, Maisie emitió un leve pero prolongado suspiro, un ligero sonido de renuente conformidad que indudablemente le habría resultado gracioso a cualquiera que hubiese podido oírlo.

—Entonces, ¿no hay otra cosa que se pueda hacer? —preguntó.

—Juro que no veo qué otra cosa se podría hacer.

Maisie hizo una pausa; su silencio pareció significar que tampoco ella tenía alternativas que sugerir. Aun así, hizo otro requerimiento:

—Si me quedo aquí, ¿vendrás a verme?

—No te perderé de vista.

—Pero ¿con cuánta frecuencia vendrás? —Como él no respondiera, ella lo acució—: ¿Con mucha, muchísima frecuencia?

Él siguió titubeando.

—Mi querida señora... —comenzó. Entonces hizo otra pausa, continuando al

siguiente instante con un cambio de tono—: ¡Qué graciosa eres! Muy bien, de acuerdo —dijo—: con mucha, muchísima frecuencia.

—¡Estupendo! —De un salto Maisie se bajó del carruaje. La señora de Beale se hallaba en casa, mas no en el salón, y cuando el mayordomo se hubo retirado para ir a buscarla, de improviso la niña espetó:

—Pero ¿qué será de la señora Wix mientras yo permanezca aquí?

—¡Ah, eso habrías debido pensarlo antes! —dijo su compañero con el primer matiz de aspereza que ella le había oído jamás.

14

A ella se le arrojó literalmente encima la señora de Beale, y el efecto de todo aquel instante fue demostrarle a la niña lo mucho, lo realmente muchísimo que, a pesar de los pesares, era amada. Tanto más cuanto que su madrastra, que había cambiado —exactamente igual que como lo había hecho su madre— hasta el punto de que casi le parecía desconocida, extrañamente exhibía una familiaridad mayor de lo que Maisie había podido esperarse. En definitiva, sobre ella se abalanzó un rico y poderoso efluvio de afecto bajo la forma de una señora de Beale más bella, más imponente, más madura. Fue como entablar una hermosa nueva amistad, y todavía no acababan de pasar un instante juntas cuando ella se sintió muy contenta de la decisión que había tomado en el carruaje. Había todo un porvenir en la combinación de la belleza de la señora de Beale y el abrazo de la señora de Beale. A Maisie le pareció una visión encantadora, y también que no había relación alguna entre aquella dama y la joven que antaño había remendado lencería y tomado sus comidas en la habitación de la niña. La niña ya sabía que una de las esposas de su padre era una mujer con estilo, pero tenuemente siempre había establecido una diferencia, nunca aplicándole sin reticencias aquella expresión a la otra esposa. Desde el día en que se había separado de la señora de Beale, ésta se había ganado limpiamente el derecho a aquel título, y la instintiva reacción ruborizada de Maisie ante todo este presente deleite tiñó todo su radiante aspecto de implicaciones que esta vez eran dulces. Ella le había contado a Sir Claude que tenía miedo de la dama de Regent's Park; pero ahora sentía la suficiente confianza en sí misma para manifestar, de sopetón, un agrado sumamente sincero:

—¡Caramba, qué guapa estás! ¿A que está guapa, Sir Claude, a que está *guapísima?*

—La mujer más hermosa de todo Londres, ni más ni menos —contestó galantemente Sir Claude—. ¡Al igual que tú eres la mejor de las niñas!

Pues bien, la mujer más hermosa de todo Londres se entregó, con un aspecto resplandeciente de ternura y mil manifestaciones de cariño, a una felicidad por fin recobrada. En su madurez había un esplendor casi tan vívido como el de mamá, y no precisó sino un instante para darle a su amiguita una impresión de verdadero poderío, una impresión que semejó despuntar como un largo día luminoso. Por parte de Maisie fue ésta una sensación que ni mamá, ni Sir Claude, ni la señora Wix, con todos sus inmensos aunque tan diversos atractivos, habían logrado inflamar hasta tal punto, y aquello representó una inmediata diferencia cuando la conversación se encaminó, como sucedió prontamente, hacia la cuestión de su padre. Oh, sí, el señor Farange era una complicación, pero ahora ella se dio cuenta de que no iba a serlo para su hija. Para la

señora de Beale ciertamente él era una complicación inmensa (ella misma lo proclamó sin ambages); pero a Maisie desde este momento la señora de Beale se le apareció como una persona a quien se le hubiese conferido un gran don. El gran don era precisamente el de saber deshacerse de las complicaciones. Maisie percibió cuán poco alteraban ahora las complicaciones a su madrastra cuando, después de que ésta última le hiciera a Sir Claude una alusión a un previo encuentro entre ellos dos, él respondió, con un tono de consternación y empero con un aire de alivio, que ante su compañerita él había negado que hubiesen vuelto a verse desde el día de su primer encuentro.

La señora de Beale no pudo sino compadecerlo vagamente:

—¿Por qué has hecho semejante tontería?

—Para proteger tu reputación.

—¿Ante Maisie? —La señora de Beale se sintió muy divertida—. Mi reputación ante Maisie es demasiado buena como para resentirse en lo más minimo.

—Pero tú confiaste en mí, ¿verdad, pillina? —le preguntó Sir Claude a la niña.

Ella lo miró; y dijo sonriendo:

—Su reputación sí se resintió un poco. Descubrí que tú sí habías venido a verla.

Él no se sintió tan mortificado como para no romper a reír:

—¡Hay que ver, preciosa, de qué modo hablas sobre cosas así!

—¿Cómo quieres que hable la chiquilla —quiso saber la señora de Beale— después de haber pasado todo este desdichado tiempo con su madre?

—No fue mamá quien me lo contó —aclaró Maisie—. Fue únicamente la señora Wix. —Dudó si detallar delante de Sir Claude la fuente de información de la señora Wix; mas la señora de Beale, dirigiéndose al joven, puso en evidencia lo superfluo de esos escrúpulos:

—¿Sabías que hace uno o dos días vino a visitarme ese estrambótico ser? Le dije que te había visto varias veces.

Excepcionalmente, Sir Claude fue presa del desconcierto:

—¡Vieja metomentodo! No me lo contó para nada. ¿De forma que pensaste que yo había mentido? —requirió de Maisie.

Ella se había puesto intranquila ante la expresión con que él acababa de describir a su considerada amiga, pero aceptó la coyuntura como una de esas situaciones en que uno debe prestarse a hacer todo tipo de concesiones:

—¡De verdad que a mí no me importó! Pero a la señora Wix sí —agregó con intención exculpatoria hacia su institutriz.

Dicha intención no surtió el efecto deseado sobre la señora de Beale:

—¡La señora Wix es una auténtica majadera! —declaró aquella dama.

—Pero, precisamente a ti —preguntó Sir Claude—, ¿qué era lo que ella podía tener que decirte?

—Pues que, al igual que la señora Micawber* (a quien debe, creo, parecerse no poco), ella nunca, nunca, nunca abandonará a la señorita Farange.

—¡Oh, voy a tener que tomar medidas! —repuso jocosamente Sir Claude.

—Así lo espero de corazón, amigo mío —dijo la señora de Beale, mientras Maisie se preguntaba a qué medidas estaría refiriéndose él concretamente. Antes de que ella tuviera tiempo de preguntarlo, la señora de Beale continuó—: Pero no vino sólo a eso, válgame el cielo. Seguro que nunca serías capaz de adivinar el resto.

* Personaje de la novela *David Copperfieldde* Charles Dickens. (N. del T.)

—¿Debo adivinarlo *yo?* —terció Maisie con voz trémula.

De nuevo la señora de Beale se sintió divertida:

—¡Desde luego, tú eres la persona más indicada! Debe de ser precisamente el tipo de cosas que has presenciado en casa de tu horrible madre. ¿Nunca has visto presentarse allí a mujeres que con lágrimas en los ojos le pidieran que «respetara» a los hombres que ellas amaban?

Asombrada, Maisie trató de hacer memoria; pero Sir Claude experimentó un renovado regocijo:

—¡Oh, si ellas dan la lata no es por Ida! ¿Conque la señora Wix te pidió con lágrimas en los ojos que me respetaras *a mi?*

—Literalmente se puso de rodillas delante mío.

—¡Pobre querida vieja! —exclamó el joven.

Para Maisie fueron una alegría estas palabras: compensaron la anterior descripción de la señora Wix realizada por Sir Claude.

—Y *¿vas a* respetarlo? —le preguntó ella a la señora de Beale.

Otra vez asiéndola y besándola, su madrastra pareció encantada ante el tono de su pregunta:

—¡Ni una pizca! ¡Me lo comeré crudo hasta los huesos!

—¿Quieres decir que de verdad él vendrá con mucha frecuencia? —ahondó Maisie.

La señora de Beale volvió unos seductores ojos hacia Sir Claude:

—No me toca a mí contestar esa pregunta... sino a él.

De momento él no contestó nada, sin embargo: con las manos en los bolsillos y tarareando distraídamente una melodía —hasta Maisie se dio cuenta de que se había puesto un poco nervioso—, se limitó a caminar hasta la ventana y se quedó mirando hacia Regent's Park.

—Vaya, él me lo ha prometido —retomó la palabra Maisie—. Pero ¿qué tal le sentará eso a papá?

—¿Que él se presente por aquí como Pedro por su casa? Oh, esa cuestión, si he de serte sincera, cielo mío, es de nula importancia. Por lo demás, sin embargo, Beale disfruta enormemente pensando en que también Sir Claude, el pobre, se ha visto obligado a pelearse con tu madre.

Sir Claude se dio la vuelta *y* dijo con tono resuelto *y* gentil:

—No tengas miedo, Maisie: no me perderás de vista.

—¡Ay, qué majo! —Maisie estaba radiante—. Pero lo que yo quería saber (¿no os dais cuenta?) es lo que papá me diría *a mí.*

—Oh, ya he resuelto eso con él —dijo la señora de Beale—. Se portará muy razonablemente. Mira, el quid está en que, aunque cada dos por tres él está cambiando de opinión acerca de todo, lo único que permanece inmutable son sus sentimientos hacia tu madre. Es verdaderamente singular el modo en que él la odia.

Sir Claude soltó una breve carcajada:

—¡Seguro que no supera el modo en que ella sigue odiándolo *a él*

—La verdad —siguió la señora de Beale aquiescentemente— es que no hay nada que logre desalojar ese sentimiento de ninguno de los dos, y el mejor modo que se les ha ocurrido de darle rienda suelta es dejarte al cargo del adversario el mayor tiempo posible. Como ya has podido comprobar tú misma, nada hay en el mundo que los enfurezca más. No es cuestión, ya que es muy poco lo que exiges, de que tú representes un gran gasto o

una gran tabarra: sencillamente se trata de que el hecho en sí consigue excelentemente que cada uno de ellos se dé cuenta de lo desagradable que quiere serle el otro. En consecuencia Beale se dedica a aborrecer a tu madre excesivamente como para que le quede furia alguna que consagrarle a cualquier otro. Además, ¿sabes?, he llegado a un pacto con él.

—¡El Señor nos ampare! —exclamó Sir Claude con una carcajada más sonora que la precedente y otra vez encaminándose hacia la ventana.

—¡*Yo* sé de qué tipo! —proclamó Maisie sin pérdida de tiempo—. Tú le permites hacer lo que a él le dé la gana siempre que él te permita hacer lo que a ti te dé la gana.

—¡Eres una absoluta delicia, animalito mío! —Maisie se vio involucrada en otro abrazo—. No sé cómo he podido vivir sin ti tanto tiempo. No me lo he pasado nada bien, mi amor —dijo la señora de Beale apretando su mejilla contra la de la niña.

—¡Ahora te lo pasarás muy bien! —Maisie palpitaba de delicada ternura.

—Estoy segura de ello. Tú me salvarás.

—¿Al igual que estoy salvando a Sir Claude? —preguntó vehementemente la niña.

Una pizca desconcertada, la señora de Beale apeló a su visitante masculino:

—¿Realmente está salvándote?

Ante la pregunta de Maisie él exteriorizó un gran regocijo:

—Es una de las ideas de la querida señora Wix. Acaso haya algo de verdad en ello.

—Él me ha convertido en su obligación, en la misión de su existencia —le dejó claro Maisie a su madrastra.

—¡Caramba, es lo mismo que quería hacer *yo!* —Al ver que se le habían adelantado, la señora de Beale asumió un atónito color sonrosado.

—Pues podéis hacerlo juntos. ¡Así él *tendrá* que venir!

A estas alturas la señora de Beale tenía a su amiguita francamente aprisionada contra su seno y le dijo sonriente a Sir Claude:

—¿Qué, lo hacemos juntos?

La risa masculina había cesado, y por un momento él dirigió su hermoso semblante serio no hacia su anfitriona, sino hacia su hijastra:

—Bueno, eso sería un poco más decente que ciertas otras cosas. ¡Palabra de honor que, tal como va el asunto, me parece lo único decente! —Parecía que intentara convencer a Maisie, que intentara pintarle, llevado de un prurito de conciencia, una coyuntura en la cual honestamente podrían verla participar a ella; si bien su alegato en pro de una mera «decencia» no pareció en consonancia con las halagüeñas visiones infantiles—. ¡Si nuestra compañía no te parece digna *a ti* —exclamó—, que me ahorquen si sé a quién podría parecérselo entonces!

La señora de Beale le proporcionó a la niña una luz más intensa:

—Seguro que *vas* a salvarnos... de una cosa y de la otra.

—¡Oh, yo sé muy bien de qué va a salvarme a mal —afirmó rotundamente Sir Claude—. Naturalmente habrá broncas —siguió.

Rápidamente la señora de Beale le salió al paso:

—Sí, pero no serán nada (al menos para ti) en comparación con las que ha montado tu mujer hasta ahora. Puedo soportar lo que yo sufro; lo que no puedo soportar es lo que tienes que pasar tú.

—Estamos haciendo muchísimo por ti, ¿sabes, mujercita? —prosiguió Sir Claude para Maisie con idéntica seriedad.

Ella se ruborizó por una sensación de gratitud y por la vehemencia de su deseo de que quedara manifiesto que ella no dejaba de caer en la cuenta:

—¡Sí, lo sé!

—¡Así que debes ayudarnos a continuar por el buen camino! —Esta vez él se rió.

—¡Qué manera de hablarle a la niña! —exclamó la señora de Beale.

—¡No es peor que la tuya! —replicó él alegremente.

—¡Bueno es quien bueno hace![*] —repuso ella en el mismo espíritu—. Puedes ir aligerándote de ropa —siguió para Maisie, dejándola libre. La niña, de pie, era toda emoción:

—Entonces ¿voy a quedarme?... ¿tal como estoy?

—¿Por qué no? Mañana Sir Claude mandará tus cosas.

—Las traeré yo en persona. ¡Palabra de que estaré presente cuando las entreguen! —prometió Sir Claude—. Acércate, te ayudaré a desabrocharte los botones.

Él había requerido a su compañerita desde el lugar donde permanecía sentado, y la ayudó a despojarse de sus prendas de abrigo mientras la señora de Beale, a cierta distancia, sonreía al comprobar la habilidad de él:

—¡Qué gran padrastro tienes! Me siento obligada a hacer constar, ¿sabes?, que él compensa la ausencia de otras personas.

—¡Compensa la ausencia de una niñera! —dijo riendo Sir Claude—. ¿No te acuerdas de que ya te lo dije en cuanto nos conocimos?

—¿Que si me acuerdo? ¡Fue precisamente eso lo que me hizo pensar tan bien de ti!

—Nada me movería —le dijo el joven a Maisie— a contarte lo que a mí me hizo pensar tan bien *de ella.* —Después de ayudar a la niña a aligerarse de ropa, le dio un dulce beso y una palmadita como para hacerla retirarse. La palmadita fue acompañada de un vago suspiro en el cual reapareció la seriedad de un momento antes—: ¡Así y todo, si no hubieras poseído el fatal don de la belleza...!

—¿Qué habría pasado entonces? —preguntó Maisie, extrañada de que él hiciera una pausa. Era la primera vez que oía hablar de su propia belleza.

—¡Caramba, pues que ahora no estaríamos aquí todos pensando tan sumamente bien unos de otros!

—Él no se refiere al encanto físico: no posees nada de *esa* mundanal belleza, querida —aclaró la señora de Beale—. Sencillamente se refiere a la simple y aburrida belleza interior.

—La belleza interior de esta niña es la cosa más extraordinaria que existe en el mundo —declaró tajantemente Sir Claude para la señora de Beale.

—¡Oh, lo sé todo sobre ese particular! —se jactó ella abiertamente de su sapiencia.

A Maisie extrañamente todo aquello le infundió una súbita sensación de responsabilidad de la cual intentó zafarse:

—Pero también vosotros poseéis «ese particular»: poseéis el fatal don; ¡ambos lo poseéis de sobra! —espetó.

—¿Belleza interior? ¡Mi querido muchacho, de eso no poseemos ni pizca! —protestó Sir Claude.

—¡Hable sólo por usted, señor mío! —dijo jocosamente la señora de Beale—. Yo sí soy buena e inteligente. ¿Qué más se puede pedir? En cuanto a usted, le ahorraré sonrojos

[*] Irremediablemente tosca traducción de la frase proverbial inglesa *«Handsome is that handsome does». (N.* del T.)

y no entraré en detalles personales: únicamente diré que es usted tan apuesto como el que más.

—Los dos sois guapísimos; ¡no podéis remediarlo! —se sintió obligada a insistir Maisie—. Y es encantador veros uno junto al otro.

Sir Claude ya había cogido el sombrero y el bastón; se quedó mirándola un momento:

—¡Eres un consuelo en medio de las tribulaciones! Pero debo marcharme a casa a hacer tu equipaje.

—Y ¿cuándo regresarás por aquí? ¿Mañana? ¿Mañana?

—¡Ya ves lo que nos hemos buscado! —le dijo él a la señora de Beale.

—¡Bueno, yo puedo soportarlo si tú puedes!

La compañerita de ambos miró de uno de ellos al otro, pensando que aunque ella había sido muy feliz junto con Sir Claude y la señora Wix, evidentemente ahora iba a ser aún más feliz junto con Sir Claude y la señora de Beale. Pero aquello se parecía a montar sobre un caballo desbocado, y ella hizo un movimiento para aferrarse a algo:

—Entonces ¿definitivamente no puedo ir a despedirme de la señora Wix?

—Oh, yo me encargaré de hacerlo —dijo Sir Claude.

Maisie reflexionó:

—¿Y de mamá?

—¡Oh, mamá! —dijo él riendo con tristeza.

Incluso para la niña aquello no resultaba apenas ambiguo; mas la señora de Beale se propuso reforzar la diafanidad:

—Tu madre va a cantar de alegría, y cantará como...

—¡...como el gallo mañanero! —apostilló Sir Claude, viendo que buscaba un término de comparación.

—No le hará falta que la consuelen —prosiguió la señora de Bealede haber hecho que tu padre vaya a blasfemar como un poseso.

Maisie se quedó mirando pasmada:

—¿Va a blasfemar como un poseso? —Aquella expresión era impresionante, llena de resonancias bíblicas, y su pregunta desencadenó una renovada serie de efusiones cariñosas, en las cuales participó también Sir Claude. Entretanto ella se preguntaba quién, ahora que no iba a estar con ella la señora Wix, representaría en su vida el elemento de geografía e historia; y enseguida logró superar el embarazo que le causaba plantear la cuestión—: ¿No habrá nadie que me dé clases?

La señora de Beale estaba preparada para contestar de una manera que a Maisie se le antojó absolutamente espléndida:

—Recibirás clases como nunca las has recibido en tu vida. Vas a asistir a cursillos.

—¿Cursillos? —Maisie jamás había oído hablar de tales entes.

—En diversas Instituciones y acerca de diversas materias.

Maisie siguió mirando con extrañeza:

—¿Materias?

La señora de Beale era verdaderamente magnífica:

—Sí, las más importantes materias. Literatura Francesa... e Historia Sagrada. Recibirás estas clases junto con otras niñas listísimas.

—Y yo cuidaré celosamente de que así sea, ¿sabes? —Y Sir Claude, con su característica gentileza, cabeceó afirmativamente al tiempo que le guiñaba amistosamente un ojo.

Pero la señora de Beale llegó mucho más lejos:

—Mi querida niña, vas a asistir a conferencias.

El horizonte se volvió súbitamente anchuroso, y Maisie se sintió muy pequeña en medio de él:

—¿Completamente sola?

—Oh, no; yo asistiré contigo —dijo Sir Claude—. Así aprenderé la mar de cosas que ignoro.

—Igual que yo —confesó en tono serio la señora de Beale—. Los dos iremos con ella; será encantador. Hace siglos —reconoció ante Maisieque no he tenido tiempo para estudiar. Esta será otra de las maravillosas formas en que constituirás un incitante para nosotros. ¡Oh, va a ser inmenso el bien que nos va a venir de ella! —le espetó a Sir Claude perdiendo todo autodominio.

Él sopesó aquello; luego repuso:

—Sin ningún género de dudas, ésa es también mi convicción. —Naturalmente a Maisie no se le alcanzaba enteramente el contenido de dicha convicción, pero de todas formas se sintió rebosante de entusiasmo. Si en aquel hermoso porvenir no se iba a echar nada en falta, de aquí se seguía que ella no iba a echar en falta a la señora Wix; pero la conciencia de haber consentido en renunciar a esta persona tan querida hizo que le resonaran en los oídos dos palabras que a menudo había escuchado anteriormente. En definitiva, aquello la hizo entender a qué se referían siempre su padre y su madre cada vez que se motejaban mutuamente de «persona abyecta». Se preguntó si acaso ella misma no sería una persona abyecta por haber aprendido a ser tan feliz sin la señora Wix. ¿Qué iría a hacer la señora Wix? ¿Adónde iría a parar la señora Wix? En el momento en que Sir Claude se disponía a salir, estas inquietudes cobraron vida por sí solas en los labios de Maisie, y durante unos instantes Sir Claude se detuvo en el umbral para contestar—: ¡Oh, ya llegaré a un pacto con ella! —exclamó; y, dicho esto, se fue.

Al quedarse a solas con la señora de Beale, Maisie dejó escapar un suspiro de tranquilidad y miró en su derredor como si contemplase el alborear de un día mejor.

—¡En ese caso *todos* vamos a estar regulados por pactos! —dijo con alivio. Ante lo cual su madrastra volvió a inclinarse afectuosamente hacia ella.

15

Fue Susan Ash quien le dio la noticia:

—Él está abajo, señorita, y viene hecho un primor.

En el cuarto de dar clases de la casa de su padre, que tenía bonitas cortinas azules, había estado ensayando en el piano una cosita encantadora, como la llamaba la señora de Beale: una *«Moonlight Berceuse»*[*] que le había mandado por correo Sir Claude, quien consideraba que su educación musical había estado siendo deplorablemente desatendida y, durante los últimos meses en casa de su madre, había estado a punto de hacer gestiones para que ella recibiera clases particulares. Él había terminado confesándole campechanamente que los profesores genuinos, como decía él, eran terroríficamente caros y que un sustituto cualquiera sería un desperdicio de dinero, y por consiguiente ella pensaba con aún mayor ternura en el sacrificio representado por esta composición, cuyo

[*] Literalmente, una «nana a la luz de la luna». (N. del T.)

precio, cinco chelines, estaba inscrito en la carátula y que evidentemente sí era un artículo genuino. Inmediatamente se incorporó:

—¿Ha sido la señora de Beale quien me ha mandado llamar?

—Oh no: no se trata de eso —dijo Susan Ash—. En este momento la señora de Beale está fuera.

—Entonces ¿ha sido papá?

—No, cielos: papá no. Estás muy presentable así, señorita, salvo por esos pelos de loca —siguió Susan—. Tu papá todavía no ha regresado a casa desde ayer por la noche ––agregó.

—¿De dónde no ha regresado? —repuso Maisie un poco despistada y muy nerviosa. Se arregló bruscamente el cabello con la mano.

—¡Oh: eso, señorita, me pesaría mucho revelártelo! Prefiero arreglarte esta cinta blanca que llevas aquí atrás... aunque que me aspen si es tarea mía.

—Hazlo, te lo ruego. Sé perfectamente dónde ha estado papá —prosiguió Maisie impacientada.

—Pues yo en tu lugar me lo callaría.

—Ha estado en el club: el Crisantemo. ¡Eso es!

—¿La noche entera? ¡Caramba, por la noche las flores se cierran, ya lo sabes! —exclamó Susan Ash.

—Bueno, me da igual. —La niña estaba ya en el umbral de la habitacuon—. ¿Sir Claude ha preguntado *por mí sola?*

—Igualito que si fueras una duquesa.

Mientras descendía las escaleras, Maisie fue consciente de sentirse tan feliz como si de veras fuera una duquesa, y asimismo fue consciente, un instante más tarde, cuando se lanzó al cuello de él, de que ni siquiera tamaño personaje habría logrado comportarse con mayor prodigalidad. Hubo, también, cierto aire de duquesa en el punzante tono con que, según juzgó, lo reconvino:

—¿O sea que a esto es a lo que llamas venir con *mucha* frecuencia?

Sir Claude acogió aquello deliciosamente y con idéntico espíritu aristocrático:

—Mi querido muchacho, no me haga usted una escena; le aseguro que es lo mismo que hace toda mujer en quien fijo la mirada. Vayamos a divertirnos un rato, pues hace una mañana radiante: ponte encima algo bonito *y* vente a dar un paseo conmigo *y* entonces discutiremos el asunto con calma. —Cinco minutos después iban rumbo a Hyde Park; y ningún asunto que siquiera en los mejores días en casa de su madre hubieran discutido hasta entonces, había tenido la dulce tranquilidad de las inmediatas explicaciones de Sir Claude. Él nunca estaba tan brillante como cuando las daba y, a excepción de la señora Wix, era la única persona en el mundo, de las que ella conocía, que diera explicaciones. Con él, sin embargo, este acto tenía una potestad que estaba más allá de los alcances de la sabiduría femenina. Volvió a aflorar todo: todos los planes que siempre quedaban frustrados, todas las recompensas y obsequios que sempiternamente ella pagaba por adelantado y sempiternamente nunca llegaba a recibir; todos los enormes obstáculos que había que encarar la obligaban incesantemente a tener que volver sobre la cuestión pecuniaria. Incluso ella misma casi era consciente de que la mayor prueba del ascendiente que Sir Claude tenía sobre ella, era que para apartar de su propio espíritu la sensación de estar siendo estafada sólo hacía falta que él, con un simple gesto de sus labios sombreados por el elegante bigote, la disipara con un soplido. De alguna manera,

en la misma naturaleza de los planes estaba el ser gravosos y en la misma naturaleza de lo gravoso estaba el ser imposible. El ser «embrollados» era parte de la esencia de los asuntos de todo el mundo, así como también que en cada ocasión concreta estuvieran más embrollados que de costumbre. Tal había sido el caso de los asuntos de Sir Claude, de los de papá, de los de mamá, de los de la señora de Beale y de los de la propia Maisie en la ocasión concreta—ocasión de varias semanas de duración— que había transcurrido desde que nuestra pequeña se reinstalara en casa de su padre. No había «ni un par de chelines» para nadie ni para nada, y ése era el motivo de que nada hubiera salido del proyecto de las clases de Literatura Francesa con todas las otras niñas tan listas. Era endiabladamente complicado, ¿no se daba—ella cuenta?, intentar, sin tan siquiera el reducido capital antedicho, ponerla en contacto con una lejana grey que a partir de este momento ella deslumbrantemente describiría en su fuero interno como las hijas de los ricos. Desde ahora se iba a sentir como si estuviera aplastando su nariz contra las resistentes vitrinas de la confitería del saber. Sin embargo, aunque las clases que eran selectas, y consiguientemente las únicas aceptables, fueran imposiblemente caras, las conferencias de las Instituciones —por lo menos las de algunas de ellas— estaban especialmente pensadas para los menesterosos inteligentes, y en consecuencia debía de ser aún más insalvable el motivo que había impedido que la llevaran a alguna que otra. Este motivo, dijo Sir Claude, no era otro sino que muy pronto iban a llevarla, si bien nada tenía que ver con ese propósito el hecho de que ahora ellos orientaran su rumbo hacia las orillas de la Serpentina[*]. El parque de Maisie, situado al norte[**], les habría quedado mucho más a mano, pero se dirigían en un cabriolé hacia el oeste porque en los deliciosos días de finales de junio era aquélla la dirección que tomaban todos aquéllos que gozaban de algún rango de notoriedad. Durante una hora, en la Avenida y el Gran Paseo de Hyde Park, participaron de esta oportunidad de que todo observador se entretuviera y de que uno de ellos en particular, con no poco ánimo bromista, desconcertara a su compañerita; y antes de que hubiera transcurrido aquella hora Maisie suscitó, en respuesta a la mas acuciante de sus requisitorias, una más detallada declaración en lo concerniente a la larga ausencia de su amigo—: ¿Que por qué he faltado tan deplorablemente a la palabra que yo te había dado, haciendo una promesa tan solemne y luego no dejándome ver? Vaya, querida, ésa es una pregunta que, al no verme aparecer un día tras otro, debes de haberle formulado a la señora de Beale con mucha frecuencia.

—Vaya que sí —respondió la niña—; una y otra vez.

—Y ¿qué te contestaba ella?

—Que eres tan malvado como guapo.

—¿Eso dice?

—Son sus mismísimas palabras.

—¡Ah, mi querida y vieja amiga! —Sir Claude semejó muy divertido, y a una sonora carcajada cristalina fue a lo que se redujo toda su explicación. Precisamente aquéllas eran más o menos las palabras que Maisie lo había oído pronunciar la última vez en referencia a la señora Wix. Ella le tomó una mano, que estaba enfundada en un guante color gris perla adornado con las gruesas líneas negras que, en casa de su madre, ella siempre había relacionado con el modo como los puños cubiertos de costuras de las altas damas llevaban apuntando hacia el suelo, con los codos bien separados del cuerpo, las

[*] Se trata del gran estanque central de Hyde Park. (N. del T.)

[**] O sea, Regent's Park. (N. del T.)

sombrillas de paseo. El simple contacto de aquella mano eclipsaba toda sensación de ganancia o pérdida. La presencia de él era como un objetó que ella tuviera tan cerca del rostro que no la dejara ver sus contornos. El mismo, empero, siguió siendo el maestro de ceremonias del espectáculo que ante sí tenían incluso cuando hubieron salido de la zona central de Hyde Park y comenzaron, bajo el hechizo del lugar y de la estación, a caminar calmosamente por los jardines de Kensington. Lo que habían dejado atrás era, según dijo él, nada más que un circo de muy mala calidad, y, trasponiendo una cautivadora verja y cruzando un puente, al cabo de un cuarto de hora llegaron a hallarse, también según las palabras de él, a un centenar de millas de Londres. Ante ellos se extendía un amplio prado verde y grandes árboles viejos y, bajo la sombra de éstos, entre el frescor del césped, el serpenteante curso de un sendero campestre.

—Esto es el bosque de Arden —acababa de comentar deliciosamente Sir Claude—, y yo soy el desterrado duque, y tú eres... ¿cómo se describía a la muchacha?... la ingenua zagala. Y allí —prosiguió— está la otra muchacha (¿cuál era su nombre?, ¿no era Rosalinda?) y (¿lo ves también?) el personaje que la cortejaba*. ¡Palabra de honor que *está* cortejándola!

Aludía a una pareja que, muy pegaditos uno a otro, cerca del extremo del prado, caminaba por delante de ellos. Aquellas distantes figuras, en su lento ambular (el cual las mantenía tan juntas que sus cabezas, ligeramente inclinadas hacia el suelo, casi se tocaban), consistían en la espalda de una mujer que parecía alta, quien evidentemente era una dama muy distinguida, y en la de un caballero cuya mano izquierda iba bien asida al brazo femenino mientras la derecha, detrás de él, movía enérgicamente un bastón de paseo. Por un instante la imaginación de Maisie se acomodó a la idea de su amigo de que era idílica aquella visión; de repente, deteniéndose bruscamente, espetó con toda la claridad que pudo:

—¡Dios santo! ¡Pero si es mamá!

Sir Claude se detuvo pasmado:

—¿Mamá? Pero si mamá está en Bruselas.

Con los ojos clavados en la dama, Maisie se quedó maravillada:

—¿En Bruselas?

—Ha ido a participar en un campeonato.

—¿De billar? No me lo habías dicho.

—¡Naturalmente que no! —exclamó Sir Claude—. Hay un buen montón de cosas que no te digo. Se marchó de Inglaterra el miércoles.

La pareja había seguido andando, incrementando la distancia; pero la mirada de Maisie la había seguido sobradamente acompasada a su ritmo:

—Entonces es que ha regresado.

Sir Claude atalayó a la dama:

—¡Mucho más probable es que nunca se marchara!

—¡Es mamá! —dijo la niña con determinación.

Se habían detenido, pero Sir Claude ya le había sacado todo el partido posible a su punto de observación, y sucedió que justo en ese instante, en el límite extremo del panorama, también los otros dos hicieron un alto y, todavía mostrándoles únicamente sus espaldas, parecieron quedarse parados para poder charlar.

—¡Tienes razón, monada! —exclamó él por último—. ¡Es ni más ni menos que mi

* Referencias al escenario *y* los personajes de la obra de Shakespeare *A vuestro gusto.* (N. del T.)

dulce mujercita!

Se había reído mientras hablaba, mas había mudado de color, de modo que rápidamente Maisie desvió de él la mirada.

—Entonces ¿quién es ése con quien está?

—¡Que me aspen si lo sé! —dijo Sir Claude.

—¿No es el señor Perriam?

—Oh cielos, no: Perriam ha quebrado.

—¿Quebrado?

—Ha sido procesado... en la City. ¡Pero hay muchísimos otros! —sonrió Sir Claude.

Maisie pareció contarlos; escrutó atentamente las espaldas del caballero y preguntó:

—Entonces ¿es Lord Eric?

Por un instante su compañero no respondió nada, y cuando ella volvió a dirigir su mirada hacia él halló que él la miraba a ella de una manera, pensó, un poco rara.

—¿Qué sabes tú sobre Lord Eric? —inquirió él.

Con toda inocencia ella intentó también asumir una expresión rara:

—¡Oh, sé mucho más de lo que crees! ¿Es Lord Eric? —repitió.

—Tal vez. ¡Que me aspen si me importa!

Sus amigos se habían separado ligeramente y ahora, mientras Sir Claude hablaba, de improviso dieron media vuelta, dejando así en evidencia todo el esplendor de milady y todo el misterio de su camarada. Maisie contuvo la respiración.

—¡Vienen hacia aquí! —dijo.

—Pues que vengan. —Y Sir Claude, sacando sus cigarrillos, se ocupó en encender uno.

—¡Nos vamos a encontrar frente a ellos!

—No. Ellos se van a encontrar frente a *nosotros.* Maisie insistió:

—Nos han visto. Mira. Sir Claude tiró su cerilla:

—¡Avancemos! —Los otros, en su camino de regreso, obviamente atónitos, casi habían vuelto a hacer una pausa, apartándose el uno del otro convenientemente—. Está horrorosamente confusa y le gustaría poner pies en polvorosa —continuó—. Pero ya es demasiado tarde.

Maisie avanzaba a su vera, discerniendo incluso a aquella distancia que milady se sentía perceptiblemente desasosegada:

—¿Qué irá a hacer ahora?

Sir Claude le dio una chupada a su cigarrillo:

—Está estudiando velozmente la situación. —Parecía disfrutar del desasosiego de su esposa.

Ida no había titubeado sino por un instante: claramente su compañero le prestó apoyo moral. A Maisie le pareció que extrañamente el rostro de éste era el de un valiente y no guardaba semejanza ninguna con el señor Perriam. Tal rostro, delgado y de rasgos un tanto afilados, era muy terso, y no fue hasta que se hubieron aproximado más cuando ella percibió que tenía un pequeño bigote asombrosamente rubio. Asimismo percibió que sus ojos eran de un azul muy claro. Era mucho, pero que muchísimo más guapo que el señor Perriam. Mamá tenía un aspecto terrible desde la distancia, pero aun bajo el fuego de las armas relampagueó la curiosidad de la niña y de nuevo apeló a Sir Claude:

—¿Es... *es* Lord Eric?

Sir Claude continuó fumando con bastante sangre fría:

—Me parece que es el Conde.

Como solución era perfecta: el caballero respondía a la idea que ella tenía de un conde. Pero ¿a qué idea, mientras se acercaba revestida de un aire tan grandioso, respondía mamá?... a no ser que fuese a la de una actriz, en una escena tremebunda, deslizándose hacia las candilejas como si quisiese saltar del escenario. Verdaderamente Maisie se sintió tan aterrorizada que antes de poder darse cuenta ya había aferrado su mano al brazo de Sir Claude. Su presión lo hizo detenerse, y ante la visión de este detalle la otra pareja se detuvo igualmente y, al lado opuesto del acortado intervalo de terreno, permanecieron intercambiando algunas palabras unos instantes más. Empero, esto fue cosa de un momento y su resultado fue que el Conde semejara proseguir avanzando más esquinadamente —un acercamiento por el flanco, si Maisie hubiese dominado la terminología estratégica— mientras que milady volvió a ponerse en marcha en línea recta.

—¿Qué irá a hacer *ahora?* —preguntó su hija.

A estas alturas Sir Claude ya estaba en condiciones de decir:

—Va a pretender que es cosa mía.

—¿Cosa tuya?

—Canastos, que yo he tramado esto con algún propósito.

En pocos instantes la pobre Ida justificó esta predicción, irguiéndose allí ante ellos como una efigie de la justicia cargada con todos sus atributos. Hubo ciertas zonas de su semblante que palidecieron aún más mientras Maisie observaba, y otras zonas en que esta transformación pareció hacer que otros colores distintos refulgieran con exacerbada intensidad.

—¿Qué haces aquí con mi hija? —le exigió a su marido; a despecho de este tono de indignación Maisie experimentó con mayor vividez que nunca la sensación de no ser tenida en cuenta personalmente. Le pareció que Sir Claude palideció también como consecuencia de la estruendosa insolencia con que Ida reiteró dos veces la pregunta. En vez de contestarle, él le hizo una pregunta de su propia cosecha:

—¿Con quién diablos te has liado *ahora?*

Ante esto milady volvió su terrible rostro hacia la niña, fulminándola con la mirada como si fuera cómplice en un alevoso complot. Maisie recibió petrificada toda la energía de los enormes ojos pintados de su madre: parecían farolillos chinos que oscilasen colgados de festivos arcos. Pero la movilidad le fue devuelta merced a una entonación repentina y extrañamente dulcificada:

—Ve a sentarte con aquel caballero, cielo: le he pedido que se haga cargo de ti durante unos minutos. Es encantador, ve con él. Yo tengo algo que decirle *a esta* criatura.

Maisie sintió que sin pérdida de tiempo Sir Claude la aferraba:

—Ah no, muchas gracias —dijo él—, pero eso no vale. Ella es mía.

—¿Tuya? —A Maisie le resultó sorprendente oír hablar a su madre casi como si nunca antes hubiera conocido a Sir Claude.

—Mía. Tú la cediste. Ahora no tienes ni voz ni voto en este respecto. Me ha sido confiada por su padre —dijo Sir Claude; declaración ésta que dejó atónita a su compañerita, quien asimismo pudo apreciar su intenso efecto sobre su madre.

Perceptiblemente había, empero, un elemento que hizo que Ida se tomara las cosas con calma: ésta le echó un rápido vistazo al caballero a quien había dejado a un lado, quien, tras haber estado dando unos pocos pasos hasta situarse a cierta distancia con las

manos en los bolsillos, ahora estaba allí parado con un aire de desenvuelta indiferencia. Volvió hacia él un rostro que fue como un iluminado jardín, con torniquete de entrada y todo, para cuya frecuentación él poseyera un pase de favor; luego volvió a mirar a Sir Claude:

—Se la cedí a su padre para que se la *quedara*, no para que se deshiciera de ella mandándola a vagabundear por la ciudad contigo o con cualquier otra persona. Si ella tiene que olvidarse de mí, que venga *éla* decírmelo. Me niego a aceptar informes procedentes de terceras personas, y me hace gracia tu pretensión de que tu cacareado «cariño» te da derecho a intervenir. Ya me sé tu estratagema y ahora tengo algo que decirte al respecto.

Sir Claude le dio a la niña un pequeño meneo en el brazo:

—¿No te dije que ella iba a decirme algo por el estilo, señorita Farange?

—Tienes un miedo descomunal de que yo te lo diga —prosiguió Ida—; pero si crees que ella va a poder servirte de escudo te equivocas de medio a medio. —Lo dejó asimilar aquello un momento—. Le concedo de muy buena gana el privilegio de que se quede viéndonos. ¿Te gustaría que ella supiera, querido? —Maisie tuvo la sensación de que su madre planteaba esta posibilidad tan sólo para lograr sus propósitos; y sin embargo nuestra pequeña también cobró conciencia de estar deseando que Sir Claude se decantara por esa solución. Ya hemos visto que a ella había llegado a gustarle que a la gente le gustara que ella «supiera». Pese a todo, antes de que él pronunciara su contestación, su madre extendió un par de brazos de una elegancia extraordinaria, y entonces ella se sintió librarse del asimiento de su padrastro—. ¡Hija querida! —musitó Ida con una voz (una voz de una inopinada y desconcertante ternura) que a ella le parecía oír por vez primera. Ella no vaciló sino un instante, conmovida por aquella primera llamada personal que, bien distinta de un mero instinto maternal, le dirigían unos labios que, aun en los locuaces viejos tiempos, siempre se habían mostrado bruscos. Al siguiente instante ya se había arrojado a los brazos de su madre, donde, entre un bosque de pedrería, se sintió como si hubiera sido repentinamente lanzada, con un estruendo de vidrios rotos, contra el escaparate de un joyero, mas sólo para sentirse igual de repentinamente rechazada con energía y con un vigoroso mandato—: ¡Ahora vete con el Capitán!

Sumisamente Maisie miró en dirección al caballero, mas sintió la necesidad de contar con un poco más de información:

—¿El Capitán?

Sir Claude rompió a reír:

—Yo le había dicho que era el Conde.

Ida se quedó mirando fijamente; se erguía tan altiva que resultaba colosal.

—Eres absolutamente aborrecible —declaró entonces—. ¡Largo de aquí! —le repitió a su hija.

Maisie se movió, comenzó a retroceder y, mirando ofuscada a Sir Claude, le hizo una seña que significaba: «Será sólo un momentito.»

Pero él estaba demasiado furioso para prestarle atención... demasiado furioso con su mujer; la niña oyó, mientras se largaba de allí, el estallido de la rabia masculina:

—¡Maldita vieja p...! —Maisie no lo oyó todo. Ya aquello era bastante, era demasiado; ante ello echó a correr, precipitándose aunque fuera hacia un extraño, espoleada por la conmoción de tamaño cambio de tono.

16

Cuando sus ojos se encontraron con los ojos azul claro del Capitán, acaeció algo portentoso: sintió un inmediato alivio al ver que exhibían preocupación ante el terror pintado en su propia cara.

—¿Qué diantres ha hecho ese hombre? —El le imputó toda la responsabilidad a Sir Claude.

—La ha llamado maldita vieja pelmaza. —Ella no pudo evitar que se le escapara eso.

El Capitán, desde la misma altura que milady, se quedó boquiabierto; luego, como era de esperar, al igual que todo el mundo, se tronchó de risa. Pero de inmediato retomó el hilo de la conversación, haciéndose eco de las feas palabras reproducidas por ella:

—¿Una maldita vieja pelmaza... tu madre?

Maisie ya había cobrado conciencia de su propia segunda reacción:

—Me da la impresión de que deseaba enfurecerlo.

Fue absoluto el estupor del Capitán:

—¿Enfurecerlo *ella?* ¡Caramba, pero si ella es un ángel!

En el acto, mientras él decía esto, su rostro la conquistó: era un rostro extremadamente luminoso *y* afable, *y* sus ojos azules reflejaban intensamente una misteriosa gracia que, al menos para él, había logrado irradiar su madre. Su capacidad de observación la habilitó para clasificarlo mientras lo miraba escrutadoramente: era un militar candoroso y sencillo... muy serio —ella volvió a tener esto presente— pero sin nada de terrible. En cualquier caso él había tocado una fibra nueva en ella que tras un instante la hizo decir:

—¿A usted le gusta mucho ella?

Dubitativo, cada vez más agradable, él le sonrió:

—Voy a hablarte de tu madre.

Le ofreció una enorme mano militar que ella asió de inmediato, y juntos se dirigieron hacia donde había sido colocado un par de sillas a la sombra de uno de los árboles.

—Ella me ordenó que viniera a reunirme con usted —explicó Maisie mientras andaban y enseguida se halló sentada a su lado, teniendo ante ellos el más hermoso de los cuadros —el brillo del gran estanque al otro lado de los árboles— así como en el aire el canto de los pájaros, el chapoteo de las barcas, el jolgorio de los juegos infantiles. Inclinando su militar silueta, el Capitán se sentó de costado hacia ella para mostrarse aún más cercano y cordial, y como ella tenía la mano puesta sobre el brazo de su propia silla él se la asió otra vez a fin de imprimirle mayor realce a algo que él tenía que decirle y que a ella le haría bien escuchar. Ya le había explicado que tan pronto como su madre la había divisado tan inesperadamente en la compañía de una persona que era... vaya, no precisamente la más idónea, instantáneamente le había pedido a él que se hiciera cargo de ella mientras ella misma le ajustaba las cuentas, como ella dijo, al auténtico malhechor. A la niña le dio la impresión de que en este momento el Capitán podría hacer con ella lo que se le antojara: diez minutos antes no lo conocía de nada, mas ahora podía sentarse a su vera *y* tocarlo, tocada e impresionada por él *y* considerando agradable que un caballero fuera delgado y moreno... moreno hasta un sorprendente extremo que hacía que su bigote color pajizo semejara casi blanco y sus ojos sugirieran florecitas pálidas. Lo más extraordinario fue que a ella en aquel momento pareciera darle igual que fuesen a

ajustarle las cuentas a Sir Claude. El Capitán no se le parecía en nada, pues extrañamente parte del atractivo de este amigo de mamá residía hasta cierto grado en poseer un rostro tan informalmente conformado que lo único que con benevolencia podía decirse acerca de éste era que resultaba muy gracioso. Otra parte aún más singular de su atractivo fue que finalmente hizo que nuestra pequeña, para clasificarlo más cabalmente, se dijera para sus adentros que, chocantemente, el Capitán le recordaba a la señora Wix de un modo harto insidioso. Él no llevaba enderezadores ni una diadema ni, al menos en el mismo lugar que la otra, un botón: estaba bronceado, poseía una voz profunda *y* olía a cigarros, *y* sin embargo portentosamente tenía más en común con su vieja institutriz que con su joven padrastro. Lo que él tenía que decirle y que a ella le haría bien escuchar era que su pobre madre (¿no se daba ella cuenta?) era la mejor amiga que él había tenido en su vida. Y agregó:

—Me ha hablado tantísimo de ti. Me siento endiabladamente contento de haber llegado a conocerte.

A ella nunca anteriormente, según consideró, se le había dirigido nadie como si ya fuera una muchacha, ni tan siquiera Sir Claude en el día, ya tan lejano, en que se lo encontró charlando con la señora de Beale. Se le ocurrió que así era como en las fiestas las muchachas debían de ser tratadas por sus deliciosos compañeros de baile durante los intervalos; e intentó decir algo que le permitiera estar a la altura de las circunstancias. Pero tal esfuerzo le provocó un gran nerviosismo, y todo cuanto acertó a decir fue:

—Al principio, ¿sabe?, creí que era usted Lord Eric.

El Capitán pareció desconcertado:

—¿Lord Eric?

—En cambio, Sir Claude creyó que era usted el Conde. Ante esto él soltó una carcajada:

—¡Caramba, pero si el Conde sólo mide metro *y* medio *y* está tan coloradote como una langosta! —Maisie rió, con cierto donaire, a modo de respuesta (seguro que así hacían las muchachas en los bailes) y a punto estuvo, con idéntica deliberación, de redundar sobre el tema con una ingeniosa pregunta. Pero antes de que lograra decir nada, su compañero le requirió—: ¿Quién diantres es Lord Eric?

—¿No lo conoce usted? —Ella juzgó que una muchacha diría esto con un ligero acento de sorpresa.

—¿Te refieres a un hombre gordo que va con la boca siempre abierta? —Ella hubo de confesar conocer tan escasamente al portador de aquel nombre que sólo estaba en condiciones de describirlo como uno de los amigos de mamá; mas súbitamente se le hizo la luz al Capitán, quien rápidamente declaró conocer al individuo de marras—: ¿El hermano de no-sé-quién que había sido propietario de Bobolink?[*] —Después, con toda amabilidad, la contradijo de plano—: Oh cielos, no: tu madre no conoce de nada a *ése.*

—Pues la señora Wix dijo que sí —aventuró la niña.

—¿La señora Wix?

—Mi anterior institutriz.

De nuevo aquello le pareció divertido al Capitán:

—Debe de haberlo confundido tu anterior institutriz. Ese sujeto es un cretino de tomo y lomo. Tu madre jamás se ha dignado mirarlo.

Se mostró tan seguro como afable, pero tras esto se sumió en un prolongado silencio

[*] Un hipódromo del siglo XIX. (N. del T.)

que le proporcionó a Maisie, confusa pero inventiva, una oportunidad de reparar, mediante una humilde invitación a que él siguiera corrigiéndola, el error cometido por fingir saber demasiado:

—Y ¿ella tampoco conoce al Conde?

—¡Oh sí, a ése sí! Pero es otro asno. —Tras lo cual, abruptamente, con un semblante distinto, volvió a colocar sobre la mano de ella la suya propia que momentáneamente había retirado. A Maisie le pareció incluso que él se había sonrojado un poco—. Deseo ardientemente hablarte sobre el particular. Jamás debes creerte nada malo que se diga sobre tu madre.

—¡Oh, le aseguro que *no* lo hago! —exclamó la niña, ruborizándose ella misma hasta las pestañas en una súbita oleada de repulsa hacia semejante proceder.

Inclinando la cabeza, el Capitán elevó la mano infantil hasta sus propios labios con tanta benevolencia que la hizo desear haberse puesto un par de guantes más bonitos:

—Desde luego que no lo haces, sabiendo todo el cariño que ella te tiene *a ti*.

—¿Me tiene cariño? —dijo Maisie con voz trémula.

—Un cariño inmenso. Pero le da la impresión de que tú no la quieres. *Debes* quererla. Ha pasado por tantas cosas.

—¡Oh sí, lo sé! —Se congratuló de no haberlo negado nunca.

—Naturalmente yo no tengo derecho a hablar de ella sino en calidad de amigo fiel —siguió el Capitán—. Pero es una espléndida mujer. Nunca se le ha hecho justicia.

—¿De veras? —Al oír esas palabras, su compañerita había experimentado una sensación enteramente novedosa.

—Acaso no debería decírtelo, pero tu madre ha debido sufrirlo todo.

—¡Sí, sí, *dígamelo!* ¡Puede hacerlo sin miedo! —se apresuró a manifestar Maisie.

El Capitán se alegró:

—Bueno, pero no debes contárselo a nadie. Esto es algo que sólo te voy a decir *a ti*, ¿te das cuenta?

A un tiempo seria y sonriente, lo único que ella deseaba era seguir escuchándolo:

—¡Será algo que quedará entre nosotros dos! ¡Oh, hay la mar de cosas que nunca le he revelado a nadie!

—Bien, pues guarda ésta junto con las demás. Te aseguro que ha sufrido todos los tormentos del infierno, no importa lo que diga nadie en sentido contrario. Es la mujer más inteligente que he visto en mi vida. Es verdaderamente encantadora. —Ante semejante tono ella ya se había sentido conmovida, *y* ahora se retrepó en la silla *y* sintió que algo temblaba en sus entrañas—. Es sumamente divertida: sabe hacer todo tipo de cosas mejor que nadie. Tiene el empuje de cincuenta personas juntas... ¡y hablo con conocimiento de causa, vaya que sí! Tiene el coraje necesario para salir a la caza del tigre: ¡por Júpiter que algún día voy a *llevarla!* Y es extremadamente abierta y generosa, ¿sabes?, en un mundo en el que abundan las mujeres horriblemente abyectas. Ella es capaz de hacer lo que sea por sus amigos. —Durante un momento semejó escrutar el efecto de aquel entusiasmo sobre su compañerita; después exhaló un leve suspiro que deploró las limitaciones de lo que era dable expresar con palabras. Mas fue casi con el tono de un nuevo ímpetu como resumió—: ¡Escucha: es una mujer *fiel!*

Maisie se sintió tan poco propensa a aseverar lo contrario que se notó, en la intensidad de su anuencia, estremecerse por un gozo aún más imposible de describir con palabras que la esencia de la admiración que sentía el Capitán. Había enmudecido

completamente ante la conciencia de que él hablaba de su madre como nunca anteriormente oyera hablar de ella. Mientras seguía silenciosamente sentada descubrió que, pensándolo bien, tanta admiración y tanto respeto significaban una completa novedad, la cual adquiría relieve debido a que jamás una sola palabra siquiera remotamente similar había salido de labios de su padre, ni de la señora de Beale, ni de Sir Claude, ni tan siquiera de la señora Wix. A lo que al sentir de ella todo iba a parar era a que se trataba de la primera vez que escuchaba a alguien expresarse con verdadero cariño acerca de milady, de forma que ante aquel hecho desbordó dentro de ella algo extraño, profundo, conmovedor: la percatación de que, a efectos prácticos y hasta donde ella sabía, su madre, exceptuando el caso presente, jamás había sido amada. El primigenio relato hecho por la señora Wix referente al afecto de Sir Claude parecía ahora tan vano como el estribillo de un juego infantil, y en aquel momento marido y mujer, sólo a unos pocos pasos de ella misma, se estaban enfrentando plenos de odio y en el ambiente resonaban todavía las horribles palabras con que él la había calificado. ¡De qué modo, por contraste, la había descrito el Capitán! Maisie anheló volver a escucharlo. Las lágrimas le inundaron los ojos y le resbalaron por las mejillas, las cuales ardieron al paso de aquéllas mientras la invadía el recuerdo de que también para ella, sólo cinco minutos atrás, esa vívida beldad contundente cuya acometida había estado aguardando había sido, durante un rato largo, un elemento de franco terror. En el acto se volvió indiferente a su habitual miedo de dejar ver aquello que en los niños notoriamente suscita más reproches: le mostró a su compañero, en silencio pero a tumba abierta, su rostro contraído y bañado en lágrimas. Con una punzada, lloró sinceramente *ante* él, lloró como nunca en la vida había llorado ante nadie.

—Usted sí la ama, ¿verdad? —espetó con un trago de saliva que fue consecuencia de su esfuerzo por conducirse quedamente.

Sin duda fue otra consecuencia de la espesa niebla a través de la cual ella lo contemplaba el que como contestación a su pregunta el Capitán le dirigiera tamaña inusitada mirada borrosa. Él balbució, y sin embargo en su voz hubo asimismo el eco de un gran énfasis desmañado:

—Desde luego que siento por ella un inmenso afecto: me gusta más que ninguna otra mujer que yo haya visto. No tengo ningún escrúpulo en decírtelo —siguió— y me consideraría un ser indigno si lo tuviese. —Luego, en su propósito de mostrar que su posición era superlativamente cristalina, la hizo estremecerse, con una gentileza que ni siquiera Sir Claude había sobrepasado jamás, tal como ya la había hecho estremecerse con su primera catarata de confesiones. La llamó por su nombre, obteniendo así el efecto deseado—: ¡Mi querida Maisie, tu madre es un ángel!

Fue un bálsamo casi increíble: aplacó toda sensación de peligro y dolor. Ella se recostó en la silla, se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh madre, madre, madre! —sollozó. Tenía la impresión de que el Capitán, a su vera, aunque cada vez más cordial, en modo alguno dejaba de sentirse turbado; al cabo de un minuto, empero, cuando sus ojos estuvieron más despejados, lo vio erguido ante ella, muy azorado y mirando nerviosamente en su derredor dándose golpecitos en la pierna con el bastón. —Diga que la ama, señor Capitán; ¡dígalo, dígalo! —imploró.

Los ojos azules del señor Capitán se clavaron con gran intensidad:

—*¡Naturalmente* que la amo, maldita sea, de sobra lo sabes!

Ante esto, asimismo ella se puso de pie: por fin había conseguido extraer su pañuelo

de bolsillo.

—¡Entonces *yo* la amo también, la amo, la amo, la amo! —declaró apasionadamente.

—¿Así que volverás con ella?

Mirando pasmada, Maisie detuvo en el aire el embuñegado pañuelo a mitad de camino hacia los ojos.

—Ella no querrá —dijo.

—Sí querrá. Ella desea tenerte.

—¿De vuelta en casa... con Sir Claude?

Nuevamente él hizo una tregua; luego dijo:

—No, con él no. En otra casa.

Quedaron mirándose mutuamente con una intensidad nada natural entre un capitán y una niña.

—Ella no querrá tenerme a su lado en ninguna casa.

—¡Claro que querrá si *yo* se lo pido!

La intensidad de Maisie persistió:

—¿Estará usted allá?

En términos generales, lo mismo hizo la intensidad del Capitán:

—Oh, sí... algún día.

—¿Eso quiere decir que ahora no?

El Capitán esbozó una rápida sonrisa:

—¿Querrías venirte ahora, pasar un rato con nosotros?

Maisie reflexionó, y repuso:

—Ella no querrá que yo pase siquiera un rato con ella.

Ella se dio cuenta de que aun cuando él era de otra opinión, se había quedado impresionado ante aquel tono. Eso la desilusionó un poco, aunque al cabo de un instante él afirmó de nuevo alegremente:

—Sí querrá si yo se lo pido —reiteró—. Inmediatamente se lo pediré.

Volviéndose ante esto, Maisie dirigió la mirada hacia donde se habían quedado su madre y su padrastro. Al principio, entre los árboles, no se veía a nadie; pero al momento siguiente exclamó expresivamente:

—¡Ya han terminado: aquí viene él!

El Capitán contempló la aproximación del marido de milady, que lentamente caminaba sobre el césped con aplomo, haciéndole a Maisie una seña con la mano.

—No tengo ninguna intención de escurrirme.

—Pero no debe usted encontrarse con él —dijo Maisie.

—¡Oh, él mismo no tiene ninguna prisa! —Sir Claude se había detenido para encender otro cigarrillo.

Ella no tenía una idea muy clara sobre cómo debía comportarse él; mas tuvo la sensación de que el comentario del Capitán había sido más bien una abierta censura sobre este punto.

—¡Oh, a él no le importa! —repuso ella.

—¿Qué es lo que no le importa?

—No le importa quién sea usted. Él mismo me lo dijo. Pídaselo a mamá —añadió.

—¿Que te vengas con nosotros? No faltaba más. ¿De veras prefieres que no me quede aquí a aguardarlo?

—*Por favor*, no lo haga. —Pero Sir Claude seguía sin acercarse, y con la mano

izquierda el Capitán había cogido la mano derecha de Maisie, que familiar y cordialmente estrechó con suavidad—. Pero antes —continuó ella— dígame una cosa. ¿Va usted a *vivir* con mamá?

Ante su seriedad brotó la sempiterna nota de jolgorio:

—Un día de éstos.

Ella caviló, de todo punto impertérrita ante la risa masculina:

—¿Dónde vivirá entonces Sir Claude?

—La habrá abandonado, evidentemente.

—¿Sir Claude se propone abandonarla?

—Puedes preguntárselo a él mismo en cuanto gustes.

Con la cabeza Maisie hizo un enfático ademán negativo:

—No lo hará. Nunca será el primero en marcharse de la casa.

Aquel «primero» hizo que el Capitán soltara otra carcajada:

—¡Oh, por supuesto que hará todo lo posible por conducirse desagradablemente! Pero ya te he dicho demasiado.

—Bueno, ya sabes que jamás se lo contaré a nadie —dijo Maisie.

—Sí, guárdatelo todo para ti. Adiós.

—Adiós. —Maisie le retuvo la mano el tiempo suficiente para añadir—: También te quiero a ti. —Y, por último, supremamente—: ¿La amas *de verdad*

—¡Mi querida niña...! —Al Capitán le faltaron las palabras.

—Entonces no la ames sólo durante una temporada.

—¿Durante una temporada?

—Como todos los otros.

—¿Todos los otros? —Se quedó mirando estupefacto.

Ella se desasió de su mano diciendo:

—¡Ámala siempre! —Se fue brincando al encuentro de Sir Claude, y mientras se alejaba del Capitán oyó que éste le gritaba con aparente júbilo:

—¡Oh, eso era lo que me proponía hacer!

Cuando regresó junto a Sir Claude vio a su madre avanzar lentamente a lo lejos, y al volver la mirada nuevamente hacia el Capitán, lo vio, balanceando el bastón, encaminarse en dirección a aquélla.

Nunca le había visto a Sir Claude un rostro como el de este preciso instante: enrojecido pero no excitado, más bien enquistado en un irrevocable disgusto y al mismo tiempo muy fastidiado y muy inconmovible. Claramente había sido sangrienta la conversación con su madre, y la niña volvió a sentir el antiguo horror, engendrando el mismo retraimiento interior de los tiempos en que sus padres veían en ella el alimento con que nutrir su mutuo odio. Por el momento su mayor miedo, empero, fue que su amigo descubriese que ella había estado llorando. Al siguiente instante se percató de que la había mirado, y enseguida se le antojó que él no sentía siquiera deseos de ser contemplado. Ante esto ella desvió la mirada rápidamente, mientras él decía con cierta sequedad:

—Y bien, ¿quién diantres es ese fulano?

Ella se sintió anegada de prudencia:

—¡Oh, *yo* no he conseguido enterarme! —Esto sonó como si quisiera decir que habría debido ser él mismo quien lo hiciera; mas ella había de sobrellevar obstinadamente la incomodidad de mostrarse desagradable, tal como la sobrellevaba en los momentos en

que su padre, debido a sus silencios, la llamaba borrica empedernida, y su madre, debido a su falsedad, la echaba de la habitación con cajas destempladas.

—Entonces ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

—¡Ah, no sé! —La esencia de su método consistía en no limitarse a fingir una estupidez parcial.

—Y ¿no habló nada ese cretino? —Habían llegado a orillas del estanque y caminaban aprisa.

—Pues no mucho.

—¿No te dijo nada sobre tu madre?

—¡Oh sí, algo!

—Pues lo que te pregunto, si no te importa, es *qué* fue ello. —Ella guardó silencio... tan prolongadamente que a renglón seguido él insistió—: Caramba... ¿es que no me oyes?

Ante esto ella respondió:

—Vaya, me temo que no le presté demasiada atención.

Fumando con cierta intensidad, Sir Claude no hizo ningún comentario inmediato; mas por último exclamó:

—¡Pues bien, querida... para no sacar partido de una ocasión como ésta... hace falta ser una perfecta idiota! —Estaba tan irritado —o a ella le pareció que lo estaba— que durante el resto del tiempo que anduvieron por los jardines él no volvió a decir palabra; y mientras tanto ella se abstuvo sabiamente de realizar el menor intento por apaciguarlo. Eso no habría conseguido más que provocar nuevas preguntas. A la salida de los jardines él detuvo un carruaje de cuatro ruedas y, en silencio, sin mirarla a los ojos, la montó en él, limitándose a decir: «Dale *esto»* mientras sobre el asiento depositaba media corona. Ni siquiera después de haber cerrado desde fuera la portezuela e indicado al cochero adónde debía dirigirse, le devolvió a ella la mirada de despedida. Entre ellos dos nunca anteriormente había acaecido nada por el estilo, y sin embargo no disminuyó el amor que ella sentía por él; de modo que ella no sólo podía soportar la situación sino incluso, según sintió mientras se alejaba, alegrarse de ella. Retornó el mismo sentimiento de victoria que, hacía ya eternidades, había experimentado durante una crisis cuando, al volver de una temporada en casa de su padre, había acogido una feroz pregunta de su madre con idénticamente profunda imbecilidad y como consecuencia de ello casi había sido arrojada por las escaleras por la señora Farange.

17

Aunque por aquellas personales razones ella podía soportar el enojo de Sir Claude, su infantil resistencia habría podido verse sometida a dura prueba. Los días transcurrieron sin que él volviera a pasarse por casa de su padre, y ese lapso la habría llevado a la desesperación de no ocurrir algo tan notable que le otorgó un significado nuevo a ese alejamiento. Lo que aconteció fue una marcada modificación en la actitud de la señora de Beale: una modificación que extrañamente, a pesar de la ausencia de Sir Claude, pareció acercar a éste a la casa. A efectos prácticos se inició con una conversación que tuvo lugar entre ellas dos el día en que Maisie se presentó sola en aquel carruaje. A esa hora había regresado ya la señora de Beale, y tuvo más éxito que su amigo en cuanto a extraer de nuestra pequeña un relato del extraordinario episodio con el Capitán. Volvió sobre él

repetidamente, y al mismísimo día siguiente a la niña se le apareció claro que su madrastra ya sabía pormenorizadamente lo que durante aquellos mismos momentos había sucedido entre milady y Sir Claude. Éste fue el auténtico origen de su definitiva percatación de que aunque Sir Claude no se pasara por la casa su madrastra disponía de algún secreto medio para mantenerse en comunicación con él. Esto condujo a algunos inusitados episodios con la señora de Beale, el primero de los cuales consistió —no por parte de Maisie— en una fenomenal crisis de llanto. La señora de Beale no era, como decía ella misma, una llorona: no había llorado, que Maisie supiera, desde sus humildes días de institutriz, en la aurora gris de su mutua amistad. Mas ahora lloró con pasión, declarando en voz bien alta que aquello le hacía bien y confesándole cosas extraordinarias a su hijastra, para quien la ocasión resultó parejamente beneficiosa, una contribución a toda la excelente sabiduría preventiva ya almacenada y resguardada. En cierto modo no había ido en contra de dicha sabiduría, sintió Maisie, el hecho de que ella le contara a la señora de Beale lo que no le había contado a Sir Claude, toda vez que la mayor desazón, a su ver, tenía lugar entre Sir Claude y la esposa de Sir Claude, y esposa de Sir Claude era justamente lo que por desgracia no era la señora de Beale. Tres días después del incidente en los Jardines de Kensington él le envió a su hijastra un mensaje tan sincero como cariñoso, y debido a éste fue por lo que la señora de Beale hubo de espetar de un modo que pareció medio suplicante, medio desafiante:

—¡Bien, sí, maldita sea: *he* estado viéndolo!

Cómo y cuándo y dónde, empero, era justamente lo que Maisie no iba a saber: una exclusión que, por otra parte, ella nunca puso en entredicho, y ello gracias a una comunión lo suficientemente intensa como para hacer que él, mientras ella participaba del gran vacío de la bastante cetrina soledad de la señora de Beale, brillara ante sus añorantes ojos como el único, el soberano ventanal de una exageradamente espaciosa habitación en penumbra. Tales ratos no sufrían interrupciones por parte de su padre; y durante éstos era cuando entre ellas resultaba claro que cada una estaba pensando en el ausente y pensando en que la otra estaba pensando en lo mismo, de modo que él era objeto de consciente referencia en todo cuanto decían o hacían. La dura verdad, como tuvo que reconocer la señora de Beale, era que ella había esperado contra toda esperanza y que en realidad no era factible que Sir Claude se presentara por Regent's Park como Pedro por su casa. ¿Acaso no había llegado la hora de aceptar los hechos?: era desoladoramente obvio que a fin de cuentas no se había llegado a un pacto con nadie. Y bien, si nadie estaba regulado por pactos era porque todos se habían portado con vileza. «Nadie» *y* «todos» eran naturalmente Beale *y* Ida, la medida de cuya capacidad para conducirse desagradablemente era algo que, ante una niña, la señora de Beale no se sentía capaz de describir con pelos y señales. Por consiguiente ésa era la razón por la cual para meramente poder subsistir, como decía ella, esta dama había tenido que establecer, asimismo en sus propias palabras, otro convenio distinto: un convenio en el cual Maisie participaba sólo en tanto que estaba al corriente de su actual vigencia y acerca del cual cavilaba tratando de imaginarse en qué consistiría. Consistiera en lo que consistiese, notoriamente poseía alguna característica que era la responsable de las súbitas emociones y las súbitas confidencias de la señora de Beale: arrebatos éstos, empero, cuya llorosidad no fue óbice para que nuestra heroína reflexionara cuán dichosa sería ella misma sólo con estar en condiciones de establecer su propio convenio. El de la señora de Beale funcionaba, por lo visto, con eficacia y frecuencia; pues casi cada uno o dos días

conseguía traerle a Maisie un mensaje y transmitir la respuesta. Ante la visión de lo que, como decía ella, él hacía por la niña había sido como había cedido al llanto; y en cierto modo dicha visión se le mantuvo presente a Maisie gracias a un subsecuente incremento no sólo de la alegría, sino literalmente también —no pareció aventurado entenderlo así— de las actuales aspiraciones de su amiga. Dicha amiga era la primera en proclamarlo: él la había transformado extraordinariamente, casi la había transformado por completo. Hablaba de él con maravillosas palabras atormentadas: él era su hada buena, su oculto manantial; por encima de todo, él era ni más ni menos que su conciencia «superior». Eso era lo que especialmente había salido a la luz entre sus inusitadas lágrimas: él, ese cielo de hombre, la había hecho tener muchísimo mejor opinión de sí misma. De este modo había quedado un tanto sorprendentemente en evidencia que antaño ella se había sentido inclinada a tener mala opinión de sí misma, y Maisie se alegró al oír hablar del correctivo simultáneamente que de la desviación.

Poco tiempo después se halló suponiendo —y a despecho de su envidia inclusive deseando que así fuera— que siempre que la señora de Beale salía de casa, Sir Claude era por así decirlo el beneficiario de sus salidas. Era algo que ahora sucedía más a menudo que nunca anteriormente... tan a menudo que ella habría podido juzgar que su madrastra permanecía fuera de casa de una manera casi excesiva de no ser porque, en primer lugar, su padre la superaba con creces en aquella costumbre: era un comentario frecuente de su actual esposa —al igual que había sido, ante los tribunales de la nación, un destacado alegato de quien la había precedido— que él apenas se pasaba por casa siquiera para dormir. En segundo lugar, la señora de Beale, cuando *estaba* en su puesto, ofrecía ahora un esplendoroso aspecto de anhelar compensar generosamente sus ausencias. La única sombra que interfería en aquellos deslumbrantes intervalos era que, como lo expresó Maisie para sus adentros, era imposible enterarse de nada haciendo preguntas directas. Era parte de la esencia de las cosas no ser de la incumbencia de una niña, ni siquiera cuando desde el principio la niña se había visto anegada por el temor de que lo único que podía sucederle era encontrarse demasiado metida en las mismas. Las cosas, pues, desde la perspectiva de Maisie, se mantenían tan fieles a su esencia que las preguntas directas resultaban casi siempre impropias: pero por otra parte se había dado pronta cuenta de cómo finalmente, a veces, los pequeños silencios pacientes y las pequeñas miradas inteligentes podían ser premiados con pequeñas vislumbres esplendentes. Durante años en el hogar de Beale Farange el monosílabo «él» siempre había hecho referencia, una referencia casi violenta, al señor de la casa; pero ahora eso había cambiado en una época en que los méritos de Sir Claude estaban en el aire de una forma tan evidente que apenas hacían falta siquiera dos letras para nombrarlo. «Él me ha sostenido maravillosamente... y todavía sigue haciéndolo, preciosidad», le observaba la señora de Beale a su compañerita; o bien le contaba que la situación en la otra residencia había llegado a un extremo difícilmente creíble: el extremo, por monstruoso que sonara, de que durante doce días Sir Claude no había visto ni sombra de ella. Naturalmente en el hogar de Beale Farange «ella» nunca había hecho referencia sino a Ida, y la diferencia en este caso radicaba en que ahora hacía referencia a Ida con renovada intensidad. La señora de Beale —ello era notable— era cada vez más propensa a abominar de la maldad de «ella», cuya esencia parecía consistir en lo repugnante y sin embargo estupenda que era su carencia de relaciones con su marido. Este flujo de noticias les llegaba a nuestras dos amigas gracias a que, a decir verdad, la señora de Beale no tenía unas relaciones mucho mas pletóricas

con su propio marido; mas ésta era una de las reflexiones que podía hacerse Maisie sin dejar que rompiera el hechizo de su actual simpatía. ¿Cómo podía semejante hechizo ser otra cosa que profundo si la influencia de Sir Claude, operando desde la distancia, por lo menos había determinado finalmente la reanudación de los estudios de su hijastra? La señora de Beale volvió a inflamarse en lo referente a los mismos y vívidamente le recalcó a Maisie que eran el asunto más importante en relación al cual la sostenía el querido ausente.

Este fue el segundo origen —ya he aludido al primero— de la conciencia que la niña adquirió de que se había producido algo que, muy esperanzadamente, ella calificó para sus adentros como una nueva fase; y que asimismo presentó bajo la más espléndida luz el nuevo entusiasmo con que siempre reaparecía la señora de Beale y que en verdad le infundía a Maisie la más dichosa sensación que jamás había tenido de ser muy querida al menos por dos personas. Que en la actualidad ella no albergara muchos recuerdos de la existencia de una tercera persona denota, me temo, un transitorio olvido de la señora Wix: accidente éste que sólo puede resultar explicado por un estado de anormal excitación. Pues ¿cuál fue la forma que adoptó el entusiasmo de la señora de Beale, y que adquirió relieve en las condiciones domésticas que ésta aún seguía sufriendo, sino la deliciosa forma de «lecturas» en compañía de su pequeña educanda, y siguiendo directrices personalmente dictadas por Sir Claude, de obras profusamente facilitadas por éste último? Él había confeccionado una lista de estupenda calidad... «sobre todo de ensayos, ¿sabes?», como había dicho la señora de Beale. A Maisie «ensayos» siempre le había parecido un término augusto, pero a partir de ahora iba a resultar suavizado por difusas, en realidad por bastante lánguidas delimitaciones. En todo caso hubo una semana en que les llegaron nada menos que nueve volúmenes, y de la actitud de la señora de Beale pudo inducirse que la misteriosa relación que ésta mantenía con Sir Claude no sólo incluía informes críticos de aquellos estudios, sino que estaba centrada casi por completo en el afán de preparar y consultar. En definitiva, era en pro de la instrucción de Maisie, como a menudo repetía ella, por lo que ella mantenía cerradas las puertas... cerradas a aquellos caballeros que antaño se presentaban tan copiosamente y a quienes habría resultado una enorme indecencia recibir después de que prácticamente su marido la había abandonado. Desde antiguo Maisie estaba familiarizada cuando menos con la regla de la atención que debía prestarle a su «personalidad» una mujer atractiva y bien expuesta, como decía la señora de Beale, conque se sintió debidamente impresionada ante el rigor de los escrúpulos de su madrastra. Literalmente no había nadie del sexo opuesto a quien ésta pareciera sentirse en libertad de recibir en casa, y cuando la niña aventuraba alguna pregunta acerca de las mujeres que, una por una, durante su propia temporada previa, fueran tan atronadoramente bienvenidas, la señora de Beale se apresuraba a informarla de que, una por una, habían sido, las muy bribonas, desenmascaradas, a la postre, como infames. Si ella deseaba saber algo más sobre ellas, le recomendaba que interrogara a su padre.

Empero, para cuando le fue hecha tal recomendación Maisie era presa de curiosidades más punzantes, pues por fin se había hecho realidad el sueño de conferencias en una Institución, merced a la ahora ilimitada energía de Sir Claude a la hora de descubrir cómo hacer lo que debía hacerse. A este respecto resultó obvio que quien verdaderamente se propone algo en serio puede hacer una infinidad de cosas por muy poco más del precio de un billete de metro. La Institución —había una espléndida en un barrio de la ciudad sólo

exiguamente conocido por la niña— se convirtió, vista bajo la luz de dicha seriedad, en un lugar apasionante; y el paseo hasta ella desde la estación del metro atravesando Glower Street (pronunciación debido a la cual la señora de Beale se rió de su amiguita una vez*), en un recorrido literalmente sembrado de «materias». Maisie imaginaba que iba cosechándolas mientras caminaba, si bien se convertían en una inextricable maleza cuando estaba en las grandes aulas grises donde la fuente de la sabiduría, por lo general personificada por una grave voz que al principio le pareció de cólera, se derramaba sobre el silencio de filas de rostros adelantados cual vacíos cántaros. «Todas estas cosas *tienen* que hacernos bien: son tan difíciles de comprender», había declarado prontamente la señora de Beale, manifestando una pureza de resolución que convirtió aquellas ocasiones en las más armoniosas de todas las muchas que había compartido la pareja. Ciertamente Maisie nunca se había visto, a este respecto, tan estimulada, y sobre todo nunca se había visto tan llevada en volandas, como en los instantes en que la señora de Beale regresaba jadeante a casa y subía las escaleras en estado de franco histerismo para ver si aún estaban a tiempo de asistir a una conferen

(*) Porque el verdadero nombre de esta calle es Gower Street. (N. del T.)

cia. La hijastra, que siempre estaba lista desde hacía ya rato, casi saltaba desde la barandilla en respuesta, y se precipitaban juntas en pos del saber con el mismo ímpetu con que a menudo se precipitaban de vuelta a casa para permitir que la señora de Beale se entregara a otras distintas preocupaciones. En suma nunca había habido un frenesí comparable al de estos espasmódicos instantes, una vez que se iniciaron imparablemente, desde aquella agitada temporadita reciente en que la señora Wix, desenfrenada como si estuviese acicalándola para una boda, la había hecho «recuperar» todo lo perdido durante el turno pasado en casa de su padre.

También estas semanas fueron insuficientes para tantísimos objetivos, mas se vieron inundadas por una nueva emoción, parcialmente desencadenada por la posibilidad con que contaban de, a través del largo telescopio de Glower Street, o acaso entre los pilares de la Institución —impresionantes entes* que a ojos de Maisie eran lo que le daba mayor carácter institucional—, avistar a Sir Claude algún día. Eso era lo que la señora de Beale, atosigada por las preguntas, le había dicho (indudablemente con cierta impaciencia): «¡Oh sí, oh sí, algún día!» Que él las acompañase era claramente mucho menos probable de lo que habría podido deducirse de la originaria afirmación que él había hecho en el sentido de desear mejorar su propio intelecto en compañía de ellas; y esto agudizó la intuición de nuestra pequeña de que desde aquel entonces o bien había acaecido algo destructivo o bien no había acaecido algo apetecible. La señora de Beale había arrojado una luz sólo parcial cuando le había explicado que a f n de cuentas no se había llegado a un pacto con nadie. En todo caso Maisie deseó que *se llegara* a un pacto con alguien. No obstante, aunque cada vez que se acercaba al templo de la sabiduría buscaba vanamente con la mirada a Sir Claude, no había duda acerca de la influencia de su amada imagen como incentivo y recompensa. Cuando más pesadamente se alzaba la Institución sobre sus pilares —o, como decía la señora de Beale, sobre sus zancos—, cuando más profunda era la materia y más larga la conferencia y más feos los oyentes, era cuando ambas sentían que su mecenas en la sombra se habría sentido más orgulloso de ellas.

Un día, abruptamente, con la vista puesta en dicha sombra, la señora de Beale le dijo

* El University College London de Gower Street es famoso por los inmensos pilares de su pórtico. (N. del T.)

a su compañerita:

—Esta noche iremos a los cacharritos de Earl's Court.

Fue una noticia que exhibió todo su brillo cuando ella se hubo enterado de que se refería a la gran Exposición recién inaugurada en ese barrio: una feria de cosas extranjeras extraordinarias entre impresionantes jardines, con iluminación magnífica, bandas de música, elefantes, trenecitos y funciones, así como multitudes de personas entre las cuales posiblemente encontraran conocidos. Sin pérdida de tiempo Maisie saltó al cuello de su amiga al creer oír el nombre de Sir Claude, ante lo cual la señora de Beale confesó que... bueno, sí, existía la posibilidad de que se lo encontraran allí. Naturalmente él nunca sabía, en la terrible situación en que se hallaba, qué cosa podía sobrevenirle en el último minuto; pero esperaba poder estar libre para acudir y le había dado a la señora de Beale un chivatazo: «Llévala sin decirle nada a nadie, que yo intentaré pasarme por allí.» Estas palabras resultaron bastante esclarecedoras sobre el efecto de tantísimas semanas de privación sobre sus ganas de ver a la niña; incluso parecía que implicaran en él una ansiedad tan imperiosa como la de ella misma. A su vez esto resultó lo bastante intrigante para hacer que Maisie expresara cierta desorientación. Ella no acababa de comprender por qué, si los tres deseaban tan intensamente lo mismo, en la práctica había quedado hecho trizas aquel proyecto en aras del cual había vuelto a vivir con la señora de Beale: aquella reunión general, la constitución de aquel delicioso trío. Y la señora de Beale no hizo sino darle nuevos motivos de desconcierto al decirle que la decepción de ellos tres era consecuencia de que a él se le hubiera metido en la cabeza cierta clase de idea.

—¿Qué clase de idea?

—¡Oh, sabe Dios! —Habló con cierta aproximación a la aspereza—. Él muestra tan enorme delicadeza.

—¿Delicadeza? —Aquello era ambiguo.

—En lo relativo a lo que hace, ¿no entiendes? —dijo la señora de Beale. Hizo un gesto desmañado—: Bueno, en lo relativo a lo que *hacemos*. Maisie caviló:

—¿Tú y yo?

—¡Yo y *él*, boba! —exclamó la señora de Beale, esta vez con una auténtica risa tonta.

—Pero vosotros no le hacéis mal a nadie... *vosotros* no —dijo Maisie, nuevamente cavilosa e intentando con su énfasis hacer una decorosa alusión a sus progenitores.

—Naturalmente que nosotros no, ángel mío... ¡precisamente ésa es *mi* opinión! —respondió con exultación su compañera—. El dice que no quiere mezclarte en esto.

—Mezclarme ¿en qué?

—Es exactamente lo que *yo* deseo saber: en qué íbamos a mezclarte *y* cómo podrías estar más mezclada de lo que... —La señora de Beale se calló antes de concluir la frase. Tras un instante concluyó de diferente manera—: Lo único que se puede decir es que eso es lo que se le ha antojado.

El tono con que pronunció esto, pese a que expresaba una resignación fruto del cansancio, que despachaba definitivamente la cuestión, transmitió tan vívidamente hasta qué punto dicho antojo no era compartido por la señora de Beale, que nuestra pequeña llegó por pura intuición a una borrosa percepción de lo inexpresado e incognoscible. O sea que la relación entre sus dos padrastros tenía un fondo misterioso; fue la primera vez que reflexionó a fondo sobre el hecho de que salvo en lo tocante a ella misma no había entre aquellos dos ningún parentesco. Para aquellos dos dicha relación sería exclusivamente aquello en que deseara transformarla cada uno, y ella dedujo que ésta, a

la hora de la verdad, era la causa de que Sir Claude se mantuviera alejado de ella. ¿Temía él que ella quedara comprometida? La percatación de tales escrúpulos la hizo quererlo aún más, y se le ocurrió que ella podría simplificarlo todo mostrándole cuán poco le importaba tal riesgo. ¿Acaso no había vivido ella con ese riesgo frente a los ojos desde que tenía tres años? La posibilidad de quedar comprometido había sido el tema sobre el que más se había debatido en el hogar de los Farange, donde esa expresión siempre estaba en el ambiente y donde a los cinco años, entre estallidos de aplausos, ella la repetía como un loro. En definitiva ella era tan consciente de que una persona podía quedar comprometida como de que una persona podía ser golpeada con un cepillo o abandonada en una habitación oscura, e igualmente estaba familiarizada con el hecho de que comúnmente se afirmaba que semejantes penalizaciones resultaban muy poco efectivas. Pero lo primero era cerciorarse absolutamente de las aspiraciones de la señora de Beale. Eso hizo ella cuando le dijo solícitamente:

—Pues bien, si a ti no te importa..., porque en realidad no te importa, ¿verdad?

Con el alborear de un regocijo, la señora de Beale meditó:

—¿Mezclarte en esto? Ni pizca. ¿Qué más da, en el fondo?

—No tengo ni idea de qué más da, pero a mí no me importa en absoluto *ser* mezclada. Por consiguiente si a ti no te importa y a mí tampoco —concluyó Maisie—, ¿no te parece que lo mejor será que esta noche cuando yo lo vea le diga que a nosotras no nos importa y le pregunte por qué diantres ha de importarle *a él?*

18

Sin embargo, la niña no estaba destinada a disfrutar demasiado de Sir Claude en los «cacharritos», donde todo acabó de modo bien diferente del previsto. Como primera reacción la señora de Beale, con hilaridad, la había urgido a poner por obra su propósito; pero más tarde, ya en la Exposición, canceló la autorización concedida, declarando que, habiéndolo reflexionado mejor, cuando un hombre es tan sensible a determinadas cuestiones cualquier cosa levemente audaz habitualmente empeora la coyuntura. En lo referente a Sir Claude habría sido difícil que «empeorara la coyuntura», pensó Maisie mientras, por los jardines y entre el gentío, una vez pasado el primer instante de deslumbramiento, lo buscaba en vano a diestra y siniestra. Tuvo nuestra pareja todo el tiempo del mundo para un frugal merodeo anhelante; en casa habían hecho juntas una de esas ligeras colaciones imprecisas —el nombre que Maisie les adjudicaba era «cenas de mermelada»— a que se veían reducidas cuando el señor Farange buscaba sus placeres fuera de casa. En la actualidad era siempre fuera de casa donde el señor Farange perseguía tal ideal, y la convicción actual de su hija, infundida por su esposa, era que tres días atrás se había embarcado en Cowes en el yate de un amigo.

La Exposición estaba llena de carpas donde se daban funciones, en las que la señora de Beale pudo hacer participar a la niña únicamente, ay, revelándole una tan atractiva, tan seductora denominación: las funciones, en todos los casos, costaban seis peniques la entrada, y desde los inicios la amorosa lealtad de que disfrutaba la mayor de nuestra pareja había subsistido pese a su escasez de monedas de seis peniques. Tales monedas salían de su bolsillo con la misma ausencia de entusiasmo con que salen de los labios de los malos alumnos las respuestas a preguntas que no han sido estudiadas. Maisie

aminoraba el paso frente a los cartelones de colores, arrimando su brazo con mayor fuerza al bolsillo de su amiga, donde esperaba que sonara el audible tintineo de un chelín. Pero la consecuencia de esto era únicamente ahondar su añoranza: si por lo menos Sir Claude se presentara de una vez, los chelines empezarían a sonar. Las dos compañeras se quedaron paradas, por falta de dinero, ante las Flores de la Selva, un enorme retrato de brillantes mujeres morenas —eran morenas de pies a cabeza— en un entorno que sugería una lujuriosa vegetación tropical, y ahí Maisie manifestó dolidamente su convicción de que él no iba a acudir. Ante esto la señora de Beale, aunque perceptiblemente desilusionada, le recordó que la presencia de él no había sido una promesa nítida, comentario que ocasionó que la niña contemplara a las Flores a través de una borrosa neblina que las hizo más magníficas, *y* sin embargo extrañamente más confusas, *y* gracias a la cual, además, dicha confusión se extendió a la figura de un caballero que en ese instante, en compañía de una dama, salió de la brillante caseta de feria. La dama era tan morena que al principio Maisie la tomó por una de las Flores; pero durante los escasos segundos que esto precisó —unos escasos segundos en los cuales asimismo ya había renunciado desoladamente a Sir Claude— oyó la voz de la señora de Beale, detrás suyo, reunir a un tiempo asombro y dolor en una única exclamación aguda:

—¡Por todos los demonios... *Beale.*

Entretanto él, sin advertir la presencia de ellas en medio de la muchedumbre de asistentes, ya había seguido otra dirección... aparentemente por sugerencia de la morena dama. La trayectoria de ésta última era indicada, por encima de las cabezas y hombros de la gente, por una enhiesta pluma escarlata, de cuya posesión Maisie se sintió instantáneamente deseosa:

—¿Quién es ella?, ¿quién es ella?

Pero por el momento la señora de Beale sólo tenía atención para el conjunto formado por la pareja:

—¡Menudo embustero!, ¡menudo embustero!

Maisie caviló:

—¿Porque no está... donde se suponía? —Ahí había sido también, un mes atrás en los Jardines de Kensington, donde no había estado su madre—. Tal vez es que ha regresado –dijo.

—¡Nunca se marchó... el muy canalla!

Eso, según Sir Claude, había sido también lo que no había hecho su madre, y Maisie no pudo menos que experimentar un vago atisbo dé lo que una mente más curtida habría denominado la forma en que la historia se repite.

—*¿Quién* es ella? —preguntó de nuevo.

Clavada en su sitio, la señora de Beale parecía abismada en la visión de una oportunidad perdida:

—¡Ojalá él me hubiese visto! —dijo apretando los dientes—. Ella es una completamente nueva. Pero, él ha debido de estar con ella desde el martes.

Maisie asimiló aquello.

—Ella es casi una negra —informó seguidamente.

—Son siempre repugnantes —dijo la señora de Beale.

Éste fue un comentario sobre el que nuevamente hubo de reflexionar la niña.

—¡No: las *esposas* de papá no lo son! —exclamó objetante. En ocasión de diferente tenor probablemente estas palabras habrían «descacharrado» a su amiga, pero en este

momento la señora de Beale estaba, en su instantánea alerta, demasiado inmensamente «cacharrada»—. ¿Has visto en toda tu vida una pluma igual? —siguió Maisie al poco.

Dicho ornamento pareció pararse a cierta distancia y, pese a los grupos que se interponían, ambas podían contemplarlo.

—¡Oh, así es como se atavían: la quintaesencia de lo vulgar!

—¡Vienen de regreso: nos van a ver! —exclamó Maisie al instante siguiente; y mientras su compañera respondía que precisamente eso era lo que deseaba y la niña insistía: «¡Ya están aquí, ya están aquí!», los inconscientes objetos de tantísima atención, con un cambio de opinión sobre su rumbo, rápidamente habían vuelto sobre sus propios pasos y se precipitaban hacia sus criticadoras. Dicha inconsciencia le dio a la señora de Beale tiempo de entregarse, en voz baja, a una identificación que llegó a los oídos de Maisie:

—¡Debe de ser la señora Cuddon!

Maisie miró intensamente a la señora Cuddon; incluso sus labios repitieron el nombre. Lo que siguió fue extraordinariamente rápido: un instante de lucha más intensa que ninguna que anteriormente, al menos en tan breve lapso de tiempo, se hubiera librado en torno a nuestra heroína. El encontronazo sordo —no fuera que se dieran cuenta las personas que los rodeaban— fue violento, y sólo reflexionando posteriormente ella fue capaz de reconstruir sus fases, las fases mediante las cuales, en un pandemónium no tanto de ruido cuanto de silencio, ella había terminado hallándose, con demasiada rapidez para enterarse y con demasiado desconcierto para atemorizarse, a las puertas de la Exposición junto a su padre. Él la subió sin ceremonias a un cabriolé y se montó a su lado, y fue entonces —mientras viajaba con él— cuando ella discernió un poco lo ocurrido. Él se había visto de repente frente a ellas en la feria, y había habido un momento de controlada conmoción durante el cual, en un revuelo de ojos negros y plumaje rojizo, la señora Cuddon las había reconocido, había gritado y se había esfumado. Había habido otro momento en que ella había percibido la presencia de Sir Claude, asimismo paralizado por la sorpresa, pero lejos de la vista de su padre, como si alguien lo hubiese puesto en guardia precisamente cuando estaba a punto de reunirse con ellas. Concordó con la situación general que ella hubiera oído a la señora de Beale decirle a su padre, aunque ahora ella no recordaba si en voz baja o alta, algo relativo a que esta vez él iba con una nueva; ante lo cual él había refunfuñado algo confuso pero aparentemente del género y en el tono que la niña, desde su más tierna infancia, había asociado a cuando oía que alguien le aclaraba a alguien que alguien era «otra persona distinta». «¡Oh, yo me mantengo fiel al antiguo!», había dicho entonces la señora de Beale bastante sonoramente; y ahora su acento, incluso mientras el carruaje seguía su curso, permanecía en el ambiente, no habiendo pronunciado el actual compañero de Maisie ninguna otra palabra desde el momento en que la había arrebatado bruscamente... al menos ninguna excepto la indistinguible dirección que, al montarse, le había facilitado al cochero. Recomponiendo posteriormente estas cosas Maisie especuló que en este punto ella le habría formulado alguna pregunta a su padre de no ser porque el silencio en que la tenía encantada o amedrentada —apenas habría sabido decir cuál era el caso— tuvo por causa que súbitamente él la hiciera sentir su brazo alrededor de ella, sentir, mientras la estrechaba, que estaba agitado hasta un punto que nunca anteriormente le había visto ella. A ella le pareció que él temblaba, que temblaba demasiado para hablar, y esto tuvo el efecto de hacer que ella —con una emoción que, aun cuando había comenzado a palpitar

súbitamente, en modo alguno fue toda de miedo— se acomodara a su portentoso silencio. El acto de posesión que de alguna forma su abrazo anunciaba le volvió a la memoria después del más largo de los largos intermedios que jamás habían permitido que algo volviera a la memoria. Siguieron y siguieron su trayecto en carruaje, y él la mantuvo estrechamente abrazada; ella miraba fijamente ante sí, conteniendo la respiración, contemplando cómo una calle oscura sucedía a otra y extrañamente consciente de que lo que en cierto modo significaba todo aquello era que papá estaba menos dispuesto a ser excluido de lo que ella se había figurado. No tardó sino un instante en rendirse a este descubrimiento, el cual, bajo la forma del presente abrazo, daba a entender en él algún propósito prodigiosamente firme a la par que una confusa autoconfianza. Ella no sabía exactamente qué había hecho él ni qué estaba haciendo: únicamente era capaz, completamente impresionada y parcialmente orgullosa, de vibrar con la convicción de que de pronto él había tomado una decisión y de que igual de rápidamente ella había entrado a formar parte de la misma. También formó parte de la misma el hecho de que se detuvieran frente a una casa que no parecía grande, pero en cuya espléndida fachada blanca el farol de la calle alumbraba una pulcritud de ornamentación floral. La niña conocía millares de historias —todas las de la señora Wix y las suyas propias, por no hablar de los profusos relatos románticos de la francesita Elise—, pero nunca se había visto metida en una historia como ésta. A partir del momento en que él la ayudó a descender del carruaje, que se alejó rodando, y ella oyó en la puerta de la casa el pronto ruidito de una llave, la había rodeado el mundo de las Mil y Una Noches.

A partir de dicho momento ese epítome de lo maravilloso estuvo presente por doquier, particularmente en un tan instantáneo «Ábrete, Sésamo» y en la despedida del carruaje, una traqueteante desaparición repleta de reminiscencias de sus abandonados padrastros; estuvo presente —gracias a la vividez, la casi cegadora blancura de las luces que se encendieron en respuesta a la rápida pulsación por parte de papá de un interruptor-cito metálico en la pared— en una habitación que, en la cima de una breve escalera elegante, a ella le pareció la más bella que habla visto jamás. Lo siguiente que percibió fue que aquél era el salón de una mujer —vaya si era de una mujer, como lo advirtió de inmediato, y no de un caballero, ni siquiera de uno como papá mismo o incluso como Sir Claude— cuyos objetos eran más hermosos que los de mamá en la misma medida en que siempre había habido que reconocer los de mamá eran más hermosos que los de la señora de Beale. En el centro de la resplandeciente habitacioncita yen presencia de más cortinas y cojines, más cuadros y espejos, más palmeras que se inclinaban sobre rincones dorados y ricos en brocados, más cajitas de plata diseminadas sobre mesitas de forma irregular y más miniaturitas ovales colocadas contra fondos de terciopelo, de cuantos habrían podido la señora de Beale y milady juntas, en inverosímil alianza, soñar en reunir, la niña cobró conciencia, con un agudo anticipo de sentimientos de compasión, de algo que se asemejaba extrañamente a una relegación a la oscuridad de cada una de aquellas dos mujeres de mundo. Una sensación aún más insólita fue que en el acto su padre se le apareciera como bastante adecuadamente e incluso grandiosamente a sus anchas en aquel escenario deslumbrante, y en igual medida desligado de otros escenarios inferiores. Ella pasó allí con él, mientras las explicaciones continuaban aplazándose, una veintena de minutos que, barriendo súbitamente toda sensación de peligro, a ella le hicieron el efecto, pese a que no hubiera allí ni bollos ni gaseosa, como de un lujoso festín improvisado:

—¿Ella es muy rica? —Él había empezado a parecerle casi turbado, tan tímido que

igual habría podido hallarse junto a una señorita con quien tuviera muy poco que ver. Ante semejante aprensión ella se había sentido literalmente impulsada a facilitarle con tacto algún alivio.

Beale Farange permanecía de pie y le sonreía a la señorita, dándole la espalda a la fantástica chimenea, con su ligero abrigo —el más ligero de todo Londres— batiendo abierto y su espléndida barba lustrosa tapándole exhaustivamente la totalidad de la pechera. A ella la complugo más que nunca pensar que papá era apuesto y que, pese a que se erguía tan elevado como mamá y casi —en su especialmente vistoso atavío nocturno— tan esplendoroso, de alguna forma su hermosura era menos beligerante, menos terrible.

—¿La Condesa? ¿Por qué me preguntas eso?

Los ojos de Maisie se abrieron todavía más:

—, Es una condesa?

Él pareció considerar como un decidido homenaje aquella expresión de asombro:

—Oh sí, querida, pero no una condesa inglesa.

La actitud de ella reveló interés:

—¿Es una condesa francesa?

—No, tampoco francesa. Es norteamericana*.

Ella hallaba agrado en conversar:

—Ah, en ese caso naturalmente tiene que ser rica. —Reflexionó sobre semejante combinación de nacionalidad y rango—. Nunca he visto un sitio tan precioso.

—¿Te fijaste en ella? —preguntó Beale.

—¿Durante la Exposición? —sonrió Maisie—. Salió corriendo demasiado aprisa.

Su padre se rió:

—¡Puso pies en polvorosa! —Ella se había temido que ahora él haría algún comentario sobre la señora de Beale y Sir Claude, y sin embargo igualmente la incomodó la forma como él los pasó por alto. Todo lo que aventuró fue, al instante siguiente—: Las escenas vulgares le inspiran horror.

Este punto ella no estaba obligada a desarrollarlo; fue capaz de proseguir como si nada:

—Pero ¿adónde crees que habrá ido?

—Oh, me imaginé que habría cogido un carruaje y que ya estaría aquí. Pero no tardará en presentarse.

—Puedo asegurar que espero que lo haga —dijo Maisie; habló con una sinceridad engendrada por el efecto que estaba haciéndole toda aquella belleza que los rodeaba, a la cual tal vez infundiría mayor realce la propia presencia de la Condesa—. Nosotros nos vinimos demasiado rápido —agregó.

Su padre volvió a reírse sonoramente:

—¡Sí, querida: te he traído con la lengua fuera! —Aguardó un instante, luego prosiguió—: Quiero que ella te vea.

Ante esto, Maisie se alegró del cuidado con que, para su común salida nocturna, la había arreglado la señora de Beale hasta el extremo de «retocarle» personalmente el viejo sombrero. Entretanto su padre insistió:

—Ella te va a caer muy, pero que muy bien.

---

* Estas declaraciones encierran una tomadura de pelo por parte de Beale Farange. Recuérdese que en los Estados Unidos no existen los títulos nobiliarios. (N. del T.)

—¡Oh, seguro que sí! —Tras lo cual, fuese por el efecto de haber dicho tanto o por el de una súbita vislumbre de la imposibilidad de decir más, se sintió incomodada y buscó refugio en una ramificación subalterna de la cuestión—: Yo creía que era la señora Cuddon.

El regocijo de Beale más bien aumentó que disminuyó:

—¿Quieres decir que lo creía mi mujer? ¡Mi querida hija, mi mujer es tonta de remate! —Ofreció el extrañísimo aire de hablar de su mujer como de una persona a quien ella apenas conociese, conque no resultó especialmente afortunado el refugio de los escrúpulos de Maisie. Tras un instante el propio Beale, por su parte, pareció sentir un escrúpulo—: Lo que quiero decir, hablando en serio, es que en realidad no sabe nada de nada. —Hizo una pausa, siguiendo la dirección de la hechizada mirada de la niña y sus uno o dos cautos pasos que la habían acercado a los bonitos objetos que había sobre una de las mesas—. ¡Ella está convencida de poseer objetos hermosos, figúrate! —Prácticamente se mofó de las ilusiones de la señora de Beale.

Maisie sintió que no tenía más remedio que reconocer que eran ilusiones; todo lo que no había podido ver en las atracciones de la feria le era resarcido por los lujos de la Condesa.

—Sí —reflexionó—, eso cree ella.

De nuevo hubo cierta sequedad en la forma como Beale le contestó que nada importaba qué cosas creyera ella; pero para su hija hubo una creciente dulzura en permanecer con él tanto rato sin que él dijera nada peor. Por supuesto todo aquel rato iba a perdurar en ella, durante días y semanas, imborrablemente iluminado y fortalecido; al final de los cuales terminaría siéndole factible percatarse del trasfondo de un centenar de cosas que en su momento no habían sido más que un milagroso placer. En lo que dichas cosas se resumieron en el momento de producirse fue sencillamente en que su compañero siguió considerablemente agitado, deseando empero no traslucirlo, y en que precisamente en la medida en que triunfaba en este propósito la impelía a considerarlo cariñoso. Un poco después él comenzó a pasearse por la habitación, le enseñó diferentes objetos, le habló como una persona refinada, le reveló el nombre, que ella memorizó, de la célebre dama francesa plasmada en una de las miniaturas, y comentó, como si hubiera leído su deseo de poseer algunos de aquellos adornos y colgaduras, que él no tenía duda alguna de que la Condesa, en cuanto se presentara, le regalaría alguna monería. Se fijó en una cajita de raso color encarnado con un espejo engastado en la tapa, que alzó, con un raudo y guasón gesto florido, a fin de ofrecerle el privilegio de elegir entre seis filas de bombones de chocolate, superando así a Sir Claude, quien jamás había pasado de cuatro filas.

—Puedo hacer lo que se me antoje con estos bombones —dijo—, pues no me importa contarte que fui yo mismo quien se los regaló.

Evidentemente la Condesa había apreciado el regalo: había numerosos espacios vacíos —desolación que ahora no se vio atenuada entre las filas. Incluso mientras aguardaban juntos Maisie tuvo su habitual sensación, que era el marchamo de aquello en que había terminado convirtiéndose su mutuo alejamiento, de haber crecido para él —desde la última vez que él había, por así decirlo, reparado en ella, y por un incremento en la edad y en la estatura y tal vez por otras cosas— pasando a ser en mucho mayor grado una personita a la que había que tener en cuenta. Sí, esto constituía parte de esa decidida turbación que él disimulaba a base de mostrarse casi desquiciadamente tierno. Hubo un momento en que, en un sofá de seda amarilla bajo una de las palmeras, él la sentó sobre

sus rodillas acariciándole el pelo, jugando cariñosamente con ella mientras mostraba sus resplandecientes colmillos, y la dejó inhalar, con un impreciso, afectuoso, desmañado, inmotivado «Preciosa niña, querida hijita», la fragancia de su dilecta barba. Ella habría debido sentir pena de él, según reflexionó posteriormente, dado lo bien que pudo percatarse internamente de las dificultades con que él estaba topándose para aclararle abiertamente alguna cosa. Ella poseía tal capacidad de vibrar, de mostrarse receptiva, que no hacía falta más para realmente resarcirla de lo que le era omitido. Las lágrimas acudieron a sus ojos al igual que cuando aquel día en Hyde Park el Capitán le había dicho tan «espléndidamente» que su madre era buena. ¿Qué era lo presente sino también espléndido?: esta bondad aún más directa de su padre y esta inigualada soledad rutilante con él, en la que había desaparecido todo excepto el pensamiento de que él era papá y era magnífico. No estropeó esa felicidad el hecho de que definitivamente ella intuyera que él debía de abrigar, toda vez que se mostraba inquieto, algún propósito que no acababa de ver cómo sacar a la luz, pues en el resurgimiento de su mutua camaradería ella estuvo dispuesta a colaborar alegremente en la insinuación por parte de él, o inclusive en su fingimiento, de que la relación entre ellos dos era fácil y venturosa. En él había al o que semejaba, y de un modo harto conmovedor, solicitarle que lo ayudara 7a fingir: a fingir que él estaba al tanto de la vida y la educación de ella, de sus medios de subsistencia y su opinión sobre él mismo, con el fin de conferirles un desenvuelto tono familiar a esos asuntos que él no lograba plantearle. Ella se habría entregado extasiada a tal fingimiento sólo con que él hubiera sabido apuntarle alguna clave. Ella permaneció a la espera de ésta mientras, por entre sus grandes dientes, él exhalaba suspiros de cuya estupidez ella no se percataba. Y como si, aunque él era tan estúpido en toda faceta, sin embargo hubiera permitido que la emotiva efusión de los ojos infantiles lo hiciera saber que estaba dispuesta a cualquier cosa, él perdió completamente el hilo, preguntándose en qué diablos podría tomar pie para comenzar.

19

Cuando hubo encendido un cigarrillo y empezado a fumar ante las narices de ella, fue como si al raspar la cerilla hubiera hecho sonar la nota de alguna insólita mezcolanza grotesca de antiguas promesas, antiguos escándalos, antiguos deberes, una tenue percepción de lo que él poseía dentro del interior de ella y que, sólo con que todo —¡mecachis!— hubiera sido totalmente diferente, ella habría estado todavía en condiciones de darle. Lo que ella estaba en condiciones de darle ahora, empero, tal como a través del humo parecieron discernir los pestañeantes ojos masculinos, sería simplemente lo que él fuera capaz de extraer de ella. Dar algo, darlo allí mismo inmediatamente, era por entero el propio deseo de ella. Entre las antiguas cosas que retornaron estuvo su infantil instinto de mantener la paz; éste la hizo preguntarse con mayor rigor qué precisa cosa debía hacer o dejar de hacer, qué precisa palabra debía decir o dejar de decir, qué precisa actitud debía adoptar o dejar de adoptar, que pudiera imprimir desde el punto de vista de todos, incluyendo a la Condesa, un giro más afortunado a la situación. Se preparó, con este fin, para una inmensa renuncia, una renuncia a todo excepto a Sir Claude, a todo excepto a la señora de Beale. Dicha inmensidad no los incluía a *ellos;* pero si él tenía en el fondo de la mente un pensamiento escondido ella tenía otro parejamente recóndito, y durante un rato,

mientras permanecían sentados juntos, hubo un extraordinario intercambio mudo entre la visión que ella tenía de esta visión de él, la visión que él tenía de la visión de ella, y la visión que ella tenía de la visión que él tenía de la visión de ella. De lo que en verdad no hubo ninguna percepción eficiente fue de aquel pequeño y extraño *pathos* en la niña generado por una inocencia tan rica en conocimientos y tan volcada al juego diplomático. Aquello en que, ítem más, finalmente tomó pie Beale para comenzar mientras volvía a tapar con su elegante figura la mitad de las florituras de la chimenea fue:

—¿Sabes, querida, que pronto partiré hacia Estados Unidos? —A su hija se le antojó que aquello representaba a la vez un atajo y un modo de hablar que él jamás habría empleado ante su esposa. Pero su esposa hizo un brillante acto de presencia superficial en la pregunta de ella:

—¿Quieres decir junto con la señora de Beale?

Su padre la miró intensamente:

—¡No seas borrica!

El silencio de ella pareció significar un concentrado esfuerzo por no serlo.

—¿Con la Condesa, en ese caso?

—Con ella o sin ella, querida; es algo que sólo atañe a tu pobre papaíto. Ella tiene grandes negocios en aquel país, y desea que yo les eche un vistazo.

Maisie se zambulló en tal proyecto:

—¿Exigirá eso mucho tiempo?

—Sí: están tan embrollados... podría exigir meses. Lo que en este momento me gustaría saber, escucha, es si tú estarías dispuesta a venirte conmigo.

Plantada una vez más ante él en el centro de la habitación, ella se sintió palidecer:

—¿Yo? —balbució, dándose empero inmediata cuenta de que semejante tono de desconcierto no resultaba enteramente decoroso. Se dio cuenta de ello con aún mayor vividez cuando su padre respondió, abriendo las piernas, sacudiendo la ceniza del cigarrillo y mirándose escrutadoramente —como sempiternamente estaba haciéndolo— toda la longitud de su chaleco y pantalones, que no era necesario que ella se mostrara tan apesadumbrada. Al cabo de unos pocos segundos lo que la ayudó a adoptar en mayor grado el aspecto que él deseaba fue identificar, a la preciosa luz de los esplendores de la Condesa, cuál era exactamente, con independencia de su propio aspecto, la respuesta más indicada—: Papá querido, iré contigo adonde sea.

Él le dio la espalda y se quedó de pie con la nariz orientada hacia el espejo que había sobre la repisa de la chimenea mientras se sacudía de la barba motas de ceniza. Entonces dijo abruptamente:

—¿Sabes algo sobre la bruta de tu madre?

A la bruta de su madre fue precisamente a quien le recordó en notable medida el cariz de la pregunta: éste poseía el libre vuelo de los aristocráticos modos como Ida cambiaba de tercio. Junto a esta impresión Maisie tuvo una inspiración.

—¡Oh sí, lo sé todo! —dijo, y se volvió tan radiante que su padre, al contemplarla en el espejo, se dio la vuelta y enseguida, en el sofá, volvía a tenerla sobre sus rodillas y volvía a mostrarse especialmente cariñoso. La inspiración de Maisie le dictaba, de manera poderosa, que cuanto más hablara sobre mamá menos tendría que hablar sobre sus padrastros. No cesó de desear que la Condesa llegara antes de que se agotara su capacidad de protegerlos; y fue en ese instante, en íntima proximidad a su compañero, cuando el pensamiento escondido en el fondo de la mente de ella se desplazó hasta sus

labios. Le contó que en Hyde Park se había encontrado a su madre con un caballero que, mientras Sir Claude se había retirado con milady, había sido muy considerado y se había sentado a conversar con ella; le narró la escena en tanto que el recuerdo de la promesa hecha al Capitán en el sentido de guardar secreto era barrido por la alegría de observar que Beale escuchaba sin irreverentes interrupciones. Fue casi un pasmo, pero fue de veras toda una alegría, poder así inferir que finalmente papá se había cansado de su ira... al menos de su ira hacia mamá. Ahora tan sólo estaba aburrido de mamá. Aquello no hizo sino volver, sin embargo, aún más imperativo el deseo de que su extinguido placer no volviera a llamear. A la niña la encantó ver cuánto podía ella interesarlo en su conversación; y este encanto persistió incluso cuando él, después de formularle una docena de preguntas, observó distraídamente y con algo de inescrutabilidad: «¡Oh, que me aspen si ella no es capaz de lograr eso!» Pues también en estas palabras hubo cierto desapego, una sabia fatiga que la hizo sentirse segura. No había tenido más remedio que mencionar a Sir Claude, aunque lo mencionó lo mínimo indispensable y Beale tan sólo pareció mirar a las musarañas. A ella se le apareció claro que aquélla era la calma que nace de una indiferencia global, una tan grande fuente de ventajas, para ella personalmente, que si la Condesa había sido la autora ella estaba literalmente dispuesta a abrazar a la Condesa. Delató dicho deseo con una anhelante pregunta sobre ella, a la cual contestó su padre:

—Oh, ella tiene muy buen seso. ¡Yo la ayudaré a salir de cualquier embrollo! —Miró a Maisie casi como si hubiera descubierto el nexo entre su pregunta y la impaciencia de su gratitud—. ¿En serio dices que realmente estás dispuesta a venirte conmigo?

A ella le pareció como si ahora él la mirara de veras muy intensamente, y también como si se hubiera vuelto muchísimo más adulta.

—Haré cualquier cosa que me pidas, papá.

Una vez más él dirigió, con una carcajada y separando las piernas, su característica mirada de orgullo a su chaleco y pantalones.

—Eso es un modo, querida, de decir: «¡No, gracias!» Bien sabes que no tienes la menor gana de venirte conmigo. ¡No lograrás embaucarme *a mi!* —dejó sentado Beale Farange—. No deseo imponerte nada, nunca en mi vida te he impuesto nada; pero te hago el ofrecimiento, tú verás si lo tomas o lo dejas. Tu madre no volverá a querer tener que ver contigo más que con una criada a la que hubiese despedido por incompetencia. Por lo tanto obviamente yo soy tu natural protector y tú tienes derecho a sacar de mí todo lo que puedas. Ahora es tu ocasión, ya sabes; si no te das cuenta es que no tienes ni pizca de cerebro. No digas que no hablo con claridad; no digas que no soy considerado contigo o que no juego limpio. Cuídate de no decir nunca eso, ¿eh?: eso sí me haría ensañarme contigo. Sé cuál es mi deber. Te volvería a albergar conmigo, tal como te *he* albergado una *y* otra vez. Y te estoy muy agradecido por fingir tan admirablemente.

Ella fue lo suficientemente consciente de que, antes bien, su fingimiento no podría complacerlo en caso de que trasluciera alguna traza —lo cual esperaba que no sucediese–– de su aguda conciencia de lo que realmente él se proponía en este momento. ¿Acaso él no estaba intentando volver las tornas contra ella, incomodarla de uno u otro modo hasta que ella proclamase que lo que a ella realmente le apetecía era, pese a todos aquellos educados modales, que la dejaran en completa libertad de disponer de su propia existencia como mejor le viniera en gana? Volvió a ponerse nerviosa: la rozaba constantemente la idea de que ésta era su mutua separación, una separación para siempre,

y de que él la había llevado con tantos mimos hasta aquella casa tan sólo porque era importante que en semejante ocasión él se presentara a sí mismo bajo una luz lo más favorable posible. Si ella se la arruinaba con una nota discordante le daría ciertamente motivos de desagrado; y la niña quedó momentáneamente indecisa ante la alternativa de convenir con él en cuanto a que ella deseaba librarse de él o disgustarlo fingiendo querer permanecer con él. Conque de momento no halló más solución que lamentarse harto vulnerablemente:

—¡Ah papá, ah papá!

—Sé muy bien lo que tramas; ¡no hace falta que me lo expliques *a mil* —Tras lo cual se encaminó derechamente hacia ella y, con una inconsecuencia que superó todo límite, la estrechó en sus brazos unos instantes y arrimó su barba contra la mejilla de ella. Entonces ella entendió cual si él lo hubiera expresado con palabras que lo que él deseaba, diablos, era que ella lo dejara partir en condiciones totalmente honorables: con toda la apariencia de virtud y sacrificio por parte de él. Fue exactamente como si le hubiese espetado: «Córcholis, burrita, ayúdame a aparecer irreprochable, a aparecer noble, sin verme obligado a soportar todas las intolerables cargas que ello implica. La incorrección no alcanza sino para uno de los dos; así que *tú* debes tomarla toda. *Repudia a* tu querido papaíto... en presencia, fíjate, de todas sus tiernas súplicas. Él no puede ser rudo contigo: eso no entra en su forma de ser; por consiguiente habrás triunfado en tu propósito de abandonarlo porque él fue demasiado generoso para portarse contigo con la firmeza, pobrecillo, que era, a fin de cuentas, su deber mostrar.» Esto fue lo que él comunicó mediante una serie de tremendas palmadas en la espalda: dicha porción de su persona nunca había sido tan sacudida desde los tiempos en que Moddle la ayudaba cuando se le atragantaba algo. Tras un instante él le dio la ulterior impresión de sentirse lo bastante seguro de ella como para ser capaz de declarar graciosamente—: Bien sabes que tu madre te aborrece, sencillamente te aborrece. Asimismo he reflexionado sobre ese hombre magnífico, el individuo de quien me acabas de hablar.

—Vaya —repuso Maisie con certidumbre—, yo estoy segura de *él.*

Por unos instantes su padre expresó cierto despiste:

—¿Quieres decir segura de que te quiere?

—¡Oh no: de que la quiere *a ella!*

Beale retornó a su regocijo:

—¡Sobre gustos no hay nada escrito! Además, eso es lo mismo que dicen todos, ya sabes.

—No me importa: ¡yo estoy segura de él! —reiteró Maisie.

—¿Segura, quieres decir, de que ella se fugará?

Maisie lo sabía todo sobre «fugarse», mas, decididamente, ahora *era* más adulta, y dentro de ella había algo que fue capaz de estremecerse ante la forma como su padre había hecho que aquella fea palabra —bastante fea aun en el mejor de los casos— sonara grosera y vil. Ello la movió a enmendar la insinuación paterna, propósito que llevó a cabo diciendo:

—No sé lo que ella hará. Pero será feliz.

—Esperémoslo —dijo Beale, casi como con propósito moralizante—. De todos modos cuanto más feliz sea menos querrá tenerte cerca. Por eso es por lo que te insisto —continuó afablemente— para que tomes en consideración este magnífico ofrecimiento (hablo en serio, ya lo sabes) del único progenitor que te queda. —Ante esto, los ojos de

ambos se encontraron de nuevo en una prolongada y extraordinaria comunión que concluyó con esta exclamación—: ¡Ah, briboncita! —Ella acogió esto del modo que le pareció que a él le agradaría más *y* con tal éxito que lo animó a insistir—: *¡Eres* un completo diablillo! —El silencio de ella, tictaqueando como un reloj, encajó incluso esto, en confirmación de lo cual finalmente él espetó—: ¡Ya lo tenías decidido con esa otra pareja!

—Y ¿qué si es así? —Sus propias palabras le sonaron extremadamente audaces.

Su padre, casi como en los viejos tiempos, estalló en una carcajada:

—Caramba, ¿es que no sabes que esos dos son infames?

Ella se mostró todavía más audaz:

—Me da igual, ¡absolutamente igual!

—Pero si son probablemente la peor gente del mundo y los mayores criminales —acució Beale plácidamente—. Yo no soy hombre, querida, capaz de ocultártelo.

—Pues eso no les impide quererme. Ellos me quieren enormemente.

—Al oírse a sí misma Maisie se puso colorada.

Su interlocutor carraspeó: casi cualquier persona —máxime una hija habría podido percibir cuán escrupuloso anhelaba ser.

—Seguramente. Pero ¿sabes por qué te quieren? —Ella le sostuvo la mirada y él agregó—: Porque les resultas un pretexto óptimo.

—¿Para qué? —preguntó Maisie.

—Caramba, pues para poder seguir su juego. No necesito especificarte cuál es.

La niña caviló:

—Pues bien, ésa es una razón adicional.

—Una razón adicional ¿para qué, si me haces el favor?

—Para que se porten bien conmigo.

—¿Y para que tú te sientas tan a gusto con ellos? —tornó a carcajearse Beale; parecía que su jocosidad se acrecentara por momentos—. ¿No te das cuenta, por favor, de que al decir eso eres un monstruo?

Ella lo consideró:

—¿Un monstruo?

—Ellos te han *convertido* en uno. Palabra de honor que es verdaderamente espeluznante. Eso demuestra la clase de gente que son. ¿No comprendes ——continuó Beale— que una vez que te hayan vuelto tan horrible como puedan (tan horrible como ellos mismos) sencillamente te dejarán tirada?

Ante esto ella tuvo una llamarada de pasión:

—*¡No* me dejarán tirada!

—Discúlpame —insistió su padre con deferencia—: es mi deber aclararte las cosas. Yo nunca me perdonaría si no te hiciese notar que en un momento dado cesarán de necesitarte. —Él habló como con una apelación a su inteligencia que por parte de ella sería bochornoso no atender debidamente, y esto le infundió una auténtica distinción a la suprema sensibilidad de ella.

Aquello aclaró las cosas tal como él había deseado.

—¿Cesarán de necesitarme porque entonces ya nada les importará? —Ella hizo una pausa tras aquel esbozo de su idea.

—Por *descontado* a Sir Claude ya nada le importará en cuanto su mujer se fugue. En eso consiste su estratagema. Ello le vendrá de perlas.

Era una hipótesis que Maisie podía subscribir perfectamente, pero aun así le dejaba una escapatoria para alzarse con el triunfo. Lo consideró detenidamente:

—¿Quieres decir si mamá no regresa nunca más? —La sangre fría con que el semblante de ella se enfrentó a aquella perspectiva le habría mostrado a un espectador el largo camino que ella había recorrido—. Muy bien, pero eso no pondrá a la señora de Beale...

—¿ ... en la misma cómoda posición? —Beale acogió sus palabras con fruición; había vuelto a ponerse en pie, estirando las piernas y mirando hacia sus propios zapatos—. ¡Tienes toda la razón, cielo! A la señora de Beale le hará falta algo más. —Ahí hizo una pausa; después agregó—: Pero puede ser que no tenga que esperar mucho.

También Maisie miró hacia los zapatos de él durante un instante, aunque no eran el par que ella más admiraba: los «aristocráticos» amarillos con lazos y con retazos de charol. Finalmente, con una pregunta, alzó la mirada:

—¿No vas a regresar?

Otra vez él guardó silencio; tras lo cual soltó una nimia risa que, de la manera más extraña del mundo, a ella le recordó los singulares sonidos que había oído emitir a la señora Wix:

—Tal vez te parecerá chocante que yo haga ante ti semejante admisión; y a decir verdad no debes entender que estoy haciéndola. Pero considerémoslo así para ayudarte a tomar una decisión. El hecho es que así es como sin duda va a considerarlo muy pronto mi actual esposa. La oirás gritar que ha sido abandonada, a fin de estar en condiciones de sumar una más al cúmulo de sus aflicciones. Será tan libre como desea... tan libre, ya ves, como ese tontaina que tu madre tiene por marido. Ya no tendrán nada que pueda preocuparlos y te pondrán de patitas en la calle. ¿Debo entender —inquirió Beale— que, después de todo lo que te he expuesto, sigues prefiriendo correr ese riesgo? —Era el más portentoso requerimiento que jamás le hubiera dirigido un caballero a su hija, y había emplazado a Maisie otra vez en el centro de la habitación mientras su padre daba vueltas lentamente alrededor de ella con las manos en los bolsillos y con algo en la forma de andar que semejaba, más que ninguna otra cosa que él hubiera hecho, demostrar su familiaridad con aquella casa. Ella dirigió su enfebrecida mirada hacia los lujosos objetos de la propietaria, como si ella, por su lado, intentase extraer de éstos alguna ayuda que la dejara zafarse de un dilema sin precedentes. Y, como si tal intento de extracción también se hubiese aplicado a él, tras un instante él se detuvo bruscamente, colmando el prodigio de su comportamiento y el orgullo de su sinceridad con una suprema síntesis del estímulo básico—: ¡Tienes muy buen ojo, amor! En efecto, aquí hay dinero. Cataratas de dinero.

Al principio ella se quedó tan desconcertadamente aturdida como cuando había asistido a las revistas musicales a las que la había llevado Sir Claude; no vio nada en aquellas afirmaciones salvo lo que derechamente implicaban:

—Y ¿ya nunca, nunca volveré a verte...?

—¿ ... si por fin marcho a Estados Unidos? —Beale lo encaró con varonil franqueza––: ¡Nunca, nunca, nunca!

Ante esto, con total incongruencia, ella se desmoronó: todo desapareció, todo excepto el horror a oírse a sí misma pronunciar nítidamente tamaña indecencia como sería la aceptación de aquello. Conque logró rehacerse y dijo:

—Entonces no me separaré de ti.

Durante unos segundos ella lo vio quedarse mirándola, esbozando ante ella una

sonrisa impostada, una perfecta exhibición de todos sus dientes, en la que a ella le pareció leer el disgusto —que él no quería expresar— ante este alejamiento de la negativa que prácticamente ella ya había prometido. Pero antes de que ella pudiera atenuar de algún modo la crudeza de su desmoronamiento él realizó un impaciente movimiento que lo guió hasta la ventana. Ella oyó detenerse un vehículo; Beale miró hacia el exterior; después volvió a encararse con ella. Él no dijo nada, pero ella supo que había llegado la Condesa. Entre ellos se produjo de nuevo un silencio, pero con un matiz de turbación distinto del de su llegada conjunta; y siguiendo sin hablar fue como, repitiendo abruptamente uno de los abrazos en los que ya se había mostrado tan pródigo, él la llevó a toda prisa hasta el sofá color limón justamente antes de que se abriera de par en par la puerta de la habitación. De esta guisa, fue en renovada e íntima unión con su padre como ella se le apareció a una persona que inmediatamente ella reconoció como la morena dama.

La morena dama semejó casi tan atónita, aunque desde luego no tan alarmada, como cuando, en la Exposición, se había quedado boquiabierta ante el rostro de la señora de Beale. A decir verdad también Maisie casi se quedó ahora boquiabierta ante el de ella; y ello fue al darse cabal cuenta de que la dama era de veras morena. Literalmente la niña tuvo la sensación de hallarse más bien ante un animal que ante una «auténtica» dama: muy bien habría podido tratarse de un inteligente caniche rizoso con una chorrera o de un terrible mono humano con faldas de lentejuelas. Tenía una nariz desaforadamente enorme y unos ojos desaforadamente diminutos y un bigote, vaya, no tan agraciado como el de Sir Claude. Beale se adelantó a su encuentro; al mismo tiempo, para asombro de la niña, si bien como si fuese consecuencia de una rápida intensidad de determinación, la Condesa avanzó con la misma jovialidad que si, durante mucho tiempo, nada embarazoso le hubiera acontecido a ninguno de ellos. Maisie, aunque ampliamente familiarizada con tales fenómenos, jamás había visto tanta soltura para dar por sentado que no se iba a aludir a nada embarazoso. Al instante siguiente la Condesa ya la había besado y exclamado para Beale con espléndida recriminación afectuosa:

—¡Caramba, no me habías contado *ni la mitad!* ¡Mi querida niña —exclamó—, eres extraordinariamente amable viniendo!

—¡Pero si no ha venido... no viene! —repuso Beale—. Ya le he explicado lo mucho que a ti te gustaría eso, pero se niega a tener nada que ver con nosotros.

La Condesa permaneció sonriente; y tras un instante preponderantemente consagrado a reponerse de la impresión causada por su monstruoso aspecto Maisie se sintió evocar otra distinta sonrisa, que no había sido fea, aunque también había mostrado interés: la amable luz despedida, aquel día en Hyde Park, por el hermoso rostro blanco del Capitán. La Condesa—síera el Capitán de papá; pero en modo alguno era tan simpática como el otro; todo aquello retrotraía, sin duda, al menor aprecio que Maisie sentía hacia las mujeres.

—¿No te haría ilusión dijo esta mujer afectuosamente— que yo te llevara a Spa[*]?

—¿A Spa? —La niña repitió el nombre para ganar tiempo, para no exteriorizar hasta qué punto la Condesa le había ocasionado la resurrección del tenue recuerdo de una extraña mujer con una cara feísima que una vez, hacía años, en el ómnibus, inclinándose hacia ella desde el asiento de enfrente, de pronto había sacado una naranja y murmurado: «¿Te apetece, preciosidad?» En aquel entonces ella había sentido, por alguna razón, un

[*] Célebre balneario belga para clientes muy adinerados. (N. del T.)

injustificado terror infantil, si bien posteriormente cobró conciencia de que su interlocutora, desgraciadamente horrible, había deseado precisamente ser agradable. Tal era asimismo el deseo de la Condesa; y sin embargo las pocas palabras que había pronunciado y la sonrisa con que las había pronunciado lo habían dejado todo resuelto inmediatamente. Oh no, no le haría ilusión ir a ninguna parte *con ella*, pues su presencia había disipado ya, en unos pocos segundos, la feliz impresión causada por el salón y puesto fin al placer originado por el dominio de Beale sobre dicha elegancia. No había ningún dominio de ninguna elegancia en el hecho de que él la hubiera expuesto a ella a la proximidad de aquella rechoncha y bigotuda mujer mimosa en la que ahora ella no podía menos que identificar a la única persona absolutamente desprovista de atractivos involucrada en alguna de las relaciones íntimas de cuyo crecimiento hubiera sido testigo el círculo inmediato de su vida. Por otra parte ella estaba avergonzada, empero, de haber semejado pesar en la balanza el lugar al que acababa de ser invitada; así que agregó con la mayor celeridad posible—: Pero ¿no era a Estados Unidos? —Ante esto, la Condesa le dedicó una penetrante mirada a Beale, y Beale, bastante donosamente, preguntó qué diantres importaba el lugar toda vez que ella ya lo había hecho entender que no deseaba tener nada que ver con ellos. A esto siguió entre los dos adultos un pasaje cuyo sentido quedó sepultado para la niña por el creciente rumor interior de su propio deseo de marcharse de allí... si bien posteriormente fue capaz de intuir que su padre debía de haberle declarado a su amiga que era inútil argumentar, que ella era una puerquita testaruda y que, aparte, ya era lo bastante mayor para elegir por sí sola. De hecho vislumbró la posibilidad de haber fracasado miserablemente en su intento por ser irreprochablemente no descortés, ya que antes de poder darse cuenta ya había brindado la perceptible impresión de que si no la dejaban irse a casa comenzaría a llorar. Oh, si alguna vez había habido algo por lo que llorar era por fracasar tan consciente y bobaliconamente a la hora de estar a la altura de los más hermosos ofrecimientos que jamás habían podido serle hechos a nadie. Lo más doloroso era que ella advertía que la Condesa la apreciaba lo bastante para desear ser apreciada en correspondencia, y era de la posibilidad de volver a esta casa de lo que ella anhelaba escabullirse absolutamente. Fue la posibilidad de volver a esta casa lo que cuando estalló entre la pareja una algarabía de palabras subidas de tono le puso en los labios con el temblor que precede a una catástrofe—: ¿Puedo, por favor, irme a casa en un carruaje? —Sí, la Condesa la quería y la Condesa se sentía herida *y* lastimada, *y* ella no podía remediarlo, *y* todo era tanto más horrible cuanto que ello no hacía sino que la Condesa se volviera más zalamera y más imposible. Lo único que acaso los sostuvo hasta que se presentó el carruaje —enseguida Maisie se convenció de que sí se presentaría— fue que de algún modo flotaba en el ambiente la sensación de que Beale había conseguido lo que se había propuesto. Él salió a buscar un vehículo: los criados, dijo, ya se habían acostado, mas ella iba a llegar a casa a la hora debida. La Condesa se fue del salón con él, y, sola en posesión de la habitación, Maisie esperó que aquélla no volviera. La culpa de todo la tenía su cara: la niña sencillamente no podía mirarla y contemplar tamaña expresión. Asimismo bastó un instante para que dicha expresión contaminara todos aquellos preciosos objetos; bastó un instante para que ella no tuviera más remedio que aceptar que a su padre le gustaba una mujer respecto de la cual ella estaba cierta de que no le habría gustado a su madre, ni a la señora de Beale, ni a la señora Wix, ni a Sir Claude, ni al Capitán, ni siquiera al señor Perriam y a Lord Eric. Tres minutos más tarde, en el piso de abajo, con el carruaje a la

puerta, quizá como una terminante confesión de no tener mucho de lo que preciarse, él se las arregló, al despedirse de ella, para abrazarla sin dejarla verle el rostro. En cuanto a ella, era tal su ansiedad por marcharse que la separación no le evocó ningún recuerdo, ni siquiera el de uno solo de todos los «nonas» que hacía un momento, como penalización por no aferrarse a él, él le había contestado ante su pregunta referente a la factibilidad de volver a verlo. En la Condesa había algo que lo volvía todo falso, incluso sus grandes negocios en Estados Unidos y más aún aquella primera sensación de superioridad sobre la señora de Beale y sobre mamá emblematizada en las porcelanas de Sèvres y las cajitas de plata. Éstas existían, pero quizá no existiesen los grandes negocios en Estados Unidos. Mamá había conocido a una norteamericana que no se parecía en nada a ésta. Aquélla no era, sin embargo, de noble rango: su nombre era simplemente señora Tucker. Empero el retraimiento de Maisie habría sido más completo de no haber tenido que exclamar súbitamente—: ¡Cielos, no tengo dinero!

Ante esto, los dientes de su padre constituyeron tal retrato del apetito insatisfecho como para equivaler al más detallado alegato de menesterosidad:

—Haz que pague tu madrastra.

—¡Las madrastras *no* pagan! —exclamó la Condesa—. ¡Ninguna madrastra ha pagado jamás en su vida! —Al siguiente instante estaban todos juntos en la calle, y al otro la niña estaba en el carruaje... con la Condesa, en la acera, pero cerca de ella, extrayendo rápidamente dinero de un monedero enseguida sacado de un bolsillo. Su padre se había esfumado y sin embargo ni siquiera tal hecho reavivó el dolor de la pérdida—. Aquí tienes dinero —dijo la morena dama—. ¡Vete! —Su voz fue perentoria: el carruaje partió. Maisie estaba sentada con la mano llena de monedas. ¿Todo esto para un carruaje? Cuando pasaron junto a una farola se inclinó para ver cuánto había. Lo que vio fue un montón de soberanos. *Debían,* pues, existir los grandes negocios en Estados Unidos. En todo caso continuaba inmersa en las Mil y Una Noches.

20

Aquel dinero era excesivo incluso para una tarifa de fábula, y en ausencia de la señora de Beale, quien, pese a que la hora era ya avanzada, aún no había regresado a Regent's Park, Susan Ash, en el vestíbulo, con una voz tan alta como baja fue la de Maisie y mostrándose tan audaz como sumisa se mostró la otra, extrajo, de entre el espectáculo ofrecido bajo la tenue vigilia de una lámpara que resultó un vivo contraste con el anterior escenario pleno de luces, la media corona que el poco ceremonioso cochero había decretado lo mínimo con que se conformaría. Al parecer la señora de Beale tardaría aún en presentarse, y entre tanto Maisie fue persuadida por la rauda Susan no sólo de irse a la cama como una niña buena, sino también de, a guisa de una aún más pletórica manifestación de tal carácter, destinar al pago de servicios tanto generales como particulares uno de los soberanos del ordenado surtido que, sobre el tocador del piso de arriba, naturalmente no le había resultado menos deslumbrante a una pobre sirvienta huérfana que a la inspiradora de las maniobras de un cuarteto de padres. Dicha inspiradora acabó por dormirse con su capital envuelto en un pañuelo anudado, el mayor que se pudo encontrar y cobijar bajo su almohada; pero las explicaciones que a la mañana siguiente fueron inevitablemente más completas ante la señora de —Beale de lo que lo

habían sido ante la amiga humilde, encontraron su culminación en una renuncia asimismo más adecuadamente completa. Por cierto que había explicaciones que la señora de Beale tuvo que dar no menos que pedir, y la más notable de ellas versó sobre que por parte de una niña estaba feísimo aceptar dinero de una mujer que sencillamente constituía la abominación de su sexo. Los soberanos fueron examinados con cierto detenimiento, el resultado de lo cual, empero, fue hacer que la autora de aquella afirmación deseara saber qué podía considerárselos, si realmente se ahondaba en la cuestión, sino la expiación del pecado. Su compañerita ahondó en la cuestión meramente hasta el problema de lo que en tal caso debía hacerse con ellos; ante lo cual la señora de Beale, que a estas alturas ya se los había guardado en el bolsillo, contestó con dignidad y con la mano sobre dicho receptáculo:

—¡Debemos devolverlos sin pérdida de tiempo!

Susan, según supo la niña poco después, fue invitada a participar en este acto de restitución con el soberano del cual se había apropiado; pero se traslució un elevado apego a su tesoro cuando afirmó privadamente ante Maisie que había un límite para la forma en que los demás podían «manejar» a servidora. Ante la señora de Beale Maisie había detallado pormenorizadamenté todo lo ocurrido la noche anterior; mas ahora se halló convertida por parte de la indignada sirvienta en receptora de observaciones que constituyeron otros tantos testimonios de las propias omisiones de aquella dama. Una hizo referencia a la extraordinaria hora —las tres de la mañana, si es que tenía interés en saberlo— a que había regresado a casa la señora de Beale; otra, espetada en un tono respecto del cual el espíritu crítico de Maisie siguió expresándose de un modo intensamente tácito, describió su petición como un «chanchullo», una «jeta», tal como jamás había visto servidora en toda su vida; una tercera abordó algo vigorosamente la cuestión de las sumas enormes debidas a todos los miembros de la servidumbre, cualesquiera fuesen sus estipuladas funciones, en concepto de trabajos extra y atenciones no tenidas en cuenta. De hecho, durante varios días la conciencia de nuestra pequeña se vio anegada por la aprensión engendrada por lo mucho que tardaba en extinguirse la indignación de la sirvienta. Dichos días se habrían tornado tan horríficos como los de la Revolución aprendida de memoria en los libros de Historia si finalmente hubiesen desembocado en una insurrección en la cocina; y para intensificar esa perspectiva ella tuvo, escrutando la mirada de Susan, más de una vislumbre del modo como se fraguan las Revoluciones. Escuchar a Susan equivalía a inferir que la chispa aplicada a la materia inflamable y que ya estaba haciéndola chisporrotear había resultado consistir en que a servidora la habían llamado vil ratera sólo por negarse a desprenderse de lo que legítimamente le pertenecía.

El hecho que confirió carta de nobleza a esta tensión fue, al quinto día, que la tal tensión pareció en realidad haber tenido que ver con una asombrada percepción por parte de nuestra protagonista de que apenas debido más a las energías de Sir Claude que a las de Susan poco después del desayuno ya la habían trasladado desde Londres hasta Folkestone y alojado en un precioso hotel. Estos actuantes, ante su estupefacta mirada, se habían conchabado para llevar a cabo la aventura y para prestarle el aire de deber su buen éxito a que la señora de Beale, como dijo Susan, había salido hacía sólo un instante. Cuando Sir Claude, reloj en mano, hubo acogido este hecho con la exclamación: «¡Entonces haz tu equipaje, señorita Farange, y vente con nosotros!», a continuación se había producido por las escaleras una serie de ejercicios gimnásticos de una índole capaz

de lograr que el corazón de la señorita Farange acabara en la boca de la señorita Farange. Se acomodó con Sir Claude en un carruaje de cuatro ruedas mientras él seguía consultando el reloj; lo consultó más tiempo que cualquier médico que hasta la fecha le hubiese tomado a ella el pulso; el suficiente tiempo para ofrecerle una visión de algo semejante al éxtasis de desaprovechar tamaña oportunidad de mostrar impaciencia. El éxtasis se había iniciado en el cuarto de dar clases mientras ella estaba enfrascada en la *Berceuse,* casi exactamente igual que la pregustación experimentada aquel día, no mucho tiempo atrás, en que Susan había subido jadeante y ella misma, apenas se sintió comparada a una duquesa, se había apresurado a bajar; pues ¿qué perjuicio, en tal caso, había habido en abatimientos y decepciones si ella aún podía disfrutar, siquiera excepcionalmente, de la sensación de que le «anunciaran» tan querido nombre? No se le había olvidado que su padre le había vaticinado que un día iba a encontrarse de patitas en la calle, pero con toda seguridad ello no iba a ocurrir este mismo día, y se sintió justificada en su preferencia manifestada ante aquel progenitor en cuanto su visitante hubo puesto en movimiento a Susan y posado su mano, mientras ella aguardaba junto a él, gentilmente sobre la de ella. Era lo mismo que, en los Jardines de Kensington, había hecho el Capitán: la situación en que ahora ella se encontraba le recordó ligeramente la de entonces y renovó su vago estupor ante el modo como, desde el principio, semejantes amabilidades y atenciones le habían dado la sensación de ser consecuencias y signos de cosas que concernían a otras personas e incluso hasta cierto punto de la disminución o agudización de las dificultades de éstas. Las cosas que la habían decepcionado y las que la habían amedrentado durante la noche de la Exposición se disolvieron ahora por igual en la impresión de que cualquier «sorpresita» con que en este momento estuviera a punto de obsequiarla Sir Claude, sería demasiado grande para manifestarse toda de una vez. Cualquier temor que pudiera nacer del hecho de que él parecía estar excluyendo a su madrastra, se vio mitigado gracias al imperativo de una regla general: la extraña verdad consistente en que si actualmente la señora de Bealé nunca salía o entraba sin hacerla pensar en él, en modo alguno ocurría, en compensación, que el rasgo primordial de la renovada presencia de él fuera hacerla pensar en la señora de Beale. Estar con Sir Claude significaba pensar sólo en Sir Claude, y esa ley gobernó los pensamientos de Maisie hasta que, con un súbito bandazo del carruaje, que por fin había acogido a Susan y a un buen montón de maletas y casi había llegado a la estación de Charing Cross, extrañamente volvió a asomar en su confusa mente la desde hacía tanto tiempo perdida imagen de la señora Wix.

Ello fue singular, pero a partir de tal momento ella comprendió y siguió: siguió con la sensación de que se estuvieran llenando todas las lagunas creadas por aquellos síntomas de evasión y de fuga. Su éxtasis era algo que tenía en aún mayor grado una cara que una espalda que volver: una mirada fija en la señora Wix incluso después de la ligera sorpresa de no encontrársela, conforme progresó el viaje, ni en la estación de Londres ni en el hotel de Folkestone. Hicieron falta pocos instantes para que la niña fuera consciente de que aunque la señora Wix no estuviera en ninguno de aquellos lugares, por lo menos sí estaba en algún otro. Todo el tiempo Maisie había sabido demasiado, pero nunca tanto como lo que iba a saber a partir de ahora y lo que en especial supo durante el par de días que debió permanecer suspendida en el aire, por así decirlo, sobre aquel mar que representaba, con su brisa y su color azul y el encanto del verano, una travesía mucho más amplia que la del Canal. En este periodo le fue dado llegar a adivinaciones tan

complejas que yo no dispondría de espacio para mi propósito si tratase de seguirla paso a paso; respecto de lo cual, por consiguiente, debo contentarme con precisar que aun la más completa pintura que pudiera hacerse del proceder de Sir Claude sólo ofrecería una pálida y borrosa copia de la imagen que del mismo se formó su amiguita. Abruptamente, aquella mañana, él se había entregado a poner en práctica la idea que durante semanas le había estado insuflando la señora Wix siguiendo una línea de ataque que con excepcional habilidad esta mujer había evitado que quedara enredada en la fina telaraña constituida por las relaciones de él con la señora de Beale. El aliento de la sinceridad de la señora Wix, soplando sin tregua, lo había inducido a aquella huida en la que, hasta el grado que ya he descrito, también había sido trepidantemente involucrada Maisie. Se trataba ni más ni menos que de la intrépida maniobra de abandonar tanto a la señora de Beale como a su propia esposa: de marcharse enseguida con la niña a tierras extranjeras lo bastante lejanas como para ayudar a hacer realidad el sueño de la señora Wix de verlo arrepentirse de sus descarríos y redimir sus fechorías. Constituiría un sacrificio —bajo una mirada a la cual no se le escaparía ni el más tenue matiz— en pro de lo que incluso los extraños huéspedes que milady recibía en los antiguos tiempos habían denominado el verdadero bien de la pequeña infortunada. En la mente de Maisie se albergó una sospecha de muchas cosas que, durante la última larga temporada, habrían pasado de un modo confuso, pero harto sincero, por la mente de él: una vislumbre, casi sobrecogida en virtud de su agradecimiento, del milagro obrado por la vieja institutriz. A este respecto aquella modesta criada no habría podido resultar más impresionante —aunque fuera contemplando sus acciones indirectamente— si hubiese sido una profetisa con un manuscrito desenrollado o alguna ferviente abadesa hablando por boca de la Iglesia. Día tras día se había mantenido pegada a su maleable amigo, influyendo en él con profunda, concentrada pasión, haciendo absolutamente todo lo posible por convertirlo al bien, y moldeándolo de guisa que finalmente él había aprovechado su hermosa oportunidad. Que dicha oportunidad no era un espejismo quedaba suficientemente garantizado por el modo claro en que él había terminado viendo que, en caso de que pasara a la acción, no armarían ninguna clase de bronca ni Ida ni Beale, a quienes, cada uno por motivos distintos, todo aquello convendría en grado sumo.

Ello suena, no cabe duda, demasiado penetrante, pero el caso es que no se debió en absoluto a confesiones de Sir Claude el hecho de que Maisie fuera capaz de reconstruir la singularidad del especial influjo gracias al cual, durante aquellos intervalos, él había ido regenerándose a base de mantener aislados de todos sus demás intereses, en la medida de lo posible, sus intereses amorosos. Por supuesto ella siempre tenía en la mente más bien sensaciones que palabras, pero fue precisamente gracias a esta desventaja como consiguió ahora entender que las ausencias de su compañero habían tenido por motivo que era el amante de su madrastra y que en buena lógica el amante de su madrastra apenas podía aspirar a tener un gran derecho a ocuparse de ella misma. A estas alturas Maisie había aceptado la presuposición de que existía una especie de natural incompatibilidad entre amantes y niñas. De hecho fue precisamente esto lo que arrojó luz acerca del probable contenido de la nota a lápiz depositada sobre la mesa del vestíbulo de Regent's Park y que le daría la bienvenida a la señora de Beale al regresar. Caprichosamente Maisie se lo figuró precautoriamente humorístico de tono, aun cuando a su propio modo de ver el rostro de Sir Claude había exhibido al escribirla una seriedad nunca vista anteriormente si exceptuamos la vez que él la había montado en el carruaje cuando ella se había portado

mal con él después de estar con el Capitán. En realidad podía sentirse turbado, pero seguramente, según el punto de vista de la niña, él habría amortiguado con alguna salida chistosa el trastorno provocado en el hogar de su padre al sustraer a una apreciada integrante de la servidumbre. No es que no hubiera una buena cantidad de cosas más que habían podido ser omitidas en la nota: una buena cantidad de cosas para las cuales era un alojamiento mejor el ingenioso cerebrito de Maisie, donde estuvieron pululando sin parar y ocasionaron que la primera visión de Folkestone se difuminara en una vaguedad de colores y sonidos. En medio de esta mezcolanza se tornó claro que ahora su padrastro no tenía nada que tomar en cuenta salvo su embrollado vínculo con la señora de Beale. ¿Acaso no se había desembrollado finalmente de cualquier otra persona o cosa? El obstáculo a esa ruptura a que lo había urgido la señora Wix en aras de su propio bien espiritual, estribaba sencillamente en que él estaba enamorado, o más bien, para expresarlo con mayor exactitud, en que la señora de Beale no le había dejado ninguna duda sobre el grado hasta el cual lo estaba *ella.* Lo estaba hasta el grado de haber logrado durante un tiempo hacerlo someterse a su dominio sentimental e incluso hasta cierto límite a la idea de que con un poco de diplomacia y un mucho de paciencia aún podrían hacer muchas cosas juntos. Ni siquiera estoy en condiciones de asegurar que Maisie no se hubiera apercibido de hasta qué punto, a este respecto, la señora de Beale estaba muy lejos de compartir la casi insuperable renuencia que él sentía a dejar respirar a su pequeña hijastra el aire de la crasa irregularidad de ambos: la opinión de él, en suma, de que debían o bien cesar de ser irregulares o bien cesar de ser paternales. Su pequeña hijastra, por su parte, había adoptado desde hacía tiempo el parecer que en una ocasión la mismísima señora Wix no había considerado imperdonablemente pecaminoso: el parecer de que a fin de cuentas ella se sentía, *en cuanto* pequeña hijastra, espiritualmente a sus anchas en atmósferas aterradoras de analizar. Si la señora Wix, empero, aterrada hasta el límite, ahora se había decantado por las medidas drásticas, Maisie, como ya he sugerido, estaba asimismo en condiciones de entender perfectamente tanto las razones de las mismas como las muy distintas razones de que dicha mujer no hubiera hecho, al menos de momento, su aparición personal en escena.

¡Oh, decididamente nunca lograré que den ustedes crédito a la cantidad de cosas que ella comprendió y la cantidad de secretos que descifró! Por qué diantres, sin ir más lejos, no supo ocultarle Sir Claude —excepto siguiendo la hipótesis de que no le interesara— que, si bien se miraba y en la medida en que era cuestión de intereses transferidos, él tenía sobre ella tantísimos derechos como su madrastra, por no hablar de un derecho que la señora de Beale no estaba en condiciones de disputarle. De todos modos él no exhibió ningún competente enigmatismo que lograra impedir que ella, una vez que ambos principiaron a mirar hacia Francia, hiciera hipótesis incluso sobre todas aquellas cosas cuya explicación había resultado tan dificultosa en tanto que características de los felices días del ayer: sus paseos y expediciones juntos en los hermosos tiempos mejores que siguieron al instante de su primer encuentro. Nunca anteriormente ella había tenido semejante sensación de haberle dado a él la clave para conducir del modo más feliz sus mutuas relaciones, o de que él le estaba agradecido a ella por su capacidad de abordar las coyunturas desde el ángulo más cómodo. En verdad ella le salió al encuentro hasta en el preciso problema que más incómodamente involucraba a la señora de Beale: el de los feroces celos de esta dama y la necesidad de mantenerle en secreto durante el mayor tiempo posible el hecho de que la pobre señora Wix seguía ejerciendo su influencia. Sí,

ella también le salió al encuentro respecto de lo incontestable de la circunstancia de que, puesto que su madrastra no se había topado con nadie más de quien sentir celos, había compensado tan crasa privación encauzando tal sentimiento hacia cierta influencia espiritual. Con un guiño del ojo Sir Claude pareció absolutamente dar a entender que una influencia espiritual capaz de hacer tomar una decisión era a fin de cuentas una influencia espiritual expuesta a que alguien le arrancara los ojos; y que, siendo así el caso, había una persona a quien ellos dos no podían permitirse dejar desprotegida sin antes haber averiguado con mayor claridad las intenciones de la señora de Beale. Maisie, cierto es, no necesitó comentar verbalmente, en el comedor, a la hora del almuerzo: «¿Qué *puedehacer* la señora de Beale sino venir a reunirse contigo en caso de que papá dé un paso que legalmente equivaldrá a un abandono de hogar?» Tampoco necesitó él, en respuesta, expresar en tales momentos otra cosa que su alegría por haber encontrado una mesa junto a una ventana desde la cual, mientras degustaban carne fría y Apollinaris* —pues él había insinuado que debían ahorrar lo más posible—, ambos podían dejar que su mirada se demorase con ternura sobre los distantes acantilados blancos que para los atribulados ingleses han implicado tan a menudo una promesa de seguridad. Maisie se dedicó a mirarlos fijamente como si tras unos instantes lograra de veras discernir apoyada en ellos una querida figura grotesca: una figura respecto de la cual ya tenía la perspicaz sensación de que, dondequiera que se apoyase, sería indiscutiblemente la más insólita jamás vista en Francia. Pero era por lo menos tan apasionante sentir dónde no estaba la señora Wix como lo habría sido saber dónde sí estaba, y si ni siquiera estaba en Boulogne ello no hizo sino espesar la emoción.

Aunque aquel día no se iba a ver a la señora Wix, empero, el atardecer quedó marcado por una aparición ante la cual, pese a todo, el extremado suspense replegó sus alas en el acto. Tranquilizando su respiración y concentrando, con la mirada baja, toda su atención en la elegancia de su propio vestido y de sus encajes, debido a la cual reflexionó que no había apelado en vano a una lealtad que en Susan Ash había triunfado sobre todas las hermosas pertenencias que en su alocada carrera habían dejado detrás de ellas, Maisie *pasó* sentada en un banco del jardín del hotel la media hora anterior a la cena, esa misteriosa ceremonia de la *table d'hôte* para la cual se había arreglado con jadeante puntualidad. Sir Claude, a su vera, estaba consagrado a un cigarrillo *y a* los periódicos de la tarde; *y* aun cuando el hotel estaba al completo, el jardín mostraba ese especial vacío que suele anteceder al sonido del gong. Ella ya casi había tenido tiempo de aburrirse del escenario humano; en todo caso su propia humanidad, en la forma de un tizne en su faldita, la absorbió tanto rato que en cuanto alzó los ojos su mirada se posó sobre un largo ropaje de gran calidad que volvía bochornoso cualquier tizne y que había avanzado resplandecientemente hacia ella sobre el césped sin que ella advirtiera su rumor. Ella recorrió de abajo a arriba aquel enhiesto esplendor —subiendo y subiendo desde el punto del suelo donde se había detenido— hasta que al final de un recorrido considerablemente largo su atención fue conmocionada por la cara inmóvil que, en la cúspide de aquel ropaje, semejaba representar la apoteosis de la acción de llevar un atuendo.

—¡Dios santo, mamá! —exclamó pasado un instante: lo exclamó en un tono que, mientras se ponía en pie como un resorte, hizo también ponerse en pie junto a ella a Sir Claude y le proporcionó a milady, a unos metros de ellos, la ventaja de una momentánea confusión. La de la pobre Maisie fue inmensa: la imprevista aparición de su madre tuvo

* Por aquel entonces era una famosa marca de agua mineral. (N. del T.)

el mismo efecto de una de esas persianas metálicas que, en sus paseos vespertinos con Susan Ash, había visto caer repentinamente, tras el accionamiento de un resorte, ante resplandecientes escaparates. La luz del viaje al extranjero se extinguió de golpe; tuvo la horrenda sensación de que habían sido pillados; y por primera vez en su vida delante de Ida se atrevió a traducir un impulso en un acto perverso aferrando descaradamente la mano de su compañero de delito. En nada la ayudó el hecho de que al principio él semejara idénticamente trastornado por el terror: fueron unos instantes durante los cuales, en el vacío jardín con sus luengas sombras sobre el césped, el azul mar más allá de los setos y el ambiente de sobresaltada paz, los dos adultos permanecieron inmóviles cual altos vasos llenos hasta los bordes y mantenidos verticales por temor a derramamientos. Por último, con una entonación que por su inesperada suavidad intensificó el efecto de sorpresa, su madre le dijo a Sir Claude:

—¿Te importaría que yo hablara con ella un momentito?

—Por supuesto que no, *¿verdad?* —*Tanto* tardaba en hacer acto de presencia la respuesta de él, que fue Maisie la primera en dar con la reacción adecuada.

Él se rió mientras parecía adherirse al parecer de la niña, y ésta creyó ver una suficiente rendición en el modo como él le dijo a la visitante:

—¿Cómo diantres sabías que estábamos aquí?

Ante esto, su mujer salvó el resto de la distancia hasta ellos y se sentó en el banco posando una mano sobre su hija, a quien atrajo donosamente hacia sí y en quien, ante aquella cercanía, inició un nuevo movimiento el miedo recién experimentado, aunque ahora en una muy distinta dirección. Sir Claude, a su otro lado, retomó su asiento y sus periódicos, de suerte que los tres se agruparon componiendo un idílico cuadro familiar: con el vínculo de él, de la más extraña de las maneras, admitido casi cínicamente en un abrir y cerrar de ojos, y con la madre empujando acariciantemente a la hija a indecibles conformidades. Ahora Maisie sintió cuán poco eran Sir Claude y ella los pillados en flagrante delito. Tuvo la resuelta sensación de que eran ellos quienes habían pillado a su parienta, de que la habían pillado en el acto de deshacerse de su carga de una manera tan definitiva que le infundía una serenidad nunca anteriormente demostrada. Oh sí, el miedo se había esfumado, y ella nunca se había sentido tan irrevocablemente separada como en la presión de la posesión que ahora ejercitaba supremamente aquel brazo de Ida enfundado en un largo guante y rebosante de pulseras.

—Me llegué hasta Regent's Park —fue enseguida la contestación de milady a Sir Claude.

—¿Quieres decir hoy?

—Esta mañana, justo después de tu propia visita. Así fue como os localicé; eso es lo que me ha traído hasta aquí.

Sir Claude reflexionó y Maisie guardó silencio.

—¿A quién, entonces, encontraste allí?

Ida emitió un sonido de indulgente mofa:

—Me hace gracia tu susto. Sé a qué te refieres. No encontré a la persona a quien me arriesgaba a encontrar, pero estaba preparada para la eventualidad de que hubiera tenido que verla. —Se dirigió a Maisie; la había abrazado más estrechamente—: Pregunté *por ti*, querida, pero no vi a nadie más que a una sucia criada. Tenía el semblante enrojecido por los grandes hechos que, según me contó, acababan de tener lugar en ausencia de la señora de la casa; y por fortuna creía saber el lugar adonde se te había llevado Sir Claude. Si él

no había dejado una pista falsa era aquí donde debía encontrarte: ésa fue la conjetura que me guió al ponerme en marcha. —Ida jamás había sido tan explícita sobre conjeturas *y* marchas, y Maisie, mientras asimilaba esto, asimismo observó que Sir Claude participaba de esa inhabitual impresión—. Quería verte —prosiguió su esposa—, y ahora puedes hacerte una idea de las molestias que me he tomado. Hoy tenía una barbaridad de cosas que hacer en la capital, pero me las ingenié para zafarme.

Durante un instante, Maisie y su compañero hicieron justicia a este logro; pero Maisie fue la primera en exteriorizarlo:

—Me hace mucha ilusión que quisieras verme, mamá. —Luego prosiguió tras una más profunda recapacitación y con un más audaz impulso—: Has llegado a tiempo por los pelos. —Se le atascaba en la garganta, pero logró echarlo fuera—: Nos vamos a Francia.

Ida fue magnífica; Ida la besó en la frente:

—Era justamente lo que me figuraba: por eso me decidí a venir a todo correr. Supuse que a pesar de vuestras prisas haríais un alto antes de cruzar el Canal, y fue una razón adicional para querer verte.

Intensamente Maisie se preguntó cuál podría ser la razón primera, mas sabía que era preferible no hacer preguntas. De hecho se quedó ligeramente sorprendida al ver que Sir Claude no lo sabía y al oírlo inquirir de inmediato:

—En nombre del cielo, ¿qué puedes tener que decirle?

Su tono no fue exactamente rudo, pero sí lo bastante impaciente como para volver la respuesta de su esposa un renovado epítome de su novedosa dulzura:

—Eso, muy señor mío, es de mi exclusiva incumbencia.

—¿Acaso quieres decir —preguntó Sir Claude— que deseas que te deje a solas con ella?

—Sí, si tienes la bondad: tal es la excepcional petición que me tomo la libertad de hacerte. —Milady había descendido a una suavidad irónica merced a la cual, por un momento, la pobre Maisie se sintió desconcertada y fascinada, perpleja ante una vislumbre de algo que durante todos aquellos años había asomado muy esporádicamente. Ida le sonreía a Sir Claude con el extraño aire que asumía en las ocasiones en que desafiaba a su interlocutor a mostrarse igual de risueño; sus enormes ojos, sus rojos labios, las intensas líneas de su rostro constituían un *éclairage* tan nítido *y* público como una lámpara colocada junto a una ventana. La niña pareció casi ver en éste el mismísimo fanal que le había iluminado el camino a su madre; súbitamente se halló reflexionando que no era de extrañar que los hombres la aceptaran como guía. Así debía de haber mirado mamá a Sir Claude la primera vez; aquello recobró el esplendor del periodo que los dos adultos ya habían dejado atrás. Así debía de haber mirado también al señor Perriam y a Lord Eric; por encima de todo la imaginación de Maisie se hizo así una idea más completa del estado de felicidad del Capitán. Nuestra pequeña se aferró a dicha visión con un súbito palpitar del corazón; se produjo un silencio durante el cual su madre la inundó con una inmensa confirmación del notable homenaje rendido por el Capitán. Tal silencio tardó tantísimo en ser interrumpido como para implicar que también Sir Claude podía no estar sino nuevamente sobrecogido ante aquel hechizo que antaño lo había seducido tan intensamente; tanto es así que Maisie casi esperó que por lo menos él dijera algo que mostrara un reconocimiento del encanto que mamá sabía desplegar.

Lo que a continuación él dijo fue:

—¿Vas a pasar aquí la noche?

Su madre miró en su derredor con aires de grandeza:

—Aquí no: he acudido desde Dover.

Por encima de la cabeza de Maisie, ante esto, los dos se miraron fijamente.

—¿Pasarás la noche allí?

—Sí. Me he traído algunas cosas. Fui al hotel y cumplimenté todas las formalidades con premura; luego tomé el tren que me ha traído rapidito a Folkestone. Ya ves qué día he tenido.

La afirmación puede sorprender, pero verdaderamente estas palabras fueron las más halagadoras si no las más tajantes, al menos a oídos de su hija, que jamás habían brotado de los labios de Ida; y en la hija nació un súbito deseo de que al menos por aquella vez sirvieran felizmente como pauta de conversación. Desde luego mamá poseía un encanto que, cuando afloraba, servía para explicar muchas cosas; y el único riesgo que ahora podría haber en aplaudirlo estribaba en que ello pondría de manifiesto lo infrecuentes que eran tales instantes. No obstante, Maisie arrostró ese peligro asintiendo cordialmente a que desde luego Ida se había pegado un carrerón; e invitó a Sir Claude a delatarse conviniendo con ella en que el carrerón había sido aún más tremendo que el de ellos mismos. El pareció acoger esta sugerencia preguntando con bastante impasibilidad:

—¿Vas a volver allí esta noche?

—Oh sí: hay trenes de sobra.

De nuevo Sir Claude vaciló; habría sido dificil precisar si la niña, entre ellos, servía más para unirlos o para separarlos. Entonces él espetó calmosamente:

—Será demasiado tarde para que andes por ahí sola. Yo te acompañaré.

—No hace falta que te molestes, muchas gracias. Creo que no me negarás que sé valerme por mí misma y que no es la primera vez en mi desdichada vida que me las he ingeniado sola. —Exceptuando esta alusión a su desdichada vida ellos estaban conversando, advirtió Maisie, como si no fueran más que simples conocidos: una peculiar impresión que ya anteriormente la había hecho maravillarse a menudo mientras la rodeaban personas que ella suponía íntimamente ligadas. Tal impresión se acrecentó con la manera casi desinteresada en que milady dijo a renglón seguido—: Seguramente me iré al extranjero.

—¿Directamente desde Dover, quieres decir?

—No puedo asegurar cuán directamente. Estoy demasiado enferma.

Por un instante, a Maisie aquellas palabras le parecieron nada más que parte de la charla; al final del cual se dio cuenta de que debían parecerle —aunque por lo visto no se lo parecieron a Sir Claude— parte de algo más serio. Aquello la ayudó a ir más al grano:

—¿Estás enferma, mamá?... ¿enferma de veras?

Lamentó ese «de veras» nada más haberlo pronunciado; pero no pudo haber mejor prueba de los presentes buenos modales de su madre que el hecho de que Ida no manifestara ninguna señal de enojo al oírselo. En otras ocasiones se había enojado ante detalles mucho más nimios. Se limitó a estrechar la cabeza de Maisie contra su seno y decir:

—Asombrosamente enferma, querida. Debo ir a ese lugar nuevo.

—¿Cuál lugar nuevo? —inquirió Sir Claude.

Ida se puso a pensar, pero no logró acordarse:

—Oh, como—demonios—se—llame, ¿no te suena?, adonde ahora va todo el mundo.

Necesito algún tratamiento adecuado. Es todo cuanto le he pedido siempre a la vida. Pero no es de eso de lo que he venido a hablar.

En silencio, Sir Claude dobló uno por uno sus periódicos; luego se incorporó y permaneció de pie golpeándose la palma de la mano con el fajo:

—¿Te quedas a cenar con nosotros?

—Cielos, no: no soporto cenar a esta hora. Ya dejé encargada la cena en Dover.

El tono de milady acerca de esta precisa cuestión denotó una cierta superioridad sobre aquellas características que a su hija la habían hecho pensar ingenuamente que Folkestone era un paraíso. Sin embargo no fue lo bastante destructiva como para aplastar en brote el anhelo con que ésta última espetó:

—¿No querrás al menos tomar una taza de té?

Otra vez Ida la besó en el entrecejo:

—Gracias, amor, pero ya tomé el té antes de salir hacia aquí. —Alzó la mirada hacia Sir Claude—. ¡Mi hija *es* un encanto! —Él no comentó nada, cual si no hubiese estado de acuerdo; pero Maisie no sentía preocupación a ese respecto y aún se sentía embriagada por el placer del afortunado tono que había asumido la conversación, el cual ratificaba una y otra vez la versión que el Capitán le había brindado sobre milady y literalmente volvía lícita la suposición de que tamaño admirador podría estar, en el otro lugar, aguardándola para cenar. ¿Estaba la misma suposición atravesando los pensamientos de Sir Claude? El la desconcertó parcialmente, si es que participaba de tal suposición, mediante la ligera perversidad con que volvió a abordar un asunto que obviamente su mujer consideraba ya zanjado.

Volvió a golpearse la mano con sus periódicos:

—Realmente será preferible que yo te acompañe.

—¿Dejando aquí a Maisie sola?

Tan patente era que mamá no deseaba tal cosa que Maisie pasó raudamente a especular que tal vez había sido el Capitán quien la había acompañado desde Dover y que, mientras aguardaba el momento de acompañarla de vuelta, ahora estaría vagando a la misma distancia de su compañera que aquel día en los jardines de Kensington. Como es natural, empero, en vez de exteriorizar tal imagen, dejó que Sir Claude respondiera; tanto más cuanto que la respuesta de éste iba a contribuir notablemente al presente prestigio de ella:

—No se quedará sola: tiene a su disposición una doncella.

Anteriormente Maisie jamás había dispuesto de tal séquito, y volvió a guardar silencio para ver qué efecto le producía aquello a milady.

—¿Te refieres a la mujer que os habéis traído de Londres? —consideró Ida—. La persona que encontré en la casa me dio ciertas referencias sobre ella que dificilmente la convierten en compañía apropiada para mi hija. —Su tono implicaba que su hija, cuando había estado a su cargo, nunca había carecido de compañías archiapropiadas. Mas con idéntica nitidez volvió a rechazar la propia compañía de Sir Claude—: No seas bobo —dijo encantadoramente—. Déjanos a solas.

Frente a ellas y sobre el césped él ofreció un aspecto mucho más grave de lo que Maisie pensó que la ocasión justificaba.

—No entiendo por qué no puedes decírselo delante de mí.

Su esposa estiró uno de los rizos de la niña y dijo:

—Decirle ¿el qué, querido?

—Caramba, pues lo que has venido a decirle.

Ante esto finalmente Maisie intervino; apeló a Sir Claude:

—Déjala decírmelo.

Por unos instantes él miró intensamente a su amiguita:

—¿Cómo sabes lo que puede decirte?

—Debe arriesgarse —comentó Ida.

—Yo sólo deseo protegerte —continuó él para la niña.

—Tú sólo deseas protegerte a ti mismo, querrás decir —replicó su esposa—. No tengas miedo. No voy a atacar tu reputación.

—¡No va a atacar tu reputación, *no* va a atacarla! —declaró Maisie. A estas alturas sentía que verdaderamente podía garantizarlo, y en ella volvía a aflorar algo de la emoción con que había escuchado al Capitán. Eso la hacía sentirse tan feliz y tan segura que resueltamente estaba en condiciones de tomar a mamá bajo su protección. Lo hizo utilizando el mismo lenguaje del Capitán—: ¡Ella es buena, es buena! —proclamó.

—¡Santo Dios! —se le escapó a Sir Claude ante aquello. Pareció emitir algunos sonidos sarcásticos que resultaron ahogados, para los oídos de Maisie, por un nuevo abrazo con que la obsequió su esposa. Por último Ida la dejó libre y la apartó ligeramente, mirándola con un semblante muy extraño. Entonces la niña se dio cuenta de que su compañero las había dejado a solas y de que un comentario de aquiescencia estaba brotando del semblante de marras.

—*Soy* buena, amor —dijo milady.

21

Buena parte del resto de la visita de Ida se consagró a aclarar, por así decirlo, aquella insólita afirmación. La aclaración fue más copiosa que ninguna otra en que anteriormente se hubiera complacido esta dama y, mientras caía el crepúsculo estival y ella retenía a la niña en el jardín, se mostró conciliadora hasta un extremo que dejó traslucir perceptiblemente su necesidad de dejar un poco en orden las cosas. No fue tan sólo que brindara aclaraciones, sino que casi conversó; el único fallo estuvo en que desde luego habría debido parlotear un poco menos. Era sin duda la vez en la vida de Maisie que su madre iba a tener mayor número de cosas que decirle. Ya sólo en esto había una implicación de generosidad *y* de virtud, *y* no fue preciso un gran intervalo para hacer que nuestra pequeña intuyera que la mejor respuesta y el modo de terminar cuanto antes consistiría sencillamente en mostrarse impresionada ante lo legítimo de sus alegaciones. Permanecieron sentadas juntas mientras la enguantada mano de la progenitora a veces se posaba amigablemente sobre la de la niña y a veces le daba un tirón correctivo a una cinta demasiado recogida o a una trenza demasiado desatada; y Maisie fue consciente del esfuerzo necesario para no manifestar con sus ojos la sorpresa que de vez en cuando incitaba a éstos a pestañear. Oh, habría habido sobradas cosas ante las cuales pestañear sólo con que una se hubiera dejado llevar de sus emociones; conque era una suerte que se encontraran solas, sin que Sir Claude o la señora Wix o aun la señora de Beale estuviesen presentes para recoger imprudentes miradas de sobreentendimiento. Aunque profusa y prolija, milady no se mostraba concienzudamente clara, y su relato de su propia situación, en la medida en que podía calificárselo de descriptivo, fue una confusa amalgama de

cosas incoherentes: el fruto precipitado de una ocasión que en verdad había aprovechado demasiado a la ligera. Ninguna de tales cosas fue producto de un verdadero raciocinio e inclusive algunas no fueron del todo insinceras. Fue como si abiertamente hubiese preguntado qué mejor prueba se habría podido pedir de su bondad y de su grandeza de alma que precisamente aquel maravilloso consentimiento en sacar a la luz lo que tanto se había esforzado en no dejar ver. Fue como si hubiese dicho así de verbosamente: «Entre nosotros (entre Sir Claude y yo) han sucedido cosas sobre las cuales no es necesario que me extienda, pelmacita mía, porque nunca las entenderías.» Le convenía dar por supuesto que Maisie había sido mantenida, en lo que a *ella* respectaba o podía imaginar, en una santa ignorancia, y que debía presuponer una extrema simplicidad. Se debatía dentro del atolladero que ella misma se había buscado y respecto del cual no veía la forma ni de retirarse con elegancia ni de resolver con honor: se arropaba con los andrajos de su descaro, afectaba poses hasta el máximo ante la última esquirla de vidrio a que después de tantos golpes había quedado reducida la pulida lámina de la reverencia filial. Si ni Sir Claude ni la señora Wix estaban presentes, acaso ello era en realidad una lástima: la escena se desarrolló con un estilo propio que la habría hecho digna de ser mostrada, especialmente en un momento tal como lo fue aquél en que la madre reveló que sinceramente consideraba que su infeliz descendiente iba a estar mejor con Sir Claude que en sus propias manos manchadas. En todo caso no hubo ninguna tacañería ni en sus sinceridades ni en sus tergiversaciones: la mezcla de su temor a lo que Maisie pudiera impenetrablemente pensar y de la audacia que al propio tiempo ella misma extraía de una necesidad de ser egoísta y de una costumbre de ser brutal. Tal costumbre refulgió a través del mérito que ahora se atribuyó a sí misma, en términos explícitos, por no haber venido a Folkestone a armar una vulgar bronca. No había venido para pegar ningún sopapo ni para dar ningún portazo ni tan siquiera para pronunciar ninguna palabra no refinada: en el peor de los casos había venido para perder el hilo de su disertación en un ocasional mudo tironeo de los trapos con que la vulgar sirvienta de la señora de Beale había tenido la desvergüenza de ataviar a la señorita Farange. Reprimió todo comentario crítico, sin referirse siquiera a aquella falta de comodidades del cuarto de estudio de la que había abusado la señora Wix.

—*Soy* buena: estupenda, demencialmente buena. Pero eso no volverá a servirte de nada *a ti*, y si he renunciado a pelearme con él, y también contigo que eres la responsable de la mayor parte de las dificultades entre nosotros, es por razones que uno de estos días llegarás a entender con todo lujo de detalles: uno de estos días en que espero que te darás cuenta de lo que significa haber perdido a tu madre. Estoy tremendamente enferma pero no debes preguntarme nada sobre ello. Si no me marcho a otro entorno mi médico no responde de las consecuencias. Se maravilla ante todo lo que he debido soportar: sostiene que todo eso me ha caído encima porque nací para sufrir. Estoy pensando en irme a Sudáfrica, pero esto es un asunto que no te incumbe. Debes hacer tu elección: no tienes derecho a hacerme preguntas si estás tan dispuesta a repudiarme. No te contestaré, no: habrás de enterarte tú solita. Sudáfrica es maravillosa, dicen, y si por fin marcho allí será con todas las consecuencias. No pueden darse las dos cosas a la vez: si él se queda contigo, ya sabes, se queda contigo. Me he empleado por ti hasta el fondo; no puedo seguir yendo en tu pos eternamente. Ya no me queda más remedio que vivir mi propia vida, mientras mi cuerpo aguante. Estoy muy, muy enferma; estoy muy, muy cansada; estoy muy, muy resuelta. Ahí lo tienes. Saca el mejor partido de tu posición. Tu vestido

está demasiado cochambroso; pero a lo que yo he venido aquí es a sacrificarme. —Maisie contempló las partes maculadas de su vestido: había instantes en que para ella era un alivio poder bajar la mirada, aunque fuera sobre cosas tan cutres. Todas sus entrevistas, todos sus calvarios con su madre, conforme se había ido haciendo mayor, habían parecido tener, más que ninguna otra, la dura característica de ser largos; pero más largos que cualesquiera otros, extrañamente, le resultaron estos instantes que se le presentaban como el pacífico y agradable epílogo a sus relaciones. Fue su propia ansiedad lo que los hizo largos: el temor que sentía ante la interposición de algún obstáculo, alguna detención de la corriente, uno de aquellos famosos cambios de humor de milady. Contenía la respiración: tan sólo deseaba, cediéndole la ventaja a la visitante, que aquel rato concluyera. Pero precisamente su ansiedad hacía que por momentos toda la situación le diera vueltas: había cosas que Ida estaba diciendo y que tal vez ella no oía, y había cosas que ella oía que tal vez Ida no estaba diciendo—. Tú eres todo lo que tengo, y sin embargo soy capaz de hacer lo que estoy haciendo. Tu padre desearía que estuvieses muerta: sí, querida, eso es lo que desearía tu padre. Deberás acostumbrarte a ello igual que lo he hecho yo: quiero decir, a su deseo de que *yo* estuviese muerta. En todo caso ya has visto por ti misma lo bien que acabo de tratar a Sir Claude. Él también desearía que yo estuviese muerta; ¡y estoy segura de que si el hacerme escenas a propósito *de ti* hubiera podido asesinarme...! —Era propio de la elocuencia de Ida perseguir más liebres de las que podía atrapar, y no le dedicó más que un breve vistazo a ésta; prosiguió con el comentario de que la mejor prueba de que con su marido ella se había comportado como un ángel era que él acababa de marcharse a hurtadillas para no tener que sentirse insuperablemente avergonzado. Habló como si él se hubiera retirado de puntillas, tal como habría podido marcharse de un lugar de culto donde su propia presencia fuera indigna—. Nunca llegarás a saber lo que he pasado por ti... nunca, nunca, nunca. Te lo ahorraré todo, como siempre lo he hecho; si bien seguramente sabes cosas que, si por mí fuera (quiero decir, si yo las supiera), me empujarían a... bien, ¿qué más da? En todo caso ya eres lo bastante adulta para saber que hay un buen montón de cosas que nunca he dicho y que fácilmente podría decir; y eso aunque me haría bien, te lo aseguro, desahogarme al menos por una vez en la vida. No voy a hablar de la infame esposa de tu padre; eso puede darte una idea de cómo os dejo escapar indemnes. Cuando digo «os», incluyo a tus adorados amigos y protectores. Si no haces justicia al hecho de que me abstengo, por delicadeza, de mencionar, como último detalle, en lo referente a tu padrastro, uno o dos pequeños hechos de ésos que *bastaría* mencionar para que en comparación yo reluciera, pese a todas las calumnias, como los chorros del oro... ¡si no me haces esa justicia, está visto que nunca me harás ninguna!

A estas alturas el deseo que Maisie tenía de demostrar cuánta justicia le hacía se había vuelto lo bastante intenso como para engendrar una inspiración. El gran efecto de aquel encuentro había sido confirmar su sensación de que ahora navegaba en el mismo barco que Sir Claude, hacer rica y plena dicha sensación más allá de cuanto hubiese soñado, y ahora todo se confabulaba para sugerir que un único ligero toque de su manita completaría la buena labor realizada y haría zarpar a milady tan rauda y mayestáticamente como para dejar la ruta marina expedita para el día siguiente. Tal era el caso tanto más cuanto que durante unos instantes su manita había quedado libre gracias a una llamativa maniobra de las dos manos de su madre. Una de estas caprichosas extremidades había hurgado con visible impaciencia en algún profundo revés del ropaje y

enseguida había reaparecido asiendo un pequeño objeto. Este acto tenía trascendencia para una personita entrenada, a ese respecto, desde muy corta edad, en no perder de vista los movimientos manuales, y sus posibles consecuencias no quedaron eclipsadas por el recuerdo del puñado de oro que Susan Ash no creía que nunca, nunca hubiera devuelto la señora de Beale —«¡no ella: es demasiado falsa y avarienta!»— a la munificente Condesa. Haber adivinado, pese a ello, que el monedero de milady podía ser el objeto concreto extraído de entre los rumorosos pliegues... en el acto tal sospecha imprimió a la mirada de la niña una dirección cuidadosamente alejada. Y contribuyó, aparte, al optimismo que por un momento fue capaz de agitar la superficie de su hábil diplomacia, agitarla hasta el extremo de hacerla olvidar que su seguridad siempre había dependido de su hacerse pasar por estúpida. En resumidas cuentas ella olvidó su habitual precaución al obedecer el impulso de interesarse por los problemas de milady y de demostrarle a milady cuán perfectamente los entendía. Sin necesidad de mirar vio que su madre abría un diminuto cierre; sin desearlo, oyó el seco chasquido del portamonedas del cual había sido extraído algo. De qué se trataba, no logró verlo; pero no se trató de nada tan abultado que no pudiera mantenerse fácilmente oculto entre los dedos de milady. A Maisie nada le era menos ajeno que el arte de pensar en varias cosas a la vez, conque ahora fue simultáneamente capaz de decir lo que deseaba decir y de sopesar, en lo referente al objeto en la palma de la mano de su madre, la posibilidad de que fuese un soberano frente a la posibilidad de que fuese un chelín. No bien hubo empezado a hablar cuando se dio cuenta de que dentro de unos pocos segundos habría quedado aniquilado este dilema: torpemente había abortado en germen las inminentes palabras del pequeño discurso de presentación de un obsequio, discurso al cual, dadas las circunstancias, debía prestarse aun un orgullo tan exacerbado como el de Ida. Lo había abortado para siempre; esto fue lo siguiente de que se percató; la nota que hizo sonar había conferido a la mirada de su compañera una expresión que bastante rápidamente se apareció como reñida con cualquier obsequio:

—Eso fue lo que aquel día me dijo el Capitán, mamá. Creo que te habría proporcionado agrado oír cómo se expresó acerca de ti.

El agrado, reflexionó ahora con consternación Maisie, habría tardado mucho en llegar si hubiese debido llegar con la misma velocidad que la respuesta motivada por su alusión al mismo. Su madre ofreció una de esas miradas semejantes a una puerta cerrada en plena cara: nunca en su largo historial de intentos fallidos había tenido que acoger Maisie una mirada como aquélla. Le recordó el modo como una vez, en una de las conferencias de Glower Street, algo que en un gran recipiente, entre un surtido de extraños vasos y malos olores, había sido prometido como un hermoso amarillo resultó en un hermoso negro. En aquella ocasión había sentido lástima del conferenciante, pero en este momento sintió aún más lástima de sí misma. Oh, nada le había infligido jamás tanto dolor como el modo en que mamá repuso:

—¿El Capitán? ¿Qué Capitán?

—Caramba, el de cuando te encontramos en los jardines: el que se me llevó aparte un rato. Eso fue exactamente lo que dijo *él.*

Ida rumió aquello de tal manera que por un instante pareció estar recuperando un hilo perdido:

—¿Qué diablos fue lo que dijo?

Maisie titubeó supremamente, pero supremamente lo echó fuera:

—Lo mismo que tú dices, mamá: que eres muy buena.

—¿Lo mismo que «yo» digo? —Lentamente Ida se incorporó, clavando en la niña la mirada; y a su costado y entre los pliegues del ropaje la mano que había rebuscado en el monedero se sometió a una cierta rigidez de todo el brazo—. ¡Lo que yo digo es que eres una perfecta imbécil, y no toleraré que me atribuyas palabras que jamás he pronunciado! —Esto fue mucho más terminante que un simple mentís. En el acto Maisie no pudo menos que sentir que todo se había terminado y que cualquier entendimiento había cesado abruptamente. Al instante ello se vio ratificado—: ¿Quién te ha dado licencia para que me hables de él?

Su hija se puso colorada:

—Me parecía que él te gustaba.

—¡Él!, ¡el ser más tosco de todo Londres! —Milady volvió a sulfurarse, y en la creciente oscuridad pareció enorme el blanco de sus ojos.

A estas alturas el de los ojos de Maisie, empero, podía muy bien ser comparado con el de los de su madre; y al menos ahora aquélla tuvo, con la primera llamarada de rabia que jamás había iluminando su cara ante un antagonista, la sensación de mirar hacia arriba con la misma intensidad con que la otra podía mirar hacia abajo:

—Pues fue amable contigo entonces: lo *fue, y* por eso me gustó a mí. Dijo cosas... que fueron muy hermosas, ¡lo fueron, lo fueron! —Fue casi capaz de decir esto con violencia, pues aun en medio de su estallido de pasión —de la cual formaba parte en realidad aquella violencia— surgió en ella un temor, un dolor, una visión ominosa, precoz, de lo que para el destino de su madre podía significar haberse quedado sin una lealtad como la de aquel hombre. Literalmente hubo un instante en que Maisie lo vio: vio locura y desolación, vio ruina *y* tinieblas *y* muerte—. ¡Desde entonces he pensado en él con frecuencia, y esperaba que sería él... que sería él...! —Aquí, presa de la emoción, le faltó aliento para expresar su filial esperanza.

Pero Ida consiguió hacerla surgir a la luz:

—¿Qué era lo que esperabas, pequeño horror?

—Que sería él quien estaría en Dover, que sería él quien te acompañaría. Quiero decir a Sudáfrica—dijo Maisie en otro espasmo.

Ante esto, el estupor de Ida hizo que esta dama permaneciera en silencio un rato anormalmente prolongado, tan prolongado que su hija no sólo tuvo tiempo de preguntarse qué vendría a continuación, sino también de advertir perfectamente la extinción de todos los síntomas de dadivosidad materna. Su madre se destacaba allí en toda su grandeza, siguiendo oscura y muda; su cólera continuaba siendo claramente, tal como siempre lo había sido, multiforme y llena de recursos. Siguiendo este criterio lo que ahora ocurrió fue lo que menos esperaba Maisie de ella. Aquella cólera se disolvió, en el crepúsculo estival, paulatinamente en piedad, y poco después tal piedad se expresó en un tono acentuado por el renovado sonido del cierre del monedero. Su madre había vuelto a guardar lo que había extraído.

—Eres una hotrenda, espeluznante y lamentable criatura —se lamentó. Y tras esto se dio media vuelta y se alejó con un suave rumor sobre el césped.

Después de que hubo desaparecido, de nuevo Maisie se dejó caer sobre el banco *y* durante algún rato, en el vacío jardín *y* en la acrecida oscuridad, se quedó sentada contemplando la imagen que ante ella había dejado la fuga de su madre. Dicha imagen había cesado de ser sólo su madre, del modo más extraño del mundo, para poder también

representar a su padre, aquel padre cuyo deseo de que ella estuviese muerta continuaba flotando en el aire. Era una presencia de contornos difusos: seguía frente a ella, abrumándola. Mas ¿qué realidad palpable digna de tener en cuenta representaba tal figura si, por su parte, el señor Farange se marchaba también, se marchaba a Estados Unidos con la Condesa o tal vez simplemente a Spa? Esta pregunta recibió, desde el hotel, una súbita respuesta alegre en la forma de un potente sonido de gong, y en el mismo instante vio a Sir Claude buscándola con la mirada desde el amplio umbral iluminado. Ante esto ella fue a su encuentro y él se encaminó para reunirse con ella sobre el césped. Durante unos instantes ella permaneció en silencio con él tal como, hacía un momento, al final, lo había hecho con su madre.

—¿Se ha ido?

—Se ha ido.

Entre ellos, de momento, nada más pasó excepto que se dirigieron untos hacia el hotel, donde, en el vestíbulo, él se entregó a una de esas súbitas chistosidades de las cuales, para deleite de su hijastra, rebosaba su ingénito buen humor:

—¿La señorita Farange me haría el honor de aceptar mi brazo?

En toda su vida nunca había habido nada que la señorita Farange aceptara con tanta dicha, un brillante ingrediente sustancioso que los llevó flotando hasta su banquete; antes de llegar al cual, empero, ella pronunció, en el espíritu de una alegre muchacha que fuera acompañada a su primera cena oficial, una frase confraternizadora que lo hizo pararse en seco:

—Se marcha a Sudáfrica.

—¿A Sudáfrica? —Por un momento, su rostro asumió el aire de quien se prepara para un salto; al momento siguiente el brinco fue hacia una explosión de hilaridad—: ¿Fue eso lo que dijo?

—¡Oh sí, no me he *confundido!* —Maisie se arrogaba *ese* mérito—. Dijo que por el clima.

Ahora Sir Claude estaba mirando a una joven con oscuro cabello, vestido rojo *y* un diminuto *terrier* bajo el brazo. Esta pasó al lado de ellos de camino hacia el comedor, dejando una estela de penetrante perfume que se mezcló, entre el alboroto de la sala, con el cálido aroma de la cena. El se había puesto un poco más serio; siguió sin reaccionar:

—Entiendo, entiendo. —Otras personas pasaron rozándolos; no se había puesto tan serio que no pudiera verlas—. ¿Dijo alguna otra cosa más?

—Oh sí: muchísimas más.

Ante esto él tomó a mirarla a los ojos con cierta vividez, pero se limitó a repetir:

—Entiendo, entiendo.

De todas formas Maisie tenía ante sus ojos aquella escena, que decidió revelar:

—Tuve la sensación de que iba a darme algo.

—¿El qué?

—Un poco de dinero que sacó del monedero y que luego volvió a guardar dentro de él.

Reapareció el jolgorio de Sir Claude:

—Se lo pensó mejor. ¡Mi ahorrativa mujercita! ¿Cuánto consiguió economizar con esa maniobra?

Maisie caviló:

—No logré verlo. Era algo pequeño.

Sir Claude echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—¿Quieres decir que era muy poco? ¿Una moneda de seis peniques?

Maisie se ofendió por estas palabras como si, en su cena oficial, ya hubiera pasado a intercambiar chanzas con un comensal simpático:

—Tal vez fuera un soberano.

—O incluso —sugirió Sir Claude— un billete de diez libras. —Ella se sonrojó ante este súbito cuadro de lo que a lo mejor había perdido, y él lo hizo más vívido agregando––: Totalmente apretujado en una bolita, ya sabes: ¡es su manera de tratar los billetes como si fueran rizadores! —El sonrojo de Maisie se intensificó por la inmensa plausibilidad de aquella hipótesis así como por una novedosa oleada de esa conciencia que siempre estaba ahí para recordarle cuánta inteligencia poseía Sir Claude: la conciencia de cuantísimo mejor que ella conocía él a mamá a fin de cuentas. Maisie había convivido muchísimas veces con ella sin jamás descubrir de qué material estaban hechos sus rizadores y sin jamás asistir a ningún otro de los momentos en que había manejado billetes. De cualquier manera la apretujada bolita había rodado delante de sus ojos para nunca más volver... exactamente cual si hubiera sido una de aquellas bolas de billar que hacía correr el formidable taco de Ida. Sir Claude volvió a ofrecerle el brazo, y para cuando se halló sentada a la mesa ella ya había decidido definitivamente el montante de la suma sin la cual se había quedado. Empero, todo lo que la rodeaba —la atestada sala, el vistoso banquete, el sabor de los distintos platos, el espectáculo de los comensales— invitaba a la alegría de vivir. Después de la cena fumó con su amigo —pues eso fue exactamente lo que ella tuvo la sensación de hacer— en el pórtico, una especie de terraza, donde los encendidos extremos de los cigarros y los ligeros vestidos de las damas formaron, bajo las venturosas estrellas, una poesía casi embriagadora. Hablaron muy poco, y se sintió ligeramente sorprendida de que él no preguntara nada más acerca de lo que había dicho su madre; pero ella no sentía ninguna necesidad de hablar: en todas las cosas a su alrededor había un son y un significado propios a los cuales nada podían añadir las palabras. Fumaron y fumaron, y hubo cierta dulzura en la taciturnidad de su padrastro. Al final él dijo—: Demos otro garbeo... pero tú regresarás enseguida a acostarte. ¡Ah, ya lo sabes: a partir de ahora vamos a seguir una disciplina! —Su garbeo los condujo otra vez al jardín, siguiendo los sombríos senderos desde los cuales se veían los negros mástiles y las rojas luces de las embarcaciones y se oían las exhortaciones e imprecaciones que evidentemente tenían relación con felices viajes al extranjero; y una vez más su disciplina consistió en entenderse maravillosamente durante este nuevo vagabundeo sin necesidad de explícitas palabras. Y sin embargo él terminó por hablar; mientras arrojaba al suelo una cerilla con que había prendido más tabaco espetó—: Necesito caminar un poco. Me siento agitado: necesito sosegarme con una caminata. —Maisie convino en esto al igual que convenía en todo; ante lo cual él prosiguió—: Ve a reunirte con la señorita Ash. —Así habían principiado a llamarla—. Comprueba que no ha hecho ninguna tontería. ¿Sabrás ir sola?

—Oh sí: he subido y bajado por las escaleras siete veces. —Resueltamente disfrutaba con la perspectiva de una octava vez.

Aun así, todavía no se separaron: continuaron fumando bajo las estrellas. Entonces Sir Claude lo soltó finalmente:

—Soy libre, soy libre.

Ella alzó la mirada hacia él; se hallaban en el mismísimo sitio donde un par de horas

atrás ella había alzado la mirada hacia su madre. —Eres libre, eres libre.

—Mañana pasaremos a Francia. —Él habló como si no la hubiese oído; pero eso no impidió que ella volviera a concordar:

—Mañana pasaremos a Francia.

Nuevamente él pareció no oírla; y tras un momento —patentemente fue consecuencia de la profundidad de sus reflexiones y la agitación de su espíritu— asimismo habló cual si no hubiese hablado antes:

—¡Soy libre, soy libre!

Ella reiteró su adhesión:

—Eres libre, eres libre.

Esta vez él sí la oyó; a través de la oscuridad se quedó mirándola con semblante serio. Pero no dijo ninguna cosa más: simplemente se inclinó y la abrazó, simplemente la mantuvo así un ratito y luego con un beso le deseó buenas noches; tras lo cual, habiéndole dado un silencioso empujoncito hacia las escaleras y la señorita Ash, otra vez echó a andar en dirección a los negros mástiles y las rojas luces. Maisie subió las escaleras como si Francia estuviera en la cima.

22

Al día siguiente le pareció que Francia estuviera literalmente en el fondo: demasiado hundida, en escalofriantes abismos marinos, incluso para dejarle un recuerdo de la altura a la que, en el barco que atravesaba el Canal, se mantuvo Sir Claude yque de ningún modo había sido jamás tan grandiosa como cuando, bastante calado pese al toldo que los cubría, tuvo la gentileza de acoger en su regazo la cabeza de su hijastra y sobre su pecho la de la doncella de la señora de Beale. Cuando entraban en el puerto Maisie se sorprendió de enterarse de que habían disfrutado de un excelente viaje; pero tal sentimiento, ya en Boulogne, fue raudamente sofocado por otros, sobre todo por el gran éxtasis de una más plena visión del mundo. Estaba «en el extranjero», y se entregó a ello, vibró por ello, en la brillante atmósfera, ante las casas color rosa, entre las pescaderas de piernas desnudas y los soldados de rojos pantalones, con la instantánea certidumbre de tener una vocación. Su vocación era ver el mundo y encandilarse ante el espectáculo; al cabo de cinco minutos se había vuelto más adulta y para cuando llegaron al hotel había identificado en las instituciones y costumbres de Francia una multitud de afinidades y solicitaciones. Literalmente en el transcurso de una hora ella había pasado su iniciación: sensación ésta notablemente avivada por el papel superior que, tan pronto como hubieron engullido un desayuno francés —que de hecho representó una nota alta en aquel concierto—, se observó a sí misma asumir ante Susan Ash. Sir Claude, que había tenido tiempo de toparse con algunos conocidos y que, según dijo, tenía asuntos y cartas que despachar, las mandó a dar un paseo juntas, un paseo durante el cual la niña se cobró venganza, hasta donde lo exigía la justicia poética, no sólo de las estruendosas risas tontas en que había solido prorrumpir su compañera durante sus caminatas londinenses, sino también de todos aquellos años de su propia propensión a suscitar en sociedad la impresión de encerrar dentro de sí un exceso de ese algo extraño que tan errabundamente había parecido oscilar entre la inocencia y la perversión. De buenas a primeras, en Boulogne, aunque tal vez siguiera habiendo exceso, por lo menos ya no había oscilación;

ella identificaba, entendía, rendía homenaje y tomaba posesión; notándose en sintonía con el entorno y posando la mano, a diestro y siniestro, sobre lo que había estado ni más ni menos que aguardándola a ella. Fue ella quien instruyó a Susan, quien se rió de Susan, quien sobrepasó a Susan; y en cierto modo fue la bobaliconería de Susan, que nunca anteriormente había visto tan clara, y el desconcierto *y* la ignorancia *y* el antagonismo de Susan, lo que les dio el más vívido realce a sus percepciones y asimilaciones inmediatas. El lugar y la gente formaban en conjunto todo un cuadro, un cuadro que, cuando bajaron a la amplia arena, resplandeció, en un millar de tonalidades, con la hermosa disposición de la *plage*, con la alegría de espectadores *y* bañistas, con la del idioma y el clima, *y* sobre todo con la de la situación sin precedentes en que se hallaba nuestra pequeña. Pues a ella se le antojó que desde el principio de los tiempos nadie había podido vivir tamaña aventura o, en una sola hora, tantísimas experiencias; como epílogo a lo cual únicamente le hizo falta, para sentir con consciente maravilla hasta qué punto había cambiado el pasado, oír a Susan expresar, enigmáticamente exasperada, su preferencia por Edgware Road[*]. Tanto había cambiado el pasado y tanto había sido rebasado el círculo que antaño éste formara, que aquella misma tarde, en el decurso de otro distinto paseo, ella se encontró inquiriéndole a Sir Claude —y sin el menor escrúpulo— si ya estaba en condiciones de decirle con precisión el momento en que partirían a París. La respuesta, debe reconocerse, le produjo un levísimo escalofrío:

—Oh, París, mi querida niña... ¡no tenía nada planeado respecto a París!

Era preciso dar con una réplica adecuada, mas ahora fue en mucho menor grado por mor del rico placer de debatir por primera vez en su vida los pormenores de un viaje por lo que, después de mirarlo unos instantes, ella repuso:

—Pero ¿no es un viaje a París precisamente el artículo *genuino, lo* que cuando se sale al extranjero...?

Él había vuelto a ponerse serio, y ella se limitó a insinuar aquello; era un modo de hacer justicia a la seriedad de sus existencias. No era compatible, por otro lado, que ella hubiera madurado tanto desde el día anterior y que no reflexionara que si a estas alturas sondeaba un poquito, él admitiría que ella ya había dado muestras bastantes de paciencia. De hecho, en la mirada masculina hubo algo que repentinamente, a ojos de ella, volvió mezquina la discreción infantil. Antes de que ella pudiera poner remedio a esto, él ya había respondido a su última pregunta, la había respondido de un modo que fue, entre todos los modos posibles, el que menos se había esperado ella:

—¿ ... se debe hacer inexcusablemente? Desde luego París es encantadora. Pero, mi querido muchacho, París se lo come crudo a uno. Quiero decir que es una ciudad brutalmente cara.

Aquella nota la hizo sentir una punzada, súbitamente arrojó una luz más implacable. Entonces ¿es que ellos eran pobres?: vale decir, ¿es que *él* era pobre, sinceramente pobre dejando aparte las chistosidades sobre la Apollinaris y la carne fría? Habían llegado al final del largo malecón que circundaba la bahía y estaban mirando hacia los peligros de los que se habían librado: el nublado horizonte que ocultaba a Inglaterra, la encrespada superficie del mar y los marrones queches que se balanceaban sobre ella. ¿Por qué habría escogido él un periodo de estrecheces para lanzarse a esta escapada al extranjero?... a no ser que precisamente se tratara de una de esas escapadas economizadoras, de las que a menudo ella había oído hablar y a las que, después de otra mirada al nublado horizonte y

[*] Una de las principales arterias de la circulación londinense. (N. del T.)

a las balanceantes embarcaciones, se sintió dispuesta a lanzarse con alegría. Ella le contestó casi adoptando el estilo de él:

—Entiendo, entiendo. —Le dirigió una sonrisa a Sir Claude—. Nuestros asuntos están embrollados.

—En efecto. —Él le devolvió la sonrisa—. Los míos no están tan mal como los tuyos; pues es que los tuyos están realmente, mi querido amigo, en tal situación que no les veo salida. Los míos pueden pasar... dentro de que son un fiasco.

Ella le dio vueltas a esto, y preguntó:

—Pero ¿acaso Francia no es más barata que Inglaterra?

Inglaterra, allá a lo lejos entre la creciente tiniebla, en este momento pareció notablemente esplendente:

—Más o menos; en algunas zonas.

—Entonces, ¿no podríamos vivir en una de esas zonas?

Hubo algo que por un instante, a guisa de respuesta a esto, él ofreció el aspecto de estar a punto de decir y de sin embargo no resolverse a decir. Lo que a renglón seguido sí dijo fue:

—Precisamente esta localidad está en una de ellas.

—Entonces, ¿vamos a vivir aquí?

Él no lo afrontó tan nítidamente como ella deseaba:

—¡Ya que hemos venido a ahorrar dinero! Esto la movió a acuciarlo más:

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos en esta localidad?

—Oh, tres o cuatro días.

Eso la dejó sin respiración:

—¿Es posible ahorrar dinero en ese tiempo?

Él rompió a reír, echando a andar de nuevo y pasándole por encima el brazo. Por el camino le confesó que también ella había puesto el dedo sobre la más oculta de sus llagas: el hecho, del cual él era bien consciente, de que probablemente él habría podido vivir con sus propios medios si nunca se le hubiese ocurrido hacer nada en pro del ahorro.

—Son los buenos propósitos lo que lo arruina todo —dijo—; nada hay tan ruinoso como hacer de vez en cuando una semana de economías. —Entre los agradables ruidos de la declinante jornada Maisie volvió a oír aquel cierre metálico del cambio de opinión de Ida. Pensó en el billete de diez libras que en esta coyuntura habría sido delicioso poder sacar para alivio de su compañero. Pero tal idea se evaporó cuando él dijo digresivamente, en presencia de la siguiente cosa que se detuvieron a admirar—: Vamos a quedarnos en esta localidad hasta que llegue ella.

Maisie volvió su mirada hacia él:

—¿La señora de Beale?

—La señora Wix. He recibido un telegrama —continuó—. Ha visto a tu madre.

—¿Ha visto a mamá? —Maisie se quedó mirando alelada—. ¿Dónde diantres?

—Al parecer, en Londres. Han estado juntas.

Por un instante esto pareció ominoso; en los ojos infantiles asomó el miedo:

—Pero entonces ¿es que no se ha marchado?

—¿Tu madre? ¿A Sudáfrica? Renuncio, querido muchacho —dijo Sir Claude; y literalmente ella tuvo la impresión de verlo renunciar mientras permanecía parado y mientras con una especie de mirada ausente (ausente, es decir, de los asuntos *de ella)* él seguía los garbosos andares y las espléndidas piernas de una joven pescadera que acababa

de salir del agua con su cesto lleno de camarones. Volvió a Maisie con el pensamiento antes que con la mirada—: Pero seguramente todo está en orden. De no ser así, nuestra pobre amiga no abandonaría Londres; sabe muy bien lo que se trae entre manos.

Esto era tan tranquilizador que Maisie, después de darle vueltas, logró hacerlo encajar con sus anteriores suposiciones; y preguntó:

—Y bien, *¿qué* se trae entre manos?

Finalmente él dejó de mirar a la pescadera; afrontó la interrogante de su compañerita:

—¡Oh, ya sabes! —En la manera en que dijo esto hubo algo que hizo que se estableciera, entre ellos, una igualdad mayor de lo que ella había imaginado; pero asimismo tuvo más bien el efecto de elevarla a ella que de disminuirlo a él, y este efecto sobre ella quedó patente en el tono del asentimiento femenino:

—¡Sí, ya sé! —Lo que ella sabía, lo que *podíasaber*, no es ningún secreto para nosotros a estas alturas; de todos modos ello creció cada vez más, durante el resto de aquel día, en el ámbito de lo que él daba por supuesto. Por parte de él era mejor dejarlo así que someter a examen la sapiencia infantil; pero aun en el peor de los casos ahí se hallaba el busilis del asunto: entre ambos por fin se reconocía abiertamente que de una u otra forma el gran cambio, tal como —hablando cual si durara ya desde hacía varias semanas— lo llamaba Maisie, se había estructurado en torno a la señora Wix. Antes de acostarse aquella noche se enteró, ítem más, de que Sir Claude, desde que, tal como lo llamaba é4 se habían pegado el carrerón, había recibido más de un telegrama. Pero se despidieron una vez más sin hablar de la señora de Beale.

¡Oh, vaya travesía para los enderezadores y el viejo vestido marrón (pertenencia ésta que la niña imaginaba que habría sido precavidamente desempolvada por razón de los posibles imprevistos de todo viaje)! Por la noche arreció el viento y desde su pequeña habitación del hospedaje Maisie escuchó el bramido del mar. Al día siguiente llovía y todo estaba distinto: éste era el caso incluso de Susan Ash, quien decididamente se entusiasmó con aquel mal tiempo, en parte, por lo visto, porque la alegraba el peliagudo viaje que a través del Canal debería realizar la visitante que aguardaban, y en parte porque le permitía recalcar la locura que constituía el viajar hasta semejantes lugares de mala muerte. Bajo la lluvia, junto con Sir Claude, Maisie se encaminó a esperar el paquebote de Folkestone y cuando éste llegó, con muchas señales de su lucha con el mar, él la hizo quedarse aguardando bajo un paraguas en el muelle; desde allí y casi antes de que la embarcación atracara, él pudo ser avistado, buscando a su mutua amiga, escurriéndose —ése fue el término que empleó él— entre los mareados pasajeros apelotonados en cubierta. Transcurrió bastante rato antes de que él reapareciera (de hecho esto no ocurrió hasta que hubieron desembarcado todos los demás pasajeros); y cuando lo hizo presentó a la recibiente de su caballerosidad bajo una luz que Maisie apenas supo si considerar un abismo de abatimiento o una ebriedad de euforia. La mujer que él llevaba del brazo, todavía aturrullada por el reciente calvario atravesado, iba envuelta en tal cantidad de ropajes como nunca anteriormente habían ofrecido tantísima protección a tantísima indisposición. En el hotel, una hora más tarde, desapareció aquella duda: ayudando en privado a la señora Wix a reponerse y adecentarse, Maisie la oyó detallar lo poco que ella habría logrado si Sir Claude no lo hubiera puesto en sus manos. Fue una expresión que en su propia habitación reiteró a propósito de las más dispares cosas: lo que él había puesto en sus manos había sido la potestad de hacer sobrevenir «cambios», como dijo ella, de la más íntima índole, adaptados a climas y ocasiones lo bastante

disímiles como para prefigurar por sí solos las etapas de un vasto itinerario. Naturalmente se presentarían semanas frugales después de tanto dinero invertido en una institutriz: inversión no lamentada, empero, por la educanda de esta mujer, ni siquiera cuando se dio cuenta de que su propia apariencia externa suscitaba, al otro lado de los enderezadores, una atención manifiestamente perpleja. Cierto es que Sir Claude le había consagrado menos tiempo a dicha apariencia que a la señora Wix; y, aparte, ella prefería estar en sus propios zapatos antes que en los nuevos y crujientes de su amiga ante la eventualidad de un encuentro con la señora de Beale. Maisie se sintió demasiado absorta en considerar el juicio que se formaría la señora de Beale sobre tantísima novedad como para poder formarse un juicio por su cuenta. Además, después de un abundante almuerzo y muchas expresiones afectuosas, la cuestión asumió otro cariz, por no hablar de la satisfacción que experimentó la niña al caer raudamente en la cuenta de que podría mostrarles aquellos nuevos lares a unos ojos distintos de los de Susan Ash. Pero no había demasiado que se pudiera mostrar, ay, hasta que cesara de llover, cosa que se negó a suceder aquel día; mas esto no tuvo otra consecuencia que dejar más tiempo para lo que a su vez tenía que mostrar la propia señora Wix. Lo mostró mientras estaban sentados en el saloncito blanco y dorado que Maisie consideraba el sitio más bonito que jamás había visto con la posible excepción de los aposentos de la Condesa; lo mostró mientras la sañuda tormenta estival azotaba las ventanas y hacía correr un aire tan frío que Sir Claude con sus manos en los bolsillos y su cigarrillo entre los dientes, agitado, cejijunto, yendo y viniendo de su asiento a la ventana, terminó por hacer arder un humeante fueguecito en la elegante chimeneíta. Lo mostró a despecho de algo que sólo cabría describir como la pinta masculina de desear posponer aquello: una pinta que a él le había servido —¡oh, de cuánto le servían siempre sus pintas!— hasta el extremo de preservar en un terreno de inocuas bromas y perogrulladas la conversación durante un par de horas, mantenerla al nivel de las vacías tacitas de café *y petits verres* (¡la señora Wix participó dos veces de ambos refrigerios!) que a Maisie le parecieron más que cualquier otra cosa, entre las emanaciones del fuego francés y del tabaco inglés, una señal de que verdaderamente estaban lanzados en una aventura. Ahora Maisie percibió, gracias a la cercanía y con tanta claridad como si se lo hubiera dicho explícitamente la señora Wix, que para lo que había acudido esta mujer no era para limitarse a escuchar chanzas hechas a su costa y a la de su educanda; ni tan siquiera para oír a Sir Claude, que sabía francés a la perfección, remedar los extraños sonidos emitidos por los ingleses alojados en el hotel. Acaso fuera parcialmente consecuencia de sus presentes renovaciones, como si su vestuario hubiera sido el de otra persona: en cualquier caso la señora Wix nunca había producido tal impresión de color intenso, de una rojez que en *esa* intensidad la mente de Maisie asoció tanto con el sarampión como con «trajes de montar». Su atención no estaba en absoluto pendiente de aquella charla inconsistente a propósito de Boulogne; y aunque su tez era parcialmente resultado del almuerzo francés y de los *petits verres*, asimismo era el valiente anticipo de lo que ella había acudido a decir. Cuando por fin esto último salió a la luz Maisie fue consciente de todo el anhelo con que había estado aguardándolo el más joven de los miembros del grupo:

—Milady me ha enviado: ¡casi fue ella quien me montó en el carruaje! —Esto fue lo que por último espetó la señora Wix.

23

Sir Claude siguió mirando por la ventana; ni siquiera se dio la vuelta, y fue la más joven de los tres quien hubo de recoger esa declaración:

—¿Quiere decir que ayer usted fue a verla?

—Ella vino a verme *a mí.* Fue ella quien llamó a mi humilde puerta. Fue ella quien subió mis desvencijadas escaleras. Me dijo que os había visto en Folkestone.

Maisie caviló:

—¿O sea que regresó a Londres aquella misma noche?

—No: ayer por la mañana. Se vino a mi casa directamente desde la estación. Algo sumamente excepcional. Si yo tenía una tarea que resolver, no hizo nada por volvérmela más dificultosa: hizo muchísimo por volvérmela más sencilla. —La señora Wix hizo una tregua, aunque el fuego de su rostro llameó más brillante; acto seguido fue capaz de decir—: ¡Milady es muy gentil! Hizo lo que yo no me esperaba.

Ante esto, Maisie concentró su mirada en la espalda de su padrastro: en aquel momento ésta muy bien habría podido representar para ella un monumento a la gentileza de milady. Permaneció, como tal, monumentalmente inmóvil, y durante suficiente rato para habilitar a la niña para preguntarle a su compañera:

—¿Realmente la ayudó a usted?

—De la más práctica de las maneras. —De nuevo la señora Wix hizo una pausa; de nuevo habló casi retumbantemente—: Me dio un billete de diez libras.

Ante aquello, sin dejar de mirar hacia el exterior, Sir Claude, desde la ventana, se rió en voz alta:

—¡Conque ya ves, Maisie, que no las perdimos del todo!

—Oh, sí —contestó Maisie—. ¿A que es todo un detalle? —Le sonrió a la señora Wix—: Lo sabemos todo al respecto. —Luego, al advertir que su amiga exhibía tanta perplejidad como era compatible con semejante apasionamiento, siguió—: ¿Ella quiere que yo me ocupe de usted?

La señora Wix exhibió una indecisión mayúscula, que, no obstante, mientras Sir Claude tamborileaba con los dedos en los cristales de la ventana, la buena mujer superó de inmediato. A Maisie se le ocurrió que a despecho de aquel tamborileo y de no querer volver el rostro hacia ellas, en realidad estaba tan interesadísimo como para abandonarse hasta cierto punto en manos de la buena mujer; cosa que a la niña extrañamente le pareció de pronto una prueba todavía más irrefutable que la que él habría podido dar interviniendo.

—¡Ella quiere que yo me ocupe *de* tk —declaró la señora Wix.

Maisie detuvo aquel golpe dirigido contra Sir Claude:

—Bueno, eso nos vendrá bien a todos.

Claro que sí, admitió suficientemente el prolongado silencio de él mientras la señora Wix se levantaba de su silla y, como para asumir una actitud más terminante, se colocaba, no sin majestuosidad, junto a la chimenea. La incongruencia de su elegancia, la circunferencia de su falda almidonada, en verdad la hacían tener mayor pinta de dirigirse hacia París que sus compañeros. También ella contempló intensamente la espalda de Sir Claude:

—Su esposa se comportó de un modo muy distinto del que yo le había conocido. Reconoce la necesidad de respetar ciertos decoros.

—¿Cuáles? ¿Puede usted recordar alguno? —preguntó Sir Claude.

Fue pronta la respuesta de la señora Wix:

—La importancia de que Maisie viva al lado de una verdadera dama, de alguien que no sea... ¡vaya, tan pernicioso! Se opone a que Maisie viva al lado de una simple sirvienta, y en modo alguno me importa revelar qué es lo que quiere de mí. —Una cosa estaba clara: en aquellos instantes la señora Wix se sentía lo bastante audaz para lo que fuese—. Quiere que lo persuada de deshacerse de la mujer sustraída de la casa de la señora de Beale.

Maisie aguardó a que Sir Claude se pronunciara sobre aquel respecto; enseguida no pudo menos que comprender que a su vez él también estaba aguardando algo, y se sintió particularmente dotada de sensatez cuando asumió su propia responsabilidad:

—¡Oh, ya no quiero tener a Susan a mi lado ahora que *usted* está aquí! —le dijo ella a la señora Wix.

Sir Claude, siempre ante la ventana, accedió:

—Eso es bien sencillo. Me la llevaré de vuelta.

La señora Wix experimentó un auténtico sobresalto; Maisie advirtió la alarma de sus ojos.

—¿Se la «llevará»? Supongo que no querrá usted decir que hará un viaje de vuelta con ese propósito.

Sir Claude no dijo nada por un instante; tras el cual inquirió:

—¿Por qué no puedo dejarlas a las dos aquí solas?

Ante esto, Maisie saltó como un resorte:

—¡Oh sí, sí, hazlo, hazlo! —Al siguiente momento estaba entrelazada con la señora Wix y las dos, de pie sobre la alfombra de la chimenea, cada una con su mirada puesta en la de la otra, consideraron en profundidad aquel plan. Acto seguido Maisie advirtió que cada una lo consideraba de un modo diferente.

—No cabe duda de que ella puede volverse sola; ¿por qué habría usted de molestarse en acompañarla? demandó la señora Wix.

—Oh, porque ella es una boba, una incapaz. Sería muy desagradable que le ocurriera algún percance; fui yo quien la trajo... sin consultarla. Si debo reexpedirla, tengo que dejarla con mis propias manos en el sitio exacto donde la tomé.

Ante semejante disparate el semblante de la señora Wix apeló a Maisie, y sus maneras, teniendo en cuenta que iban dirigidas al compañero de ambas, fueron, para sorpresa de su educanda, inusitadamente firmes:

—Querido Sir Claude, creo que se muestra usted testarudo. Páguele el pasaje y déle un soberano. Ella ha tenido una experiencia que jamás había siquiera soñado y eso le servirá durante todos los días de su vida. Si durante el viaje le ocurre algo será sencillamente porque ella se lo habrá buscado, y, después de haberle pagado los gastos y una indemnización (¡si quiere, déle lo que crea conveniente!), usted la habrá tratado tan espléndidamente como acostumbra hacerlo con todo el mundo.

Aquél era un tono nuevo... tan nuevo como el sombrero de la señora Wix; y a una personita con una agudizada sensibilidad para captar las implicaciones latentes podía parecerle producto de unas relaciones que habían asumido unas características nuevas. De esta guisa Maisie descubrió que sus amigos combatían en la misma batalla todavía mucho más unidos de lo que se había imaginado. Al mismo tiempo aquello precisaba una justificación tanto más detallada cuanto que cuando ahora Sir Claude finalmente se

volvió hacia ellas, en un principio ella supuso que sería por simple resentimiento ante las excesivas familiaridades. Por consiguiente se sintió aún más confundida al verlo mostrar su serena apostura libre de alteración alguna así como un intenso interés hacia una cuestión muy distinta de la de las libertades tomadas por cualquier persona que no fuera milady:

—¿Iba sola mi esposa? —Él fue capaz de preguntar con buen humor incluso esto.

—¿Cuando vino a visitarme?—Ahora la señoraWix *estaba* roja; el buen humor de Sir Claude no logró aligerar aquel rubor, que durante un instante brilló al unísono con la incómoda franqueza de la pobre señora—: No: había alguien en el carruaje. —La única atenuación que se le ocurrió fue agregar tras un momento—: Pero no subieron a mi piso.

Sir Claude rompió a reír; hasta Maisie adivinó de qué se reía; mientras ahora él se dedicó a ir y venir por la habitación, sin dejar de reírse, y en la chimenea le dio una alegre patadita a un leño fuera de sitio, ella sintió mayores dudas acerca de la situación entera que acerca del humorístico sabor de aquel «subieron». De hecho Maisie apenas habría sabido precisar si fue por reforzar o por atenuar la comicidad de aquel detalle por lo que ella misma se resolvió a comentar:

—Tal vez era su doncella.

La señora Wix le dedicó una mirada que como mínimo ansiaba reprocharle aquella salida de tono:

—No era su doncella.

—¿Quiere usted decir que esta vez hay dos? —preguntó Sir Claude como si no hubiese oído.

—¿Dos doncellas? —insistió Maisie como si debiera asumir que él sí había oído.

Se tomó más sombrío el reproche de los enderezadores; pero Sir Claude io atajó repentinamente:

—Vamos a ver, ¿qué se propone usted? Y ¿qué cree que se proponía *ella?*

Durante un instante la señora Wix, guardando silencio, lo dejó entender que la respuesta a su pregunta, con todos los respetos, podría depararle a él más de una sorpresa. Era como si, con este escrúpulo, ella midiera y sopesara todas las sorpresas que le deparó cuando a la postre dijo:

—Lo que se proponía era hacerme saber que es usted definitivamente libre. Enterarme de aquello directamente por medio de ella, fue una alegría que desde luego yo no me había esperado: convirtió aquella afirmación, y mi júbilo ante ella, en algo que me proporcionaba una firme base para poder obrar. A estas alturas usted ya sabe a ciencia cierta que yo habría pasado a la acción aunque ella no me lo hubiese pedido; usted ya sabe lo que, hasta ahora, habíamos perseguido y lo que, tan pronto como ella me contó lo sucedido en Folkestone, advertí extasiada que *ya* hemos logrado. Es la libertad de usted lo que legitima mi proceder. —La señora Wix francamente se había erizado de lógica—. ¡Pero no me importa decirle que es la acción de ella lo que legitima mi felicidad!

—¿La acción de ella? —hizo de eco Sir Claude—. Caramba, mi querida señora, su acción no es sino una abominación detestable. Da la casualidad de que satisface nuestras aspiraciones de un modo casi delicioso; pero eso no quita de ningún modo que se trate de la cosa más repugnante que jamás se ha visto. Ella ha tirado por la borda a nuestra amiguita aquí presente ni una pizca menos que si la hubiese arrojado a la calle, pese a sus gritos e invocaciones, desde la ventana de un segundo piso.

Maisie contemplaba con serenidad a los participantes en la discusión.

—¡Oh, su amiguita aquí presente, querido Sir Claude, nunca grita ni invoca!

Durante un instante él atalayó a Maisie:

—En efecto. Y ésa es una, nada más que una, aunque intrínsecamente encantadora, de entre el centenar de razones por las cuales la queremos tanto. —Luego prosiguió, mirando hacia la señora Wix—: Lo que pese a todos mis esfuerzos no logro comprender es lo que *en realidad* maquina Ida: qué anda tramando cuando apela a usted con tan infame caradura después del modo brutal como la ha tratado. ¿Qué es lo que (por decirlo de una vez) imagina que a continuación, cuando menos nos lo esperemos, va a sacar de nosotros?

—No imagina ninguna cosa, no quiere sacar nada de nadie. Su infame caradura, como la llama usted, es lo más noble que jamás he visto en ella. Me importa un rábano el modo brutal como me ha tratado: ¡se lo perdono todo mil veces y más! —La señora Wix alzó la voz como nunca hasta entonces; se mostraba poco menos que triunfal en su franqueza—. ¡Yo la comprendo y casi la admiro! —dijo con voz trémula. Habló como si aquello bastase a todos los efectos; no obstante, por caridad hacia inteligencias dotadas de menos luces, ofreció una explicación—: Tal como ya he referido, se comportó de un modo desusado; palabra que yo no la habría reconocido. Ella tenía una vislumbre, tenía una intuición; y se dejó llevar por ellas. Fue casi una llamada interior, y si me dice usted que nunca habría podido sospechar que ella tuviera algo por el estilo, es claro que yo estoy absolutamente de acuerdo. ¡Pero el hecho es que ella lo tenía! ¡He dicho!

De nuevo Maisie se dio cuenta de que podría ser considerado exasperante el crudo tono justiciero de aquel alegato; mas tal como ya a menudo había mirado a Sir Claude temerosa de desagrados que luego no se manifestaban, así ahora, en lugar de oírlo decir «¡Al diablo!» igual que acostumbraba hacerlo su padre, observó que él se limitaba a refugiarse en una pregunta que a lo sumo resultó digresiva:

—¿*Quién* es esta vez, lo sabe usted?

La señora Wix ensayó una ciega dignidad:

—¿Quién es qué, Sir Claude?

—El hombre que paga los carruajes. ¿Quién iba en el que se quedó aguardando ante la puerta de la casa de usted?

Ante esta requisitoria ella titubeó tan prolongadamente que la apiadada alma de su amiguita le echó una mano:

—No era el Capitán.

Esta muestra de buena intención, empero, no logró sino transformar la reticencia de la excelente mujer en una mirada más ambigua... además de hacer descacharrarse a Sir Claude, por supuesto. La señora Wix apeló a éste abiertamente:

—¿Realmente debo decírselo?

El jolgorio masculino persistió:

—¿Ella la obligó a prometerle no hacerlo?

La señora Wix lo miró con intensidad todavía mayor, y dijo:

—Quiero decir delante de Maisie.

Sir Claude volvió a reírse:

—¡Caramba, *ella* no puede hacerle daño al caballero de marras!

El liviano humor de estas palabras rozó, de pasada, a Maisie:

—Es verdad: no puedo hacerle daño.

Los enderezadores volvieron a mirarla de arriba a abajo; luego de lo cual parecieron

saltar en pedazos con la explosión de sinceridad de quien los llevaba puestos. Entre los fragmentos volantes la señora Wix hizo salir despedido un nombre:

—El señor Tischbein.

Durante unos instantes se produjo un silencio que, bajo la influencia de Sir Claude *y* mientras éste *y* Maisie se miraban entre sí, súbitamente pretendió erigirse en el silencio de la seriedad.

—Nosotros no conocemos al señor Tischbein, ¿verdad, preciosa?

En pro de este punto Maisie hizo cuanta memoria pudo:

—No: no logro identificar al señor Tischbein.

Fue un intercambio que visiblemente influyó sobre su mutua amiga:

—Debe disculparme, Sir Claude —dijo con una austeridad cuyo tono fue sincero—, si delante de usted doy gracias a Dios por haberme. concedido en su bondad (quiero decir en su bondad hacia nuestra protegida) poder realizar esta acción. —Exhaló una prolongada bocanada de pesar—. ¡Ya iba siendo hora! —Después, como para recalcar más la conclusión de todo aquello, agregó—: Hace un momento dije que comprendía a su esposa. Hace un momento dije que la admiraba. Lo sostengo: hice ambas cosas tras descubrir que también *ella,* la pobre, ha visto con claridad. Si desea usted que ponga los puntos sobre las íes, lo haré a conciencia. La razón por la cual vino a verme, a despecho de todo el pasado, fue porque soy ni más ni menos que... —lo precisó con voz trémula— ... ¡vaya, honesta! ¡Lo que ha visto con claridad en lo tocante a su hija es que necesita urgentemente contar con una persona *decente a su* lado!

Maisie fue bastante pronta en sobresaltarse un poco ante la nota de esta implicación de que una tal persona era lo que Sir Claude no era; al siguiente instante, empero, intuyó con mayor perspicacia contra quién iba dirigida realmente aquella imputación. En consecuencia se quedó aún más sorprendida ante la absoluta ingenuidad con que él dio por sentado lo peor:

—Si a ella ahora le ha dado por las personas decentes, ¿por qué me la ha confiado *a mi?* Usted no se refiere a mí al hablar de personas decentes, y le haré a Ida la justicia de reconocer que *ella* jamás lo hizo. ¡Yo me considero tan decente como el que más, y no creo que en mi carácter moral haya nada que haga ni un ápice menos innoble el proceder de mi esposa!

—¡No hable usted de su carácter moral! —exclamó la señora Wix—. ¡No diga cosas tan horribles: son falsas y perversas y se lo prohíbo! Precisamente si estoy aquí y he hecho todo lo que he hecho es para *conservarlo* decente a usted. Es para salvarlo... no diré de usted mismo, ¡porque usted es intrínsecamente hermoso y bueno! Es para salvarlo de la peor de las personas. ¡No he venido hasta aquí, a fin de cuentas, para asustarme de hablar de ella! Esa es la persona cuyo puesto desea milady que ocupe inclusive una persona como yo; ¡y si ella se considera a sí misma, tal como prácticamente me lo dijo, inapropiada como compañía para Maisie, no es, como muy bien puede usted suponer, para dejarle el sitio a la señora de Beale!

Maisie escrutó el rostro masculino mientras éste asimilaba aquel arrebato, y lo más que vio fue que se tornó un poco lívido. Cierto que eso le daba, como habría dicho Susan Ash, un aire raro; y formó acaso parte de dicha rareza la intensa sonrisa con que él dijo:

—Es usted demasiado dura con la señora de Beale. La señora de Beale no carece de grandes méritos.

Ante esto, en vez de responder inmediatamente, la señora Wix hizo lo mismo que

poco antes se había dedicado a hacer Sir Claude: se llegó hasta la ventana y permaneció un rato contemplando concentradamente la tormenta. Por unos instantes hubo, al sentir de Maisie, un silencio que resonó con el viento y la lluvia. A despecho de estas cosas, Sir Claude comenzó a buscar su sombrero; ante lo cual Maisie lo divisó primero y, abalanzándose sobre él, lo asió y se lo entregó. Él lo tomó con un destello facial que decía «Muchas gracias», y entonces algo la impulsó a retener en la mano la otra parte del ala; de tal forma que, unidos por su común asimiento de este objeto, permanecieron algunos segundos el uno frente al otro mientras sus miradas se intercomunicaban muchas cosas. A estas alturas la señora Wix ya se había dado la vuelta:

—¿Pretende decirme —exigió— que *va* usted a volver allá?

—Junto a la señora de Beale? —Maisie soltó el sombrero, y hubo algo que la conmovió en la turbada, casi achantada forma como ante la demanda de su compañera él reaccionó haciéndolo girar una y otra vez entre sus dedos. Ella había visto hacer eso a personas que, estaba segura, no hacían ninguna otra de las cosas que hacía Sir Claude—. Todavía yo no sabría decirlo, mi querida amiga. Ya lo veremos; hablaremos de ello mañana. Mientras tanto necesito tomar un poco el aire.

De espaldas a la ventana, la señora Wix alzó la cabeza hasta un grado que, aunque sólo fuese por un instante, tuvo el efecto de detenerlo:

—¡Se me hace que ni todo el aire de Francia reunido, Sir Claude, podrá darle el valor para negar que usted sencillamente tiene miedo de ella!

¡Oh, esta vez él asumió un aire de veras raro, y para calificarlo así Maisie no tenía necesidad de la fraseología de Susan! Ella misma lo habría dicho espontáneamente con sólo verlo mientras, con la mano en el pomo de la puerta, desplazaba la mirada desde la hijastra hasta la institutriz y viceversa. Concentrándola en los ojos de Maisie, aunque fuera nada más que durante un lapso infinitesimal, hubo algo que él le comunicó e intentó explicar. Sin embargo, sus labios no articularon explicación alguna, sino que se limitaron a rendirse ante la señora Wix:

——¡Sí, sencillamente tengo miedo de ella! —Luego abrió la puerta y salió.

A Maisie aquello le recordó la confesión que él hiciera de tener miedo de su madre: su madrastra pasaba así a ser la segunda mujer ante la cual él carecía de la especial virtud que se suponía que más define a un caballero. De hecho había tres mujeres de esa índole... si se contaba a la señora Wix, ante la cual innegablemente él se había acobardado. Pues bien, su falta de valor no fue sino un más profundo estímulo para el cariño infantil. Para sentirse cercana a él, ella no tenía sino que recordar todas las mujeres ante las cuales ella misma había sentido, como suele decirse, canguelo.

24

Continuó lloviendo tan copiosamente que el sueño secreto de nuestra pequeña de enseñarle el Continente a su visitante hubo de incluir una cláusula para una adecuada acomodación a las circunstancias climáticas. En la *table d'hôte* aquella noche ella exhibió parte de su erudición: ésta era la segunda ceremonia de ese género en la que participaba, y habría negligido su privilegio y desacreditado su vocabulario —que de hecho estaba fundamentalmente compuesto por los nombres de los diversos platos— si no hubiese sido proporcionalmente capaz de mostrarse deslumbrante con sus aclaraciones. Abatida y

preocupada, la señora Wix estuvo aparentemente decaída: aceptó la interpretación que le dio su educanda de los misterios del *menu* de un modo que la niña habría podido considerar el retraimiento de una credulidad que se hubiese percatado no tanto de sus propias carencias cuanto de sus propias dimensiones. Maisie se vio bien pronto —aunque ello no sucedió hasta muy poco antes de irse a la cama— confrontada nuevamente con el asaz distinto tipo de programa para el cual la señora Wix había estado reservando su labor de crítica. Juntas volvieron a subir las escaleras hacia su sala de estar privada mientras que Sir Claude, que dijo que se reuniría con ellas más tarde, se quedó abajo para fumar y conversar con algunos de esos viejos amigos que reencontraba por doquier. A sus compañeras les había propuesto, para tomar el café, el disfrute del *salon de lecture*, mas con prontitud y con cierto tonillo impertinente la señora Wix había respondido que se le antojaba que sus propios aposentos les ofrecían todas las comodidades. Dichos aposentos le ofrecían a la propia buena mujer, observó enseguida Maisie, no sólo la comodidad de decir una frase tan marcadamente grandiosa como aquélla, la cual —en emulación, hasta donde ello era posible, de su educanda— pronunció como si se hubiese pasado toda la vida en suntuosos salones; sino también la de un rígido sofá francés donde pudo sentarse a contemplar fijamente la tenue lámpara francesa, dada la incompetencia del parado reloj francés, como para medir el tiempo que tan perceptiblemente dejaba pasar Sir Claude antes de la entrevista. Tan claramente la expresión del semblante de la señora Wix lo acusaba de insubordinación, que Maisie se propuso entretenerla con un informe de la curiosa postura de Susan respecto de la resolución adoptada tras el almuerzo. Por pura compasión Maisie le había referido a la doncella el proyecto de relevarla, pero por lo visto su desaprobación del *modus vivendi* extranjero resultó, por extraño que parezca, ni más ni menos que otro motivo para acrecentar su desesperación; de modo que entre los esfuerzos de la señora Wix por sustituirla y la visible rigidez de su columna vertebral en este momento, la niña tenía la sensación de cumplir una doble función de mediadora entre dos potencias.

Su labor mediadora no logró obtener resultados apreciables, cierto es, en cuanto a alejar de la señora Wix su visión de la contumacia de Sir Claude, visión que se cernió en el ambienté durante las pausas de la charla y que él mismo, después de una tardanza inequívocamente voluntaria, terminó por hacer funesta irrumpiendo en la habitación —ya eran casi las diez— con un objeto en la mano. Antes de que él hablara, Maisie ya sabía qué era aquello; lo sabía, entre otras cosas, gracias a su oculta conciencia de todo lo que, a partir del rato pasado con su padre al salir de la Exposición, no había sucedido que hubiera podido restablecer el prestigio del señor Farange: lo que sabía era que aquel objeto era algo que representaba una victoria para la señora de Beale. La mera visión presente del rostro de Sir Claude hizo que en el acto ella lanzara a través del último recuerdo que atesoraba del señor Farange una sonda que llegó a profundidades situadas más allá de la seguridad disfrutada durante estos días de fuga. Había envuelto en el silencio dicho último recuerdo: un silencio que, desde el instante de la irrupción de Sir Claude, cedió la mitad de su velo a fin de poder encubrir también la imagen de la esposa del señor Farange. Pero aunque el objeto en la mano de Sir Claude resultó ser una carta que él alzó muy alto, en este simple gesto de él hubo algo que volvió a dejar al desnudo a la señora de Beale.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó él casi desde antes de pasar adentro, agitando su trofeo ante ellas y mirándolas primero a una y luego a otra. Entonces se encaminó

derechamente hacia la señora Wix; había sacado del sobre dos hojas y les echó un nuevo vistazo para cerciorarse de cuál era cuál. Desdobló una y se la alargó a la señora Wix—: Lea usted esto. —Ella lo miró a él intensamente, como temerosa de algo: era imposible no darse cuenta de que estaba muy excitado. Luego asió la carta, pero no fue el rostro de su institutriz el que escudriñó Maisie durante la lectura. Tampoco, por lo demás, fue dicho semblante el que atalayó Sir Claude: él se quedó de pie junto a la chimenea y, más calmadamente, ahora que ya había cumplido su misión, permaneció en silenciosa comunión con su hijastra.

Cierto es que pronto fue roto aquel silencio: la señora Wix se incorporó con la misma violencia del inarticulado sonido que emitió. La carta se le cayó de las manos y quedó en el suelo: la había hecho ponerse cadavéricamente pálida y de resultas se había quedado sin habla.

——¡Esto es abominable, esto es indecible! —exclamó enseguida.

—¿A que es una maravilla? —preguntó Sir Claude—. Acabo de recibirlo junto con unas pocas palabras de ella. Ella me lo ha enviado diciendo que no hay necesidad de añadir comentarios. Y yo estoy de acuerdo. No hace falta decir más.

—Ella no debería ir por ahí difundiendo semejante horror —dijo la señora Wix—. Lo que debería hacer es arrojarlo directamente al fuego.

—¡Mi querida amiga, ella no es tan lela! Es una hoja demasiado valiosa. —Él había recogido la carta y le dedicó a ésta una nueva mirada de complacencia que le iluminó el rostro—. ¡Un documento como éste... —titubeó, y luego concluyó con un leve espasmo––un documento como éste es, en definitiva, una base!

—Una base ¿para qué?

—Pues para iniciar una nueva vida.

—¿Ella? —Súbitamente la voz de la señora Wix había pasado a ser la voz de la mofa—. ¿Cómo puede *ella* iniciarla?

Sir Claude le dio vueltas a aquello:

—¿Que cómo puede librarse de él? El caso es que *ya* se ha librado de él.

—No legalmente. —A ojos de su alumna la señora Wix nunca había presentado tanto aspecto de saber de lo que estaba hablando.

—En efecto —dijo riendo Sir Claude—; ¡pero es que ella no está menos desprovista que yo!

—¿De posibilidades de obtener el divorcio? Es precisamente la falta de posibilidades de usted lo que convierte en un escándalo sus relaciones con ella. En consecuencia es precisamente la falta de posibilidades de ella lo que convierte en un escándalo sus relaciones con usted. ¡Eso es todo lo que tengo que decir! —concluyó la señora Wix con un relincho belicoso sin parangón. ¡Oh, vaya si sabía de lo que estaba hablando!

Entretanto Maisie había apelado mudamente a Sir Claude, quien juzgó más sencillo afrontar lo que no decía ella que lo que sí decía la señora Wix:

—Se trata de una carta de tu padre a la señora de Beale, querida, remitida desde Spa y que convierte en absolutamente irrevocable la ruptura entre ellos. La hace saber, y no con palabras hermosas, que, como diríamos técnicamente, la abandona. Pone fin para siempre a sus relaciones. —Una vez más recorrió la carta con la mirada, y después pareció tomar una resolución—. De hecho te atañe a ti, Maisie, tan de cerca y se refiere a ti de una manera tan específica que realmente pienso que debes conocer en qué términos se presenta tu nueva situación. —Y le tendió la carta.

Ante esto, la señora Wix se abalanzó: se apoderó de la carta demasiado raudamente incluso para que Maisie pudiera ser consciente de haberse casi asustado ante ello. Escondiéndola instantáneamente tras la espalda, con decisión le lanzó una mirada fulminante a Sir Claude:

—¿Conocer su situación, malvado? ¿Que la inocente niña *lea* semejante cosa? ¡Creo que debe estar usted loco, y ella no le echará siquiera un vistazo mientras yo esté aquí para impedirlo!

La audacia de aquella acción había hecho sonrojarse a Sir Claude; casi lo hizo parecer un orate.

—Usted piensa que es una carta monstruosa, ¿no? Pero precisamente porque es monstruosa me pareció que a Maisie le serviría de advertencia y de ejemplo.

Maisie hizo justicia a este argumento con la suficiente rapidez como para atreverse a intervenir de una manera activa. Le sonrió a él abiertamente:

—¡Te aseguro que puedo figurarme todo lo monstruosa que es! —Se le ocurrió algo, lo rumió un instante y por último habló—: ¡Sé lo que contiene!

Por supuesto él estalló en carcajadas y, mientras la señora Wix refunfuñaba un «¡Oh cielos!», repuso:

—¡No dirías eso, muchacho, si de verdad lo supieses! A lo que yo me refería era... —prosiguió para la señora Wix con una benevolencia ahora recobrada— a lo que yo me refería era sencillamente a que esta carta deja en libertad a la señora de Beale.

Ella hizo una tregua sólo por un instante, y dijo: —¿En libertad de vivir *con usted*

—En libertad de no vivir, de no fingir vivir, con su marido.

—¡Ah, se trata de dos cosas muy diferentes! —Verdad en la cual ahora el fervor de la señora Wix fue capaz de invitar a participar a la niña con una refinada mirada inconsecuente dirigida a ésta.

Antes de que Maisie pudiese tomar partido, empero, le quitó la palabra Sir Claude, quien, mientras permanecía ante la visitante con una expresión entre arrepentida y pugnaz, marcadamente se frotaba la nuca con la mano:

—Entonces ¿por qué diantres concede usted tan de buena gana (celebra usted, podríamos incluso decir, tan de buena gana) que gracias a mi abandono por parte de mi preciosa cónyuge yo sí quedo en libertad?

La señora Wix afrontó esta requisitoria primeramente con el silencio y después con una manifestación sumamente extraordinaria, sumamente inesperada. Maisie apenas pudo dar crédito a sus ojos cuando vio que la buena señora, a quien jamás había atribuido ni la más mínima pizca del arte de la coquetería, después de una mueca sonriente, le daba a Sir Claude un travieso cachetito insinuante acompañado de una risita tonta:

—¡Picarón, usted *sabe* por qué! —Y se dio la vuelta. Con este movimiento lo dejó en libertad de mostrarle a Maisie un rostro que iba a permanecer en los recuerdos de la hijastra como la mismísima imagen de la estupefacción; pero a ambos les faltó el tiempo preciso para intercomunicarse su sensación de diversión o de extrañeza antes de que su amonestadora se volviera de nuevo hacia ellos. Desde luego esta mujer había comenzado a hacer gala de una infinita variedad de registros y volvió a sorprenderlos con un todavía más raudo cambio de tono—: ¿Me ha mostrado usted esa cosa como un pretexto para volver allá?

Sir Claude se armó de valor y dijo:

—Yo no puedo, tras una comunicación como ésta, y por simple cuestión de decencia,

dejar de ir. Quiero decir, ¿sabe?, por simple cuestión de cortesía y de humanidad. Mi querida señora, no se puede abandonar a una mujer de esa manera, especialmente en un momento en que es víctima de graves insultos y afrentas. Servidor debe comportarse como un caballero, mecachis, querida señora Wix. No huimos aquí Maisie y yo para quedarnos definitivamente, bien lo sabe usted: fue sólo para medir nuestras posibilidades e intercalar unos cuantos días que les demostraran a todos los involucrados que vamos en serio. Y precisamente porque vamos en serio, córcholis, no hace falta que seamos tan endiabladamente rigurosos. Me refiero, ¿sabe?, a que no hace falta que seamos tan endiabladamente temerosos.—El mostró toda una vivacidad, toda una intensidad de argumentación, y como Maisie seguía con la máxima atención sus palabras, fue tanto más capaz de asimilar tras un único segundo de desconcierto éstas otras cuya respuesta, acto seguido, ella fue consciente de que él había hecho una pausa para escuchar—: No viajamos aquí, chavalita, ¿a que no? —arguyó sin ambages—, para quedarnos eternamente e iniciar una nueva vida *ya*.

Maisie nunca había dudado de ser capaz de cualquier heroísmo por él:

—¡Oh, no! —Fue como si se sintiese ultrajada ante la mera posibilidad—. Sencillamente vamos resolviendo los problemas conforme van presentándose. —Tuvo una repentina inspiración, que reforzó mediante una sonrisa—: Estamos aquí examinando qué podemos permitirnos. —Hasta ahora nunca en su vida había exigido Maisie que se le aplaudiera ningún acierto, mas deseó que esta vez, sinceramente, se le reconociera de algún modo lo que estaba haciendo. Y de hecho sintió que Sir Claude *estaba* reconociéndoselo a pesar de que ella tuvo miedo de mirarlo, miedo de que ante él se le saltaran las lágrimas. A quien ella miró fue a la señora Wix; y se superó a sí misma—: Considero que no tengo por qué portarme mal con la señora de Beale.

Tras esto, oyó un profundo sonido, alguna cosa inarticulada y tierna, procedente de Sir Claude; pero la señora Wix no tuvo ningún escrúpulo en que a ella misma sí se le saltaran sus propias lágrimas:

—¿Y consideras que sí tienes por qué portarte mal *conmigo?* —La pregunta resultó tanto más turbadora cuanto que la emoción de la señora Wix no privó a ésta de la ventaja lograda—. ¡Si usted vuelve a ver a esa mujer, estará perdido! declaró para su compañero.

Sir Claude contempló la apática esfera de la lámpara; por un instante pareció contemplar lo que le acarrearía el volver a ver a la señora de Beale. Al propio tiempo pareció que de esta imagen fue de donde extrajo las necesarias fuerzas para replicar:

—La situación de ella, a causa de lo ocurrido, ha cambiado por entero; y no tiene sentido que intente usted convencerme de que no debo tomar en cuenta eso.

—¡Si usted vuelve a ver a esa mujer, estará perdido! —reiteró la señora Wix con reduplicada determinación.

—¿Piensa que ella no me permitirá volver aquí a reunirme con ustedes? Mi querida señora, las dejo aquí a usted y a Maisie como rehenes, y por todo lo más sagrado les prometo que volveré a estar con ustedes el sábado a lo más tardar. Les dejo dinero; las dejo instaladas en estas preciosas habitaciones; haré arreglos con el personal del hotel para que sean servidas con todas las atenciones y rodeadas de todos los lujos. Después de este temporal, el clima mejorará: con toda seguridad será exquisito. Ambas serán tan libres como el aire y podrán pasear a su antojo e irse de francachela. Tendrán a su disposición un carruaje; todo el establecimiento estará a sus órdenes. Disfrutarán de una situación magnífica. —Hizo una pausa, miró de una de sus compañeras a la otra como

para comprobar la impresión causada. La juzgara propicia o no, concluyó tras un instante—: Y sobre todo me complacerán no poniendo el grito en el cielo.

Maisie sólo podía dar fe de la impresión causada en ella misma, aun cuando de hecho, a su sentir, desde las mismísimas profundidades del rigorismo de la señora Wix ascendió un tenue aroma a culpable capitulación. Tácitamente Maisie tenía mucho que decir a favor del efecto de semejante perorata, a favor del irresistible encanto desplegado por la deslumbrante franqueza masculina; y antes de volver a estar en condiciones de hacer otra cosa que no fuera parpadear ante aquel exceso de luminosidad, oyó aquellas mismísimas alabanzas interiores suyas pronunciadas por los labios de la señora Wix, exactamente cual si la pobre mujer las hubiese adivinado y hubiese deseado, arrebatándoselas a la niña, pisotearlas como a una flor chafada:

—¡Es usted espantoso, es usted terrible, pues de sobra sabe que para mí no es moco de pavo que usted me conmine a base de palabras principescas! —Principescos eran en ese momento el aspecto de él y el modo como miraba *y* hablaba; *y* por ser principescos Maisie se vio forzada en esta ocasión a contemplarlo con veneración idolátrica. Sin embargo, por extraño que parezca, conforme prosiguió la señora Wix, resonó en el fuero interno de la niña un eco que fue comparable al que ella misma había producido hacía un instante—: ¡Cuánto debe *desear* usted verla para que diga usted cosas como ésas y esté dispuesto a hacer tantísimo por dos insignificantes seres como Maisie y yo! ¡Ella tiene influjo sobre usted, *y* usted lo sabe, *y* usted desea volver a experimentarlo (Dios sabe, o por lo menos *yo* lo sé, cuáles son el motivo y el anhelo de usted) y volver a disfrutarlo y rendirse ante él! ¡Da igual que sea por un día o por tres días: por poco tiempo que sea bastará y sobrará, y lo bien que se lo pasará usted con ella es algo por lo cual está dispuesto a pagar cualquier precio! A usted seguramente le gustaría que yo me creyese que el precio que usted pagará será convencerla de que renuncie a usted; pero ésa es una cuestión respecto de la cual yo lo conjuro enérgicamente a no entregar el dinero por adelantado. Renuncie *a ella* primero. ¡Luego páguele lo que se le antoje!

Sir Claude apuró aquel discurso hasta las heces, aunque en él hubo cosas que lo hicieron enrojecer, que originaron en su rostro más síntomas de un tipo peculiar de conmoción de lo que jamás le había visto Maisie. La niña tuvo la extraña sensación de que se trataba de la primera vez que ella veía real y verdaderamente escandalizado a alguien que no fuera la señora Wix, y ello fortaleció su deducción, que minuto a minuto creció cada vez más, de que la señora Wix estaba demostrando ser una energía mucho más poderosa y temible de lo que ninguno de los dos se había figurado. Cierto era que, desde hacía tiempo, la señora Wix había conquistado un «influjo» sobre él, como lo denominaba ella, cualitativamente diferente del conquistado por la señora de Beale y antaño por milady. Mas ahora Maisie casi pudo sentir con él que desde luego él no se había esperado que aquella ventaja pudiera llegar a ser usada de un modo tan descarnado. Oh, aún no se habían topado con los límites de la señora Wix, pues al cabo de un minuto ésta usó aquella ventaja de un modo más descarnado que nunca. Ello fue consecuencia de que él dijera con cierta sequedad, aunque tan gentilmente que lo que para Maisie se destacó más fue la paciencia masculina:

—Mi querida amiga, estamos sencillamente ante un asunto sobre el cual debo decidir yo solo. Usted ha decidido *por* mí, ya lo sé, en buena medida, últimamente, de un modo que agradezco, se lo aseguro, con toda mi alma. Pero no puede usted estar haciéndolo siempre; nadie puede hacerlo por otra persona, ¿no se da cuenta?, en todos los casos. Hay

excepciones, casos especiales que lo subvierten todo y que son endiabladamente delicados. Sería demasiado fácil que yo pudiera descargarlo todo sobre usted: sería dejarla asumir un grado de responsabilidad del que yo sencillamente me abochornaría. Se dará cuenta, estoy seguro, de que habrá asumido responsabilidad de sobra si tiene la bondad de aceptar la situación tal como se la presentan a usted las circunstancias y de permanecer aquí con nuestra amiguita, hasta mi regreso, en una posición de tanto disfrute y de tanto placer (*y* de tanta fe *en mí*, según creo que tengo derecho a agregar para ambas) como sea posible.

Oh, él se mostró en verdad principesco: ello resultó cada vez más patente con cada palabra que decía y con el peculiar modo como las decía, y Maisie sintió a la preceptora endurecerse casi con angustia contra el incremento del encanto masculino y luego refugiarse a la desesperada en la bastante obvia parvedad de la virulencia, de la iteración:

—¡Tiene usted miedo de ella: miedo, miedo, miedo! ¡Oh cielos, oh cielos, oh cielos! —La señora Wix gimió estas palabras con un fuerte temblor de voz, y luego se precipitó en un prolongado espasmo de indefensión y dolor. Al instante siguiente había vuelto a dejarse caer sobre el magro sofá y había prorrumpido en apasionadas lágrimas.

Por un momento Sir Claude permaneció inmóvil mirándola; movió negativamente la cabeza con lentitud, con absoluta ternura:

—Ya lo he reconocido: siento un terror mortal; conque dejemos en paz esa cuestión. Me parece que lo mejor será que se acuesten ambas —agregó—: han tenido un día tremebundo y deben de estar brutalmente fatigadas. No deben preocuparse por mis movimientos mañana temprano. Hay un barco que zarpa a primera hora: yo ya me habré marchado antes de que ustedes se levanten; y, además, ya le habré plantado cara de un modo directo y sumamente eficaz, se lo aseguro, a la arrogante pero no absolutamente incorregible señorita Ash. —Se dirigió hacia su hijastra como para simultáneamente despedirse de ella y darle una prueba de que, a despecho de cualquier tensión o roce, seguían hasta tal punto unidos que por lo menos ella no tenía de qué preocuparse—: ¡Maisie, camarada! —Y le tendió los brazos. Con su culpable frivolidad Maisie se arrojó en ellos y, mientras él la besaba, ella eligió la suave vía del silencio para contentarlo: del silencio que tras aquellas batallas verbales era el mejor bálsamo que podía ofrecer a las heridas masculinas. Permanecieron abrazados el suficiente tiempo para reafirmar intensamente sus vínculos; tras lo cual se vieron separados casi a la fuerza porque se irguió la señora Wix.

Dicho erguimiento, consecuencia de un rápido retorno o una definitiva postergación del coraje, fue para formular una súplica casi abyecta:

—Le imploro que no dé un paso tan degradante y tan fatal. A ella me la conozco muy bien, incluso aunque usted se carcajee cuando lo afirmo; por poco que yo la haya visto la he calado, la he calado. Sé lo que ella hará: puedo verlo desde aquí. Es un don del cielo que tenga usted miedo de ella. No tenga, por amor de Dios, miedo de mostrarlo, de beneficiarse de ello y de aprovechar la seguridad que ello mismo puede brindarle. *Yo* no tengo miedo de ella, se lo aseguro: ya ha debido ver por sí mismo que ahora no hay nada de lo que yo tenga miedo. Deje que vaya a verla *yo: yo* lo arreglaré todo y devolveré a la doncella sin que nadie le haya tocado un pelo. Deje que sea yo quien se ausente estos dos o tres días, déjeme poner punto final a sus mutuas relaciones. Quédese usted aquí con Maisie, con el carruaje y las francachelas y los lujos; luego regresaré y nos marcharemos los tres juntos, viviremos los tres juntos sin nubes en nuestro horizonte. Lléveme, lléveme

—insistió e insistió; la marea de su elocuencia estaba alta—. Aquí estoy; sé lo que *soy y* lo que no soy; pero audazmente les digo a ambos a la cara que yo les seré más útil, pero que mucho más útil, de lo que ella jamás intentará siquiera serlo. Se lo digo a usted a la cara, Sir Claude, aunque yo le deba a usted el mismísimo vestido que llevo y los mismísimos zapatos que calzo. Se lo debo todo a usted: ésa es precisamente la razón; y ¿qué otra cosa deseo sino pagárselo, y profusamente? ¡Aquí estoy, aquí estoy! —Se dejó arrastrar a un espectáculo que, combinado con la vivacidad y los adornos de la buena mujer, pareció sugerir que estaba preparada para extraños oficios y devociones, para grotescas sustituciones y reemplazos. Retocó su atavío mientras hablaba, insistió en la cuantía de su deuda—: Nada tengo que me pertenezca, bien lo sé: nada de dinero, nada de ropa, nada de atractivo, nada de nada, absolutamente nada excepto mi posesión de esta pequeña verdad intocable, que es todo aquello con que puedo cautivarlos a ustedes: el hecho de que para mí ustedes dos son más que todas las demás cosas que hay en el mundo, y de que si me dejan ayudarlos y salvarlos, hacer realidad de la única forma *posible* lo que ambos desean, ¡caramba, me dejaré jirones de piel en la tarea!

Sir Claude quedó dubitativo sin atinar con una respuesta a aquella magnificente apelación: manifiestamente trataba de encontrar alguna, y con no poca turbación e incomodidad. En esta búsqueda divagó, empero, exclusivamente por campos estériles hasta que volvió a toparse, como tan frecuente y activamente le sucedía, con la más que filial mirada de su inteligente pequeña hijastra. Esto le proporcionó —pobre varón dependiente y maleable— una salida. Aunque ella no era más que una niña, de todos modos pertenecía al sexo que podía socorrerlo. Eso fue lo que él dio a entender con una renovada invitación a acudir a sus brazos. Una vez más ella se arrojó en ellos y de nuevo ambos conversaron en silencio.

—Sé maja con ella, sé maja con ella —dijo él por último con palabras articuladas—; ¡sé maja con ella hasta un punto que ni siquiera has alcanzado *conmigo!* —Dicho lo cual, sin una última mirada a la señora Wix, de una u otra forma logró salir de la habitación, dejando a Maisie bajo la ligera opresión causada por aquellas palabras así como por la idea de que inequívocamente él se había escabullido otra vez.

25

Todas y cada una de las cosas que él había vaticinado se verificaron tan exactamente que al fin y al cabo no resultó sino lícito presumir que fuera a darse el mismo caso con las que había virtualmente prometido. Ellas pudieron comprobar cómo él había cumplido al pie de la letra sus compromisos, inclusive su mismísima garantía de que se hallaría algún modo de persuadir a la señorita Ash. Despertada con la aurora estival y vehementemente envuelta en la fascinación del exilio, Maisie volvió a tenderse en su lecho con una renovada admiración hacia la política de Sir Claude, un recordatorio de la cual, cuando más tarde se levantó para vestirse, centelleó desde la alfombra en la forma de una moneda de seis peniques que había rebosado del orgullo posesivo de Susan. En verdad, durante las cuarenta y ocho horas que siguieron, las monedas de seis peniques parecieron abundar en su vida: fantasiosamente computó el número de ellas representado por aquel periodo de «francachelas». Tal número no se vio reducido, advirtió bien pronto, por ningún plan de venganza ante la fuga de Sir Claude que por parte de la señora Wix habría podido

tomar la forma de una negativa a participar de las comodidades que tan desprendidamente él había puesto a disposición de ambas. De hecho era imposible zafarse de dichas comodidades: en palabras de la propia buena señora era ridículo pasear a pie cuando se tenía un carruaje esperando a la puerta. En torno a ellas todo parecía esperar a la puerta: inclusive los mismísimos camareros cuando les traían los platos de los cuales, debido a una idéntica conciencia de la absurdidad de una obcecación en el rechazo, la señora Wix se servía con una abundancia que a Maisie le demostró que el rigorismo de su institutriz sólo era equiparable con su apetito. Para su compañerita dicho apetito daba fe de un buen número de cosas y en conjunto no constituía un menor testimonio del estado habitual de la señora Wix que del de aquel preciso instante. Estaba procurando resarcirse de muchas comidas no hechas, y resultaba conmovedor que en una etapa de escasez de comidas su pasión moral hubiera ardido con tamaña claridad. Se atiborraba de viandas como refugio contra el desánimo, y sin embargo esa misma posibilidad de atiborrarse se contaba entre los siniestros síntomas que la desanimaban. En resumidas cuentas se trataba de una batalla, donde triunfaban los bajos instintos, librada entre el rechazo a dejarse comprar *y* la anuencia a dejarse vestir *y* alimentar. De cualquier modo no se podía negar que la consolaba el cariz de la coyuntura en Francia: la consolaba hasta tal punto que dejaba a Maisie en libertad de dar por segura la tranquilidad y de dar por descartado cualquier peligro. Ése era el método de cumplir estrictamente la intimación de Sir Claude a ser «maja» con ella; ése era el método, asimismo, de soslayar, con ella, en un goce de los placeres de una estancia en el extranjero, cualquier vestigio de aprensión.

Finalmente se disipó toda aprensión conforme mejoró el tiempo: fue inmenso el efecto que en ellas tuvo aquello y el clima se volvió tan delicioso como garantizara Sir Claude. Ello produjo tal impresión de que él poseyese el secreto de las cosas, y la alegría de vivir permeó a sus amigas hasta tal punto, que paulatinamente el espíritu de la esperanza invadió la atmósfera y finalmente tomó posesión de la escena. Era formidable pasear en carruaje a lo largo de las magníficas escolleras, pero acaso era aún mejor caminar a la sombra —pues el sol caía a plomo— por el multicolor y multiolor *port* y a través de aquellas calles en las cuales, a ojos ingleses, todo lo que era igual resultaba misterioso y todo lo que era distinto resultaba chistoso. Lo mejor de todo era proseguir la caminata subiendo por la larga Grand' Rue hasta las puertas de la *haute ville y*, pasando bajo éstas, continuar ascendiendo hasta llegar a la zona de las pintorescas y ruinosas murallas, con sus hileras de árboles, sus tranquilos rincones y acogedores bancos donde se sentaban a hacer calceta o a dar cabezadas ancianas morenas con notorias cofias de blancos pliegues y notorios largos pendientes de oro, sus casitas de fachada amarilla que parecían los hogares de usureros o de sacerdotes y su oscuro *château* donde ganduleaban soldaditos repantigados sobre el puente que cruzaba un foso vacío y donde la colada militar colgaba puesta a secar en las ventanas de las torres. Fue ésta una zona que llevó a Maisie a inquirir si todo aquello no se ajustaba a la perfección a la imagen que se tenía del medievo; y como hubo más satisfacción que desconcierto en advertir, y no por vez primera, los límites intelectuales de la imaginación histórica de la señora Wix, ello no hizo sino añadir una más a la variedad de clases de comentarios propios del papel de guía que ella sentía que era su deber desempeñar. Se sentaban juntas en el antiguo bastión gris; contemplaban desde su atalaya el panorama de la diminuta ciudad nueva que a ellas les parecía no menos antigua y la gran cúpula rematada por una Virgen áurea de la iglesia

que, según se les antojó, era famosa y que las complacía por su desemejanza con cualquier otro lugar donde ellas hubieran rendido culto. Más tarde recorrían este templo y la señora Wix solía confesar que por su parte probablemente había cometido un error fatal al no hacerse católica cuando joven. A su vez tal confesión ocasionaba que Maisie se preguntara con considerable interés qué grado de vejez era el que ahora le cerraba las puertas a la posibilidad de enmendar ese error. La segunda mañana volvieron a las murallas: era el lugar donde les parecía haber llegado más lejos en su viaje en aras de una separación de todo aquello que en el pasado había sido objetable; allí volvieron a sentir la impresión que había contribuido más que ninguna a hacer nacer una confianza que por parte de Maisie era voluntaria y que esta niña veía que por parte de su compañera era desesperada. Durante muchas horas había tenido tanta sensación de mostrarle cosas a la señora Wix que ella fue relativamente tarda en percatarse de ser simultáneamente objeto de una aspiración similar. El proceso se aceleró, empero, a partir del momento en que tuvo una vislumbre de ello: entonces ello halló su acomodo dentro de la general, la habitual concepción que Maisie tenía del especial fenómeno que, de haber sentido la necesidad de denominarlo de alguna manera, ella misma habría definido como su propia dedicación a las cosas que sabía. Esta dedicación nunca fue tan intensa como en este periodo que pasó junto a su vieja institutriz en espera de la reaparición de Sir Claude, y lo que le dio intensidad fue precisamente percibir que la señora Wix tuvo una renovada sospecha de la existencia de la susodicha dedicación. Hasta ahora la señora Wix jamás había tenido una sospecha —esto era indudable— tan intencionalmente deliberada para poner a su educanda, pese a la estrecha unión de ambas durante semejantes ratos venturosos, profundamente a la defensiva. Verdad es que ahora su educanda hizo tantos descubrimientos portentosos como durante el carrerón hacia Folkestone; y si en aquella ocasión en compañía de Sir Claude la señora Wix había sido el constante punto de referencia, parejamente ocurrió que en estas horas en compañía de la señora Wix Sir Claude constituyó —y sobre todo durante largos lapsos de silencio— el perpetuo, el insoslayable tema. Todo aquello las retrotrajo a las primigenias impresiones sobre el matrimonio de él y al puesto que él había ocupado en el cuarto de estudio durante aquella crítica etapa de amor y dolor; sólo que ahora él mismo había hinchado, hasta convertirlo en un globo muchísimo mayor, el gran sentimiento entonces concebido en el interior de ellas.

Tornaron a repasar todo aquello, y en realidad, conforme el rato se estiró merced a la propia fuerza de su hechizo, tornaron, a despecho de reticencias y suspicacias, a repasarlo absolutamente todo. La intensificada atención de ambas hacia el futuro palpitaba como un reloj que tictaqueara los segundos; pero era éste un cronómetro que inevitablemente, asimismo, aun en el mejor de los casos, de vez en cuando marcaba una hora funesta. Oh, hubo varias de éstas, y dos o tres de las peores en las antiguas murallas donde todo lo demás estaba hecho para el sosiego. No había nada en el mundo que más anhelara Maisie que ser tan maja con la señora Wix como le había pedido Sir Claude; pero precisamente porque tal anhelo concordaba con su inveterado instinto de mantener la paz fue por lo que se reavivó este último instinto. Desde el momento en que se reavivó, empero, dicho instinto encontró otro objetivo, y así fue como, sin ir más lejos, Maisie terminó creando los mismísimos conflictos que más había estado tratando de eludir. Lo que había hecho esencialmente, estos días, había sido leer en lo dicho lo no dicho; de tal suerte que, poco a poco, se le había aparecido cada vez más claro que lo no dicho se resumía,

indeciblemente, en sacrificar sin misericordia a la señora de Beale. Había veces que cada minuto de la ausencia de Sir Claude equivalía a un nuevo clavo en el ataúd de la señora de Beale. A Maisie eso la hizo evocar—ele un modo rocambolescamente indirecto— la singularidad y la antigüedad de su propia relación con la flor de los Overmore así como el donaire y el encanto de aquella dama, su peculiar hermosura e inteligencia e incluso sus peculiares tribulaciones. En la cabeza le bulló un centenar de pensamientos, pero un par de ellos fueron bastante simples. Ocurría que la señora de Beale era, al fin y al cabo, ni más ni menos que su madrastra, un familiar. También era ni más ni menos —y parcialmente por aquella misma razón— el mejor confidente de Sir Claude («confidente femenino» era el término que empleaba Maisie), de modo que la persona a quien según las prescripciones de la señora Wix ambos debían renunciar y con quien debían romper tajantemente toda relación era para uno de ellos su amiga bienamada y para el otro la esposa de su padre. Extrañamente, indescriptiblemente su percatación de los motivos se mantuvo a la par con su presentimiento de complicaciones; pues dentro de ella había algo que, sin necesidad de un supremo esfuerzo por no ser mezquina, no podía aceptar ciegamente tales motivos. A lo que para nosotros acaso todo va a parar es a que, tan abandonada e indefensa como la hemos visto, en su vida seguía presente un eco de la influencia de sus progenitores: aún recordaba una de las lecciones sagradas de su hogar. Era la única que ella preservaba, pero por fortuna la preservaba devotamente. En resumidas cuentas disfrutaba de una indeleble visión de que su padre y su madre solían motejarse mutuamente de persona abyecta por hacer o dejar de hacer ciertas cosas. Ahora aquel precioso recuerdo le brindaba la expresión que la aterraba imaginar pronunciada por los labios de la señora de Beale: se estremecería infinitamente de oírsela. El propio deleite de la estancia en el extranjero en la que ella estaba a cubierto incrementaba la posibilidad de tales punzadas a medida que se prolongaba la ausencia de Sir Claude. Sentada al lado de la señora Wix estaba contemplando la gran Virgen dorada, y una de las ancianas de largos pendientes se levantó del otro extremo del banco dispuesta a marcharse.

—*Adieu, mesdames!* —dijo la anciana con una cortés vocecita cascada, detalle de buena educación que conmovió tanto a nuestras amigas que al punto se levantaron y casi le hicieron una reverencia. Volvieron a sentarse, y fue muy poco después, entre un estival zumbido de insectos franceses y en un trance de casi soñoliento ensimismamiento, cuando con mayor fuerza tuvo Maisie la visión de lo que significaba excluir de semejante panorama a una participante tan atractiva. Nunca como hasta este momento había parecido tan grandiosa esta perspectiva de estatuas brillando contra el cielo y de románticas muestras de cortesía.

—Pensándolo bien, ¿por qué tenemos que elegir entre ustedes dos? ¿Por qué no podemos ser cuatro? —demandó finalmente.

La señora Wix se estremeció como si la hubiesen despertado sorpresivamente e incluso se sobresaltó como quien, portador de una bandera blanca, oye silbar una bala a su lado. Su estupor ante semejante quebrantamiento del armisticio demoró unos instantes su respuesta:

—¿Cuatro indecencias, quieres decir? ¡Porque sucede que dos de nosotros somos personas decentes! ¿Debo inferir que quieres que yo permanezca contigo incluso si esa mujer es capaz de...?

Antes de que pudiera acabar de nombrar las capacidades de la señora de Beale,

Maisie la atajó:

—Sí: permanezca como acompañante *mía.* Permanezca desempeñando las mismas funciones que en casa de mamá. ¡La señora de Beale se lo *permitiría a* usted! —dijo la niña.

A esas alturas la señora Wix francamente había cogido las armas:

—Y ¿quién, me gustaría a mí saber, se lo permitiría a la señora de Beale? ¿Pretendes decirme, pequeña infortunada, que eres *tú* quien lo haría?

—¿Por qué no, si ahora ella es libre?

—¿Libre? ¿Estás copiándolo *a él?* Bien, pues si Sir Claude es lo bastante adulto para saber lo que hace, palabra que me parece adecuado tratarte como si también tú lo fueras. En todo caso será mejor que lo hagas (quiero decir que será mejor que sepas lo que haces) si es la actitud que te propones adoptar. —La señora Wix no había hablado nunca con tamaña aspereza; pero por otro lado Maisie sabía que tampoco ella se había conducido nunca con tamaña ligereza. La atemorizó más bien que enfurecerla, empero, lo que había quedado sobreentendido; le pareció que aún podía insistir, no por afán de contradecir sino para restablecer la calma. Mientras tanto su ligereza siguió produciendo efectos sobre su amiga, quien reasumió, por despecho, un tono de la más honda provocación—: ¿Libre, libre, libre? ¡Si es tan libre como *tú,* querida, entonces desde luego que lo es, a ciencia cierta!

—¿Como yo? —Tras meditada reflexión y pese a lo que de inaudito semejaba encerrarse en esta réplica, Maisie se aventuró a hacer de eco crítico.

—Caramba —dijo la señora Wix—, nadie, bien lo sabes, es libre de cometer una fechoría.

—¡Una fechoría! —La palabra había hecho acto de presencia de un modo que movió a la niña a repetirla.

—Tú cometerías una tan grande como la de ellos (y lo mismo haría yo) si con nuestra presencia condonásemos su inmoralidad.

Maisie hizo una pequeña pausa; aquello semejaba tan ferozmente concluyente.

—¿Por qué es inmoralidad? —inquirió a continuación pese a todo. Ahora su compañera se volvió hacia ella con un reproche más suave en razón de que en cierta forma fue más profundo:

—¡Lo tuyo es indecible! ¿Tienes idea de lo que estamos hablando?

En pro del restablecimiento de la calma Maisie intuyó que por encima de todo debía ser clara:

—Claro que sí: de la posibilidad que ellos tienen de aprovechar su libertad.

—Ajá, y ¿para qué?

—Vaya, para vivir con nosotras.

Ante esto, la carcajada de la señora Wix fue literalmente salvaje:

—¿Con «nosotras»? ¡Muchas gracias!

—Entonces para vivir *conmigo.*

Estas palabras hicieron saltar a su amiga:

—¿Me repudias? ¿Rompes conmigo para siempre? ¿Me echas a la calle? Aunque un tanto boquiabierta, Maisie logró rehacerse bajo aquella lluvia de imputaciones:

—Ésas, me parece, son las cosas que usted me hace *a mí.*

La señora Wix se inmutó poco ante su valentía:

—¡Puedo prometerte que, haga yo lo que haga, nunca te perderé de vista! ¿Me

preguntas por qué es inmoralidad después de haber visto con tus propios ojos que el mismo Sir Claude lo ha considerado así hasta el doloroso extremo de, antes que hacerte testigo de tanta iniquidad, mantenerse completamente apartado de ti durante meses? ¿Acaso encierra mayor dificultad ver que la primera vez que trata de cumplir su deber se desentiende enteramente *de ella:* te lleva bien lejos de ella?

Maisie le dio vueltas a esto, pero más por mostrarse formulariamente respetuosa que por impulso alguno de claudicar demasiado fácilmente:

—Sí, entiendo lo que quiere usted decir. Pero es que en aquel momento ellos no eran libres. —Percibió que la señora Wix volvía a ponerse de uñas ante esa ofensiva palabra, pero ella logró impresionarla interponiendo una reconvención—: Me parece que no se da usted cuenta de todo lo libres que han pasado a ser.

—¡Me doy cuenta, creo, por lo menos tanto como tú!

Maisie experimentó ciertos escrúpulos mas los superó:

—¿Sabe usted algo acerca de la Condesa?

—¿La... corruptora de tu padre? —La señora Wix le dedicó una estrábica mirada de reojo—. Lo sé todo. ¡Ella le paga!

—¿Ah, sí? —Ante esto la niña quedó perpleja: el hecho parecía aportar un motivo al proceder de su padre y colocarlo bajo una luz más favorable. Deseó ser justa—: No digo que ella no sea generosa. Conmigo lo fue.

—¿Dices que lo fue contigo?

—Me dio un buen montón de dinero.

La señora Wix se quedó mirando pasmada:

—Y, si me haces el favor, ¿qué hiciste con el buen montón de dinero?

—Se lo entregué a la señora de Beale.

—Y ¿qué hizo con él la señora de Beale?

—Lo devolvió.

—¿A la Condesa? ¡Patrañas! —dijo la señora Wix. Aniquiló aquella pretensión tan terminantemente como Susan Ash.

—¡Bueno, me da igual! —repuso Maisie—. A lo que me refería era a que usted no sabe nada acerca del resto.

—¿El resto? ¿Qué resto?

Maisie se preguntó cuál sería el mejor modo de explicárselo.

—Papá me retuvo allí una hora—dijo.

—Lo sé: Sir Claude me lo contó. A él se lo había contado la señora de Beale.

Maisie asumió una expresión de incredulidad:

—¿Cómo pudo ella... si no le hablé de ello?

La señora Wix se sintió desconcertada:

—No le hablaste ¿de qué?

—Caramba, de que era tan horrible.

—¿La Condesa? ¡Por supuesto que es horrible! —replicó la señora Wix. Tras un instante agregó—: Por eso tiene que pagarle.

Maisie meditó, y dijo:

—Entonces es la mejor cualidad de ella... si le da a él tanto como me dio *a mí.*

—¡Pero no es la mejor cualidad *de él* ¡O, mejor dicho, acaso sí lo es también! —completó la señora Wix.

—Pero ella es espantosa: un monstruo absoluto y total —insistió Maisie.

La señora Wix la detuvo:

—¡No hace falta que entres en detalles! —Estuvo abiertamente reñido con esta intimación el hecho de que aun así inquiriera—: ¿En qué mejora eso la coyuntura?

—¿La coyuntura de que ellos vivan conmigo? Caramba, por la Condesa (¡y por sus bigotes!) él me ha abandonado en manos de ellos. Y yo lo comprendo a él —dijo Maisie con penetración.

—Espero, en ese caso, que él te comprenda a ti. ¡Porque lo que es yo, no lo logro ni por asomo! —reconoció la señora Wix.

A efectos prácticos esto era una solicitud para que ella fuera más clara, e inmediatamente nuestra pequeña lo fue:

—Quiero decir que no es una fechoría.

—¿Por qué, entonces, te secuestró Sir Claude?

—No me secuestró: sólo me tomó prestada. Yo ya sabía que no sería por mucho tiempo —aseveró audazmente Maisie.

—¡A eso debes permitirme que te responda —exclamó la señora Wixque no lo sabías en absoluto, y que te abstuviste bastante cobardemente de respaldarme anoche cuando fingiste tan descaradamente que sí lo sabías! En realidad tú esperabas, exactamente igual que yo lo esperaba y que en mi insensata pasión sigo esperándolo todavía, que esto fuera el comienzo de una vida mejor.

Oh sí, desde luego la señora Wix estaba siendo, por primera vez, brusca; de modo que dentro de nuestra protagonista finalmente bulló la sensación no tanto de haber sido hallada insincera cuanto de haber sido nítidamente acusada de una torpeza que lo había hecho recaer todo sobre ella debido a su mismísimo deseo de no verse involucrada en nada. Súbitamente se sintió rehacerse gracias a un apasionado deseo de protestar:

—¡Yo nunca, *nunca* esperé no volver a ver a la señora de Beale! ¡Nunca lo esperé, nunca! —reiteró. La señora Wix se encrespó con un poderoso impulso a atajarla, a cuya explosión ella también sintió que debía anticiparse y que (aunque evidentemente la buena mujer estaba colmada hasta los topes) hizo una tregua suficientemente prolongada para dar tiempo a un agravamiento—: ¡Ella es hermosa y yo la quiero! ¡La quiero y es hermosa!

—¿Y yo soy horrorosa y a *mí* me odias? —Por un instante la señora Wix le clavó la mirada, luego recobró su autodominio—: No voy a amargarte acusándote inapelablemente de pensar eso; ¡si bien, por lo que respecta a mi horrorosidad, no es la primera vez que oigo hablar de ella! ¡Lo sé tan bien que aunque yo no tenga bigotes (¿o sí los tengo?), seguro que hay otros aspectos en que la Condesa es una Venus en comparación conmigo! Por consiguiente mis pretensiones deben de parecerte monstruosas; lo cual viene a ser lo mismo que no apreciarme. Pero ¿eres capaz de llegar hasta el extremo de decirme que *deseas* vivir con ellos compartiendo su pecado?

—¡Usted ya sabe lo que deseo, lo sabe muy bien! —Maisie habló con el temblor de voz que presagia lágrimas.

—Ya lo creo que lo sé: ¡deseas que yo sea tan malvada como tú misma! Pues no lo seré. ¿Te enteras? ¡La señora de Beale es tan siniestra como tu padre! —insistió la señora Wix.

—¡No lo es, no lo es! —replicó su educanda casi a gritos.

—¿Quieres decir que no lo es porque por lo menos Sir Claude es apuesto, inteligente y bien educado? ¡Pero Sir Claude paga exactamente igual que la Condesa! —La señora

Wix, que ahora se incorporó mientras hablaba, claramente sacó a la luz un cinismo latente.

Aquello también puso en pie a Maisie; su compañera se había alejado unos cuantos pasos y se había detenido. Se miraron como nunca anteriormente, y la señora Wix pareció pavonearse de su impecabilidad.

—¡Si a eso vamos, ¿Sir Claude no le paga también *a usted !* —exigió su desventurada alumna.

Ante esto la señora Wix dio un brinco sin moverse de su sitio:

—¡Eres un caso perdido! —Lo espetó con un gemido de violencia; tras lo cual, con otra convulsión, echó a andar sin mirar atrás.

Maisie volvió a dejarse caer sobre el banco y se echó a llorar.

26

Claro está que no podía ser definitivo ni tan siquiera prolongarse durante muchos segundos nada tan terrible: de nuevo se precipitaron una en brazos de otra demasiado pronto como para que ninguna de ellas pensara que la otra abrigaba cualquier resentimiento, y aunque retornaron en silencio a su alojamiento, por parte de Maisie fue con la vívida sensación de que la mano de su compañera la aferraba estrechamente. Aquella mano había demostrado en conjunto, durante estas últimas veinticuatro horas, una inédita capacidad para aferrar, y una de las verdades a las cuales menos pudo sustraerse la niña fue que ahora la señora Wix se había revestido de una cierta grandiosidad. De hecho lo cierto era que el valor de los motivos que la impulsaban superaba la rudeza de determinadas aristas; tanto la combinación como la singularidad de ambos elementos, cuando por la tarde cogieron el carruaje, pudo apreciarlas Maisie en toda su amplitud aprovechando un silencio dedicado a la contemplación del grandor de los susodichos elementos. En ella eran todavía visibles las magulladuras del tono con que su amiga había lanzado aquella amenaza de nunca perderla de vista. En resumidas cuentas dicha amiga había pasado de la debilidad a la fuerza; y era la luz de su novedosa autoridad lo que denotaba cuánto camino había recorrido. La amenaza de marras, bruscamente exultante, habría podido ocasionar una reacción de insolencia; mas antes de que pudiese acontecer algo tan desagradable, otra distinta reacción había obliterado insidiosamente la reacción precitada. El instante en que aquella distinta reacción comenzó a entrar en sazón fue cuando la señora Wix expuso sus impresiones con un poderío ahora perceptiblemente adquirido y con una dignidad en consonancia con sus aposentos. Después del almuerzo habían ordenado el café, ateniéndose al espíritu de las disposiciones de Sir Claude, y les fue servido en el saloncito blanco y dorado mientras aguardaban el vehículo. El café llegó flanqueado, además, por un par de copas de licor, y Maisie sintió que difícilmente habrían podido tomarle más la palabra a Sir Claude si esto hubiese sido seguido por un rato de cigarrillos y anécdotas. En todo caso la influencia de estos lujos se sintió en el ambiente. Mientras se colocaba de puntillas ante el espejo de la chimenea, enfundándose los guantes y haciendo un movimiento de cabeza para emplazar una pluma en el sitio debido, se le antojó que esa influencia tuvo algo que ver con el hecho de que repentinamente la señora Wix dijera:

—¿De verdad, de verdad que no tienes *ningún* sentido moral?

Maisie fue consciente de que su respuesta, aun cuando la hizo volver a apoyarse con toda la planta de los pies, fue de una imprecisión rayana en la imbecilidad, y de que era la primera vez que parecía poner en práctica ante la señora Wix la deficiencia intelectual para la comprensión, aquella cortedad que ante papá y mamá le reportara tanto provecho. Tal apariencia no se correspondió con la realidad, pues no fue en menor medida debido a su propia sinceridad que a las insistencias de su compañera de juegos por lo que tras esto la idea de lo que es un sentido moral tiñó preponderantemente sus relaciones. Al principio, apenas si la pobre niña supo en qué consistía el dichoso sentido moral; pero resultó ser algo con lo cual, sin apenas signos exteriores excepto el abandonarse al movimiento del carruaje, ella logró entablar, antes de que retornaran de aquel paseo, una especie de amistad. La belleza del día no hizo sino acrecentarse, así como el esplendor del mar en la tarde, y la neblina de los distantes promontorios, y la sensación de la acogedora atmósfera. En realidad el cochero fue quien, sonriendo y chasqueando el látigo, volviéndose hacia ellas, señalando hacia objetos invisibles mientras emitía sonidos ininteligibles (todo ello, según identificaron nuestras turistas, rasgos característicos de un orden social principalmente consagrado al cultivo del lenguaje); este cordial individuo fue, digo, quien hizo que la excursión fuese tan breve que al regreso les quedó todavía un dilatado lapso de tiempo antes de que anocheciera y un rato que, por amable sugerencia del propio cochero, ellas transcurrieron paseando a pie por la brillante arena. Maisie ya había visto la *plage* con Sir Claude días atrás, pero ése era un motivo adicional para enseñarle sobre el terreno a la señora Wix que se trataba, como dijo ella misma, de otro de los lugares de su particular lista y otra de las cosas cuyo nombre francés sabía. Los bañistas, a esas horas, se habían marchado y la marea estaba baja; los charcos sobre la arena relumbraban en el crepúsculo y asimismo había espacios secos, donde ellas pudieron sentarse de nuevo y admirar y explayarse: circunstancia que, mientras estaban escuchando el trajín de las olas, brindó a la señora Wix nueva ocasion para su requisitoria:

—¿De verdad, de verdad que no tienes ninguno en absoluto?

Ahora ya no le hacía falta, al menos en lo relativo a la pregunta en sí, ser más explícita: por lo demás ello era resultado secundario de su conjunta aprehensión silenciosa de aquello de lo cual —sí, vaya, ya que no había más remedio que afrontarlo— Maisie carecía tan definitiva y abrumadoramente. Esto marcó con mayor nitidez el momento en que la niña se percató de que su amiga se había elevado hasta un nivel que casi podía —por lo menos hasta que no fuera anulado por otros acontecimientos— pasar por sublime. Desde el comienzo de su propia huida no había tenido lugar nada más notable, ningún acto de percepción menos apto para ser bosquejado con nuestros rudimentarios medios, que la visión que ella tuvo, durante el resto de aquel día en Boulogne, del modo como la juzgaba la señora Wix. Hasta tal punto yo desespero de poder seguir aquí sus insonoros pasos mentales que me veo en la obligación de darles a ustedes toscamente mi palabra de honor de que de ahí en adelante el juicio traslucido por la señora Wix se fijó en la mente de la niña como un cuadro literalmente colgado ante sus ojos. La señora Wix la consideraba una personita que sabía tantísimo que, a la hora de resumirlo, lo que aún no sabía habría resultado irrisorio si no hubiera resultado incomodante. En verdad la señora Wix estaba más pertrechada que nunca para enfrentarse a cualquier tesitura incomodante; no estoy seguro de que Maisie no tuviese incluso una tenue idea de aquella insólita ley de su propia vida que la llevaba a originar

tales grados de madurez en las personas adultas que ella trataba. Ella favorecía, por así decirlo, el desarrollo de éstas; nada habría podido ser más patente, verbigracia, que su éxito a la hora de favorecer el de la señora de Beale. Infirió que si toda la historia de su propia vida, al modo de ver de la señora Wix, había consistido en las sucesivas fases de su sapiencia, el verdadero clímax de semejante concatenación consistiría, siguiendo tal modo de ver, en la fase en que esa sapiencia rebosaría. Estando condenada a saber cada vez más, ¿cómo podría aquello detenerse, en buena lógica, antes de que supiera Casi Todo? A decir verdad mientras permanecían allí sentadas en la arena se le antojó que ya estaba claramente en camino de saber Todo. No en balde había tenido institutrices; ¿qué diantres había hecho constantemente sino aprender y aprender y aprender[*]? Contempló el rosado cielo con un plácido presagio de que muy pronto sabría Absolutamente Todo. Allí permanecieron en el encendido ambiente hasta que finalmente se tornó ceniciento, y decididamente ella parecía recibir nueva instrucción de cada soplo de brisa. En el momento en que se pusieron en marcha hacia su alojamiento era como si para la señora Wix aquella inevitabilidad se hubiera convertido en un largo hilo tenso, tirado por nerviosa mano, donde las valiosas perlas de la experiencia hubieran de ser pulcramente ensartadas.

Por la noche en sus habitaciones tuvieron otra extraña experiencia, en referencia a la cual Maisie no habría sabido decir posteriormente si fue al principio o a la mitad cuando su compañera hizo sonar con renovado ímpetu la nota de lo que es un sentido moral. Lo que importó fue sencillamente que esta mujer exclamó, y otra vez —a primera vista— de manera harto digresiva: «Bendito sea Dios, parece que por fin comienza a surgir!» ¡Ah, cuán extrañas las confusiones que por fin habían inducido a aquel sentido moral a comenzar a surgir! Ninguna tan extraña, empero, como las palabras de dolor, y hasta podría decirse que de rabia, con las que la pobre señora lamentó el trágico final de su propia rica ignorancia. Hubo un momento en que tomó a la niña en brazos y la estrechó tan intensamente como en los viejos días de las despedidas y retornos; tras lo cual se mostró visiblemente indecisa en cuanto a cómo indemnizar de semejantes viciaciones a aquella pequeña víctima: por todo lo que había hecho y todo lo que estaba haciendo, turbada, justificadora, suplicante, imploró comprensión, perdón e inclusive compasión:

—No sé qué es lo que te he revelado, preciosidad; no sé lo que te estoy revelando ni lo que el vuelco que has causado en mi existencia me ha hecho, el cielo me perdone, capaz de revelar. ¿Por ventura he perdido toda discreción, toda decencia, todo sentido de la medida y de la adecuación? Tengo la impresión de haber llegado casi a ese extremo, aunque yo fuera la última persona de quien podías figurarte semejante cosa. Lo he hecho ni más ni menos que *por ti,* guapísima: para no perderte, lo cual habría sido peor que ninguna otra cosa; conque he tenido que pagar con mi propia inocencia, ¡aunque te parezca un chiste!, para seguir junto a ti y permanecer a tu lado. No permitas que yo haya pagado en vano; no permitas que yo me haya adentrado en vano en semejantes horrores y semejantes infamias. ¡Nunca anteriormente supe nada ni deseé saber nada sobre tales cosas! ¡Ahora sé demasiado, demasiado! —se lamentó y gimió la pobre mujer—. Sé tantísimo que al atender a ciertas conversaciones me pregunto adónde he ido a parar; ¡y al participar en ellas, lo cual es peor, me digo que he ido a parar lejos, demasiado lejos, del sitio de donde partí! Me pregunto qué habría pensado yo en compañía de mi querida niña

[*] En inglés, *learn and learn and learn,* que también puede traducirse como «enterarse *y* enterarse *y* enterarse». (N. del T.)

difunta si me hubiese visto a mí misma transgredir ciertos límites. ¡Hay límites que he transgredido *contigo* donde inmediatamente habría pensado que me había metido en un bonito berenjenal!... —Sólo pensar en ello la hizo sentir repeluzno—. Poco a poco he ido deslizándome por la pendiente, y todo por auténtico amor a ti; y ahora ¿qué diría cualquiera (quiero decir cualquiera excepto *ellos)* al enterarse del rumbo que he tomado? He tenido que mantenerme a tu vera, ¿no es verdad?... y por lo tanto ¿cómo podría menos que procurar que tú te mantengas a *mi* vera? Pero *ellos* no son los peores... con lo cual me refiero a que no lo es *él:* lo son tu horriblemente infame papá *y* la única persona en el mundo que tu papá habría podido encontrar, en mi opinión (y no es la Condesa, vida mía), que fuera aún más malvada que él mismo. En cualquier caso, mientras se dedicaban a lo suyo, ya que *estaban* estropeándote a ti, habrían podido hacerlo sin tener que estropear también a una mujer decente. En ese caso yo no me habría visto abocada a recurrir a las peores mañas: ¡a depositar a tus pies todo el mal que aún no habías conocido, o sea a sacar partido de la vileza que *ya hay* en ti! Lo que esta mañana me hizo perder los estribos fue observar el modo como sin parecer condenar (¡porque no lo hiciste, acuérdate!), sin embargo parecías *saber*. ¡Le doy gracias a Dios, en su misericordia, finalmente, *suponiendo* que ahora lo hagas!

La noche, en esta ocasión, era cálida y una de las ventanas estaba abierta al balconcito en cuya barandilla, nada más regresar de la cena, se había apoyado Maisie largo rato a fin de disfrutar del murmullo, las luces, la animación del muelle que brillaba debido a la época y la hora. Las solicitaciones de la señora Wix la habían hecho abandonar ese emplazamiento y el abrazo de la señora Wix la había inmovilizado incluso aunque a mitad del arrebato recién consignado su desconcierto y su ternura la habían ayudado, o más bien la habían socorrido decididamente, en su empeño por zafarse. Mas la apertura a la calle aún se mantenía, el espectáculo, los placeres aún estaban allí, y desde su propio sitio en la habitación que, gracias a su pulido suelo y a sus reflectantes zócalos, recibía más luz procedente del exterior que del interior, la niña pudo aún gozar de todo aquello. Pareció que mirara y escuchase; tras lo cual le contestó a la señora Wix con una pregunta:

—¿Quiere decir que le da gracias a Dios suponiendo que ahora yo sepa?

—No: suponiendo que ahora condenes. —La corrección fue hecha con cierta austeridad.

Aquello tuvo el efecto de hacer que Maisie exhalara un vago suspiro de opresión y que tras un instante y como bajo la protección de dicha vaguedad volviera a salir al balcón. De nuevo se apoyó en la barandilla; sintió la noche estival; se embebió en el espíritu de Francia. Debajo del hotel había un café, ante el cual, en pequeñas mesas y sillas, había personas sentadas en un espacio cercado por plantas en macetas; y la impresión fue enriquecida por la blancura de los delantales de los camareros *y* la música de un hombre *y* una mujer que, desde fuera del recinto, ofrecían el rasgueo de una guitarra y la cadencia de una canción sobre el *amour*. Maisie también sabía lo que significaba la palabra *amour,* y se preguntó si lo sabría la señora Wix: la señora Wix permanecía en el interior, tan silenciosa como un ratón y quizá ajena al recital. Un rato después, mas no hasta que los músicos hubieron concluido su número y empezado a pasar la gorra, su educanda volvió junto a ella.

—¿*Es* una fechoría? —preguntó Maisie entonces.

La señora Wix fue tan pronta como si hubiera estado agazapada en una guarida:

—Una fechoría anatematizada por la Biblia.

—Caramba, él no sería capaz de cometer una fechoría.

La señora Wix la miró sombríamente:

—Está cometiendo una ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Al estar con ella.

Maisie estuvo a un palmo de responder nuevamente: «Pero si ahora él es libre.» Se acordó a tiempo, no obstante, de que una de las cosas que había aprendido a lo largo de toda la hora anterior era que ser libre no representaba ninguna diferencia. Tras esto, y como para enderezar hacia el camino acertado, a punto estuvo de dar un paso en falso, de volver a insinuar tímidamente que ser libre sí podía representar alguna diferencia, podía mitigar la fechoría de la señora de Beale... hasta que a su vez tal propósito se desvaneció también frente al semblante de la señora Wix que exhibía evidentes señales del desmoronamiento causado por haber inferido, a tenor de la apariencia de su educanda, que pese a todos los esfuerzos su educanda seguía sin entender adecuadamente. Nunca había sentido Maisie tantas ganas de entender como cuando se enfrentó a aquel semblante, y durante unos momentos todos sus pensamientos se concentraron en un esfuerzo por dar con algo que sirviera para desmentir su simpleza.

—¡Simplemente *confie* en mí, querida; eso es todo! —Finalmente dio con esto; y quizá fue buen indicio del efecto de su gesto el hecho de que con un prolongado quejido imparcial la señora Wix la llevara en volandas a la cama.

A la mañana siguiente no había ninguna misiva de Sir Claude, cosa que la señora Wix declaró considerar el peor de los presagios; y no obstante fue precisamente debido a la mayor comunicación espiritual que así lograron con él por lo que cuando, tras el café con *croissants* que las hizo sentirse más extranjeras que nunca, correspondió sacar otros provechos de la carta blanca que él les había concedido, volvieron a deambular subiendo la pendiente hacia las murallas en vez de sumergirse en la distracción de la multitud en la arena o del mar con los semidesnudos bañistas. Tornaron a contemplar la Virgen áurea; tornaron a sentarse en su erosionado banco; tomaron a sentir la distancia que las separaba de Regent's Park. Por último la señora Wix expresó con precisión lo que pensaba sobre el silencio de su mutuo amigo:

—*¡Tiene* miedo de ella! Ella le ha prohibido escribirnos. —Maisie ya sabía que él tenía miedo; pero en este momento la mención de ello realizada por su compañera produjo dos inesperados efectos. El primero fue que ella se preguntara con tácito reproche cómo era capaz la señora Wix, cuya devoción por Sir Claude no era a fin de cuentas inferior a la que sentía ella misma, de introducir en semejante alusión semejante sarcasmo siniestro; el segundo fue que inopinadamente se vio inmersa en una visión más lúcida de la referida alusión. También ella había tenido miedo, como ya hemos visto, de las personas de quienes tenía miedo Sir Claude, y consiguientemente había sentido su debida cuota de aprensión latente hacia la señora de Beale. Lo que en el momento presente ocurrió, empero, fue que, mientras que aquella comprensiva afinidad había resultado inoperante en relación a él, la base de la misma se perfiló tenuemente como una razón de egoístas alarmas. Esta meditación aún no la había llevado demasiado lejos cuando la señora Wix tornó a hablar, y con una brusquedad tan grande como para casi semejar improcedente—: ¿Nunca te ha sucedido sentir celos de ella?

Nunca le había sucedido en lo más mínimo; sin embargo apenas acababan de brotar aquellas palabras cuando Maisie se abalanzó sobre ellas. Las agarró bien, las miró

intensamente; finalmente espetó con una seguridad que nadie excepto ella misma, ay, tuvo oportunidad de admirar:

—Sí, vaya, ya que me lo pregunta... —Se detuvo, luego prosiguió—: ¡La mar de veces!

Durante un instante la señora Wix miró con recelo: la aprobación que su mirada expresó no estuvo totalmente desprovista de reticencias. De todos modos su mirada expresó algo que presumiblemente influyó para que reiterara:

—Sí. Tiene miedo de ella.

Maisie escuchó aquellas palabras, y le produjeron un nuevo efecto pese a que en aquel momento su atención estaba acaparada por un examen de la plausibilidad de la hipótesis de los celos, hipótesis generada exclusivamente por su sensación de que aquí había una vía para desmentir su simpleza. De la actitud de la señora Wix se desprendía que esta mujer continuaba creyendo que su sentido moral era mercenario y simulado; conque ¿qué podía resultar mejor prenda de su sinceridad que un asomo de la más turbulenta de las pasiones? Tal confesión desarmaría cualquier desaliento, y en efecto el desaliento quedó tan desarmado que —en cierta medida con la ayuda de la mera intensidad de su conjunta necesidad de tener esperanza, necesidad que por lo demás, de acuerdo con su propia naturaleza, había brotado del aciago augurio de la ausente misiva–– el verdadero clímax de esta mañana estuvo caracterizado por la nota, no de una recíproca sospecha, sino de una franqueza sin precedentes. Cierto es que hubo momentos de reflexión y de silencio, y Maisie se sumergió aún más hondo en la visión de que para su amiga ella era, en el mejor de los casos, una frívola, y de que asimismo, decididamente, resultaba más frívola cuanto mayores esfuerzos hacía por resultar seria. ¿Acaso el compendio de toda sabiduría estribaba sencillamente en saber que estando Sir Claude de por medio era prácticamente imposible la seriedad? Por fortuna la respuesta a esta pregunta se perdió en el esplendor que inundó toda la escena tan pronto como Maisie aventuró en referencia a la señora de Beale un comentario que nunca en su vida había soñado que terminaría haciendo:

—Si yo pensara que ella se porta mal con él... ¡no sé *qué* haría

La señora Wix lanzó una de sus miradas de soslayo; inclusive la reforzó con un salvaje gruñido:

—*¡Yo* sí sé qué haría!

Ante esto Maisie se percató de estar perdiendo terreno.

—Vaya, *una* cosa sí se me ocurre —dijo.

La señora Wix la requirió más abiertamente:

—¿Cuál, si me haces el favor?

Maisie se enfrentó a su mirada como si se tratase de un juego en que pierde quien parpadea:

—¡La *mataría!* —Al menos eso, esperó mientras apartaba la mirada, avalaría la existencia de su sentido moral. Apartó la mirada, pero su compañera guardó silencio durante tanto rato que finalmente volvió la cabeza hacia ella. Entonces vio que los enderezadores estaban totalmente empañados por lágrimas que pocos instantes después parecieron haber manado de sus propios ojos. Verdaderamente hubo lágrimas a ambos lados de las gafas, e incluso fueron tan densas que lo único que enseguida Maisie pudo hacer fue discernir a través de ellas que lenta, finalmente le tendía la mano la señora Wix. Fue la presión material de dicha mano lo que confirmó esta circunstancia y también

después de algunos momentos algunas cosas más. A su peculiar manera confirmó una cosa en particular, que, aunque a menudo, entre ellas, bien lo sabía Dios, había rondado y se había cernido, aún faltaba por quedar establecida sin siquiera la sombra de una atenuante sonrisa. Oh, no hubo destello alguno de frivolidad, tan poco humor como tristeza, en el modo como ahora permanecieron sentadas largo rato o en el modo como en algún indeterminado instante la señora Wix se expresó de una manera lo bastante clara para su dignidad pero no lo bastante sonora para despertar a las ancianas que dormitaban cerca de ellas:

—Yo lo adoro. Yo lo adoro.

Maisie asimiló aquello muy bien; tan bien que al cabo de un momento habría sido capaz de responder penetrantemente: «Yo también.» Pero antes de que transcurriese aquel momento algo sucedió que llevó a sus labios otras palabras; no se trató, muy posiblemente, sino de una más clara conciencia del significado último de las palabras de la señora Wix, causada por la presión de su mano. Las manos de ambas permanecieron enlazadas en una inexpresable señal de unión, *y* lo que finalmente dijo Maisie fue sencilla *y* serenamente:

—¡Sí, lo sé!

Estaban tan estrechamente enlazadas las manos de ambas y tan ratificada su unión que fue preciso el distante sonido profundo de una campana, llevado por el aire de aquel día estival, para restituir en ellas el sentido del tiempo *y* de las conveniencias. Habían llegado al fondo *y* se habían fundido, mas por último reaccionaron: la campana era la voz del hospedaje y el hospedaje era la imagen del almuerzo. Iban a llegar tarde; se incorporaron, y el acelerado paso de su regreso tuvo algo del ímpetu de la confianza. Cuando arribaron al hotel ya había comenzado la *table d'hôte:* eso quedó claro en el mismo umbral, claro por la ausencia en el vestíbulo y en las escaleras del *personnel* como decía la señora Wix —con *esa* palabra sí se había quedado—, ya que todos habían acudido al comedor. Ellas subieron a sus habitaciones a fin de adecentarse ante el espejo, y fue Maisie quien, de pasada y obedeciendo un indefinible impulso, abrió bruscamente la puerta del saloncito blanco y dorado. De esta guisa ella fue quien profirió aquel grito que hizo saltar a su lado a la señora Wix, igual que en el caso inverso ella habría sido quien habría saltado al lado de la señora Wix. En cualquier caso aquello tuvo la consecuencia de dejarlas apelotonadas con la mirada intensamente fija en la nueva coyuntura que se les presentó. Dicha coyuntura había cobrado inesperadamente la espléndida forma de la señora de Beale: allí estaba de pie esta dama con el sombrero y la chaqueta aún puestos, rodeada de bolsas de viaje *y* chales, sonriente *y* con los brazos abiertos. Teniendo en cuenta que era una pasajera, presentaba un aspecto mucho mejor que el de las otras dos, a quienes, macilentas y amedrentadas y medio muertas, poco tiempo atrás habían depositado en estas tierras las olas del Canal. Estaba tan hermosa como este día en que había llegado, tan fresca como la suerte y la salud que la acompañaban; a Maisie inmediatamente se le antojó que estaba más guapa que nunca. Todo era demasiado repentino para reflexionar sobre ello, pero aun así en este lapso la niña intuyó qué era lo que le había infundido a su madrastra aquel esplendor. Resultó evidente por sus abiertos brazos, sus abiertos ojos, sus abiertos labios; resultó evidente por la sonora exclamación que a ella le dedicó la señora de Beale:

—¡Soy libre, soy libre!

27

Lo más sorprendente de todo fue que la señora de Beale hizo no menos partícipe de su declaración, por lo visto, a la señora Wix, quien, cual si repentinamente la hubiesen abandonado las fuerzas, se dejó caer en un asiento mientras Maisie se entregaba al abrazo de la visitante. Tan pronto como la niña se desasió, se percató sabiamente del estupor de la señora Wix y de hecho fue capaz de discernir que, aunque aparentemente manifestara aceptar aquel encuentro, sin embargo su semblante parecía decir con intensidad: «Ahora, por amor de Dios, no cacarees un `¡Ya se lo dije a usted!'» Extrañamente, sobre la marcha Maisie fue consciente de una ausencia de ganas de cacarear: un solo instante le había bastado para hacer un rápido repaso de los objetos que rodeaban a la señora de Beale de tal forma que se había apercibido de que entre ellos no había ninguna pertenencia de Sir Claude. A estas alturas ya conocía muy bien el neceser de él —¡oh cuán afectuosamente!— y hubo un momento en que al no divisarlo allí sintió un estremecimiento semejante a como si hubiese recibido la peor de las noticias. Aún le quedaba por aprender lo que significa sentir en un instante infinitesimal una evidencia de defunción, y por consiguiente no tuvo oportunidad de saber que aquella punzada momentánea había sido una prematura sensación de lo que es una muerte. Naturalmente tal punzada desapareció en un periquete ante el esplendor de la señora de Beale, y se fundió en su propia apelación inmediata:

—¿Has venido sola?

—¿Sin Sir Claude? —De alguna forma, la señora de Beale semejó todavía más esplendorosa—. Sí, en mi ansiedad por reunirme contigo. ¡Eres una canallita completa! ––Y su madrastra, riendo alegremente, le dio en la mejilla una palmadita que en parte fue un pellizco—. ¿Qué andabas tramando y por quién me tomaste? Pero me siento feliz de estar en el extranjero, y al fin y al cabo has sido tú quien me ha mostrado el camino. A lo mejor, sin ti, nunca habría sido capaz de venir... de venir, quiero decir, tan pronto. Bien, pues en cualquier caso ya estoy aquí y si hubierais tardado un momento más en retornar habría comenzado a intranquilizarme. Este establecimiento es muy majo. —Se mostró satisfecha con el sitio y enseguida dijo incluso que era encantador. Luego, con un fervor aún más optimista, tornó al quid de la cuestión—: ¡Soy libre, soy libre! —Por su parte Maisie tornó a otro quid distinto: volvió la mirada hacia la señora Wix, quien seguía presa del estupor; volvió a llamar la atención de su vieja amiga hacia los modales supremos con que ella se abstenía de desarrollar aquel punto de la libertad. El punto que al siguiente instante sí desarrolló fue la cuestión de Sir Claude:

—¿Dónde está él? ¿No viene?

Con una sonrisa la recapacitación de la señora de Beale sobre dicha cuestión pareció oscilar entre las dos expectantes atenciones que tenía ante sí; era notable, era extraordinaria su impertérrita aceptación de la presencia de la señora Wix: un milagro que ahora Maisie percibió que también había principiado a reflejarse en la cara larga de aquella señora.

—¡Vendrá, pero tenemos que *obligarlo* a venir! —espetó jovialmente.

—¿Obligarlo? —hizo de eco Maisie.

—Debemos dejarle tiempo. Debemos jugar nuestras cartas.

—Pero si a nosotras él nos lo prometió solemnemente —replicó Maisie.

—Mi querida niña, *a mi* él me ha prometido solemnemente... infinidad de cosas; y no siempre ha cumplido sus promesas al pie de la letra. —El buen humor de la señora de Beale persistía en dar por supuesto el buen humor de la señora Wix, a quien trataba con una deferencia inopinadamente portentosa—. Seguro que lo mismo habrá hecho con vosotras, y no en todos los casos habrá cumplido. Pero él siempre logra compensarlo todo a su modo... y a estas alturas ya sabemos bien cuáles son sus defectos y virtudes. Hay una de sus virtudes —continuó— que vuelve todo lo demás, para nosotras, meramente una cuestión de tacto. —Apenas habían tenido tiempo de preguntarse cuál sería esa virtud cuando, como habrían podido decir, la respuesta se les echó encima—: ¡Él es tan libre como yo!

—Sí, lo sé—dijo Maisie, como si, no obstante, tuviera sus propias ideas sobre el valor de aquella declaración. Por cierto que también tuvo sus propias ideas sobre lo extraño del hecho de que su madrastra hablase de aquello como si pudiera representar una novedad para *ella*, que literalmente había sido la primera persona a quien se lo había comunicado Sir Claude. Por algunos segundos, como si aún resonaran en sus oídos las palabras de él, volvió a reunirse con él, en el recuerdo y en el crepúsculo, en el jardín del hotel de Folkestone.

Todo aquello de lo cual hacía caso omiso la señora de Beale no era, comprendió Maisie profundamente, sino efecto del entusiasmo, de un ánimo propenso a la exultación que se mantuvo incluso cuando descendió —siempre con bastante aire de igualitarismo— a un tono casi confidencial:

—Bien, pues sólo es problema de esperar. Él no podrá pasarse sin nosotras mucho tiempo. ¡Estoy segura, señora Wix, de que él no puede pasarse *sin usted* Le tiene devoción; me ha hablado tanto de usted. ¡El punto hasta el que cuento con usted, o sea, hasta el que cuento con usted para ayudarme...! —fue un punto que no podía expresarlo ni siquiera todo su aire radiante. Cuanto su aire radiante no podía expresar era casi tanto como cuanto en todo caso sí podía contribuir a dotar de dimensiones cada vez más grandiosas a su presencia e inclusive a su famosa libertad; y fue esa cuantiosa masa lo que una vez más movió a sus compañeras, desconcertadas y desunidas, a intercambiar como a través de una creciente bruma señales confusas e ineficaces. Por lo menos estaban unidas en un terreno común de desprevención, y Maisie contempló desconsolada los estragos del desaliento en la señora Wix. El desaliento la había reducido a una absoluta impotencia, y, salvando que esa lobreguez se aproximaba a una completa negrura, permanecía sentada como fascinada por el gran estilo de la señora de Beale. Tales modales la habían sumido en un hondo silencio prolongado; pues lo que había ocurrido había sido lo que menos habría podido prever y frente a lo cual resultaba débil e inoperante todo el reciente rigor de que había hecho gala. Tenía que haber reaparecido Sir Claude con su cómplice o sin ella; mas nunca, nunca su cómplice *sin él.* A estas alturas por lo visto la señora de Beale había obtenido una ventaja en la cual podía ahondar: miró con bienhumorada reconvención a la grotesca figura muda—: ¿Realmente no quiere usted darme la mano? No importa: ¡ya terminará por reconciliarse! —Por ahora no sometió la cuestión a una prueba empírica, pasando a otros asuntos, y en vez de extender la mano la alzó con hermoso movimiento hasta su propia cabeza inclinada, posándola en una larga aguja negra que desempeñaba un papel preciso dentro de su oscura cabellera—: ¿Se lleva aquí el sombrero a la hora del almuerzo? Si están ustedes tan hambrientas como yo, no sé a qué estamos esperando.

La señora Wix permaneció perfectamente inmóvil, pero respondió a la pregunta con una voz que apenas pudo reconocer su alumna:

—Yo sí lo llevo.

La señora de Beale, asimilando con una única mirada aquella novedosa osadía, pareciendo identificar enseguida el origen de la misma y seguir sus vuelos, aceptó aquella respuesta como definitiva:

—¡Oh, pero es que yo no llevo una maravilla como ésa! —Luego se volvió con regocijo hacia Maisie—: En cambio sí he traído una maravilla *para ti,* querida.

—¿Una maravilla?

—Una monada de sombrero: en mi equipaje. Me acordaba de *ése* —hizo un ademán hacia el chisme colocado sobre la cabeza de su hijastray te he traído uno con plumas de pavo real. ¡Del más bonito azul!

Era muy chocante que permanecieran allí hablando no de Sir Claude sino de pavos reales, demasiado chocante como para que la niña tuviera la presencia de ánimo necesaria para darle las gracias. Pero la jocundidad en que había llegado su madrastra se mostraba tan a prueba de todo que Maisie fue cada vez más consciente de que por debajo de aquello debía haber una poderosa finalidad oculta. Vagamente le daba la sensación de que era ciclópeo el temple con que la señora de Beale sobrellevaba, en el saloncito blanco y dorado, la incomodidad de semejante falta de cordialidad y entusiasmo por parte de ambas. La señora Wix estaba menos entusiasmada que nunca: la turbación producida por el aislamiento de la señora de Beale no era nada comparada con la turbación producida por la exquisitez de sus modales. Por parte de la niña la percepción de esta dicotomía fue la semilla de una interrogante enteramente nueva. ¿Y si *mediante* toda esta benevolencia...? Pero la idea se perdió en algo demasiado espantoso para tener esperanza y demasiado hipotético para tener temor; y mientras todo discurría a pasos agigantados, en la puerta apareció uno de los camareros para avisarles que ya hacía rato que había comenzado la *table d'hôte.*

—¿Habían subido a lavarse las manos? —les preguntó la señora de Beale a raíz de esto—. Háganlo raudo y en un segundo me reúno con ustedes; han colocado mis maletas en esa habitación tan agradable: era la de Sir Claude. ¡Hay que reconocer —dijo riéndose— que él tiene un gusto impecable! —Estaba abierta la puerta de la habitación contigua, y ahora desde su umbral, de nuevo dirigiéndose a la señora Wix, hizo sonar una nota que proporcionó la clave exacta de lo que, como habría dicho ella misma, andaba tramando—: Querida señora, por favor hágase cargo de mi hija.

Andaba tramando un cambio de disposición tan completo que representaba —oh, respecto de ciertos oficios todavía honorablemente subordinados aunque no demasiado explícitamente serviles— una coerción absoluta, un interesado secuestro de la respetabilidad de la vieja señora. Se produjo una repercusión, al modo de ver de Maisie, puedo decirlo sin pérdida de tiempo, cuando toda esa respetabilidad se puso en pie de un salto: también la señora Wix era capaz de aquellos pasos agigantados a los que se ha hecho mención, conque se llevó a su alumna, con este ímpetu y mientras la señora de Beale se asomaba al aposento de Sir Claude, directamente hacia aquél otro donde, al fondo del corredor, se alojaban institutriz y educanda. La zancada más gigantesca de todas, si a eso vamos, era que en cuestión de segundos la antigua pupila había, en una nueva relación, sido convertida en hija. Los ojos de Maisie todavía estaban contemplando tamaño paso cuando, tras la carrera por el corredor, tras haber cerrado la puerta casi a cal

y canto y sin ningún propósito de servirse inmediatamente del jabón ni de las toallas, la pareja se encontró cara a cara. En esta situación, la señora Wix fue la primera en abrir la boca:

—¿Será posible que ella pueda tener uno?

Maisie se sintió aún más confundida:

—¿Un qué?

—Caramba, un sentido moral.

Hablaban como si se pudiese tener dos, mas la señora Wix ofreció el aspecto de pensar que aquella idea no fuese enteramente afortunada, y Maisie no veía cómo siquiera un monosílabo afirmativo salido de sus propios labios podría esclarecer lo que más sumamente misterioso se había vuelto. En este enigma mayúsculo fue en lo que ella se concentró sin dilaciones:

—¿Ahora ella es mi madre?

Fue una cuestión en lo relativo a la cual la horrible vislumbre de la responsabilidad de tener que opinar pareció afectar a la señora Wix como un puñetazo en pleno estómago. Evidentemente nunca había pensado en ello; mas fue capaz de hacerlo ahora y contraatacar:

—Si ella lo es, por ese mismo criterio él es tu padre.

No obstante, los pensamientos de Maisie fueron los que llegaron más lejos:

—¡Entonces quienes son mi padre y mi madre...!

Pero no bien principió a titubear cuando la señora Wix ya había reculado:

—¿...deberían comenzar a vivir juntos? ¡No empieces con eso *otra vez!* —Se volvió de espaldas a ella con un gruñido, para acercarse al lavabo, y a estas alturas Maisie fue capaz de percatarse con cierta facilidad de que por esa vía verdaderamente se llegaba al delirio. La señora Wix hizo un poco de embarullado chapoteo, pero al momento siguiente ya se había vuelto hacia su educanda—: Ella ha adoptado una nueva actitud.

—Ha sido muy maja con usted —convino Maisie.

—Es lo que *ella* cree... «¡Vaya *y* vista a la pequeña!» ¡Pero aquí hay gato encerrado! —dijo entrecortadamente. Luego continuó desarrollando el resto de sus cavilaciones—: Como él no quiere quedarse con ella, córcholis, ella quiere quedarse *contigo.* Sí, será ella.

—¿Quiere decir que será ella quien se quedará conmigo en el extranjero?

—Quiero decir que será ella quien formará tu hogar. —La señora Wix vio aún más lejos; desentrañó todos los enrevesamientos—: ¡Oh, es pérfidamente lista! No se trata de sentido moral. —Y llegó al clímax—: ¡Se trata tan sólo de una estratagema!

—¿Una estratagema?

—Para no quedarse sin él. Ella lo ha sacrificado... a su propio deber.

—Entonces ¿él no vendrá? —imploró Maisie.

La señora Wix no dio respuesta de inmediato; la tenían absorta sus propias visiones:

—Él luchó, pero ella salió ganando.

—Entonces ¿él no vendrá? —reiteró la niña.

La señora Wix lo vio claro:

—¡Sí que vendrá, maldición! —Nunca anteriormente había sido tan malhablada. ¡Para lo que le importaba a Maisie!

—¿Pronto? ¿Mañana?

—Cuandoquiera que sea, demasiado pronto. Indecentemente pronto.

—¡Ah, entonces *vamos a* estar todos juntos! —ahondó la niña. Aquello hizo que la

señora Wix le dedicara una mirada como de exasperación; pero no tuvo tiempo de ocurrir nada antes de que ella agregara con premura—: ¡Junto a *usted* —La pinta de desaprobación se mantuvo, pero se manifestó exclusivamente en la intimación de la señora Wix a lavarse las manos y bajar. Sobre ellas descendió el silencio de las raudas abluciones, interrumpido enseguida, no obstante, por una de las súbitas reversiones de Maisie—: ¡Cielo santo, ¿a que está guapa?!

La señora Wix ya había terminado; estaba esperando, y contestó:

—Atraerá la atención. —Las dos se apresuraron, y se habría podido advertir que la conmoción que les había producido la belleza de la señora de Beale actuó, incongruentemente, como acicate de sus operaciones preliminares a reunirse con ella. A pesar de todo, cuando retornaron a la sala de estar ella ya se había marchado abajo; la abierta puerta de su habitación reveló que ésta estaba vacía y la camarera lo confirmó. En este punto nuevamente se vieron demoradas por otra aguda reflexión de la señora Wix—: Pero ¿de qué va a vivir ella mientras tanto?

Maisie frenó en seco y preguntó:

—¿Hasta que llegue Sir Claude?

Su frenazo no fue nada comparado con la violencia con que se detuvo su amiga:

—¿Quién pagará las facturas?

Maisie caviló:

—¿No puede hacerlo *ella?*

—¿Ella? No tiene ni un penique.

La niña se extrañó:

—Pero ¿acaso papá...?

—¿ ... no le ha dejado una fortuna? —Se habría dicho que la señora Wix hablaba de papá como si estuviese muerto de no ser porque agregó de inmediato—: ¡Caramba, él vive de otras mujeres!

Oh sí, Maisie se acordaba. E insinuó:

—Pues entonces, ¿no puede papá enviar...? —Volvió a titubear: a ella misma le semejó grotesca aquella idea.

—¿ ... a su esposa una parte del dinero de esas mujeres? —La señora Wix soltó una carcajada aún más grotesca que aquella descabellada ocurrencia—. ¡Seguro que ella sería capaz de aceptarlo!

Volvieron a ponerse en marcha apresuradamente; aun así, descendiendo las escaleras, Maisie volvió a pararse:

—¿Qué habría pasado si la señora de Beale se hubiese quedado en Inglaterra?... —planteó.

La señora Wix lo consideró:

—¿Y en cambio él hubiese venido, quieres decir?

—Sí, tal como preveíamos nosotras. —Maisie desarrolló plenamente su especulación—: ¿De qué habría vivido ella entonces?

La señora Wix no hizo una tregua sino por un instante.

—¡De otros hombres! —dijo, y marchó hacia el comedor.

La señora de Beale, sentada a la mesa entre las otras dos, claramente atrajo tanta atención como vaticinara la señora Wix. Ninguna de las otras mujeres presentes era ni por asomo tan guapa, ni la belleza de ninguna otra poseía tanto donaire a la hora de aceptar el homenaje que se le tributaba. Habló primordialmente con la otra comensal, y eso le permitió a Maisie observar cómo eran atraídas las miradas ajenas e intercambiados los codazos, *y* concentrarse en la multitud de significados que, nebulosamente todavía *y* sin organizar, mas con una vividez que potenciaba la aprensión, ella principiaba a discernir en la inesperada jugada de su madrastra. La señora Wix la había orientado cuando había hablado de una estratagema: era aquélla una presunción en la que la jugada podía asumir un aire estratégico. Sus nociones sobre estrategia eran tenues, pero una especie de estratégica espalda gélida y un codo de punta más acusada de lo habitual eran lo que, por lo menos transitoriamente, le estaba siendo mostrado por la orientación de la cabeza de la señora de Beale hacia el lado opuesto. Había una expresión que a Maisie le era muy familiar, pues a menudo era utilizada por esta dama para significar que era posible obtener lo que se deseaba: uno lo obtenía —la señora de Beale siempre decía que en todo caso *ella lo* obtenía o procuraba obtenerlo«cortejando». En el momento presente estaba cortejando, por singular que pudiera parecer, a la señora Wix, y la mente de su amiguita nunca había evolucionado con tanta libertad como cuando de esta guisa se halló cara a cara con la incógnita de qué estaba procurando obtener la señora de Beale. Este rato de *omelette aux rognons y poulet sauté*, mientras aquella única sobreviviente de los integrantes del cuarteto de padres, la cuarta de ellos, literalmente parloteaba con la institutriz, de veras impulsó a Maisie a cavilar si la institutriz sabría resistir. Fue extraño, pero en un periquete se volvió tan interesada en el sentido moral de la señora Wix como la señora Wix pudiera estarlo en el suyo: se le había aparecido apremiantemente claro que todo esto era algo nuevo para la capacidad de resistir de la señora Wix. Resistir a la señora de Beale en carne y hueso prometía sobradamente resultar muy distinto de resistir a la opinión que de la misma tenía Sir Claude. De los últimos acontecimientos —cualesquiera que hubiesen sido— podrían derivarse muchas más consecuencias de lo que Maisie había creído que podría esperarse. Sumó aquello a la sospecha de que, si alguna vez en su vida hubiera tenido que cambiar un soberano, ello se habría asemejado a esta impresión, originada por su ignorancia de la aritmética, de que le habían dado mal el cambio; indujo de todo ello que acaso estaba desempeñando el papel de parte pasiva en un caso de alevosa suplantación. Una víctima era lo que sin duda sería ella si el conflicto entre sus padrastros se había saldado con que la señora de Beale había dicho: «Pues bien, si ella puede vivir sola con nada más que uno de nosotros, ¿quién diantre más indicado que yo?» Aquella solución estaba muy alejada del sueño que, durante días, ella había acariciado, y la desolación que le producía se veía acrecentada por la ausencia de cualquier indicio de que Sir Claude no la hubiera acatado como definitiva. ¿Acaso la señora de Beale no había declarado prácticamente, en el piso superior, que se había separado de él en un estado de tensión, que lo había dejado, lo había abandonado en pleno Londres, después de alguna trifulca a consecuencia de la cual su propio viaje pretendía demostrar que a efectos prácticos lo había sacrificado? Maisie asistió en su imaginación al probable episodio en Regent's Park, detectando ingredientes casi de terror en la posibilidad de que no se hubiera jugado limpio con Sir Claude. Ingredientes que se vieron reforzados, mientras seguía sentada allí, aun por el orgullo de que la relacionaran con una mujer tan guapa como la señora de Beale; y la niña llegó a olvidar que, aunque

sacrificar a la propia señora de Beale no era una solución inventada por ella, no tenía nada de inconcebible que ella hubiese podido, sin una decidida renuencia, contemplar a Sir Claude entregarse a este propósito.

Lo que claramente se había propuesto su madrastra extraer ahora de la señora Wix era un asentimiento al gran cambio, a aquella transformación, tan hábil como el truco de un prestidigitador, en aras de la cual nada importaba tantísimo como los nuevos intereses de la señora de Beale. Maisie logró desentrañar a la perfección la conclusión que aquel codo parecía apuntarles a unas costillas precariamente protegidas, la conclusión de que importaba un bledo cuál de los padrastros era el auténtico tutor. La esencia del problema era que una niña no era un niño; si Maisie hubiese sido simplemente un rudo ser con pantalones, probablemente destinado en el mejor de los casos a convertirse en un jovenzuelo cualquiera, Sir Claude habría estado en condiciones de reclamarlo. Tal como eran las cosas él parecía haberse desvanecido, y a partir de ahora la señora Wix quedaría al servicio de la persona indicada. Estos argumentos habían tomado cuerpo de veras, para nuestra amiguita, gracias al simple roce de aquel tono en que había oído declarar su nuevo título. Ella continuaba siendo, como resultado de tener tantísimos padres, hija de alguien incluso después de que papá y mamá hubieran sido considerados como si ya estuviesen muertos. Si la esposa de papá y el marido de mamá, merced a una regla natural o, hasta donde ella sabía, legal, ahora ocupaban el puesto de sus difuntos cónyuges, entonces el cónyuge de la señora de Beale estaba exactamente tan difunto como la cónyuge de Sir Claude y el puesto de la señora de Beale era el mismo al cual, en el caso «Farange contra Farange y Otros», el tribunal de divorcios había otorgado precedencia. El sujeto de aquella célebre resolución judicial vio el resto de sus días inequívocamente marcados por el boato de todo lo que la señora de Beale representaba. Lo que la señora de Beale representaba se erigió allí entre las anfitrionas de esta dama, cobró esplendor de una forma que dejó las miradas de ambas, en su infinito desconcierto, apenas libres para intercambiarse señales. A Maisie le dio inclusive la ligera sensación de que la señora Wix habría podido echarle uno o dos cables de haberlo deseado, o lanzar uno o dos cohetes. En todo caso nunca habían estado juntas tanto tiempo sin comunicación ni telegrafía, y su mutua compañera las mantenía separadas mediante el simple expediente de permanecer junto a ellas. Desde esta posición vieron pasar y volver a pasar como un desfile interminable la grandiosidad de su mutua relación más intensa con ella. Fue un día de animado movimiento y de charla tan brillante y abundosa por parte de la señora de Beale que creó una impresión de música y banderas. Pronto las sacó a pasear con ella a pie y en carruaje, e incluso —cerca del anochecer— bosquejó el plan de llevarlas al Etablissement, donde, por tan sólo un franco por cabeza, podrían escuchar un concierto interpretado por celebridades. A Maisie este plan le recordó las funciones de Earl's Court, aunque el franco por cabeza sonó más prometedor que los chelines que en aquel momento faltaran; y sin embargo también ésta, como la otra, fue una esperanza truncada: los francos faltaron idénticamente que los chelines, de suerte que las funciones habían sentado un precedente para el concierto. En resumidas cuentas el Etablissement se desvaneció, y no fue de extrañar que una dama que desde el momento de su llegada se había mantenido tan galantemente en la brecha hubiera de confesar finalmente estar derrengada. Maisie podía advertir su fatiga: el día no había transcurrido sin que una tan aguda observadora descubriera que estaba muy excitada e incluso comparara tácitamente su estado con el de un navío tras una tormenta. En Londres había estallado una

tempestad, y habría necesidad de tiempo para que se calmara. Su entusiasmo, su temple, su humor, que hasta ahora no habían decaído, por último comenzaron a darle a la niña aquella impresión que una vez le había sido descrita como la de haber estado hablando contra reloj.

La señora de Beale también había experimentado deleite ante las costumbres extranjeras; mas las oportunidades de su hija para explicárselas fueron inopinadamente anuladas por el tono de amplio conocimiento que asumió. Una de las cosas que cercenaron de raíz cualquier posibilidad de disfrutar de esa exuberancia fue el atónito retraimiento de Maisie ante el hecho de que precisamente en una vida continental era en lo que casi había sido educada su madrastra*. Fue la propia señora de Beale, chocantemente, quien comenzó a enseñarles todo a sus amigas: fue ella quien, adondequiera que se encaminaran, fue la intérprete, la historiadora y la guía. Se mostró pletórica de referencias a sus antiguos viajes... cuando había tenido dieciocho años: en aquella época había pasado, con una distinguida familia holandesa, una temporada a orillas del Lago de Ginebra. En los viejos tiempos Maisie ya había sido obsequiada con anécdotas de estas aventuras, pero con el tiempo se habían tornado fantasmales, y la manifiesta ausencia de extrañeza que la protagonista de tales aventuras exhibía en Boulogne, su erudición sobre algunos de los mismísimos temas sobre los cuales Maisie se había mostrado erudita ante la señora Wix, constituyeron una elevada nota de la majestuosidad, de la variedad de dotes, con que ella las anonadó. Todo ello formó parte de la brisa que propulsó su navegación y de la vividez con que ahora su hija iba a sentir el peso de su mano. El efecto de dicha mano sobre Maisie iba a añadir la carga del transcurso del tiempo a la tristeza de la partida de Sir Claude. Este lapso, a su sentir, duraba ya innumerables días; era como si, con el foco de agitación trasladado así a Francia y ahora sin mamá ni la señora de Beale ni la señora Wix ni ella misma a su lado, él debiera de sentirse terroríficamente solo en Inglaterra. Hora tras hora ella tuvo la sensación de estar esperando; sin embargo no habría sabido decir exactamente qué. Hubo momentos en que el torrente de charla de la señora de Beale fue como una simple algazara destinada a sofocar un ruido inquietante. En ningún momento de la crisis la algazara mostró tan patentemente su finalidad como cuando, en vez de dejar que Maisie se fuera con la señora Wix a adecentarse para la cena, la empujó —y con una energía por fin inconfundiblemente física— directamente al cuarto heredado de Sir Claude. Allí con sus propias manos industriosas dejó peripuesta a su pequeña protegida; entonces espetó:

—Voy a divorciarme de tu padre.

Esto era tan distinto de todo lo que Maisie se había esperado que tardó cierto rato en llegar hasta su entendimiento. Entretanto fue consciente de que debía de haberse puesto un tanto pálida.

—¿Para casarte con Sir Claude?

La señora de Beale la recompensó con un beso:

—Es maravilloso oírte expresarlo así.

Esto era un elogio, pero hizo que Maisie equilibrara su postura con una objeción:

—¿Cómo *podrías*, si Sir Claude está casado?

—Ya no lo está... a efectos prácticos. Es libre, bien lo sabes.

—¿Libre de casarse?

* En la Inglaterra victoriana una «educación en el Continente» era sinónimo de costumbres relajadas y moralidad dudosa. (N. del T.)

—Libre, en primer lugar, de divorciarse de aquella bribona.

Los beneficios que, estos últimos días, Maisie había sentido que le debía a cierta persona la dejaron por un momento tan mal dispuesta para identificarla en aquella siniestra definición que vaciló bastante antes de aventurarse a preguntar:

—¿Mamá?

—Ya no es tu mamá —repuso la señora de Beale—. Sir Claude le ha pagado para que cese de serlo. —Entonces, como si reparara en lo poco que, para la niña, debía de significar una transacción pecuniaria, agregó—: Ella lo dispensa de mantenerla si él la dispensa de mantenerte.

La señora de Beale pareció, sin embargo, no haber hecho justicia a las dotes de comprensión financiera de su hija:

—¿Ahora es él quien me mantiene? —preguntó Maisie.

—Deberá hacerse cargo de ti por entero y nunca más volver a hablarle de ti a tu madre. Es literalmente un contrato firmado.

—¡Caramba, qué encantador por parte de ella! —exclamó Maisie.

—No tan encantador, querida, salvo que así él obtendrá el divorcio.

Maisie permaneció en silencio brevemente; tras lo cual dijo:

—No: no lo obtendrá. —Luego agregó con audacia aún mayor—: Y tú no lo obtendrás tampoco.

La señora de Beale, que estaba frente al espejo del tocador, se dio la vuelta divertida y sorprendida:

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque lo sé! —exclamó Maisie.

—¿Gracias a la señora Wix?

Maisie reflexionó; luego de un instante tomó su decisión observando la ausencia de enojo en la señora de Beale, que la impresionó tanto más cuanto que advertía el temple necesario para ello.

—Gracias a la señora Wix —admitió.

Nuevamente frente al espejo, la señora de Beale se aplicó una borla de empolvar.

—¡Tesoro mío, ella se equivoca! —fue todo lo que dijo.

Hubo cierta energía en la mismísima templanza de esto, pero nuestra pequeña reflexionó lo suficiente como para recordar que ésa no había sido la misma afirmación que había hecho Sir Claude. No obstante, este recuerdo no le impidió preguntar:

—¿Quieres decir, en ese caso, que él no vendrá hasta haberlo obtenido?

La señora de Beale se dio un último retoque; ya estaba lista; permaneció allí de pie en toda su elegancia.

—Quiero decir, querida, que porque no lo *ha* obtenido fue por lo que lo abandoné.

Esto abrió unas perspectivas que se ensancharon más de lo que Maisie era capaz de aprehender. Conque las eludió, pero antes de que las dos salieran de la habitación inquirió:

—¿Ahora te cae bien la señora Wix?

—¡Caramba, chavalita, precisamente yo estaba a punto de preguntarte si crees que a ella ha llegado a caerle mínimamente bien este ser pobre y malo que soy yo!

Maisie caviló, ante esta insinuación; pero sin resultado apreciable:

—No tengo la menor idea. Pero lo averiguaré.

—¡Sí, averígualo! —dijo la señora de Beale, como si se tratara de un favor muy

especial y saliendo con ella de la habitación dejando una estela de perfume.

Sin perder tiempo la niña procuró averiguarlo a la hora de acostarse, ya aliviada del temor de que por la noche su mutua visitante deseara separarla de la institutriz.

—¿Ha resistido usted? —comenzó tan pronto como las dos hojas de la puerta del fondo del corredor se hubieron cerrado una vez más a sus espaldas.

La señora Wix miró intensamente hacia la llama de la vela:

—¿Resistido?...

—Caramba, ella ha estado cortejándola. ¿Ha logrado que usted claudique?

La señora Wix dirigió su intensidad hacia el rostro de su educanda:

—Que yo claudique ¿ante qué?

—Ante la posibilidad de que *ella* se quede conmigo en vez de...

—¿En vez de Sir Claude? —Era obvio que la señora Wix intentaba ganar tiempo.

—Claro; ¿quién si no? ¡No iba a ser en vez de usted!

La señora Wix se sonrojó ante tamaña taxatividad, y dijo:

—Desde luego, eso es lo que ella está procurando.

—Y a usted, ¿le agrada eso? —preguntó Maisie.

Cierto es que hubo de aguardar, pues ¡oh, bonito azoramiento el de su amiga!

—En tal caso mi oposición a la relación (la de ellos) naturalmente cedería hasta cierto punto. Hoy ella me ha tratado como si al fin y al cabo yo no fuera un asqueroso gusano; no es que yo no sepa perfectamente a quién ha tomado como pauta para sus buenos modales. Pero claro está —se apresuró a agregar la señora Wix— que ella no me parece en la misma medida que él *la* persona indicada para hacerse cargo de ti.

—¡En la misma medida! —hizo de eco Maisie—. Claro está que no. —Habló con una firmeza bajo la cual ella misma fue la primera en temblar—., Me parecía que usted lo «adoraba».

—Y en efecto así es —confirmó inquebrantablemente la señora Wix.

—Entonces ¿es que repentinamente ha comenzado también a adorarla a ella?

En vez de contestar directamente, la señora Wix se limitó a pestañear en confirmación de su inquebrantabilidad:

—¡Querida, qué tono el de tu pregunta! Te estás delatando.

—Y ¿por qué no habría de hacerlo? *Ustedse* ha delatado. La señora de Beale se ha delatado. ¡A todas nos llega el turno! —Y Maisie soltó la más inaudita carcajada que jamás hubiera franqueado sus infantiles labios.

En verdad los labios de la señora Wix fueron inmediatamente franqueados por un sonido aún más inaudito:

—¡Eres lo nunca visto! —relinchó.

Su educanda, aunque sin ninguna aspiración a la impertinencia, declaró con osadía:

—Me parece que usted ha contribuido mucho a volverme así.

—Muy cierto, he contribuido mucho. —Descendió a un tono humilde, cual si se acordara de sus tan recientes autoacusaciones.

—¿Va usted a aceptarla, en definitiva? Eso es lo que le pregunto —dijo Maisie.

—¿Como sustituta? —La señora Wix le dio vueltas a aquello; volvió a enfrentarse a la mirada de la niña—: Literalmente, ella casi me ha dado coba.

—Ella no le ha dado coba *a él.* Ni siquiera se ha portado bien con él.

La señora Wix miró como si ahora llevara ventaja:

—En tal caso, ¿piensas «matarla»?

—Usted sigue sin contestar a mi pregunta —perseveró Maisie—. Quiero saber si la acepta usted.

La señora Wix continuó escaqueándose:

—¡Y yo quiero saber si la aceptas tú!

Ante esto, todo en la persona de la niña proclamó que ello era fácil de averiguar:

—¡Ni por un instante!

—¿Ni siquiera a los dos juntos ahora? —La señora Wix había comprendido; por ello se volvió radiante—. ¿Sólo a él?

—A él o a nadie.

—¡¿Ni siquiera *a mí?!* —exclamó la señora Wix.

Maisie la atalayó un instante, luego comenzó a desvestirse:

—¡Oh, usted es nadie!

29

El sueño de la niña fue prolongado; de inmediato advirtió que era tarde cuando al abrir los ojos vio a la señora Wix, enhiesta, completamente vestida, más vestida que nunca, y observándola desde el centro de la habitación. Al siguiente instante ella ya estaba sentada en la cama, completamente despabilada por el miedo a las horas de «estancia en el extranjero» que podía haber perdido. La señora Wix miraba como si el día ya se hubiese hecho sentir, y para Maisie el proceso de ponerse al tanto se inició cuando la oyó decir con neta claridad:

—¡Mi pobrecita niña, ha venido!

—¿Sir Claude? —Salvando la alfombrilla con el ímpetu de su salto,

Maisie sintió el terso suelo bajo sus pies descalzos.

—Hizo el viaje nocturno; llegó muy temprano.—La cabeza de la señora Wix hizo un disgustado ademán hacia detrás suyo—: ¡Está allí!

—Y ¿lo ha visto usted?

—No. Está allí, está allí —reiteró la señora Wix. Insólitamente hablaba sólo con un hilo de voz y no por decisión propia, y temblaba tanto que acrecentó su mutua inquietud. Visiblemente pálidas, se escudriñaron la una a la otra.

—Pero ¿acaso eso no es algo *maravilloso?* —le preguntó entrecortadamente Maisie; requerimiento éste que solicitaba una respuesta para la cual, empero, aún no estaba preparada su compañera. El término empleado por Maisie había sido un golpe de intuición estratégica... para en cualquier caso impedir que la señora Wix empleara otro. En ese grado fue afortunada: hubo tan sólo una expresión de súplica, extraña y muda, en aquella vieja cara pálida, que brindó la impresión de una falta de determinación mayor de lo que ni siquiera el mayor optimismo habría podido asociar con su actitud hacia lo que por fin había acaecido. De hecho, para la propia Maisie lo que por fin había acaecido estaba extrañamente, según sintió, por debajo del puro éxtasis que anteriormente le había producido cualquier venida o regreso de aquel amigo supremo. ¿Qué había pasado de la noche a la mañana, qué había pasado mientras dormía, con su grata capacidad de alegrarse? Intentó estimularla un poco más al hablar, al mostrarse complacida, al sumergirse en el agua y los vestidos, y logró averiguar que eran las diez, pero asimismo que todavía no había desayunado la señora Wix. El día anterior, a las nueve de la

mañana, habían tomado juntas un *café complet* en su saloncito. Además, por su parte, evidentemente la señora Wix tenía necesidad de refugiarse en algo. Se refugió en dedicarse a refrenar las prisas de algunas de las presentes acciones de su educanda, recordándole con cierta aproximación a la severidad que de entre las obligaciones mañaneras las que tenían referencia con un meticuloso uso del jabón debían ser las más meticulosas de todas, manifestándole inclusive cierta reprobación ante la tendencia a apresurarse a vestirse por causa de un simple padrastro. Se impuso a ella con silencioso énfasis; redujo la operación a fases más nítidas que cualesquiera otras que hubiese conocido desde los tiempos de Moddle. Independientemente de cuáles fueran las cosas a las que, tras tantos cambios, tuviera derecho la persona de Sir Claude, de todas formas eran compatibles, al modo de ver de nuestra pequeña, con el instinto de vestirse con casi inescrupulosa celeridad a fin de verlo. Mientras tanto, por fortuna, la señora Wix no se consagró exclusivamente a tareas represivas. «¡Está allí, está allí!», había repetido ya varias veces. Era su sola respuesta ante toda invitación a especificar desde qué hora estaba levantada y por qué había respetado tan religiosamente el profundo sueño de su compañerita. Durante un rato constituyó su única información sobre el paradero de los otros y la razón de que aún no los hubiese visto, así como sobre la posibilidad de que en aquel momento los otros se hallasen en la sala de estar.

—¡Está allí, está allí! —declaró una vez más mientras, en el cuerpo de la niña, con una insidia casi feroz, hacía que «encajara» una prenda íntima un poco pequeña.

—¿Quiere decir que él está en la sala de estar? —tornó a preguntar Maisie.

—Está *junto* a ella —dijo con desolación la señora Wix—. Está junto a ella —reiteró.

—¿Quiere decir en el dormitorio de ella? —siguió Maisie.

Ella hizo una pausa un instante, y dijo:

—¡Sólo Dios lo sabe!

Durante unos instantes Maisie se preguntó por qué razón y de qué modo podría saberlo Dios; sin embargo, esto no demoró sino un momento su nueva pregunta:

—Bien, ¿y ella se vuelve?

—¿Volverse? ¡Nunca!

—¿Se quedará aquí como si nada?

—Ahora tiene una razón de más para quedarse.

—Entonces ¿será Sir Claude quien se marche? —preguntó Maisie.

—¿Marcharse... si *ella* no se marcha? —La señora Wix pareció otorgarle a esta pregunta el beneficio de un instante de reflexión—. ¿Para qué habría venido... si tuviese que marcharse de nuevo?

Maisie brindó una ingeniosa explicación:

—Para *obligarla* a volver. Para llevársela consigo.

La señora Wix afrontó aquello sin tolerarse ninguna concesión:

—Si es capaz de obligarla a volver con tanta facilidad, entonces ¿por qué la dejó venir?

Maisie caviló, y dijo:

—Oh, para que ella me viera *a mí.* Tiene derecho.

—Sí..., tiene derecho.

—¡Es mi madre! —Maisie aventuró una risita entre dientes.

—Sí..., es tu madre.

—Además —ahondó Maisie—, él no la dejó venir. A él no le gusta que haya venido,

y si no le gusta...

La señora Wix la atajó:

—¡ ... tendrá que chincharse: eso es lo que tendrá que hacer! Tu madre tenía razón a ese respecto; me refiero a tu verdadera madre. Él es un débil. Un débil de tomo y lomo. ––Pareció meditar aún más hondamente—. Él habría podido ser más enérgico incluso con *ella* me refiero a con milady. No es sino un pobre esclavo servil —aseveró con súbita rotundidad.

Otra vez Maisie quedó cavilosa:

—¿Un esclavo?

—De sus pasiones.

Siguió cavilosa y aun impresionada; tras lo cual continuó:

—Pero ¿cómo sabe usted que él va a quedarse aquí?

—¡Porque nos quiere! —Y la señora Wix, mientras imprimía énfasis a aquella frase, hizo girar violentamente a su educanda para abrocharle un botón en la espalda. Nunca anteriormente la había zarandeado de aquella manera.

Fue como si tal zarandeo produjera una nueva idea en la niña:

—Pero ¿de qué puede servirle eso si nosotras (¡por mucho que nos quiera!) no nos quedamos aquí?

—¿Quieres decir si nos largamos dejándolo solo con ella? —La señora Wix les hizo aquella pregunta a las espaldas de su educanda—. De *nada* podrá servirle. Será su ruina. Se quedará sin nada. Lo perderá todo. Será su definitiva perdición, pues es seguro que después de algún tiempo él la aborrecerá.

—¡Entonces, cuando él la aborrezca —fue impresionante la forma en que asimiló esa idea— vendrá tras nosotras como una exhalación! —proclamó Maisie.

—Nunca.

—¿Nunca?

—Ella no se lo permitirá. Lo retendrá para siempre.

Maisie dudó:

—¿Aun cuando él la «aborrezca»?

—Eso no importará. Ella no lo aborrecerá *a él.* ¡A él nadie lo aborrece! —espetó la señora Wix.

—Sí hay quien lo hace. Mamá, sin ir más lejos —adujo Maisie.

—¡Mamá *no* lo aborrece! —Fue sorprendente: su amiga la contradijo sin el menor atisbo de duda—: Lo ama, lo adora. Las mujeres saben estas cosas. —La señora Wix habló no sólo como si Maisie no fuera una mujer, sino como si además nunca fuese a serlo—. *¡Yo* las sé! —exclamó.

—Entonces ¿por qué diantres lo ha abandonado mamá?

La señora Wix titubeó, pero finalmente contestó:

—Porque él la aborrece *a ella.* No te muevas; mantén alta la cabeza. Tú sabes lo que yo siento por él —añadió con dignidad—; pero asimismo debes de saber que veo con claridad las cosas.

Todo este rato Maisie había estado intentando denodadamente ser capaz de lo mismo:

—Pero si ella lo ha abandonado por ese motivo, entonces ¿por qué no iba a abandonarlo también la señora de Beale?

—¡Porque la señora de Beale no es tan tonta!

—¿No es tan tonta como mamá?

—Exactamente, si es que *deseas* saberlo. ¿Te parece que ella tenga pinta de querer dejarlo escapar? —inquirió la señora Wix. Tornó a ensimismarse; después prosiguió con mayor intensidad—: ¿Quieres saber real y verdaderamente por qué? Para que ella pueda ser su desdicha y su castigo.

—¿Su castigo? —Esto era más de lo que por ahora Maisie estaba en condiciones de abarcar—. ¿Por qué?

—Por todo. Eso es lo que va a ocurrir: él permanecerá eternamente atado a ella. A ella le importará un comino ser odiada y por su parte no lo odiará a él. Se limitará a odiarnos *a nosotras*.

—¿A nosotras? —hizo de eco la niña consternadamente.

—Te odiará *a ti*.

—¿A mí? ¡Caramba, yo fui quien los unió! —exclamó dolida Maisie.

—Tú fuiste quien los unió. —Hubo rotundidad en aquella aquiescencia de la señora Wix—. Sí: fue una labor preciosa. Siéntate. —Comenzó a cepillar el pelo de su educanda y, mientras lo cogía en un haz con mano fuerte, prosiguió con una brusca remembranza—: Al principio tu madre lo adoraba; aquello habría podido durar. Pero demasiado pronto él empezó con la señora de Beale. Como dices tú misma —recalcó aplicándole vigorosamente el cepillo—, tú los uniste.

—Yo los uní —estuvo dispuesta a ratificar Maisie. Pese a ello, por un momento se sintió sumida en el fondo de una trampa; entonces columbró una salida—: Pero en cambio no uní a mamá con... —Ahí le falló la voz.

—¿...con todos esos caballeros? —completó la señora Wix—. No, no llegaste a extremos tan delirantes.

—Al Capitán le dije únicamente —recordó Maisie sin dilación— que esperaba que por lo menos él (¡era tan simpático!) la amara y no la abandonase.

—Tampoco eso fue muy pernicioso —sugirió la señora Wix.

—Pero tampoco muy provechoso —se sintió obligada a constatar Maisie—. Ella no puede aguantar al Capitán... ni una pizca. Me lo dijo en Folkestone.

La señora Wix logró reprimir un impulso a quedarse boquiabierta; luego, tras un instante de ofuscación durante el cual semejó no lograr desviarse fácilmente de su impredecible examen de las tropelías de Ida, dijo:

—¡Lo que fue verdaderamente simpático es que tu madre tuviera que hablarte de él!

—¡A mí él me cayó *muy bien!* —repuso Maisie con prontitud; y ante esto, con un sonido inarticulado y una incoherencia aún más insólita, su compañera se inclinó y le dio en la mejilla un rápido mordisquito que aparentemente tenía la intención de ser un beso.

—Pues bien, si milady no estuvo de acuerdo contigo, ¿qué demuestra eso? —demandó la señora Wix en conclusión—. ¡Demuestra que sigue encariñada con Sir Claude!

Bajo la luz de algunas de aquellas pruebas, Maisie siguió cavilando hasta que estuvo listo su pelo, pero cuando por fin abrió la boca evidenció no haberlas asimilado del todo. En este momento se asió del brazo de la señora Wix:

—¡Él debe de haber obtenido el divorcio!

—¿En estos dos días? No digas sandeces.

Estas palabras fueron dichas con una irritación que dejó a la niña sin argumentos; de ahí que buscara refugio en tratar el asunto desde un punto de vista enteramente distinto:

—¡Pues yo estaba segura de que vendría!

—También yo; pero no al cabo de veinticuatro horas. ¡Le había concedido algunos días! —gimió la señora Wix.

Maisie, que ahora se desasió, la miró con interés:

—¿Cuántos días le había concedido *ella?*

La señora Wix la atalayó un instante; luego, como con un estupefacto ademán desdeñoso, dijo:

—¡Será mejor que se lo preguntes a ella! —Pero no bien hubo pronunciado estas palabras cuando se arrepintió—: ¡Dios misericordioso, de qué cosas estamos hablando!

Maisie sintió que, cualesquiera fuesen las cosas de las que estaban hablando, ella debía verlo, pero no dijo nada más durante un rato: un rato en el que terminó de arreglarse concienzudamente y en el que también la señora Wix permaneció callada. Fue como si cada una tuviera casi demasiado en que pensar, e incluso como si la niña tuviera la impresión de que su amiga estaba observándola y procurando descubrir si también ella era observada. Por último la señora Wix se dirigió hacia la ventana y allí se quedó —invidentemente, como adivinó Maisie— mirando hacia lontananza. Entonces nuestra pequeña, ante el espejo, dio el toque maestro:

—Bien, pues ya estoy lista. ¡Vayamos a *verlo!*

La señora Wix se dio la vuelta, pero como si no la hubiese oído:

—Esto es tremendamente grave. —Tras los enderezadores corrían lentas lágrimas silenciosas.

—Lo es, lo es. —Maisie habló como si ahora ya estuviese ataviada a la altura de las circunstancias; como si, de hecho, con los últimos retoques se hubiese puesto el birrete judicial—. Debo verlo inmediatamente.

—¿Cómo eres capaz de ir a verlo cuando él no te ha mandado llamar?

—¿Por qué no puedo ir yo a su encuentro?

—Porque no sabes dónde está.

—¿No puedo ir a echar un vistazo en la sala de estar? —A Maisie eso le parecía asaz sencillo.

Sin embargo, al punto la señora Wix censuró ese propósito:

—¡Por nada del mundo te permitiré echar un vistazo en la sala de estar! —Luego lo explicó pormayorizadamente—: Ahora la sala de estar ya no es nuestra.

—¿Nuestra?

—Tuya y mía. Es de ellos.

—¿De ellos? —continuó haciendo de eco Maisie, con los ojos de par en par—. ¿O sea que no quieren que entremos?

La señora Wix titubeó; se dejó caer sobre un asiento y, tal como Maisie la había visto hacer bastante a menudo anteriormente, se tapó la cara con las manos:

—Es lo menos que podrían hacer. ¡La situación es demasiado monstruosa!

Maisie permaneció inmóvil un instante; paseó la mirada por la habitacion.

—Iré a verlo; iré a buscarlo —dijo.

—¡*Yo* no! ¡No pienso *aproximarme a* ellos! —exclamó la señora Wix.

—En tal caso lo veré sola. —La niña avistó lo que estaba buscando: se apoderó de su sombrero—. ¡Tal vez salga a dar una vuelta con él! —Y llena de decisión abandonó el cuarto.

Al entrar en la sala de estar se la encontró vacía, pero al oír el ruido de la puerta alguien se movió en el balcón, y Sir Claude, entrando en la habitación sin pérdida de

tiempo, se quedó parado frente a ella. Llevaba un impecable traje ligero y un sombrero de paja con una cinta brillante; estas cosas, además de parecerle en sí mismas a la niña una vibrante promesa de grandiosos viajes, le daban a él cierto esplendor y, por así decirlo, una desenvoltura tropical; pero semejante efecto no hizo sino resaltar aún más cómo él se había paralizado súbitamente y, durante un instante que en ninguna coyuntura parecida había sido tan largo, se había abstenido de tenderle los brazos. Esta parálisis la hizo paralizarse a su vez y la habilitó para reflexionar que él debía de llevar levantado mucho rato, pues no quedaban rastros de un desayuno; y que aunque era tan tarde se había rehusado a mandar llamarla. ¿Acaso habría tenido razón la señora Wix con lo de la pérdida de la sala de estar? ¿Ahora era únicamente de él... únicamente de él y de la señora de Beale? Tal idea, al ritmo al que palpitaban los pensamientos infantiles, no pudo menos que retrotraerla al modo como todo lo que hasta ahora había sido de ella había pasado a ser manifiestamente propiedad de la señora de Beale y de él. Era extraño estar allí saludándolo desde el lado opuesto de un abismo, pues a estas alturas él ya había abierto la boca, sonreído y dicho sin realizar ningún movimiento para aproximarse:

—¡Mi querida hija, mi querida hija! —En un santiamén ella advirtió que él era distinto, más de lo que él sabía o pretendía. Por lo demás, al siguiente instante fue como si él hubiera advertido algo en la expresión del rostro infantil; cosa que lo hizo tenderle la mano. Entonces se acercaron, él la besó, se rió, e incluso ella creyó verlo ruborizarse; algo de su afecto tintineó como de costumbre—: Aquí estoy de nuevo, ya lo ves, tal como os lo prometí.

No era tal como se lo había prometido: no les había prometido a la señora de Beale; pero Maisie no dijo nada sobre ello. Lo que dijo fue simplemente:

—Ya sabía que habías venido. Me lo dijo la señora Wix.

—Ah, claro. Y ¿dónde está?

—En su cuarto. Me ha despertado y me ha vestido.

Sir Claude la examinó de pies a cabeza; siempre que lo hacía, asomaba en su rostro una expresión de suave chistosidad que a ella la encantaba especialmente, *y* que tampoco esta vez falló. Él alzó las cejas *y* los brazos para exteriorizar jocosamente su admiración: a pesar de los pesares, estaba obviamente deseoso de ejercitar su buen humor.

—¿Conque te ha vestido? ¡Ya lo creo! Te ha vestido de una manera deslumbrante. ¿No va a venir?

Maisie caviló sobre si era conveniente hablar. Finalmente lo hizo: —Ha dicho que no.

—¿No quiere ver a este pobre diablo?

Ella desvió la mirada bajo la vibración del modo como él se había descrito, y sus ojos se posaron en la puerta de la habitación que él había ocupado unos días atrás:

—¿Está ahí dentro la señora de Beale?

Sir Claude miró inexpresivamente el mismo objeto:

—¡No tengo la menor idea!

—¿No la has visto aún?

—No le he visto ni siquiera la punta de la nariz.

Maisie reflexionó; descendió sobre ella, bajo la luz de los hermosos y sonrientes ojos masculinos, la más imprecisa *y* pura *y* fría convicción de que él no decía la verdad.

—¿No te ha dado la bienvenida? —inquirió.

—Ni siquiera con un mohín.

—Entonces ¿dónde está?

Sir Claude se rió; pareció tan divertido como sorprendido ante la insistencia infantil:

—¡Mejor no hablemos de eso!

—, No sabe que has venido?

Él volvió a reírse, y respondió:

—¡Quizá le dé igual!

Sintiendo una inspiración, Maisie lo cogió del brazo: —¿Se ha *marchado?*

Él afrontó su mirada y entonces ella vio que la mirada de él era verdaderamente mucho más seria que sus modales.

—¿Marchado? —Ella se había apresurado hacia la puerta de marras, mas antes de que pudiera alzar la mano para llamar, él llegó a su altura y la detuvo—: Olvídate de la señora de Beale. Ella me importa un bledo. Lo que quiero es estar *contigo.*

Maisie retrocedió con él preguntando:

—¿O sea que *no* se ha marchado?

Él siguió aparentando considerar todo aquello como una broma, pero cuanto más lo miraba ella más advertía que estaba preocupado.

—¡Marcharse no sería propio de ella!

Lo miró interrogativamente:

—¿Tú querías que ella viniera?

—¿Cómo puedes siquiera imaginar semejante cosa?... —Se lo aclaró con franqueza—: Tuvimos una gran bronca al respecto.

—¿Quieres decir que estáis peleados?

Sir Claude se quedó perplejo:

—¿Qué cosas te ha dicho ella?

—Que yo le pertenezco a ella tanto como a ti. Que ella actúa en sustitución de papá.

La mirada masculina atravesó la abierta ventana y se perdió por el cielo; ella lo oyó manosear en los bolsillos unas monedas o unas llaves.

—Sí: eso es lo que no cesa de repetir. —Por un momento aquello le prestó a él un aire de casi indefensión.

—Dices que ella te importa un bledo —insistió Maisie—. *¿Quieres* decir que estáis peleados?

—No hacemos otra cosa que pelearnos.

Ante ella, al decir esto, él se erigió tan afable y hermoso, tan generoso —a despecho de lo que lo preocupara— en reinstauradas campechanías, que infundió una luminosa imprecisión al significado, a lo que de lo contrario habría sido quizá la palpable promesa, de sus palabras.

—¡Oh, *tus* peleas! —exclamó ella desalentada.

—¡Te aseguro que las de ella son de órdago!

—No hablo de las de ella, sino de las tuyas.

—¡Ah, no lo hagas hasta que me haya tomado un café! Te estás volviendo muy lista –agregó. Después dijo—: Supongo que ya habrás desayunado.

—Oh no, aún no he tomado nada.

—¿No has tomado nada en tu habitación? —Pareció del todo compadecido—. ¡Mi querido amigo! Corramos, entonces, a desayunar juntos. —Tuvo una de sus ideas felices–: Diablos, desayunaremos fuera.

—Eso esperaba. Por eso he cogido el sombrero.

—¡Te *has* vuelto muy lista! Iremos a un cafetín. —Maisie ya estaba en el pasillo; él

se puso a buscar algo por el cuarto—. Un momento... mi bastón. —Pero no parecía haber ningún bastón en el cuarto—. Da igual; debo de habérmelo dejado en... ¡oh! —Recordó dónde con un extraño escalofrío y salió.

—¿Te lo dejaste en Londres? —preguntó ella mientras descendían las escaleras.

—Sí, en Londres; ¡figúrate!

—Tenías demasiadas prisas por venir —justificó Maisie.

Él le pasó el brazo por encima:

—Sí, debió de ser por eso. —A mitad de las escaleras él volvió a detenerse bruscamente, dándose una palmadita en la pierna—: ¿Y la pobre señora Wix?

Se oscureció el semblante de Maisie:

—¿Quieres que venga con nosotros?

—Cielos, no: quiero estar contigo a solas.

—¡Así es como yo quiero estar *contigo!* —repuso ella—. Como en los viejos tiempos.

—¡Como en los viejos tiempos! —hizo de eco él jovialmente—. Pero me refería a si *ya le* han llevado el desayuno.

—No, nada.

—Entonces haré que se lo suban. ¡Madame! —Nada más llegar al pie de las escaleras, él llamó a la corpulenta *patronne,* una mujer que desde el industrioso y concurrido vestíbulo volvió hacia él un rostro cubierto de reciente maquillaje matutino y una pechera tan amplia como una aterciopelada repisa de chimenea, sobre la cual su redonda cara blanca, enmarcada por dorados ricitos, habría podido figurar como un vistoso reloj. Él encargó, con especiales recomendaciones, el refrigerio de la señora Wix, y fue encantador escuchar su brillante francés fluido: hasta la ignorancia de su compañerita supo apreciar la perfección con que él manejaba el idioma. La *patronne,* frotándose las manos e interviniendo con breves notas altas como si se tratara de un florido dúo, lo acompañó hasta la calle, y mientras continuaban hablando un momento más Maisie recordó lo que había dicho la señora Wix sobre la simpatía que él despertaba en todos. Del maquillaje matutino, de la inmensa pechera brotó sobremanera la simpatía que él despertaba en la dueña del hospedaje. Evidentemente había encargado algo estupendo para la señora *Wix—: Et bien soigné, n'estce pas?*

—*Soyez tranquille* —le sonrió cálidamente la *patronne—. Et pour Madame?*

—*Madame?—hizo* de eco él; aquello lo había turbado un poco*.

—*Rien encore?*

—*Rien encore.* Vámonos, Maisie. —Ella lo siguió sin demora, pero durante el trayecto hasta el cafetín él no dijo nada.

30

Después de que tomaron asiento todo fue distinto: el local no era el que estaba debajo del hotel, sino uno que había más adelante siguiendo el muelle; con amplios ventanales luminosos y un suelo rociado de serrín de una forma que a ojos de Maisie le imprimía algo del hechizo de un circo. Tenían prácticamente para ellos solos las pintadas paredes y

* Porque, en francés, *Madame* se puede traducir por «su esposa» no menos que por «la dama». (N. del T.)

los rojos bancos afelpados; éstos eran compartidos por sólo unos pocos hombres diseminados que se mondaban los dientes, con contorsiones faciales, ante mesitas desnudas, y en particular por un individuo anciano: un individuo ancianísimo con una cinta roja en el ojal, *cuyo* modo de mojar en el café los *croissants* con mantequilla y luego hacerlos desaparecer en lo poco que le quedaba de la zona comprendida entre la nariz y el mentón habría podido llenar a Maisie, en una ocasión menos intranquila, de admiración y aun envidia. También ellos tomaron su *café au lait y sus croissants* con mantequilla, de acuerdo con la decisión tomada por Sir Claude después de preguntarle si se sentía con fuerzas para aguantar hasta la hora del *déjeuner* con algo tan ligero en el estómago. A ella la alusión a esa comida le dio la visión, en el umbroso frescor rociado, de un establecimiento lleno de, tal como vagamente sintió, una especie de libertinaje modoso y compartido: el lugar de reunión habitual de aquéllos —la gente anormal, como ella misma— que se acostaban o se levantaban demasiado tarde: algo sobre lo que meditar mientras contemplaba al camarero de delantal blanco moverse con platos y fuentes con la misma pericia con que en Londres había actuado cierto prestidigitador a quien su amigo la había llevado a admirar en una revista musical. Al poco rato Sir Claude ya había vuelto a hablar, para contarle lo que le habían parecido estos días en Londres y lo nostálgico que se había sentido en ambos países; asimismo todo lo referente a Susan Ash y la diversión así como los trastornos que le había causado; luego todo lo referente al viaje de retorno y la travesía nocturna del Canal y la muchedumbre que viajaba y el modo como uno siempre se topaba con demasiados conocidos. También habló de otras cosas, en especial de lo que a su vez ella debía contarle sobre las actividades, durante su ausencia, de la señora Wix y su educanda. ¿Acaso no se lo habían pasado tan bien como él les había prometido? ¿Había exagerado en las disposiciones tomadas para que fueran tratadas bien? Maisie tuvo algo —no todo— que decir acerca del acierto de él y la gratitud de ellas; en su mente había un barullo que crecía a cada instante, que crecía debido a la conciencia de que nunca anteriormente lo había visto en aquel peculiar estado en que les había sido restituido.

La señora Wix había dicho una vez —una vez o cincuenta veces: para Maisie una habría sido suficiente, pero muchas no eran demasiado— que él era portentosamente imprevisible. Pues bien, ciertamente así se mostró, en opinión de la niña, durante la ocasión presente: se mostró mucho más imprevisible que ninguna otra cosa. Por lo demás, la circunstancia de que estuvieran juntos en un local, ante una agradable mesita confidencial como tan a menudo habían estado juntos en Londres, no hizo sino resaltar la diferencia de la situación. Esta diferencia estribaba en el semblante de él, en su voz, en todas las miradas que a ella le dirigía y todos los gestos que hacía. No eran las miradas ni los gestos que realmente él deseaba mostrar, y asimismo ella advirtió que tampoco correspondían a sus propios deseos. Ya lo había visto nervioso, ya había visto nerviosas a todas las personas con quienes había tenido contacto hasta la fecha, pero nunca lo había visto tan sumamente nervioso. Poco a poco aquello la hizo sentir un nítido terror, un terror que participaba del sudor frío que había sentido antes, en el hotel, al verse, a raíz de la contestación masculina sobre la señora de Beale, descreyendo de lo que él afirmaba. En el momento presente pareció ver, pareció palpar al otro lado de la mesa, cual si hubiese puesto la mano sobre ello, lo que él había querido decir cada vez que había confesado tener miedo. ¿Por qué un hombre como él tenía miedo con tal frecuencia? Ahora ella debía de haber empezado a comprender que sobre todo había una cosa de la

que un hombre como él podía tener miedo. Podía tener miedo de sí mismo. En todo caso allí estaba el miedo de él; dicho miedo era dulce con ella, hermoso *y* amable con ella, estaba tomando café y *croissants* con mantequilla con ella, estaba espetando palabras y risas que no tenían nada de palabras ni de risas con ella; dicho miedo estaba presente en la voz que bromeaba y posponía y mentía; estaba presente en este modo teatral en que él la había llevado a desayunar fuera para imitar los antiguos ratos vagabundeantes de Londres, para imitar una relación que había cambiado definitivamente, una relación que ella había visto cambiar ante sus propios ojos cuando, el día anterior en el saloncito, la señora de Beale había aparecido inesperadamente ante ella. La señora de Beale seguía ante ella, si a eso vamos, en este instante, e incluso mientras habían estado esperando que les sirvieran Maisie había abordado aquella precisa cuestión que, nada más entrar en el local, él había estimulado con sus primeras palabras pronunciadas:

—¿Vamos a tomar el *déjeuner* con la señora de Beale?

La respuesta de él fue todo menos precisa:

—¿Tú y yo?

Maisie se recostó en su silla:

—La señora Wix y yo.

También Sir Claude cambió de postura:

—Es una pregunta, mi querida hija, que le toca responder a la propia señora de Beale. —Sí, había cambiado de postura; mas abruptamente, tras un instante durante el cual pareció que algo se suspendiese entre ellos y, como enérgicamente impulsado, los abanicase con el aire levantado por su oscilación, ella sintió que dicho ente había caído sobre ambos—. ¿Te importa —espetó— que te pregunte qué es lo que te ha dicho la señora Wix?

—¿Lo que me ha dicho?

—Durante este día o dos; mientras he estado ausente.

—¿A propósito de ti y de la señora de Beale?

Apoyándose sobre los codos, Sir Claude fijó su mirada un instante en el blanco mármol de la mesa:

—No, creo que ya hablamos bastante a ese respecto (¿verdad?) antes de que me marchara. Se me antoja que no quedó nada por decir. Me refiero a lo que te ha dicho la señora Wix a propósito de ti misma, a propósito de que (no sé si me explico) te relaciones con nosotros, como si dijéramos, y te quedes con nosotros. Mientras estuviste sola con nuestra amiga, ¿qué comentó ella?

Maisie sintió la trascendencia de la pregunta; eso la mantuvo callada durante un intervalo en el que miró a Sir Claude, cuyos ojos continuaban bajos.

—Nada —repuso por último.

Él hizo alarde de desconfianza:

—¿Nada?

—Nada —repitió Maisie; tras lo cual sobrevino una pausa en la forma de una bandeja con los preparativos del desayuno.

Estos preparativos fueron tan divertidos como todo lo demás: el camarero sirvió el café de un recipiente parecido a una regadera y luego lo hizo espumar con la corriente ondulada de leche caliente que escanció desde la altura del brazo; mas durante toda aquella amena escena de vida francesa los dos se miraron uno a otro con una seriedad que ya no trataban de disimular. Sir Claude le pidió al camarero que fuese a por alguna otra

cosa y a continuación reaccionó a la contestación de Maisie:

—¿No ha tratado de influirte?

Hallándose de esta guisa cara a cara con él, a Maisie le pareció que había tratado de influirla tan poco que no merecía la pena mencionarlo; por consiguiente volvió a cerrarse en banda durante un momento. Enseguida dio con una vía intermedia:

—A la señora de Beale ahora le cae bien ella; *y hay* una cosa que he averiguado, una gran cosa: la señora Wix disfruta con sus amabilidades. Todo el día de ayer fue enormemente amable con ella.

—Ya veo. Y ¿de qué modo fue amable? —preguntó Sir Claude.

Ahora Maisie se había entregado al desayuno, conque su compañero principió a degustar el suyo propio; de suerte que pareció que en su vieja amistad, al menos en lo tocante a las formas, nada hubiera cambiado.

—De todos los modos que se le ocurrieron. La señora de Beale fue tan maja con ella como habrías podido serlo tú —dijo la niña—. Estuvo hablándole todo el santo día.

—Y ¿qué le dijo?

—Ah, no lo sé. —Maisie estaba un tanto extrañada ante la insistencia con que él quería enterarse: aquello no encajaba con el grado de intimidad con la señora de Beale tan denunciado por la señora Wix y que, según ésta última, lo había hecho venir servilmente. ¿Acaso no estaba él más informado que su hijastra sobre lo que hacía la persona a quien estaba atado? Al cabo de un instante, empero, ella agregó—: Se dedicó a cortejarla.

Sir Claude la miró con mayor intensidad, y claramente fue algo en el tono de la niña lo que lo hizo decir con premura:

—A ti no te importa que yo te haga estas preguntas, ¿verdad?

—Nada en absoluto; sólo que me parecía que tú estarías más informado que yo.

—¿Sobre lo que hizo la señora de Beale ayer?

Ella creyó verlo sonrojarse una pizquita; pero casi simultáneamente con aquella impresión se vio respondiendo:

—Sí... si la *has* visto.

Él soltó la más estruendosa de las carcajadas:

—Caramba, mi querido muchacho, pero si hace un momento te conté que no la había visto en modo alguno. Mecachis, ¿es que no me crees? Hubo algo de lo que ahora ella tuvo tanto miedo que los demás miedos pasaron a segundo término.

—¿No has venido para verla? —inquirió al cabo de un momento—. ¿No has venido porque no puedes vivir sin ella?

Él acogió su inquisición igual que había acogido su incredulidad: con una insólita ausencia de enojo.

—Por supuesto puedo imaginarme por qué opinas eso. Pero no es la auténtica explicación de mi proceder. Era, tal como hace un momento te dije en el hospedaje, real y verdaderamente a ti a quien quería ver.

Por unos instantes ella se sintió como había solido sentirse cuando, en el jardín trasero de la casa de su madre, él se había dedicado a empujarla formidablemente en el columpio —más fuerte, más fuerte, más fuerte— que había hecho construirle para su recreo y que a la postre se rompió bajo el peso y el abusivo acaparamiento de la cocinera.

—Oh, eso me hace mucha ilusión. Pero ¿quieres decir que has venido para verme y marcharte de nuevo?

—Mi partida, ése es el problema. Aún no puedo decirte nada... todo depende.

—¿Todo depende de la señora de Beale? —preguntó Maisie—. *Ella* no se marchará. —El terminó su propio café y después, tras dejar la taza sobre la mesa, se apoyó contra el respaldo de la silla, postura en que ella lo vio sonreírle. Esto no hizo sino confirmarle a la niña su idea de que él se sentía atribulado, de que él vacilaba en su sufrimiento y buscaba soluciones nuevas. Sir Claude persistió en sonreír y Maisie ahondó—: ¿Es que no lo sabes?

—Sí, bien puedo confesar que por lo menos eso sí lo sé. *Ella* no se marchará. Se quedará aquí.

—Se quedará aquí. Se quedará aquí —repitió Maisie.

—En efecto. ¿Te apetece un poco más de café?

—Sí, por favor.

—¿Y otro *croissant* con mantequilla?

—Sí, por favor.

Sir Claude le hizo una seña al atento camarero, que se acercó llevando en cada mano un brillante pitorro de la abundancia y haciendo gala de un cordial interés por mademoiselle:

—*Les tartines sont là.* —Las tazas de ambos volvieron a rebosar y Sir Claude, mientras contemplaba casi pensativamente las pompitas de la aromática mezcla, dijo una y otra vez:

—Así está bien, así está bien. —Luego exclamó en cuanto se hubo retirado el camarero—: ¡Es completamente desesperante!

—¿Que ella no se marche?

—¡Diantres, todo! ¡Todo, todo, todo! —Pero se recobró; de nuevo principió a degustar su desayuno—. He venido para pedirte algo. Para eso es para lo que he venido.

—Ya sé lo que vas a pedirme —dijo Maisie. —¿Estás segurísima?

—Estoy *casi* segurísima.

—Pues entonces arriésgate a decirlo. No debes dejar que yo asuma siempre los riesgos.

La impresionó la fuerza de aquella intimación, y dijo:

—Quieres saber si yo sería feliz viviendo *con ellas.*

—¿Con las dos mujeres únicamente? No, no, amigo: *vous n y êtes pas.* ¡Ahora te has colado tú! —dijo riéndose Sir Claude.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Al siguiente instante, en lugar de aclararle de qué se trataba, él extendió la mano a través de la mesa y la puso sobre la de Maisie asiéndola como si se le hubiera venido a las mientes algo nuevo:

—¿Sería feliz la señora Wix viviendo *con ella?*

—¿Sin ti? Oh sí... ahora sí.

—¿A causa, como sugeriste hace un momento, de los nuevos modales de la señora de Beale?

Con su sentido de la responsabilidad, Maisie sopesó tanto los nuevos modales de la señora de Beale como la humana inconstancia de la señora Wix:

—Me parece que la ha persuadido.

Sir Claude reflexionó un instante.

—¡Ah, pobrecita! exclamó.

—¿Te refieres a la señora de Beale?

—Oh no: a la señora Wix.

—Le agrada que la persuadan, que la traten como a una persona normal. Oh, la encanta ser tratada con gran cortesía —explayó Maisie—. Eso la emociona enormemente.

Para su sorpresa, Sir Claude discrepó en parte:

—Enormemente hasta cierto punto.

—¡Qué va: la emociona hasta el fondo! —replicó Maisie con énfasis.

—Caramba, ¿acaso yo no he sido cortés con ella?

—Lo has sido maravillosamente... y ella te idolatra con toda el alma.

—En ese caso, mi querida hija, ¿por qué no puede dejarme en paz? —Esta vez Sir Claude se puso inequívocamente colorado. No obstante, antes de que Maisie pudiera contestar su pregunta, lo cual sin duda le habría llevado algún rato, él prosiguió en otro tono—: La señora de Beale se cree que probablemente la ha domado a conciencia. Pero no es así.

Aunque él habló como si estuviese seguro, Maisie perseveró en la opinión que acababa de expresar y que ahora reiteró:

—La ha persuadido.

—Oh, sí; pero en favor suyo, no mío.

¡Ah, ella no pudo soportar oírlo decir aquello!:

—¿Cómo que no en favor tuyo? ¿Es que no acabas de convencerte de lo mucho que te ama la señora Wix?

Sir Claude repasó sus propias convicciones:

—Por supuesto sé que es una mujer extraordinaria.

—Te tiene tantísimo cariño como *yo* —dijo Maisie—. Ayer me lo confesó.

—¡Ah, entonces —exclamó él prontamente— *ha* tratado de influirte! Yo no la amo *a ella,* ¿no te das cuenta? Le hago entera justicia —continuó—, pero lo que digo es que no la amo como a ti, y estoy cierto de que no puedes esperar que ello sea de otra manera. Ella no es mi hija... ¡rayos y truenos, camarada! Ni siquiera es mi madre, aunque para mí seguramente habría sido mejor que lo fuese. Estoy dispuesto a hacer por ella lo que haría por mi madre, pero nada más. —Su profunda agitación se encauzó en una necesidad de explicarse y justificarse, aun cuando procurara atenuarla y disimularla con risas y bocados y otras campechanías parejamente vanas. De repente se interrumpió, atusándose el bigote con bruscos tirones y retornando a la cuestión de la señora de Beale—: ¿Ella ha intentado persuadirte *a ti?*

—No: conmigo habló muy poco. Realmente poquísimo —completó Maisie.

A Sir Claude esto pareció extrañarlo:

—¿Únicamente ha sido dulce con la señora Wix?

—¡Tan dulce como el azúcar! —exclamó Maisie.

Pareció divertirlo su comparación, mas no la rebatió; antes bien, emitió, en señal de conformidad, un pequeño sonido inarticulado y comentó:

—Sé muy bien cómo *puede* ser la señora de Beale. ¡Pero de mucho le habrá servido en este caso! La señora Wix no se *dejará* «domar». Es lo que lo vuelve todo tan completamente desesperante.

Maisie sabía que todo era completamente desesperante; llevaba algún tiempo sabiéndolo, según sintió, pero había otra distinta cosa que deseaba saber con aún mayor apremio:

—¿Qué decías que has venido a pedirme?

—Ah, sí —dijo Sir Claude—; ahora mismo estaba a punto de contártelo. Déjame advertirte que es algo que va a sorprenderte. —Ella ya había concluido de desayunar y volvió a recostarse en la silla; aguardó en silencio, dispuesta a escuchar. El había apartado un poco los trastos del desayuno y tenía los codos sobre la mesa. Esta vez ella sí sabía, estaba segura, lo que se avecinaba, y una vez más, en previsión del golpe, igual que últimamente en su habitación con la señora Wix, contuvo la respiración y entrecerró los párpados. Él iba a decir que ella tendría que renunciar a él. Volvió a mirarla intensamente, luego hizo el esfuerzo definitivo—: ¿Te sientes capaz de renunciar a ella?

Se quedó estupefacta:

—De renunciar ¿a quién?

—A la señora Wix, lisa y llanamente. Te lo planteo de la forma más cruda. ¿Te sientes capaz de sacrificarla? Me doy perfecta cuenta de lo que estoy solicitándote.

Tornaron a abrirse de par en par los ojos de Maisie: aquello era algo muy distinto de lo que había esperado.

—¿Para quedarme sola contigo? —inquirió.

Él apartó otro poco más su taza de café:

—Conmigo y con la señora de Beale. Por supuesto resultaría un poco desusado; pero todo en nuestra historia es de por sí un poco desusado, ¿no crees? ¿Qué puede ser más anormal que ser repudiada, como lo has sido tú, por los progenitores?

—¡Desde luego nada es más anormal que *eso!* —convino Maisie, aliviada por el surgimiento de un punto en que era posible convenir con neta claridad.

—Claro está que sería bastante anticonvencional —insistió Sir Claude—; me refiero al pequeño hogar que formaríamos los tres; pero ya hemos vivido cosas más raras, ¿no te parece? Las hemos vivido desde hace bastante tiempo. En todo caso nos quedaremos a vivir en el extranjero: es muchísimo más sencillo y es decisión nuestra y sólo nuestra; es asunto de nuestra incumbencia y de la de absolutamente nadie más. No lo digo por la señora Wix, pobrecita: le hago entera justicia. La respeto; comprendo sus intenciones; a mí me ha hecho mucho bien. Pero además están los hechos. Están, lisa y llanamente. Y estoy yo, y estás tú. Y ella no se dejará domar. Desde su punto de vista tiene razón. Estoy hablándote del modo más extraordinario... siempre te hablo del modo más extraordinario, ¿verdad? Cualquiera diría que eres una adulta de unos sesenta años y que yo... no sé lo que cualquiera diría que soy *yo.* ¡Excepto que soy un canalla sin escrúpulos! —insinuó—. He estado terriblemente preocupado, y a esto es a lo que todo ha ido a parar. Nos has hecho el más increíble bien, y seguirás haciéndonoslo ahora y siempre, ¿me entiendes? No podemos renunciar a ti: tú lo eres todo. Están los hechos, como digo. Ahora ella, la señora de Beale, *es* tu madre en virtud de lo ocurrido, y yo, por idénticas razones, yo soy tu padre. Nadie puede rebatir eso, y nosotros no podemos desentendernos. Mi idea sería buscar una localidad tranquila (hacia el Sur) donde tú *y* ella estaríais juntas *y* viviríais tan ricamente como el que más. Y yo también viviría tan ricamente como el que más, ¿sabes?, pues no me alojaría con vosotras, aunque estaría cerca, a la vuelta de la esquina, lo cual vendría a ser lo mismo. Mi idea sería que todo fuese perfectamente abierto *y* franco. *Honi soit qui mal y pense*[*], ya sabes. Tú eres lo mejor (tú y lo que podemos hacer por ti) que ninguno de los dos ha tenido nunca —tornó a insistir—. Cuando le digo:

[*] Es el lema de la Orden de la jarretera: «Caiga el oprobio sobre aquél que piense mal de nosotros». (N. del T.)

«Vamos, renuncia a ella», me arroja a la cara: «¡Renuncia tú!» Siempre es el mismo círculo vicioso; y cuando digo vicioso no quiero hacer un retruécano o como—demonios—se—llame. El obstáculo lo constituye la señora Wix; quiero decir, ya me entiendes, si es que te ha influido. Ha tratado de influirme a *mí,* y sin embargo yo sigo en mis trece. Nunca me he visto en una situación tan apurada: por favor, créeme cuando te digo que sólo se debe a eso que yo te plantee las cosas de este modo. Mi querida hija, ¿acaso no es eso (el plantear las cosas así) la única manera de avanzar hacia alguna parte? Esta idea se me ocurrió ayer, en Londres, tras la partida de la señora de Beale: pasé el día más atrozmente infernal de mi vida. «Ve inmediatamente allá y plantéaselo; deja que ella escoja, libremente, su propio destino.» Eso me dije, jovencita, y eso estoy haciendo: planteártelo. *¿Puedes* escoger libremente?

Esta larga peroración, desgranada lenta e interrumpidamente, con pausas y titubeos, con lapsus y recuperaciones, con el semblante acalorado y la mirada azarada pero suplicante, le llegó a la niña desde una tesitura tan semejante a la suya, que tras la primera conmoción pudo ver claramente su intención y seguirlo paso a paso; máxime teniendo en cuenta que fue a terminar en el mismísimo punto de partida. De principio a fin la peroración había sido recorrida subterráneamente por una sola palabra:

—¿A eso lo llamas un «sacrificio»?

—¿El de la señora Wix? Lo llamaré comoquiera que lo llames *tú.* No pienso rehuir nada; y no lo he hecho, me parece. Puedo afrontar el problema en toda su bajeza. ¿Te parece que por mi parte es un acto de bajeza separarte de ella, acorralarte aquí en este rincón *y* sobornarte a base de sofisterías *y croissants* con mantequilla para que la traiciones?

—¿Para que la traicione?

—Vaya, para que te despidas de ella.

Maisie dejó reposar la pregunta; la imagen concreta que le había sido presentada era el aspecto más vívido de la misma.

—Si me despido de ella, ¿adónde irá?

—Volverá a Londres.

—Quiero decir: ¿qué es lo que hará?

—Oh, eso sí que no puedo pretender saberlo. Lo ignoro. Todos tenemos nuestras propias dificultades.

Para Maisie, aquella verdad fue más impresionante en este momento que nunca anteriormente.

—¿Quién me dará clases entonces? —preguntó.

Sir Claude se echó a reír:

—¿Es mucho lo que te enseña la señora Wix?

Ella sonrió tenuemente; sabía a qué se refería él.

—No es demasiado.

—Es demasiado poco —repuso él—; tan poco que es otra de las cosas que hemos de considerar detenidamente. Probablemente no te buscaríamos más institutrices. Para empezar, no estaríamos en situación de contratar una, una que valiera la pena. Las que *valdrían* la pena no servirían —explicó bastante embarulladamente—. Me refiero a que no permanecerían mucho tiempo con nosotros... ¡ay! Nosotros mismos te educaríamos. Especialmente yo. Ya ves que ahora *pueda* ahora no tengo que preocuparme... de lo que antiguamente me preocupaba. No habré de hacer las cosas a escondidas, ella podrá

mostrarse públicamente *conmigo.* Ahora nuestra relación, desde todos los puntos de vista, es más reglamentaria.

Tal como él la exponía semejaba maravillosamente reglamentaria; pero pese a todo, mientras ella la estudiaba lo más juiciosamente que estaba a su alcance, extrañamente el cuadro resultante persistió en mostrar algo muy concreto: una vieja y una niña sentadas en profundo silencio sobre un viejo banco erosionado junto a las murallas de la *haute ville.* Eso había ocurrido justamente el día anterior a aquella misma hora; habían enlazado sus manos; se habían fundido.

—Creo que todavía no te has dado cuenta de la devoción que siente por ti —dijo Maisie por último.

—Sí me he dado cuenta, sí me he dado cuenta. ¡Pero a ese respecto...! —Y exhaló, sabiéndose al descubierto, un oprimido suspiro inquieto: el suspiro, según supo advertir hasta su compañerita, de un hombre profundamente familiarizado con ese alegato: el hombre que con denuedo anhela comportarse razonablemente pero que, si de verdad tuviera que ocuparse de tantas cosas a la vez, siempre se vería intolerablemente embrollado. A lo que de hecho todo iba a parar era a que él se daba cuenta perfectamente. Si la señora Wix sentía devoción por él, era un motivo adicional para deshacerse de ella.

La visión del extremo al que ella lo había arrastrado absorbió a nuestra pequeña mientras, para preguntar cuánto debía, Sir Claude llamaba al camarero y luego sacaba una moneda de oro que el hombre se llevó prometiendo traerle inmediatamente el cambio. Sir Claude lo miró alejarse y entonces reanudó la conversación:

—¿Qué mujer podría tener menos que reprocharle a servidor? Quiero decir en lo que respecta a ella personalmente.

Maisie desarrolló la cuestión:

—En efecto. ¿Cómo *podría* ella tener menos que reprocharte? Conque ¿cómo estás tan seguro de que volverá a Londres?

—Sin duda ya escuchaste cómo estoy tan seguro: ya la oíste explayarse hace tres noches. ¿Qué otra cosa podría hacer salvo marcharse... después de lo que dijo? He hecho aquello contra lo cual ella me había prevenido... y ella tenía toda la razón. Así están las cosas. Que le caiga bien la señora de Beale, como tú lo calificas últimamente, es suficiente motivo, además de otros, para hacerla quedarse, por tu bien, sin mí: no es suficiente motivo para hacerla quedarse, ni aun por tu bien, *conmigo...* para hacerla tragar, ¿no te das cuenta?, lo intragable. Y cuando dices que me tiene tantísimo cariño como tú, creo estar en condiciones, llegado el caso, de contradecirte ligeramente en ese punto. ¿Te quedarías *tú* con ellas dos sin mí? —El camarero volvió con el cambio, y eso le concedió a ella, antes de contestar tamaña pregunta, un instante de respiro. Pero una vez que se hubo retirado nuevamente tras aceptar con elegantes expresiones de agradecimiento la «propinilla» que Sir Claude le otorgó con un sutil ademán de su dedo índice, éste último insistió en su pregunta mientras se guardaba el resto del cambio—: ¿Aceptarías que ella te hiciera vivir con la señora de Beale?

—¿Sin ti? Jamás—contestó Maisie acto seguido—. Jamás —reiteró.

En él aquello suscitó un tono triunfal, y por cierto que ella misma se sintió estremecerse ante el solo sonido de su voz cuando él exclamó:

—¡Luego ya ves que no estás dispuesta, como sí lo está ella, a deshacerte de mí! —Entonces retornó a su pregunta primigenia—: *¿Puedes* escoger? Quiero decir: ¿puedes decidir hablando por ti misma? ¿Deseas vivir con nosotros y sin ella?

Ahora ella sintió de veras el sudor frío de su propio terror, y de repente le pareció comprender, tal como lo había comprendido a propósito de Sir Claude, de qué tenía miedo. Tenía miedo de sí misma. Lo miró de tal modo que infundió, según pudo ella ver, asombro en el semblante masculino, un asombro refrenado, empero, por su sincera voluntad de jugar limpio con ella, de no usar la autoridad, de no apremiarla ni agobiarla... de restringirse a mostrarle de un modo claro y generoso la elección que ella tenía que hacer.

—¿Puedo pensármelo? —preguntó Maisie finalmente.

—Desde luego, desde luego. Pero ¿cuánto tiempo?

—Oh, sólo un ratito —dijo ella con humildad.

Durante un momento él tuvo la pinta de desear considerar aquélla como la más feliz perspectiva en el mundo.

—Pero ¿qué haremos mientras te lo piensas? —Habló como si pensárselo fuese compatible con casi cualquier distracción.

Exclusivamente había una cosa que a Maisie no le apetecía hacer, y luego de un instante la manifestó:

—¿Debemos regresar al hotel?

—¿Deseas que lo hagamos?

—Oh, no.

—No hay la menor necesidad de hacerlo. —Él bajó la mirada hacia su reloj; ahora su semblante se puso muy serio—. Podemos hacer cualquier otra cosa que se nos antoje. —Tornó a mirarla cual si estuviera a punto de decir que por ejemplo podían partir a París. Pero incluso antes de que ella terminara de preguntarse si por ventura no le sería efectivamente hecha tal propuesta, de pronto él semejó perder arrojo—: Podemos dar un garbeo.

Ella se mostró conforme, pero él continuó sentado como si todavía le quedara algo más que decir. Empero, a la postre no dijo nada; así que fue ella quien habló.

—Creo que antes me gustaría hablar con la señora Wix —dijo.

—¿Antes de tomar una decisión? Muy bien, muy bien. —Se había puesto el sombrero, pero aún hubo de encender un cigarrillo. Fumó unos instantes, con la cabeza echada hacia atrás, mirando al techo; después dijo—: No hay que olvidar una cosa, y tengo derecho a hacértela notar: nosotros reemplazamos a tus progenitores de un modo absoluto. Ha sido su abandono, su extrema vileza, lo que nos ha conferido esa responsabilidad. Nunca una niña ha sido entregada y otorgada de un modo más total. —Pareció repetir esto, concentrado en el techo, a través del humo, como para aclararse a sí mismo las ideas. Tras una pausa ello lo llevó un poco más lejos Aunque reconozco que a cada uno de nosotros por separado.

En aquel momento y en aquella actitud él le dio tal sensación de desear, por así decirlo, estar de su parte —de parte de lo que desde todos los puntos de vista fuera más adecuado *y* sabio *y* grato para ella—, que ella sintió un repentino anhelo demostrarse parejamente delicada y generosa, parejamente atenta a los intereses de él. Y ¿cuáles eran éstos sino los de hacer «reglamentarias» sus existencias del modo que él acababa de proponer?

—A cada uno de vosotros por separado —ratificó consiguientemente ella con gran seriedad—. Pero, ¿no te acuerdas?, yo fui quien os unió.

Con un acceso de alegría él se incorporó de un salto:

—¿Que si me acuerdo? ¡Vaya que sí! Tú nos uniste, tú nos uniste. ¡Vámonos!

31

Maisie paseó con él durante un lapso de tiempo sobre cuya duración no habría sabido decir nada excepto que fue demasiado breve para convertirlo en lo que ella ansiaba: en un intervalo, una barrera infinita, infranqueable. Deambularon, vagabundearon, contemplaron escaparates; hicieron todas las antiguas cosas tal como si intentaran recobrar toda la antigua seguridad, obtener de ellas lo que siempre habían obtenido antaño. Esto último había hecho acto de presencia antaño, fuera lo que fuese, sin que hubieran de buscarlo, mientras que ahora nada hacía acto de presencia salvo una intensísima conciencia de su búsqueda de ello y de su amparo en un subterfugio. Lo más extraño era lo que en realidad había acontecido a la antigua seguridad. Lo que en realidad había acontecido era que Sir Claude era «libre» *y* que la señora de Beale era «libre», *y* que sin embargo la nueva coyuntura era extrañamente aún más opresiva que la antigua. Ella advirtió que Sir Claude compartía su parecer de que dicha opresión sería mucho más intolerable en el hospedaje, donde, hasta que no fuera tomada alguna decisión, experimentarían la ausencia de algo; ¿de qué otra forma cabía calificar ese algo ausente excepto como una sólida base? El problema de tal decisión se perfilaba ante ella de un modo más tremebundo en este instante: dependía, tal como por fin lo había comprendido, enteramente de ella. La elección que ella tenía que hacer, como la había denominado su amigo, se alzaba allí ante ella cual una irrealizable suma en una pizarra, una suma que pese a sus alegatos en pro de un ratito de reflexión ella sencillamente pospuso mientras paseaba con él. Antes de resolver la suma debía hablar con la señora Wix; por consiguiente cuanto más postergara esa reunión más alejaba el calvario que la aguardaba. En el momento presente no se preocupó en absoluto de aquella tarea: a fin de eludirla se limitó a impregnarse profundamente de la compañía de Sir Claude. No se fijó en ninguna de las cosas en que le había gustado fijarse hasta el momento: no sintió ningún contacto del escenario extranjero que durante los primeros días había tenido siempre ante sí. El único contacto que sentía era el de la mano de Sir Claude, y sentir dentro la suya propia fue su muda forma de resistirse al transcurso del tiempo. Caminaba a la vera de él tan invidentemente como si él guiara a una niña a quien hubiesen vendado los ojos. Tenían miedo de sí mismos y en el hospedaje se encontrarían consigo mismos. Ahora ella estaba cierta de que lo que los aguardaba allí sería un almuerzo con la señora de Beale. Todo su instinto la impelía a eludir aquello, a prolongar el paseo, a buscar pretextos, a llevarlo hacia la playa, a llevarlo hasta el final del paseo marítimo. El no agregó ni una palabra a lo que habían hablado durante el desayuno, y ella tuvo una tenue percepción de que para cualquiera a quien pusieran al tanto del asunto, por ejemplo para la señora Wix, aquel modo de no hacerla notar que él estaba intensamente a la espera de que ella dijera algo representaría una nueva prueba de su caballerosidad. Cierto es que una o dos veces, en el malecón, en la arena, él la miró durante unos instantes con una mirada que semejó proponerle que sin pérdida de tiempo partieran juntos a París. Empero, aquello no fue una treta para recordarle a ella la responsabilidad asumida. Obviamente él deseaba retrasar el retorno no menos que ella: no sentía ni una pizca más de prisa por retornar junto a las dos mujeres. En este momento la propia Maisie fue capaz de mostrarse secretamente cruel

con la señora Wix... al menos hasta el punto de no importarle si su larga ausencia hacía que esta señora empezara a intranquilizarse por su educanda, o incluso que empezara acaso a cavilar si los dos que estaban haciendo novillos no habrían hallado alguna otra solución. Por cierto que idéntica fue cuando menos la falta de compasión que Maisie mostró hacia la señora de Beale... ya que debían de ser mucho mayores la intranquilidad y las cavilaciones de la señora de Beale por ser mucho mayor la persona que las motivaba. Cuando por último Sir Claude, al llegar al extremo de la *plage,* que ya habían recorrido, entre la colorista muchedumbre, de punta a punta, comentó de improviso, tras echar una mirada al reloj, que ya era la hora, no de retornar para la *table d'hôte,* sino de pasarse por la estación para comprar los periódicos de París; cuando comentó esto, digo, ella se halló imaginándose con cierta intensidad lo que *iban* a decir la señora de Beale *y* la señora Wix. En el camino hacia la estación ella llegó incluso a pintarse un cuadro mental del padrastro y la educanda establecidos en una localidad tranquila del Sur mientras en una localidad tranquila del Norte la institutriz y la madrastra permanecían vinculadas por una comunidad de desconcierto y por la infinita serie de comentarios a que ésta daría pábulo. Los periódicos de París ya habían llegado y su compañero, con una singular extravagancia, adquirió nada menos que once; esto consumió un buen rato mientras curioseaban en la librería del animado andén, donde los pequeños volúmenes de un anaquel eran todos amarillos o color rosa y una de sus entrañables ancianas tocada con una de sus entrañables cofias lo cameló zalameramente para que comprara tres. De esta guisa tuvieron ahora tantas cosas que transportar al hospedaje que habría resultado más fácil, con tal bagaje para un agradable viajecito improvisado por Francia, sencillamente «colarse», como lo denominó ella para sus adentros, en un *coupé* del tren que, a poca distancia de ellos, estaba a punto de partir. Maisie le preguntó a Sir Claude adónde se dirigía dicho tren.

—A París. ¡Figúrate!

Podía figurárselo perfectamente. Se quedaron allí parados y sonrieron, él con todos los periódicos bajo el brazo y ella con los tres libros, uno amarillo y dos color rosa. El le había contado que los rosa eran para ella y el amarillo para la señora de Beale, implicando de un modo interesante que de esa manera se dividía intrínsecamente en Francia la literatura infantil y la literatura adulta[*]. Ella era consciente de que tenían toda la pinta de quienes se dispusieran a tomar el tren, y enseguida le espetó a su compañero: –Me gustaría ir. ¿Me llevarías?

Él no dejó de sonreír:

—¿De verdad irías?

—Ya lo creo que sí. Haz la prueba.

—¿Deseas que adquiera los billetes?

—Sí, adquiérelos.

—¿Sin equipaje?

Ella señaló hacia los cargados brazos de ambos, sonriéndole de la misma manera que él estaba sonriéndole a ella, pero tan sabedora de sentir un pánico que jamás había sentido en su vida, que le parecía estar viendo su propia palidez como en un espejo. Entonces se dio cuenta de que lo que estaba viendo era la palidez de Sir Claude: él estaba tan aterrorizado como ella.

[*] En Francia las novelas para adultos solían ir encuadernadas en amarillo, mientras que existía una serie de relatos para niñas encuadernados en rosa conocidos como la *Bibliothèque Rose.* (N. del T.)

—¿Acaso no es esto equipaje de sobra? —preguntó ella—. Adquiere los billetes; ¿o es que ya no queda tiempo? ¿Cuándo sale el tren?

Sir Claude interpeló a un mozo:

—¿Cuándo sale el tren?

El hombre alzó la mirada hacia el reloj de la estación y dijo:

—Dentro de dos minutos. *Monsieur est placé?*

—*Pas encore.*

—*Et vos billetss vous navez que le temps.* —Después, tras echarle un vistazo a Maisie, el hombre dijo—: *Monsieur veut—il queje les prenne?*

Sir Claude se volvió hacia ella:

— *Veux—tu bien qu il en prenne?*

Fue la cosa más singular del mundo: en la intensidad de su excitación ella no sólo comprendió gracias a una iluminación súbita el francés que hablaban, sino que además comenzó a hablarlo ella misma con activa perfección. Le solicitó directamente al mozo:

—*Prenny, prenny. Oh prenny!*

—*Ah si mademoiselle le veut...!* —Permaneció allí en espera del dinero.

Pero Sir Claude se limitó a mirar pasmado; miró pasmado hacia ella con el rostro lívido:

—Entonces *¿ya has* escogido? ¿Estás dispuesta a renunciar a ella?

Anhelantemente Maisie dirigió su mirada hacia el tren, donde, entre gritos de *«En voiture, en voiture!»*, se veían cabezas asomadas a las ventanillas y se oía el ruido de las puertas cerrándose. El mozo persistió en su vehemencia:

—*Ah vous n'avez plus le temps!*

—¡Se va, se va! —exclamó Maisie.

Lo vieron empezar a moverse, lo vieron ponerse en marcha; entonces el mozo siguió su camino encogiéndose de hombros.

—¡Se fue! —dijo Sir Claude.

Maisie dio unos ensimismados pasos por el andén; se paró allí, vuelta de espaldas a su compañero, siguiendo el tren con la mirada, reprimiendo las lágrimas, acunando sus libros entre los brazos. Había sentido auténtico terror pero ahora había vuelto a caer con los pies en la tierra. Lo singular era que en su caída su terror había caído con ella y se había hecho pedazos. Ya no había terror por su parte. Por último se dio la vuelta, en el punto donde se había detenido, hacia el terror de Sir Claude, y entonces se percató de que este terror no se había esfumado. Él estaba sentado con su propio terror en un banco, alineado contra la pared de la estación, al cual se había retirado y donde, con la espalda apoyada contra el respaldo y, tal como pensó ella, con un aire raro, estaba aguardándola. Ella se encaminó hacia él y él volvió a afanarse infructuosamente en simular un aire chistoso.

—Sí, ya he escogido —le dijo la niña—. Estoy dispuesta a renunciar a ella si tú... si tú...

Titubeó; rápidamente él recogió sus palabras:

—Si yo ¿qué?

—Si tú renuncias a la señora de Beale.

—¡Cáspita! —exclamó él; ante lo cual ella percibió cuantísimo y cuán irrescatablemente tenía él miedo. En la cafetería ella había supuesto que era miedo de rebelarse, miedo de sus acumuladas pulsions; mas ¿cómo podía ser así si sus tentaciones

—aquella tentación, sin ir más lejos, del tren que acababan de dejar escapar— eran en último término tan débiles? La señora Wix tenía razón. El tenía miedo de su propia debilidad... de su propia debilidad.

Posteriormente ella no habría sabido decir cómo retornaron al hospedaje: tan sólo habría sabido decir que tampoco de la estación retornaron directamente, sino que una vez más se pusieron a vagar y deambular y, en determinado momento, se hallaron en el borde del muelle donde —aparentemente con todavía media hora por delante— estaba atracado el barco que se disponía a zarpar rumbo a Folkestone. Aquí curiosearon igual que en la estación; aquí volvieron a intercambiar silencios, pero únicamente silencios. En cubierta, escogiendo sitio, el mejor sitio posible, ya había unos cuantos puntuales pasajeros; algunos ya se habían acomodado, bien envueltos en sus mantas de viaje, con el rostro enfilado hacia Inglaterra y atendidos por el camarero, quien, confinado en semejante día a las tareas más livianas, se dedicaba a abrigar los pies de las damas o a descorchar botellas ruidosamente. Sin pronunciar una sola palabra ellos dos observaron todas estas cosas: incluso descubrieron un buen sitio para dos al socaire de un bote salvavidas; y si permanecieron allí embobados, sin resolverse a subir a bordo ni resolverse a abandonar el lugar, era Sir Claude no menos que ella quien no deseaba moverse. Era Sir Claude quien cultivaba aquella suprema inmovilidad gracias a la cual ella percibía mejor lo que él pensaba. Él pensaba simplemente que ya había percibido muy bien lo que ella misma pensaba. Pero ahora no había ninguna simulación de chistosidad: sus rostros eran serios, cansados. Cuando finalmente se movieron fue como si el miedo de él, su miedo de su propia debilidad, se apoyase en ella pesadamente mientras circundaban la bahía. Cuando penetraron en el vestíbulo del hotel ella vio un viejo baúl maltrecho que identificó: una arcaica maleta con etiquetas que ella conocía y con una gran W rotulada, recientemente repintada e intensamente personal, que por su parte pareció contemplarla fijamente a ella como si la hubiese reconocido e incluso sospechase vagamente de ella. También Sir Claude reparó en el baúl, y ambos se notaron inquietos ante la presencia de este artículo de viaje. ¿Acaso se marchaba la señora Wix y de esa manera su educanda se veía, de improviso, librada de la responsabilidad de repudiarla? Su educanda y el compañero de su educanda, petrificados durante unos instantes, experimentaron, ante aquel agüero, una comunión más intensa que ante el tren de París o ante el paquebote del Canal; luego, todavía sin pronunciar una sola palabra, subieron apresuradamente las escaleras. Empero, una vez llegados al rellano, ya a resguardo de las miradas de las personas de abajo, los abandonaron las fuerzas de suerte que hubieron de sentarse a fin de recobrarlas: se sentaron en el último escalón mientras Sir Claude asía la mano de su hijastra con una vehemencia que en ocasión de diferente tenor sin duda la habría hecho gritar. Sobre el suelo yacían desparramados los libros y los periódicos.

—¡Cree que la has repudiado!

—En ese caso debo hablar con ella, debo hablar con ella —dijo Maisie.

—¿Para darle la despedida?

—Debo hablar con ella, debo hablar con ella —se limitó a reiterar la niña.

Continuaron sentados un minuto más: Sir Claude siguió estrechándole la mano pero sin mirarla, con la vista clavada en el fondo de las escaleras desde donde, tras el recodo, sonaban timbres eléctricos y soplaba la grata brisa marina. Finalmente, aflojando el asimiento, se levantó despacio mientras ella hacía otro tanto. Caminaron juntos por el corredor, pero antes de que llegaran a la sala de estar él volvió a detenerse:

—¿Y si yo renuncio a la señora de Beale?

—Inmediatamente saldré del hotel contigo y no retornaremos hasta que se haya marchado.

El pareció asombrarse:

—¿Hasta que se haya marchado la señora de Beale?

Él había hecho que esto sonara a chiste malo. Ella se explicó:

—No, hasta que se haya marchado la señora Wix... en aquel barco.

Sir Claude casi pareció un orate:

—¿Va a marcharse en aquel barco?

—Me figuro que sí. Ni siquiera le daré la despedida —prosiguió Maisie—. Me quedaré fuera del hotel hasta que el barco haya zarpado. Subiré hasta las antiguas murallas.

—¿Las antiguas murallas?

—Me sentaré en el viejo banco desde donde se contempla la Virgen áurea.

—¿La Virgen áurea? —hizo de eco él con despiste. Pero aquello atrajo su mirada hacia ella como si tras un instante viera el lugar y la cosa a que ella aludía, como si la viera a ella sentada allí sola—. ¿Mientras yo rompo con la señora de Beale?

—Mientras tú rompes con la señora de Beale.

Él exhaló un largo y hondo suspiro ahogado:

—Antes me gustaría hablar con la señora de Beale.

—Y ¿por qué no haces lo mismo que yo? ¿Por qué no sales del hotel y esperas?

—¿Esperar? —De nuevo pareció despistarse.

—Hasta que se hayan marchado las dos —dijo Maisie.

—¿Repudiándonos *a nosotros?*

—Repudiándonos *a nosotros.*

¡Oh, con qué semblante se preguntó él por unos momentos si aquello sería posible! Pero al momento siguiente aquella cavilación no hizo sino encaminarlo hacia la puerta y, con la mano en el pomo, dejarlo ahí parado como si escuchara voces. Maisie prestó atención, pero no oyó ninguna. Todo lo que al poco oyó fue a Sir Claude decir con elucubración bastante pesimista, pero de forma que no lo escuchase nadie en la sala de estar:

—La señora de Beale no se marchará nunca. —Tras esto abrió la puerta de par en par y Maisie entró detrás de él. El saloncito estaba vacío, pero no bien entraron ellos, en la puerta del dormitorio apareció la dama reciénmentada—. ¿Se marcha la señora Wix? demandó él entonces.

La señora de Beale se aproximó, cerrando tras ella su propia puerta y diciendo:

—Me ha armado una escena verdaderamente tremenda. Ayer me garantizó quedarse.

—Y ¿ha sido mi llegada lo que ha alterado su propósito?

—¡Qué va: nosotras ya habíamos tomado eso en consideración! —La señora de Beale estaba colorada, cosa que nunca la favorecía, y su rostro daba visible fe del encontronazo aludido. Obviamente, empero, no había resultado vencida, *y* mantenía erguida la cabeza *y* sonreía *y* se frotaba las manos como en súbita emulación de la *patronne*—. Prometió quedarse aunque tú vinieses.

—En tal caso, ¿por qué ha mudado de opinión?

—Porque es una mema. La razón que ha dado es que estabais demorándoos demasiado.

Sir Claude se quedó pasmado:

—¿Qué tiene que ver eso?

—Habéis estado fuera una eternidad —insistió la señora de Beale—; yo misma no conseguía imaginarme qué había podido ocurriros. ¡Hace ya rato —exclamó— que ha transcurrido la mañana entera e incluso la hora del almuerzo!

Sir Claude semejó indiferente a aquel dato. Se limitó a preguntar:

—¿Bajó a almorzar contigo la señora Wix?

—No: ¡ni siquiera movió un músculo! —Y volvió a inflamarse de color, a ojos de Maisie, la tez de la señora de Beale—. Se acurrucó en su cuarto; ni siquiera vino a hablar conmigo; y cuando le mandé recado para invitarla a bajar, sencillamente rehusó comparecer aquí. Dijo que no le apetecía comer nada y bajé sola. ¡Pero cuando regresé, afortunadamente ya oliéndome lo que me aguardaba —y la señora de Beale esbozó una hermosa sonrisa de batalla—, ella *había* comparecido!

—Y ¿tuvisteis una gran bronca?

—Tuvimos una gran bronca —aseveró con una franqueza no menos grande—. ¡Y mientras vosotros me dejabais sola frente a esta situación morrocotuda, me gustaría saber dónde estuvisteis! —Hizo una pausa en espera de una respuesta, mas Sir Claude se limitó a atalayar a Maisie, gesto que enseguida reactivó la requisitoria de la señora de Beale—. ¿Dónde leches habéis estado?

—Me da la impresión de que te lo tomas tan desapaciblemente como la señora Wix ––replicó Sir Claude.

—Me lo tomo como me sale de las narices, y aún no has respondido mi pregunta.

El tomó a atalayar a Maisie... como pidiendo auxilio en este trance; de ahí que Maisie le sonriese a su madrastra y explicase: —Hemos estado en todas partes.

No obstante, la señora de Beale no le contestó, incrementando así una sorpresa que ya había embargado ligeramente a nuestra pequeña. Porque la señora de Beale no la había acogido ni con un saludo ni con una mirada, aunque tal vez esto no había sido tan llamativo como la omisión —en lo referido a Sir Claude, de quien se había separado en Londres hacía dos días— de cualquier señal de bienvenida. Pero lo más llamativo de todo había sido la declaración de la señora de Beale sobre la promesa de la señora Wix, promesa que a su educanda no le había sido revelada hasta el momento. En lugar de prestar atención al testimonio de Maisie, la señora de Beale retomó la palabra con acrimonia:

—Lo cierto es que habrías debido discurrir que iba a suceder algo.

Sir Claude consultó su reloj:

—No tenía ni idea de que fuese tan tarde, ni de que hubiésemos estado tanto rato fuera. No teníamos hambre. El tiempo se nos pasó como un relámpago. ¿Qué *ha* sucedido?

—Oh, que la señora Wix está disgustada —dijo la señora de Beale.

—¿Con quién?

—Con Maisie. —Incluso ahora ella se abstuvo de mirar a la niña, que permanecía allí simultáneamente involucrada y excluida—. Por no tener sentido moral.

—¿Cómo *podría* tenerlo? —Una vez más Sir Claude trató de brillar ante su compañerita de paseo—. En todo caso, ¿deduce eso del hecho de haber salido conmigo a dar un garbeo?

—No me lo preguntes *a mí:* pregúntaselo a esa mujer. No hace sino chochear cuando

no brama —declaró la señora de Beale.

—Y ¿abandona a la niña?

—Abandona a la niña —dijo con gran énfasis la señora de Beale, mirando más que nunca por encima de la cabeza de Maisie.

En esta postura de pronto se operó un cambio en su rostro, originado, como advirtieron los otros al siguiente instante, por la reaparición de la señora Wix en el umbral de la puerta que, al entrar pegada a los talones de Sir Claude, Maisie había dejado entreabierta.

—*¡No* abandono a la niña, no señor! —tronó desde el umbral, avanzando hacia los otros tres pero hablándole directamente a Maisie. Estaba aparejada —decididamente enjaezada— para marcharse, ataviada como cuando su llegada y armada con un abultado bolso mohoso que, casi a modo de hacha de guerra, blandía para realzar sus palabras. Era manifiesto que venía directamente de su cuarto, donde al instante adivinó Maisie que ya había hecho las disposiciones pertinentes para el traslado de sus efectos personales—. No te abandonaré hasta no haberte dado otra oportunidad. ¿Estás dispuesta a venirte *conmigo?*

Maisie se volvió hacia Sir Claude, quien pareció haberse resituado a un kilómetro y medio de distancia. Hacia la señora de Beale no se volvió más de lo que la señora de Beale se había vuelto hacia ella: se sentía como si hubiera averiguado el secreto de aquella frialdad. ¿Qué se había dicho acerca de esta última propuesta durante el encontronazo entre las dos mujeres? Bastante se dijo ahora, de todas formas, cuando a efectos prácticos le planteó esa misma pregunta a su padrastro:

—¿Te vienes *tú?* ¿O no te vienes? —inquirió como si aún no hubiese comprendido que tenía que renunciar a él. Era el último rescoldo de su sueño. A estas alturas ya no tenía miedo de nada.

—¡Yo pensaba que serías demasiado orgullosa para preguntarle eso! —intervino la señora Wix. La propia señora Wix era netamente demasiado orgullosa.

Pero ante las palabras de la niña la señora de Beale había pegado literalmente un bote:

—¡¿Piensas repudiarme *a mí,* Maisie?! —Fue un gemido de consternación y reproche, en el cual su hijastra se quedó atónita de entrever que la señora de Beale no había sido conscientemente hostil y que si se había mostrado tan fríamente altanera no había sido por recelo, sino por un extraño aturrullamiento de la vulnerabilidad.

Sir Claude le mostró a la señora de Beale un semblante resueltamente molesto:

—¡No se lo plantees de *esa* manera! —Desde luego había habido algo peculiar en el tono de la señora de Beale, y por un momento nuestra pequeña se acordó de los viejos tiempos en que tantos de sus amigos habían quedado «comprometidos».

Esta precisa amiga se sonrojó; estaba ante la señora Wix, y aunque se sintió humillada aceptó la sugerencia:

—Es cierto, ésa no es manera. —Entonces demostró que sabía cuál era la manera adecuada—: No digas idioteces todavía mayores, tesoro: vete derechita a tu cuarto y espera allí hasta que pueda ocuparme de ti.

Maisie no hizo ningún movimiento de obediencia, ya que la señora Wix alzó una mano que prohibía tajantemente que nadie abandonara el saloncito:

—No te muevas de aquí hasta no haberme escuchado. *Yo* me marcho, pero primero quiero aclararme. ¿Lo has perdido de nuevo?

Buscando un término de comparación para aquella pérdida, Maisie pensó en la

inmensidad del espacio sideral. Después respondió bastante grisáceamente:

—Me siento como si lo hubiese perdido todo.

La señora Wix asumió un aspecto sombrío:

—¿Quieres decir que *has* perdido lo que con tanto esfuerzo habíamos logrado encontrar hace dos días? —Como su educanda no se decidiera a responder, ahondó—: ¿Quieres decir que ya ni siquiera recuerdas qué logramos encontrar juntas?

Maisie rememoró tenuemente:

—¿Mí sentido moral?

—Tu sentido moral. ¿Ahora resulta que *no* he logrado hacer que surja? —Hablaba como nunca anteriormente, ni siquiera en el cuarto de estudio con el libro en la mano.

Aquello retrotrajo a la memoria de la niña cómo a veces ocurría que el viernes no era capaz de repetir la frase que el miércoles le había parecido «chupada», *y* desvalida *y* pesarosamente se enfrentó a la difícil prueba que se le presentaba en este momento. Sir Claude y la señora de Beale permanecían como observadores de un «examen». Por un instante pareció aspirar realmente la fragancia del débil capullo que la señora Wix afirmaba haber hecho surgir y que ahora le había puesto ante la nariz con mano tan coercitiva. Luego éste desapareció y, cual si por culpa de un resbalón estuviera a punto de caerse de un estrado, sus brazos hicieron un brusco movimiento a la desesperada. Lo que simbolizaba este movimiento era el espasmo dentro de ella de algo todavía más hondo que un sentido moral. Miró a su examinadora; miró a los observadores; sintió que los ojos se le cubrían con las lágrimas que había reprimido en el andén de la estación. Éstas no tenían nada, pero que nada que ver con su sentido moral. Lo único con que tenían que ver era con el viejo, humillante y monótono alegato del cuarto de estudio:

—No lo sé, no lo sé.

—Entonces lo has perdido. —Pareció que la señora Wix cerrara el libro mientras orientaba hacia Sir Claude los enderezadores—: Usted ha aniquilado ese capullo. Lo ha destrozado cuando comenzaba a vivir.

Era una señora Wix más novedosa que nunca, una señora Wix elevada y grandiosa; pero a fin de cuentas Sir Claude no era hombre que se dejara tratar cual niño que no se sabe la lección:

—No he destrozado nada —dijo—; antes bien, creo haber dado nacimiento a algo. No sé cómo llamarlo: ni siquiera he sabido tratarlo decentemente, acercarme a ello; pero, sea lo que sea, es lo más hermoso que he conocido en mi vida: es algo exquisito, es algo sagrado. —Tenía las manos en los bolsillos y, aunque acaso en él todavía asomaran trazas de la molestia que resueltamente acababa de mostrar en el semblante, su cabeza se inclinaba con extraordinaria afabilidad hacia las dos amigas que estaba a punto de perder—. ¿Sabe usted para qué vine? —le preguntó a la mayor de ellas.

—¡Yo diría que sí! —exclamó la señora Wix, sorprendentemente inaccesible a cualquier afán de conciliación y manteniendo en el rostro la belicosidad de su reciente discusión con la señora de Beale. Esta última dama, como si se sintiera excesivamente salpicada por tanto cambio de marea, emitió una sonora exclamación inarticulada de protesta y, quitándose de en medio, se asomó momentáneamente por la ventana.

—Vine para hacer una petición —dijo Sir Claude.

—¿A mí? —preguntó la señora Wix.

—A Maisie. Le he pedido que renuncie a usted.

—Y ella, ¿ha aceptado?

Sir Claude titubeó.

—¡Cuéntaselo tú! —exclamó entonces para la niña, apartándose también como para brindarle la posibilidad. Mas la señora Wix y su educanda quedaron cara a cara en silencio: Maisie mas pálida que nunca, más confusa, más rígida y empero más muda. Se miraron una a otra intensamente, y como ninguna de ellas hablara Sir Claude tornó a intervenir—: ¿No vas a contárselo? ¿No te sientes capaz? —Maisie persistió en su silencio; de ahí que, dirigiéndose a la señora Wix, él prorrumpiera en una especie de éxtasis—: ¡No ha aceptado, no ha aceptado!

Ante esto, Maisie recobró la facultad del habla:

—Sí que he aceptado. Sí que he aceptado —reiteró.

Aquello hizo que la señora de Beale volviera junto a ella:

—¡Has aceptado, ángel mío, has aceptado! —Se abalanzó hacia la niña y, antes de que Maisie pudiera oponer resistencia, ya se había sentado con ella en el sofá, tomando posesión de ella, abrazándola estrujadoramente—. ¡Ya has renunciado a ella, ya has renunciado a ella para siempre, y ahora eres nuestra y sólo nuestra, y cuanto antes se marche ella, mejor para todos!

Maisie había cerrado los ojos, pero volvió a abrirlos al oír la voz de Sir Claude:

—¡Suéltala! —le dijo él a la señora de Beale.

—¡Nunca, nunca, nunca! —exclamó la señora de Beale. Maisie se sintió aún más estrujada.

—¡Suéltala! —repitió Sir Claude con mayor intensidad. Miraba a la señora de Beale y en su voz había algo peculiar. Al sentir que en torno a ella se aflojaban aquellos brazos, Maisie supo que la otra era consciente de qué era ello; se levantó despacio del sofá y la niña quedó sentada nuevamente sola y aturrullada—. ¡Eres libre, eres libre! —volvió a hablar Sir Claude; ante lo cual la espalda de Maisie sintió un empujón que fue un desahogo del enojo y que la colocó otra vez en medio del saloncito, constituida en blanco de todas las miradas y sin saber hacia dónde dirigir la suya.

Haciendo un esfuerzo se encaró con la señora Wix:

—No me negué a renunciar a usted. Acepté hacerlo si *él* renunciaba a...

—¿Si él renunciaba a la señora de Beale? —espetó la señora Wix.

—¡Si yo renunciaba a la señora de Beale! ¿Qué otro adjetivo le cuadra a eso sino exquisito? demandó Sir Claude a todos los presentes, incluyendo la mentada dama; ahora hablaba con un arrobo tan intenso como si ante ellos hubiera sido colocada de improviso alguna obra maestra del arte o de la naturaleza. Velozmente recobraba su energía gracias a esta delicada labor de valoración—: Ha puesto una condición... ¡y con qué sentido del deber! Ha puesto la única condición correcta.

—¿La única condición correcta? —volvió a la carga la señora de Beale. Hacía un instante le había tolerado a él una humillación, pero no iba a tolerarle otra a cuenta de eso—: ¿Cómo puedes soltar tales majaderías y cómo puedes respaldarla en semejante impertinencia? ¿Qué diablos le has hecho a la niña para hacerla concebir algo por el estilo? —Se erguía allí en indignada ira: sus ojos centellearon en todo su derredor. Maisie le sostuvo la mirada, consciente de que por fin había llegado el momento decisivo. Pero al interpelar a su hijastra la señora de Beale descendió a un tono interrogativo esencialmente suave—: ¿Es cierto, preciosidad, que has puesto esa condición?

Extrañamente, ahora que por fin había llegado, el momento decisivo no resultó tan tremebundo. Lo que ayudó a la niña fue saber lo que quería. Finalmente todo aquel

aprender *y* aprender *y* aprender le había revelado eso; de forma que si aguardó un instante antes de contestar fue sólo por el deseo de ser amable. Su indecisión sencillamente había desaparecido o cuando menos estaba desapareciendo a marchas forzadas. Por último respondió:

—¿Estás dispuesta a renunciar *a él* ¿Estás dispuesta?

—¡Oh, déjala en paz... déjala, déjala! —protestó con tono súbitamente suplicante Sir Claude para la señora de Beale.

Al mismo tiempo la señora Wix la increpó de otro modo:

—¿No es suficiente para usted, señora, con haberla obligado a discutir sus relaciones?

La señora de Beale dejó sin respuesta a Sir Claude, pero en cambio la sulfuraron las palabras de la señora Wix:

—¿Mis relaciones? ¿Qué sabe usted, repulsivo ser, sobre mis relaciones, y qué derecho tiene a hablar de eso? ¡Salga inmediatamente de esta habitación, vieja repelente!

—Creo que será preferible que se vaya usted, no sea que se le escape el barco —dijo turbadamente Sir Claude para la señora Wix. Ahora se mantenía al margen, o aspiraba a mantenerse al margen; ya sabía lo peor y lo había aceptado; lo que ahora lo preocupaba era evitar, desalentar las vulgaridades—: Por favor, márchese; por favor, márchese rápidamente.

—Tan rápidamente como usted quiera me marcharé con la niña, pero no sin ella. —La señora Wix no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Entonces ¿por qué me mintió usted, bribona? —casi chilló la señora de Beale—. ¿Por qué me dijo hace una hora que había renunciado a ella?

—Porque yo había desesperado de ella, porque pensé que ella me había traicionado. ––La señora Wix se volvió hacia Maisie—: Estabas *con ellos:* de parte de ellos. ¡Pero ahora se te han caído las escamas de los ojos, y te llevo conmigo!

—¡No se la llevará usted, no! —Y la señora de Beale, con un gran salto salvaje, asió ferozmente a su hijastra. La tomó del brazo y, culminando un instintivo movimiento, con otro brinco se llegó con ella hasta la puerta, que había sido cerrada por Sir Claude en cuanto la conversación había principiado a subir de tono. La señora de Beale se apoyó contra la puerta e, incluso mientras seguía apostrofando e improperando a la señora Wix, la mantuvo cerrada en la incoherencia de su excitación—. ¡No se la llevará usted; usted se largará sola; Maisie se queda aquí con su familia, por fin libre de usted! ¡Nunca en mi vida había oído nada tan monstruoso! —Sir Claude ya había rescatado a Maisie y la tenía bien sujeta: la mantuvo ante sí, con las manos delicadamente posadas en los hombros de la niña y la mirada orientada hacia las dos estruendosas antagonistas. Había desaparecido el rubor de la señora de Beale: se había puesto pálida de magna cólera. Continuaba dirigiéndole dicterios y exabruptos a la señora Wix; tenía pegada la espalda contra la puerta para impedir la marcha de Maisie; parecía querer arrojar a la señora Wix por la ventana o la chimenea—. ¡Está usted buena, señora «Discutir Relaciones», con eso de que ella estaba «de parte de nosotros» y otras lindezas! Y ¿qué diantres son nuestras relaciones sino un común amor hacia la niña que constituye nuestra obligación y la misión de nuestras existencias y que desde los comienzos nos ha mantenido tan estrechamente unidos?

—¡Es cierto, es cierto! —dijo Maisie en un arranque de vehemencia—. Yo fui quien os unió.

De Sir Claude brotó la más extraña de las carcajadas:

—¡Tú fuiste quien nos unió, vaya que sí! —Y suavemente le acarició los hombros.

La señora Wix era dueña de la situación hasta tal punto que tenía reservado un sarcasmo distinto para cada uno de los presentes.

—¡Y ahí los tienes, ya lo ves! —le comentó a su educanda con voz cargada de intencionalidad.

—¿*Estás* dispuesta a renunciar a él? —insistió Maisie para la señora de Beale.

—¿En beneficio *de ti*, abominable monstruita? —inquirió con indignación la interpelada—. ¿Y también en beneficio de esta diabólica vieja desvariante que ha inflamado con su malignidad tu estúpido cerebrito? ¿Es que has sido una odiosa hipócrita durante todos estos años en que me he matado por conquistar tu amor y en que he estado creyendo ilusamente haberlo conquistado?

—Yo amo a Sir Claude: lo amo *a él* —respondió Maisie con la incómoda sensación de parecer estar dando a entender que venía a ser lo mismo. Sir Claude había seguido palmeándole los hombros, y en realidad aquellas palabras eran una respuesta a sus palmaditas.

—Ella te odia, te odia—comentó él, con la más extraña calma, para la señora de Beale.

Su calma la enardeció:

—Y tú, ¿la respaldas y me entregas al oprobio?

—No: yo sólo insisto en que es libre, es libre.

La señora de Beale lo miró asombrada; la señora de Beale lo miró furibunda.

—¡¿Libre de irse con esa lunática pordiosera a morirse de hambre?! —exclamó.

—¡Haré por ella más de lo que nunca ha hecho *usted!* —repuso la señora Wix—. Trabajaré hasta despellejarme las manos.

Con las manos de Sir Claude aún posadas en sus hombros, Maisie se percató, al igual que se percató de que poco a poco se desvanecía la presión, de que por encima de su cabeza él miró a la señora Wix de una manera especial.

—No tendrá usted que hacer eso —lo oyó decir—. Maisie tiene recursos económicos.

—¿Recursos? ¿Maisie? —vociferó la señora de Beale—. ¡Unos recursos que ha hurtado su infame padre!

—Yo los recuperaré, yo los recuperaré. Ya me encargaré de ello. —Él le sonrió y le hizo un ademán a la señora Wix.

Eso produjo un efecto terrible sobre su otra amiga:

—¿Acaso *yo* no me he encargado de ello, me gustaría a mí saber, y acaso no me he encontrado ante un abismo? ¡Es indescriptible tu crueldad conmigo! —espetó violentamente. Ardientes lágrimas manaban de sus ojos.

Él le habló muy consideradamente, casi engatusadoramente:

—Volveremos a encargarnos de ello juntos, volveremos a encargarnos de ello juntos. *Es* un abismo, pero él *puede* ser coaccionado... o tal vez pueda serlo Ida. ¡Piensa en todo el dinero que ambos tienen ahora! —dijo riéndose—. Todo se solucionará, todo se solucionará —remachó—. Nosotros *no* podemos cuidar de ella. No saldría bien, no saldría bien. Es la pura verdad eso de que ella es única. Y nosotros no somos lo suficientemente buenos... ¡oh, no! —Y, con bastante exuberancia, volvió a reírse.

—¿Nosotros no somos lo suficientemente buenos y en cambio esa imbécil sí lo es? —aulló la señora de Beale.

En ese momento se produjo un silencio en el saloncito, y aprovechándolo Sir Claude

contestó esa pregunta acercando a Maisie hasta el sitio donde estaba de pie la señora Wix. Al punto la niña fue consciente de hallarse pegada a esta mujer y firmemente asida por el brazo. La señora de Beale seguía montando guardia ante la puerta.

—Déjalas pasar—dijo finalmente Sir Claude.

Ella continuó sin moverse, no obstante; Maisie observó que la pareja se miraba fijamente a los ojos. Luego vio a la señora de Beale volverse hacia ella:

—Ahora yo soy tu madre, Maisie. Y él es tu padre.

—¡He ahí la tragedia! —suspiró la señora Wix con un efecto de ironía marcadamente impasible y filosófico.

La señora de Beale prosiguió hablando con su amiguita, y a su modo fue notable su esfuerzo por mostrarse razonable y afectuosa:

—Ahora nosotros representamos, bien lo sabes, al señor Farange y a su primera esposa. Esta mujer no representa más que una ignorante osadía. Tenemos de nuestro lado la ley.

—¡Oh la ley, la ley! —escarneció la señora Wix soberbiamente—. ¡Realmente lo más indicado sería que la ley se ocupara de ustedes!

—¡Déjalas pasar, déjalas pasar! —apremió Sir Claude a su amiga; literalmente se lo suplicó.

Pero ella se obstinó en procurar persuadir a Maisie:

—¿*Es* cierto que me odias, tesoro?

Maisie la miró de un modo distinto, pero contestó de idéntico modo que antes:

—¿Estás dispuesta a renunciar a él?

Tardó en hacer acto de presencia la respuesta de la señora de Beale, mas cuando por fin llegó fue digna:

—¡No deberías plantearme cosas así! —Estaba atónita, estaba escandalizada hasta las lágrimas.

Para la señora Wix, empero, lo que fue indigno fue su distinción entre cosas que se le podían plantear y cosas que no:

—¡Debería usted avergonzarse de sí misma! —exclamó rotundamente.

Sir Claude hizo un ruego supremo:

—¡Ten la bondad de dejar poner punto final a este festival de horrores!

La señora de Beale clavó en él su mirada, y nuevamente Maisie los observó.

—Debería usted hacerle justicia a él —retomó la palabra la señora Wix, dirigiéndose a la señora de Beale—. Siempre hemos sentido devoción por él Maisie *y yo, y* él ha demostrado lo muchísimo que nos quiere. A él le gustaría hacer feliz a esta niña; le gustaría incluso, me figuro, hacerme feliz a mí. Pero no puede renunciar a usted.

Continuaron inmóviles cara a cara los dos padrastros mientras Maisie seguía observándolos. Dicha observación nunca había sido tan honda como en este preciso instante.

—Sí, querida, no he renunciado a ti —le dijo finalmente Sir Claude a la señora de Beale—, y si permites que considere como testigos solemnes a nuestras amigas aquí presentes no tengo inconveniente en darte mi palabra de que nunca renunciaré a ti. ¡Ahí queda eso! —exclamó gallardamente.

—¡Él no puede! —comentó trágicamente la señora Wix.

Erguida y montaraz aun en la derrota, la señora de Beale desvió violentamente su hermoso rostro.

—¡Él no puede! —repitió burlonamente.

—¡El no puede, no puede, no puede! —El alegre énfasis de Sir Claude acabó por imponerse triunfalmente.

La señora de Beale aceptó todo aquello, pero sin embargo no se apartó de su puesto; ante lo cual Maisie le preguntó a la señora Wix:

—¿No vamos a terminar perdiendo el barco?

—Sí, vamos a terminar perdiendo el barco —le recalcó la señora Wix a Sir Claude.

Mientras tanto la señora de Beale se encaró con Maisie.

—¡No sé qué pensar de ti! —espetó.

—Adiós —le dijo Maisie a Sir Claude.

—Adiós, Maisie —contestó Sir Claude.

La señora de Beale se retiró de junto a la puerta.

—¡Adiós! —profirió para Maisie; luego atravesó impetuosamente el saloncito y desapareció en la habitación contigua.

Sir Claude ya había avanzado hasta la puerta del corredor y la había abierto. La señora Wix salió aprisa. En el umbral Maisie todavía hizo una pausa: le tendió la mano a su padrastro. Él se la estrechó y se la retuvo un momento, y sus miradas se enfrentaron ostentando la expresión de quienes han hecho todo lo posible el uno por el otro.

—Adiós —repitió él.

—Adiós. —Y Maisie siguió a la señora Wix.

Lograron alcanzar el paquebote, que casi había zarpado ya, y, navegando a todo vapor sobre los abismos marinos, se sintieron a bordo tan mareadas y asustadas que malgastaron la mitad del viaje en hacer amainar su malestar. Amainó con lentitud e imperfección; mas por último, a mitad del Canal, rodeadas de la mar en calma, la señora Wix hizo acopio de fuerzas para volver al asunto:

—Yo no volví la vista atrás; ¿y tú?

—Yo sí. Él no estaba allí —dijo Maisie.

—¿Quieres decir que no estaba asomado al balcón?

Maisie guardó silencio unos instantes; después se limitó a repetir:

—Él no estaba allí.

La señora Wix también se quedó callada unos instantes.

—Es que acudió al lado de *ella* —comentó a renglón seguido.

—¡Sí, lo sé! —repuso la niña.

La señora Wix le dedicó una mirada de soslayo. Aún no se había agotado su capacidad de asombrarse ante lo que Maisie sabía.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar